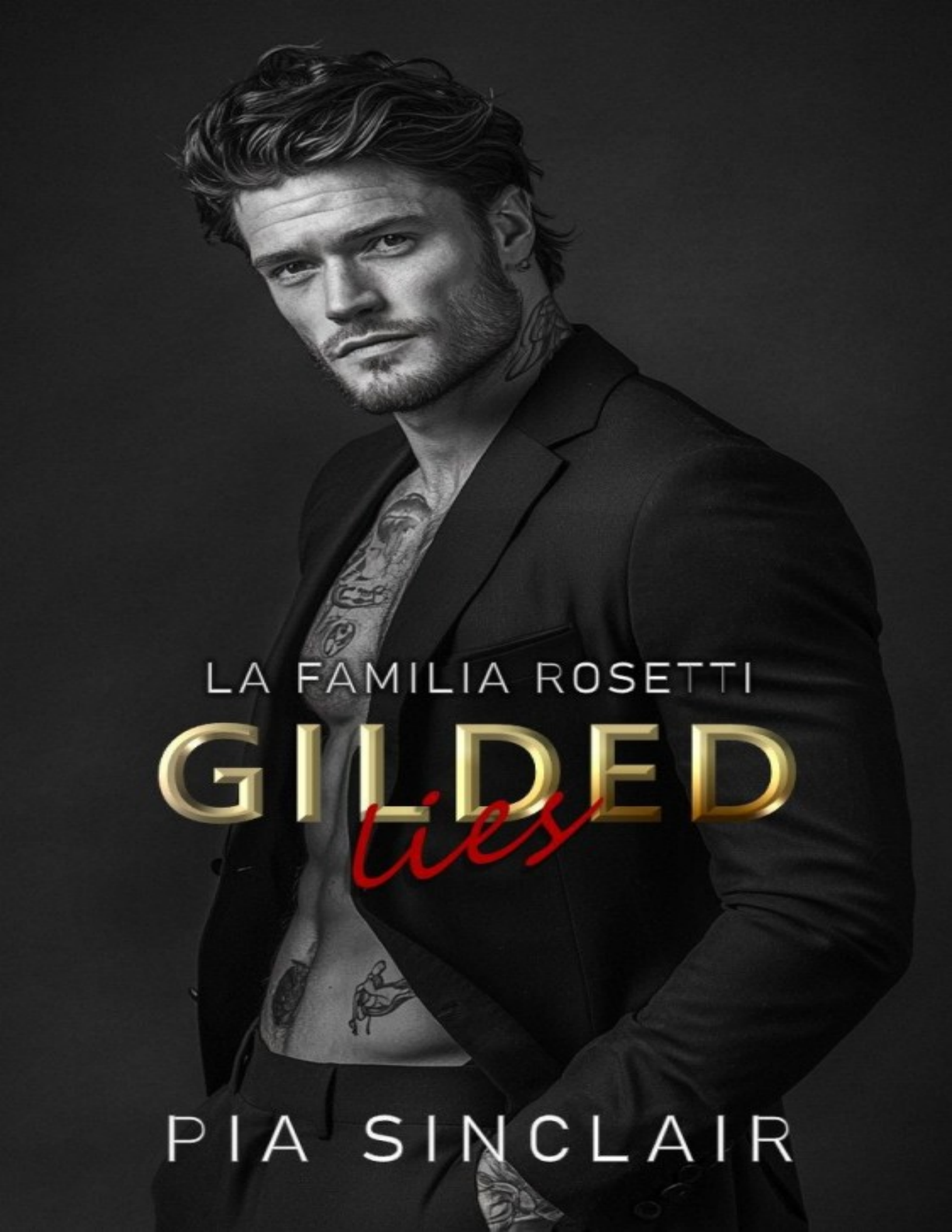

LA FAMILIA ROSETTI
GILDED
lies
PIA SINCLAIR

GILDED LIES

PIA SINCLAIR

© 2025 Pia Sinclair.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción.

Primera edición.

Table of Contents

1. 1 - Emma
2. 2 - Alessandro
3. 3 - Emma
4. 4 - Emma
5. 5 - Alessandro
6. 6 - Emma
7. 7 - Alessandro
8. 8 - Alessandro
9. 9 - Emma
10. 10 - Alessandro
11. 11 - Emma
12. 12 - Emma
13. 13 - Alessandro
14. 14 - Emma
15. 15 - Alessandro
16. 16 - Emma
17. 17 - Alessandro
18. 18 - Emma
19. 19 - Alessandro
20. 20 - Emma
21. 21 - Alessandro
22. 22 - Alessandro
23. 23 - Emma
24. 24 - Alessandro
25. 25 - Emma
26. 26 - Alessandro
27. 27 - Emma
28. 28 - Alessandro
29. 29 - Emma
30. 30 - Alessandro
31. 31 - Emma
32. 32 - Emma

33. 33 - Epílogo: Sofia

1 - Emma

La mancha de vino no sale del mármol.

Llevo veinte minutos restregando, sabiendo que si sigue ahí cuando la señora Hewson regrese, perderé algo más que este trabajo. Las rodillas me arden contra el frío suelo y cada pasada del paño es una plegaria. *Por favor, que no se fije en mí, por favor, déjame desaparecer.*

El abrillantador de limón me pica en los dedos despellejados, pero sigo restregando. A mi alrededor, la cocina todavía apesta a la celebración de anoche; el champán y el caviar se mezclan con el olor ácido de mis productos de limpieza.

La voz de la señora Hewson atraviesa mi invisibilidad como un rayo quebrando un cristal.

—¡Frances ha desaparecido! —grita por el teléfono, en algún lugar por encima de mí. Sus Louboutin se acercan con cada palabra—. ¡La boda es mañana, mañana, y esa pequeña zorra desagradecida se ha esfumado!

Mis manos tiemblan mientras trabajo en la mancha, tratando de hacerme más pequeña, menos visible. Los otros sirvientes huyeron en el momento en que estalló su furia, pero yo estoy atrapada por este obstinado recuerdo de la fiesta en la que los Hewson celebraron el inminente matrimonio de su hija.

Un matrimonio con Alessandro Rosetti. Hasta pensar en su nombre hace que se me encoja el estómago. Los sirvientes susurran sobre él cuando creen que nadie los escucha. Cómo devora a las mujeres como si fueran champán caro: saboreadas, consumidas, desechadas. Cómo su sonrisa puede hacerte olvidar que es peligroso hasta que lo ves pasar de la seducción a la violencia sin cambiar de expresión. Dicen que le propuso matrimonio a su última amante con un collar de diamantes en una mano y una pistola en la otra, solo para ver cuál elegiría. Cómo el último hombre que insultó a su cita fue encontrado en pedazos a lo largo del río Chicago, pero no sin que

antes Alessandro terminara su postre y le preguntara a la mujer si prefería la ópera o el ballet para su próxima salida.

—Alessandro Rosetti espera una novia —sisea la señora Hewson, con sus tacones cada vez más cerca. El sonido resuena en el mármol como balas—. ¿Entiende lo que esa familia le hace a la gente que rompe los acuerdos? Él no es solo un mafioso peligroso. Es algo peor. Mañana llega esperando a Frances, y si no hay boda…

No termina la amenaza. El silencio dice suficiente.

Estudio cada temblor de su voz, cada grieta en su compostura. La señora Hewson, que gobierna esta mansión con puño de hierro, está aterrorizada. Y eso me da algo que no he tenido en dos años: información. Sea lo que sea Alessandro Rosetti, es lo suficientemente poderoso como para asustarla incluso a ella.

—¿Qué es esto?

Antes de que pueda reaccionar, me arrebata el sobre del bolsillo de mi delantal. La carta de Tommy. Llevo tres días con ella, releyéndola una y otra vez, cada palabra hundiéndose más en mi corazón. La letra apretada de mi hermano describe las amenazas crecientes de los guardias de la prisión, su desesperada necesidad del dinero de protección que no tengo.

La lee lentamente y su expresión cambia de irritación a algo más agudo, calculador. Luego me mira. Me mira de verdad por primera vez en los dos años que llevo restregando sus suelos.

—Levántese —ordena.

Obedezco. Mis piernas tiemblan por algo más que las horas de rodillas. Achina los ojos mientras me rodea como un comprador que examina la mercancía. Sus uñas cuidadas se clavan en mi barbilla, obligándome a girar la cara hacia la luz.

—Dios mío —suelta un suspiro entrecortado—. El parecido con Frances es… es exacto. La misma altura, la misma complexión, incluso la forma en que inclinas la cabeza.

Puedo ver los engranajes girando tras sus ojos, la desesperación convirtiéndose en oportunidad. Está más aterrorizada que yo, y eso es lo que más me asusta.

—Por favor, eso es privado —le digo mientras intento tomar la carta de Tommy, pero ella la aparta con una sonrisa tan afilada como los diamantes de su garganta.

—Su hermano Tommy —dice en voz baja, peligrosa—. Una situación muy precaria en esa prisión en particular. Los guardias de

allí pueden ser tan… impredecibles —hace una pausa, observando cómo se me va el color de la cara—. Una palabra mía, y podrían convertirse en sus protectores en lugar de sus verdugos. O…

La alternativa pende entre nosotras como una cuchilla. Pienso en Tommy señalando las constelaciones desde nuestra escalera de incendios cuando éramos niños, inventando historias sobre héroes y monstruos en las estrellas. Ahora estoy a punto de convertirme en ambas cosas.

—¿Qué es lo que quiere? —mi voz sale más firme de lo que me siento.

—Venga conmigo.

El vestido de novia es de seda pura, blanca como la nieve recién caída contra mis manos ásperas por el trabajo. La tela susurra contra mi piel mientras la señora Hewson me obliga a ponérmelo. Sus manos son eficientes y frías mientras lo ajusta. Cada toque me transforma. El peso de la pedrería me endereza la espalda, el corsé me ciñe la cintura hasta convertirla en algo elegante en lugar de meramente delgada.

En el espejo, no veo a Emma, la sirvienta. Veo a alguien peligroso. Alguien que podría pertenecer al mundo de Alessandro Rosetti, aunque todo sea una ilusión.

—Perfecto —suspira la señora Hewson—. Podrías ser Frances. Serás Frances.

—¿Qué? No.

—¿No? —su voz es aguda.

—Todos se darán cuenta —tartamudeo, bajando la cabeza.

Las uñas de la señora Hewson tamborilean contra sus pantalones de sastre. —Frances no ha estado en casa en años —dice mientras me inclina la cabeza a izquierda y derecha, y me retira el pelo de la cara —. Sí, servirá perfectamente.

Mi boca se abre y se cierra un par de veces antes de que las palabras salgan. —No puedo.

La mujer ha tomado una decisión. —Puede y lo hará. Y yo me aseguraré de que Tommy esté bien cuidado.

—Pero… Esto es una locura. ¿Cuánto tiempo tendría que fingir?

Me rodea en un círculo completo, todavía inspeccionando la mercancía. —Deje los detalles en mis manos —responde finalmente, lo que no es nada tranquilizador.

La mujer que me devuelve la mirada desde el espejo de cuerpo entero se ha puesto tan blanca como su vestido. —¿Y si se da cuenta de que no soy Frances?

Su silencio se alarga, cargado de implicaciones. —Si Alessandro Rosetti descubre que le ha estado mintiendo, ni siquiera Dios podrá ayudarla —dice finalmente, ajustando la cola del vestido.

Una oscura emoción me recorre junto con el miedo. He limpiado estos suelos durante dos años, invisible como el polvo. Mañana, podría caminar por estos mismos pasillos como Frances Hewson, y todos los que me ignoraban harán una reverencia. La idea me provoca un escalofrío que me atraviesa el pecho. El poder, aunque sea prestado, aunque sea peligroso, sabe más dulce de lo que imaginaba.

—Este es mi trato —continúa, bajando la voz hasta casi un susurro—. Mañana, fingirá ser mi hija. Caminará por ese pasillo, se casará con Alessandro Rosetti, interpretará el papel durante la ceremonia y después. A cambio, Tommy vive. Hago una llamada y los guardias se convierten en sus protectores.

—Esto no puede funcionar. Alguien se dará cuenta.

—Nadie ha visto a Frances en años. Ha estado en un internado en Suiza, uno de esos lugares que protegen la privacidad mejor que Fort Knox —su sonrisa podría cortar el cristal—. Si se niega, Tommy morirá esta noche. Tengo contactos en esa prisión. Un motín, un conveniente accidente, y su hermano desaparecerá. Elija rápido. La boda es en quince horas.

Quince horas. Sin preparación, sin entender la vida de Frances, caminando a ciegas hacia un matrimonio con el hombre más peligroso de Chicago. Ni siquiera he conocido a Frances Hewson. El corazón me late con tanta fuerza que estoy segura de que puede verlo a través de la seda.

—Los sirvientes reconocerán…

—Los sirvientes ven lo que yo les digo que vean. La sacaremos rápidamente por la mañana. Y después de mañana, de todos modos no estará aquí. Los Rosetti tienen su propia casa.

Me desata el vestido y me lo quita, mirándome fijamente mientras me vuelvo a poner mi uniforme de sirvienta. —Tiene treinta minutos —declara, despidiéndome con un gesto. Estoy tan harta de que me despache gente que se cree mejor que yo.

Salgo sigilosamente de la habitación y me dirijo a la planta de arriba. La azotea siempre ha sido mi santuario, el único lugar en la mansión Hewson donde puedo respirar. Esta noche, la ciudad se extiende abajo como diamantes esparcidos sobre terciopelo negro, hermosa y fría. Abro el libro de astronomía de mi abuela, con sus páginas suaves por el tiempo y los recuerdos, y trazo los mapas de las constelaciones mientras mi mente corre a toda velocidad.

Orión observa desde arriba, constante e indiferente, mientras tomo mi decisión. El aire nocturno trae el olor de una tormenta que se acerca, mezclado con el perfume de gases y ambición de la ciudad. En algún lugar de esa oscuridad resplandeciente, Alessandro Rosetti se prepara para reclamar a su novia. La idea me provoca escalofríos.

Por la libertad de Tommy, haría cualquier cosa. Me convertiría en Frances Hewson, me casaría con un desconocido, desaparecería en la vida que me esperara como esposa de un mafioso. La alternativa, mi hermano muerto, su sangre en mis manos, es impensable.

Mis dedos encuentran mi cofia de sirvienta y me la quito lentamente, dejando que mi pelo caiga libre. Es de un castaño corriente, nada especial, pero mañana lo peinarán profesionales, transformado como todo lo demás en mí. Mañana, Emma Pitt desaparecerá.

Miro a las estrellas por última vez, memorizando sus posiciones, preguntándome si volveré a verlas de la misma manera. Mi abuela solía decir que las estrellas nunca mienten, que nos muestran quiénes somos en realidad. Esta noche, me muestran a una chica a punto de arriesgarlo todo en un engaño que podría destruirla.

El estudio de la señora Hewson huele a cuero y flores frescas. Apenas levanta la vista cuando entro, como si supiera que vendría.

—Lo haré —digo, y cada palabra se siente como un paso al vacío —. Acepto su trato. Pero quiero garantías. Tommy obtendrá total libertad después de la boda. Después de que cumpla su condena. Nueva identidad, historial limpio, dinero para desaparecer de forma segura.

—Por supuesto —ya está sacando documentos, preparativos que claramente había hecho incluso antes de preguntarme. Su presunción debería enfurecerme, pero estoy demasiado entumecida para que me importe—. Una vez que la ceremonia esté completa, una vez que sea legalmente la señora de Alessandro Rosetti, moveré mis

hilos para que su hermano sea liberado lo antes posible, y con todo lo que necesite.

Me acerco a su escritorio, notando el temblor de sus manos mientras escribe. —¿Cómo lo convenzo? A Alessandro, quiero decir. ¿Cómo engaño a alguien como él?

Su risa es baja y amarga. —Querida, los hombres como Alessandro ven lo que esperan ver. Sea hermosa, sea silenciosa, hable solo cuando le hablen, y él no mirará más allá. Ese hombre es un vividor, y preferirá una esposa que se mantenga al margen.

Hace una pausa, estudiándome con esos ojos calculadores. —Aunque me pregunto qué hará cuando descubra la verdad. La última persona que intentó engañar a Alessandro Rosetti… Esos hombres no perdonan la traición. Pero, por otro lado, usted será su esposa. Eso conlleva sus propias… protecciones. Y peligros.

Mañana me casaré con Alessandro Rosetti. Mañana me convertiré en propiedad de la familia más peligrosa de Chicago. Llevaré su anillo, tomaré su nombre, le perteneceré en todas las formas que la ley reconoce.

Una llama se enciende en mi pecho, oscura y desconocida. He pasado dos años invisible, restregando suelos mientras los ricos me pisoteaban. Mañana, seré la señora de Alessandro Rosetti, y todos los que me ignoraron tendrán que mirarme a los ojos.

Mañana, perteneceré a un Rosetti.

Y que Dios me ayude, parte de mí quiere saber exactamente qué significa eso.

2 - Alessandro

Marco cree que este matrimonio me hará sentar cabeza.

Como si un anillo pudiera impedir que Alessandro Rosetti sea exactamente quien es. Interpretaré el papel de esposo en público, pero mi naturaleza no cambia solo porque dije «sí, acepto». Aunque debo admitir que la ironía de follarme a otras mujeres mientras estoy casado con una mujer que no toco le atrae a mi sentido del humor.

Mi novia tiembla como un pájaro atrapado, y me encuentro inesperadamente fascinado por el aleteo de su pulso bajo su piel de porcelana.

Está de pie ante mí en la capilla, ahogándose en seda blanca y el velo de encaje de mi madre. La luz de la mañana que entra por los vitrales la pinta en tonos dorados y carmesí, pero es la forma en que agarra su ramo —con los nudillos blancos y los tallos aplastándose bajo la presión— lo que capta mi atención. Tres salidas de la capilla. Dos guardias en cada una. Las ha recorrido todas con la mirada. Pajarito listo.

—Amados hermanos —comienza el padre Molina, su voz resonando en las paredes de mármol que han presenciado tres generaciones de uniones Rosetti. La mayoría de ellas más felices de lo que será esta.

Frances Hewson no se parece en nada a su fotografía. La chica de esa foto espontánea parecía insignificante, olvidable. Esta mujer que vibra con un pánico apenas contenido es algo completamente distinto. Su cabello oscuro está recogido en un elegante moño que deja al descubierto la grácil línea de su cuello, donde puedo ver su pulso martilleando contra su piel translúcida.

He coleccionado cosas hermosas toda mi vida. Mujeres, autos, arte… los he tenido todos. La supermodelo que dejó a su esposo multimillonario por una noche conmigo. La hija del senador que todavía envía cartas rogando por otra oportunidad. Pero ninguna de ellas vibraba con tantos secretos como esta aterrorizada novia que se acerca a mi altar.

Los Moretti enviaron representantes. Los irlandeses también están aquí, llenando las bancas traseras como lobos en una subasta de ovejas. Todos observando esta alianza, midiendo nuestra nueva debilidad o fortaleza. Que miren. Verán exactamente lo que quiero que vean.

Estudio su perfil mientras el sacerdote recita monótonamente la apertura ceremonial. Pómulos altos, mandíbula delicada, labios que tiemblan a pesar de su visible esfuerzo por aquietarlos. Bastante bonita, aunque eso apenas importa. Lo que importa es la alianza, las patentes, el poder que su nombre aporta a nuestra familia.

Pero esas manos…

Cuando cambia el ramo de posición, me fijo bien en ellas. Suaves, sí, pero no mimadas. Hay un leve callo en su pulgar derecho, el fantasma de viejas ampollas en la palma de su mano. Extraño para una chica que pasó años en internados suizos para señoritas.

Marco está de pie como mi testigo, su presencia un recordatorio silencioso de lo que significa esta unión. Detrás de nosotros, mi familia llena las primeras tres filas. Los ojos oscuros de Dante lo siguen todo a pesar de su silencio, la rubia perfección de Sofia enmascara cualquier cálculo que pase por su mente, Nico en posición de firmes como el soldado que siempre será.

La capilla huele a incienso y cera de velas, a madera vieja y promesas aún más antiguas. Su vestido de seda susurra con cada temblor que la recorre, una sinfonía susurrada de miedo. He visto suficiente terror como para ser inmune. Pero el suyo sabe diferente, de alguna manera; más agudo.

—Los anillos, por favor —entona el padre Molina.

Extiende su mano izquierda, y ahí está de nuevo, ese temblor que recorre todo su cuerpo. Le agarro la muñeca, aparentemente para estabilizarla, pero en realidad para sentir el latido acelerado de su pulso contra mis dedos.

—Con este anillo —comienzo, deslizando la brillante esmeralda nueva en su dedo, lenta, deliberadamente—, la reclamo como mi esposa.

Los votos tradicionales dicen «te tomo a ti», pero los Rosetti siempre hemos preferido la precisión.

—¿Usted, Frances Hewson, toma a Alessandro Rosetti como su legítimo esposo?

Abre la boca, y por un instante suspendido, veo el pánico puro destellar en su rostro. Sus labios forman el comienzo de un sonido diferente antes de que se contenga con un esfuerzo visible.

—Yo… Frances… —Se detiene, traga saliva con dificultad, lo intenta de nuevo—. Yo, Frances Hewson…

La vacilación se alarga demasiado. Cada persona en esta capilla lo nota, aunque la mayoría lo atribuirá a nervios virginales. Pero he negociado demasiados tratos, he interrogado a demasiados mentirosos, como para no reconocer que algo anda mal cuando está temblando frente a mí en un vestido de diseñador blanco.

—Tómese su tiempo, princesa —murmuro, lo suficientemente bajo para que solo ella pueda oírme, mientras mi pulgar acaricia su muñeca. Un consuelo para cualquier observador, pero ambos sabemos que es una advertencia—. Tenemos todo el día.

Sus ojos se clavan en los míos, abiertos de par en par con una emoción que no logro identificar del todo. Terror, ciertamente, pero también algo más. Lo que sea que los Hewson no me hayan contado sobre su hija, está escrito en la forma en que se estremece al oír su propio nombre.

—Yo, Frances Hewson —logra decir finalmente, con una voz más fina que un hilo de seda—, tomo a Alessandro Rosetti como mi legítimo esposo.

Las palabras salen mecánicas, ensayadas. No es lo que esperaba. Los años fuera en el internado la han cambiado más de lo que sugería su foto. Una transacción de negocios. Pero la forma en que ya carga secretos hace que quiera abrirla como si fuera una caja fuerte.

Al menos es más bonita de lo que esperaba. La foto la hacía parecer una bibliotecaria. Esta versión… bueno, he roto compromisos por prospectos menos atractivos. Quizá no necesite visitar mis lugares habituales con la frecuencia que había planeado.

—Puede besar a la novia —anuncia el sacerdote, y todo su cuerpo se pone rígido.

Interesante. La mayoría de las novias fingen entusiasmo en esta parte, interpretando el romance para el público. Esta parece que se está preparando para una ejecución. Hora de darle algo real que temer.

Le ahueco el rostro con ambas manos, inclinándolo hacia el mío. Su piel está febril contra mis palmas, y puedo sentir el fino temblor

que la recorre. Mi colonia hace que sus fosas nasales se ensanchen ligeramente.

—Mía —susurro contra sus labios, tan bajo que solo ella puede oírlo—. Y si huye, la encontraré. Los Rosetti siempre cobran lo que les pertenece.

Entonces reclamo su boca con la mía.

Se supone que el beso es ceremonial, una rápida presión de labios para sellar el contrato. Pero en el momento en que la pruebo, algo cambia. Sabe a miedo y a vainilla, a secretos y a una rendición renuente. Sus labios son suaves, dóciles bajo los míos, pero puedo sentir la tensión vibrando a través de su cuerpo como un cable de alta tensión.

Profundizo el beso, y una de mis manos se desliza para enredarse en su cabello cuidadosamente peinado. Varias horquillas caen al suelo de mármol con pequeños sonidos metálicos. Ella emite un pequeño ruido, de protesta o rendición, no puedo decirlo, y sus manos suben para agarrarse a mi chaqueta como si se estuviera ahogando.

Por un segundo de locura, quiero ser su balsa salvavidas en lugar de su ancla.

Mi lengua traza la comisura de sus labios, y ella los separa con un suspiro estremecido. Su cuerpo se amolda contra el mío a pesar de su miedo, sus suaves curvas presionando a través de la seda. Mi polla se agita con un interés que no esperaba de lo que debería ser un acuerdo de negocios. El beso se convierte entonces en algo más, algo que no tiene nada que ver con la ceremonia y todo que ver con establecer mi posesión frente a las familias más peligrosas de Chicago.

Su labial sabe a fresas, el sudor de su miedo se mezcla con el perfume caro con el que los Hewson deben de haberla bañado. Cada testigo en esta capilla me está viendo marcar mi territorio, viendo exactamente qué tipo de posesión representa este matrimonio.

Cuando finalmente me aparto, sus labios están hinchados, su labial cuidadosamente aplicado, corrido. Me mira con ojos que se han oscurecido con algo que ya no es exactamente miedo.

—Damas y caballeros —anuncia el padre Molina, claramente ansioso por terminar con nosotros—, les presento al señor y la señora Alessandro Rosetti.

Las palabras la golpean con fuerza. Cualesquiera que sean los misterios que rodean a Frances Hewson, ahora me pertenece frente a todos los testigos que importan. El conocimiento se asienta en mi pecho, cálido y satisfactorio.

Mi mano encuentra la parte baja de su espalda mientras nos giramos para mirar a nuestros invitados. —Sonría, esposa —murmuro contra su oído—. Ahora está bajo la protección de los Rosetti. Eso significa que es intocable. Excepto por mí.

Consigue esbozar algo que podría pasar por felicidad si no se mira muy de cerca. Pero yo estoy mirando muy de cerca, y lo que veo es a una mujer que se mantiene entera por pura fuerza de voluntad.

La fila para saludar se forma rápidamente. Mi familia sabe cómo moverse en una ceremonia con eficiencia. La mantengo presionada contra mi costado, impidiendo su escape mientras mantengo la imagen de afecto de recién casados.

—Marco —digo mientras mi hermano se acerca—, te presento a mi esposa.

Las palabras saben extrañas pero no desagradables. Mi esposa. Mía.

Marco la besa en ambas mejillas, y noto cómo se congela antes de recordar responder. —Bienvenida a la familia, Frances —dice él, aunque sus ojos se encuentran con los míos con preguntas no formuladas.

—Por favor, llámeme… —empieza ella, y luego se detiene, tragándose lo que sea que iba a decir—. Gracias.

Uno por uno, presentan sus respetos. Dante asiente en silencio, su garganta llena de cicatrices oculta por su cuello alto. Sofia lanza besos al aire con una perfecta calidez femenina que no llega a sus ojos azules. Nico me da un apretón de manos de soldado.

Durante todo el proceso, noto sus reacciones. Su terror está ahí, pero hay inteligencia debajo, un cálculo mezclado con desesperación.

La señora Hewson se acerca, nerviosa y ligeramente sin aliento. —¡Cariño! —exclama, acercándose a Frances con algo que parece casi desesperación.

Mi novia se pone rígida ante el abrazo de su madre, y ninguna de las dos parece muy segura de cómo interactuar. Como actrices que han olvidado su coreografía.

—Nuestra carroza nos espera, princesa —anuncio, interrumpiendo esta incómoda actuación—. Intente no convertirse

en calabaza antes de la medianoche.

El desafío que brilla en sus ojos arde inesperado y suave. Por un segundo, veo acero bajo la seda.

—Creí que preferiría una esposa sumisa —dice, tan bajo que solo yo puedo oírla.

—Oh, sí la prefiero —respondo, guiándola hacia la entrada privada de la capilla—. Pero usted no es sumisa, ¿verdad? Es algo completamente diferente. Y voy a disfrutar descubriendo qué es.

Las puertas de la capilla se cierran detrás del último de nuestros invitados, dejándonos solos en el vestíbulo. Ella se desploma ligeramente antes de recomponerse, y me encuentro extrañamente complacido de que siga luchando.

—Parece que va a desmayarse, esposa. ¿Debería cargarla para cruzar el umbral, o preferiría caminar hacia su perdición con dignidad?

—Puedo caminar —dice, levantando de nuevo esa barbilla de una manera que me da ganas de morderla.

—Bien. —Introduzco el código para la entrada privada—. La suite nupcial nos espera, y tenemos mucho de qué hablar.

—¿Qué clase de conversación?

Dejo de caminar y la giro para que me mire de frente. —La clase en la que nos conocemos. Después de todo, ha estado tanto tiempo fuera en ese internado suizo que siento que estoy conociendo a una extraña.

El color se drena de su rostro, pero me sostiene la mirada. —Soy una Hewson. ¿No es eso suficiente?

—Ni de lejos. —Le aparto un mechón de pelo de la cara, notando cómo lucha por no retroceder—. Pero no se preocupe. Tengo toda la noche para descubrir todo sobre usted. Prometo hacerla… memorable.

La puerta de la suite nupcial se cierne ante nosotros. Cama tamaño *king* cubierta de seda marfil, champán enfriándose en plata, rosas por todas partes porque alguien pensó que esta era una noche de bodas de verdad. La ironía no se me escapa. Esto es una noche de bodas, solo que no del tipo que nadie imaginaba.

—Después de usted, señora Rosetti. —Le hago un gesto para que entre con una falsa galantería.

Entra con piernas temblorosas, cada paso medido como si caminara hacia su ejecución. La seda blanca de su vestido capta la luz

de las ventanas de la suite, haciéndola parecer etérea, intocable. Pero ahora es muy tocable. Legalmente mía para hacer con ella lo que me plazca.

La sigo adentro, y la cerradura se activa con un clic que hace que todo su cuerpo se ponga rígido. El sonido resuena en el silencio entre nosotros, tan definitivo como el cierre de un ataúd. Ella sabe lo que significa. Sin escapatoria. Sin interrupciones. Solo nosotros dos y las verdades que pueda extraer de esa boca temblorosa.

—Dese la vuelta, esposa. —Mi voz baja a un tono más oscuro que la promesa que hice en el altar. La máscara juguetona que uso para el mundo se desliza, revelando algo más hambriento debajo—. Déjeme ver lo que los Hewson me enviaron en realidad.

Se gira lentamente, con las manos apretadas en sus faldas. La luz de la tarde que entra por las ventanas la ilumina a contraluz, volviendo la seda blanca translúcida. Puedo ver el contorno de su cuerpo debajo. La curva de su cintura, la sombra entre sus pechos donde el corsé los junta. Mi polla se endurece al verlo, al saber que es mía para desenvolverla como un regalo que nunca pedí pero que de repente deseo con todas mis ganas.

—Cada. —Doy un paso más, lo suficientemente cerca como para que tenga que inclinar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual—. Maldito. —Otro paso, y ahora puedo olerla. Esa mezcla de perfume caro y sudor de miedo que es más embriagadora de lo que tiene derecho a ser—. Centímetro.

3 - Emma

—Hasta. El. Último. Centímetro.

Las palabras penden entre nosotros como una cuchilla y no puedo respirar. Alessandro me rodea lentamente, como un depredador que saborea el momento antes de la estocada final.

—No se preocupe, princesa. He desenvuelto suficientes regalos como para saber cómo hacerlo sin romper el papel. A menos, claro, que lo prefiera rudo. A algunas de mis favoritas les gusta así.

La seda blanca de mi vestido de novia (el vestido de Frances) se siente como papel de seda bajo su mirada, sin ofrecer protección alguna contra esos ojos verdes que ven demasiado.

—El cierre —dice, con una voz oscura como la del diablo—. Bájelo.

Me tiemblan las manos mientras las llevo a la espalda, forcejeando con el delicado cierre. La Sra. Hewson lo había mandado a coser específicamente para que fuera difícil, para que se necesitara ayuda para quitarlo. «Una protección para la virginidad», había dicho con esa sonrisa mordaz. Pero no hay nada de protector en la forma en que Alessandro me observa luchar, su paciencia más aterradora de lo que sería su ira.

—No alcanzo…

—Entonces, pídalo amablemente. —Se acomoda en el sillón de cuero de la suite como un rey en su trono, y un vaso de cristal con whisky aparece en su mano, tomado del carrito de bar—. Pídale ayuda a su esposo.

La palabra «esposo» me quema los oídos. Este hombre cree que soy Frances Hewson. Cree que está casado con una princesa, no con la sirvienta. Si supiera la verdad…

—Por favor —susurro, odiando lo débil que suena mi voz—. Ayúdeme.

—Venga aquí.

Cada paso hacia él se siente como caminar sobre arenas movedizas. La alfombra es mullida bajo mis zapatos de seda; zapatos que cuestan más de lo que ganaba en tres meses. Cuando estoy lo

suficientemente cerca, deja su vaso y me gira con una sorprendente delicadeza; sus dedos encuentran el cierre con una facilidad experta.

—Cuénteme sobre Suiza —dice con indiferencia, mientras me guía por la suite—. Los Hewson mencionaron que estuvo en una de esas escuelas exclusivas.

Mi pulso se acelera. Me obligo a asentir, manteniendo mi respuesta vaga. —Fue… tranquilo —logro decir.

—Tranquilo. —Repite la palabra lentamente, probándola—. Me imagino que lo sería, escondida del mundo —reflexiona, con su aliento cálido contra mi cuello mientras baja el cierre diente por diente—. Debieron de cambiarla considerablemente. Sus manos, por ejemplo.

Me quedo helada. —¿Mis manos?

—Callos, Frances. Leves, pero ahí están. —El cierre se detiene en la parte baja de mi espalda, y el aire fresco besa la piel recién expuesta—. ¿Qué le enseñaban exactamente en Suiza? ¿Trabajo manual?

—Yo… tenis. Mucho tenis. —La mentira sale estrangulada.

—Tenis. —Su dedo traza mi columna vertebral, haciéndome estremecer—. ¿Y esta cicatriz de aquí, justo debajo del omóplato? ¿También por el tenis?

La cicatriz de cuando me caí cargando una bandeja de cristal y me corté con los fragmentos mientras la Sra. Hewson gritaba por el gasto. No puedo decirle eso.

—Un accidente de esquí —consigo decir.

—Tantos accidentes. —Me gira para que lo enfrente de nuevo y el vestido, ahora suelto, amenaza con caerse. Solo mis manos, aferradas al corpiño, me mantienen cubierta—. Tantos pequeños misterios.

Sus ojos son del color de las sombras del bosque, oscuros y peligrosos. Tan cerca, puedo oler su colonia. Es hermoso de la misma forma que un arma es hermosa, todo bordes afilados y propósito letal.

—Quíteselo.

—Yo…

—Eso no fue una petición, esposa.

La última palabra es deliberada, cargada de posesión. Mis opciones son inexistentes. Si corro, me atrapará. Si me niego, lo hará él mismo. De cualquier manera, esto termina conmigo expuesta en todos los sentidos.

Dejo caer el vestido.

Se amontona a mis pies en un susurro de seda. Me paro ante él en la lencería blanca que la Sra. Hewson seleccionó: un encaje virginal que no hace nada por ocultar cómo mi cuerpo tiembla. Su mirada recorre lentamente cada centímetro de piel expuesta, como si estuviera memorizando el mapa de un territorio conquistado.

—Dese la vuelta.

Obedezco, mordiéndome el labio con la fuerza suficiente para sentir el sabor del cobre. Detrás de mí, oigo el tintineo del hielo en su vaso mientras toma otro sorbo.

—La finca Hewson —dice de manera conversacional, como si yo no estuviera casi desnuda frente a él—. Toda una fortaleza. Su madre la dirige como una operación militar.

La sangre se me hiela. ¿Qué más notó durante las negociaciones?

—Qué curioso —continúa, y lo oigo ponerse de pie, lo siento acercarse—. Parecía tan diferente en su fotografía. Insignificante, la llamó su padre una vez. Fácil de olvidar.

Sus manos se posan en mis hombros, cálidas contra mi piel helada.

—¿Usted no es nada fácil de olvidar, o sí?

—La gente cambia. —Las palabras salen demasiado rápido, demasiado desesperadas.

—¿En tres años? —Sus pulgares acarician mis clavículas y lucho por no inclinarme hacia su contacto. ¿Cuándo fue la última vez que alguien me tocó con algo que no fuera violencia o desdén?—. Dígame, Frances. ¿Qué pasó en Suiza que la transformó tan completamente?

—Crecí…

—Los mentirosos —me interrumpe, girándome para que lo enfrente—, siempre dan demasiadas explicaciones. Inténtelo de nuevo.

Sus manos enmarcan mi rostro, obligándome a sostenerle la mirada. Hay algo casi gentil en su tacto, en total contraste con el peligro que irradia cada línea de su cuerpo.

—Soy su esposa —digo, recurriendo a la única verdad que puedo decir.

—Mi esposa —repite, sus pulgares acariciando mis pómulos—. Sí, lo es. Lo que significa que está bajo mi protección. —Su voz baja a apenas un susurro—. Así que dígame, ¿a qué le tiene tanto miedo? ¿Qué la tiene temblando como un conejo en una trampa?

La ironía me haría reír si no estuviera tan aterrorizada. Él es a lo que le temo. Él y lo que hará cuando descubra que su esposa es un fraude, que la alianza que cree haber asegurado está construida sobre cimientos de mentiras.

—A usted —admito, porque es bastante cierto—. Le tengo miedo a usted.

Algo cambia en su expresión. —Chica lista. —Suelta mi rostro y retrocede para servirse otro whisky—. El miedo lo mantiene a uno con vida en nuestro mundo. ¿Pero los secretos? Los secretos hacen que lo maten.

No vuelve a tocarme, solo se queda allí de pie, bebiendo su trago mientras yo tiemblo en mi lencería. El silencio se prolonga, tenso como la cuerda de un arco.

—Métase a la cama —dice finalmente.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo. —¿Va a...?

—¿Violarla? —Suena casi divertido—. No, princesa. Cuando la joda, y la joderé, usted me lo estará suplicando. Esta noche, va a quedarse acostada ahí y pensar en lo que pasará cuando descubra lo que esconde. Porque lo descubriré. Siempre lo hago.

Me meto en la enorme cama con las piernas temblorosas, subiendo las sábanas de seda hasta la barbilla. Alessandro atenúa las luces, pero no se desnuda; simplemente se acomoda de nuevo en su sillón con su whisky, observándome en la oscuridad.

—Que duerma bien, Sra. Rosetti —dice, y hay algo casi burlón en el título.

Cierro los ojos, pero es imposible dormir con él allí, un depredador paciente que espera a que me quiebre. Cada respiración parece demasiado ruidosa en el silencio, cada movimiento de las sábanas una traición a mi estado de vigilia.

El rostro de Tommy flota detrás de mis párpados: mi hermano, pudriéndose en la cárcel mientras yo juego a vestirme de seda y diamantes. Esto es por él, me recuerdo. Cada mentira, cada momento de terror, todo es por él.

Pero Tommy no puede protegerme de Alessandro Rosetti.

4 - Emma

La puerta del dormitorio no se puede cerrar con llave desde adentro.

Lo descubro después de despertar sola y probar de inmediato la pesada manija de latón tres veces, mis dedos buscando un mecanismo que no existe. La revelación se me asienta en el estómago como agua helada. Hermosa o no, sigue siendo una prisión.

Esta mañana, sola por primera vez mientras Alessandro se ocupa de sus asuntos, por fin puedo respirar. Todavía llevo la lencería de encaje blanco de la boda; mi vestido de novia y el traje y la camisa de Alessandro están arrugados en el suelo. Difícilmente puedo volver a ponerme el vestido, así que me pongo la camisa de botones de la boda de él, que me cubre hasta medio muslo, y luego busco rutas de escape.

Pero cada prueba revela la misma verdad: no hay ninguna.

La suite a la que Alessandro me trajo se extiende por lo que debe ser la mitad de un piso de la mansión. Todo reluce con la riqueza que yo solía pulir para otros: suelos de mármol que reflejan la luz de la tarde, cortinas de seda de un borgoña intenso. La cama domina la habitación, enorme y cubierta con una tela tan suave que se siente como un pecado contra mi piel.

Pero el lujo no significa nada cuando estás atrapada. Por Tommy, me recuerdo. Estoy haciendo esto por Tommy.

La pregunta que más me atormenta no es si Alessandro descubrirá mi engaño. Es dónde se ha ido la verdadera Frances Hewson. La señora Hewson dijo que «desapareció», pero la gente no desaparece sin más; no las herederas ricas con fideicomisos y contactos. O Frances está muerta, o está en algún lugar, viviendo la vida que eligió por encima de esta jaula de oro.

¿Y si está viva, qué pasará cuando decida que quiere recuperar su nombre?

Luego me dirijo a las ventanas, siete de ellas que se extienden del suelo al techo a lo largo de la pared este. Mis dedos encuentran los

pestillos, unas piezas doradas y ornamentadas que parecen funcionales. No se mueven. Lo intento con más fuerza, poniendo todo mi peso en ello. Nada. El cristal es grueso, demasiado grueso, y cuando presiono la palma de la mano contra él, siento la sutil fuerza que delata un refuerzo. A prueba de balas, probablemente. Definitivamente selladas.

Afuera, Chicago se extiende bajo mis pies, lo suficientemente cerca como para ver a la gente caminar por las calles, lo suficientemente lejos como para que nunca me oyeran gritar. Los guardias patrullan los terrenos de abajo, sus patrones son precisos y se superponen. No hay puntos ciegos. No hay huecos en la cobertura. Cada salida está vigilada por hombres que parecen capaces de disparar primero y no molestarse nunca en hacer preguntas.

La señora Hewson prometió llamar para hablar de Tommy después de la noche de bodas. ¿Lo ha hecho? ¿Está él a salvo? No tengo forma de saberlo, ni de preguntar sin revelarlo todo. El peso del anillo en mi dedo, de cinco quilates, arrastra mi mano hacia abajo con cada movimiento.

Mi siguiente objetivo es el teléfono de la mesita de noche. Elegante, de color crema con detalles dorados, pero cuando levanto el auricular, el silencio me recibe. Intento combinaciones diferentes: 9 para una línea exterior, 0 para una operadora. Nada. Una pequeña pantalla digital parpadea: «Introduzca el código de autorización».

A través de la puerta, oigo voces masculinas graves que discuten algo en italiano. Palabras que no entiendo pero cuyo tono reconozco: negocios, de los que se hacen en las sombras. Un recordatorio de que la riqueza de mi marido proviene de la sangre.

Cada puerta que pruebo cuenta la misma historia. El baño, que está provisto de un desmaquillante a medio usar que él ciertamente no utiliza, solo conecta con el dormitorio. El clóset, lleno de ropa de mujer de varias tallas, no tiene otras salidas. Incluso la puerta de la terraza, que se abre con bastante facilidad, da a un balcón con muros demasiado altos para ver por encima y una caída de doce metros al otro lado.

Pero sí obtengo una pequeña victoria. Detrás de lo que parece un panel decorativo cerca del baño, mis dedos encuentran una unión. El panel se abre hacia adentro con bisagras silenciosas, revelando un estrecho pasillo de servicio que huele a abrillantador de limón y a limpiador industrial, aromas que me oprimen el pecho con su

familiaridad. El pasadizo se extiende en la oscuridad, pero una corriente de aire más cálido sugiere que conduce a algún lugar abierto, tal vez al techo o a un piso superior destinado al acceso del personal. Memorizo la ubicación del panel, cómo se siente el pestillo oculto bajo mis dedos, antes de cerrarlo con cuidado y volver a la puerta de la terraza justo cuando oigo que se acercan unos pasos.

Todavía estoy de pie junto a la puerta de la terraza, midiendo la imposibilidad de bajar, cuando oigo que la puerta principal se abre a mis espaldas. Mi espalda se endereza instintivamente, y siento el sabor metálico del miedo en la lengua.

—¿Admiras la vista?

La voz de Alessandro se desliza por la habitación como el whisky, suave y embriagadora.

Me giro lentamente, sin querer parecer sorprendida a pesar de que el corazón me martillea en las costillas. Él está de pie en el umbral, con el traje impecable a pesar de lo avanzado de la hora, observándome con esos ojos verdes que parecen ver a través de mi engaño. Su mirada recorre mi cuerpo, fijándose en mis piernas expuestas antes de añadir: —Aunque debo decir que la vista desde aquí es mucho mejor.

—Es hermoso —digo, lo que no es una mentira. La suite es preciosa. Una jaula de oro sigue siendo de oro, después de todo.

—La mandé a rediseñar cuando supe que venías. —Entra en la habitación, cerrando la puerta tras de sí con un suave clic que resuena—. El clóset está provisto de todo lo que necesitarás. Versace envió toda su colección de primavera cuando se enteraron de que Alessandro Rosetti había tomado una esposa.

NoVİa. No esposa. La distinción se siente importante de alguna manera, como si siguiera siendo solo una adquisición en lugar de una persona. Me doy cuenta de cómo la tela de su camisa se estira sobre sus hombros mientras se acerca, y me odio por darme cuenta.

Me alcanza en tres zancadas y me obligo a no retroceder. Correr demuestra miedo, y el miedo es una debilidad en su mundo. Cuando su mano se posa en la parte baja de mi espalda, con los dedos extendidos de forma posesiva, el calor de su palma me quema a través de la blusa de seda que llevo puesta, una de las muchas prendas caras que aparecieron en «mi» clóset.

Me muestra el resto como un rey que exhibe su castillo. El baño con su bañera de mármol hundida. El vestidor con espejos en tres

lados y una iluminación que haría llorar de envidia a una actriz. Todo grita lujo, privilegio, una riqueza inconmensurable. Una riqueza construida sobre la violencia.

—¿Dónde va a dormir usted? —pregunto cuando volvemos al dormitorio, intentando mantener la voz neutra mientras mi mente corre a toda velocidad. Anoche durmió a mi lado, completamente vestido, pero espero que tenga su propia habitación a la que retirarse la mayoría de las noches.

Su mano se aprieta casi imperceptiblemente en mi espalda. —¿Dónde voy a dormir? —Me gira para que lo enfrente, y algo peligroso parpadea en sus ojos—. La última persona que intentó establecer dormitorios separados de mí terminó arrepintiéndose profundamente. Pero tú eres mi esposa, así que seré… paciente. —La amenaza pende entre nosotros como una cuchilla—. Tú duermes en mi cama, Frances.

El nombre falso en sus labios me hace estremecer por dentro. Cada vez que lo dice, espero que me llame mentirosa, que exponga esta farsa.

—Pensé que tal vez… Necesito tiempo para adaptarme.

—No.

Una sola palabra, pronunciada con el tipo de finalidad que mueve montañas. O las rompe.

—Estamos casados, Frances. —Ahí está de nuevo, ese nombre que no es el mío, saliendo de su boca como si lo estuviera probando—. Tú duermes a mi lado. Despiertas a mi lado. Existes a mi lado. Eso es lo que hacen las esposas.

La mano en mi espalda presiona con más fuerza, atrayéndome hacia él hasta que puedo oler su colonia: toques florales y algo más oscuro, masculino, que hace que mi cuerpo traicionero responda a pesar de mi terror. Tan cerca, puedo ver la tenue cicatriz a través de su ceja izquierda, la forma en que sus ojos sostienen los míos sin parpadear, estableciendo su dominio con solo una mirada.

—Por favor —susurro, odiando cómo mi voz flaquea. *Por Tommy*, me recuerdo. Puedo soportar cualquier cosa por Tommy.

—Tienes el resto de tu vida para adaptarte. —Su mano libre sube para ahuecar mi mandíbula, el pulgar rozando mi pómulo con una ternura fingida—. Pero lo harás en mi cama, *cara mia*.

El cariñoso apelativo en italiano contrasta con el acero de su agarre, y el calor se acumula en la parte baja de mi vientre contra mi

voluntad. ¿Cuándo me convertí en alguien cuyo cuerpo la traicionaría de esta manera?

En la mesa del comedor cabrían veinte personas, pero esta noche está puesta para dos.

Alessandro me retira la silla con modales perfectos, como si estuviéramos en una cita en lugar de... lo que sea que es esto. El personal trae un plato tras otro: una sopa que huele a romero, una ensalada con ingredientes que no puedo identificar, algo que parece una obra de arte en un plato. El estómago se me contrae de hambre, pero no toco nada.

Me imagino la cara de Tommy y me obligo a permanecer en silencio, a mantener esta única y pequeña rebelión.

—Tienes que comer. —Su voz no denota preocupación, solo es una observación.

—No podría.

—¿No podrías? —Toma un sorbo de su vino, estudiándome por encima del borde de la copa—. ¿O no quieres?

—¿Importa?

Algo parpadea en sus ojos: sorpresa, tal vez, o interés. —La cocinera preparó esto especialmente para ti. Se decepcionará.

—Entonces tendrá que decepcionarse.

Deja su copa deliberadamente. —Déjennos solos —le dice al personal que está merodeando.

Desaparecen como el humo, bien entrenados en el arte de ser invisibles. Ahora estamos solos, solo nosotros, la luz de las velas y suficiente comida para alimentar a un pequeño ejército que me niego a tocar. La seda de mi ropa susurra contra la silla de cuero mientras me muevo, hiperconsciente de cada sonido.

—Cree que me está castigando al rechazar la comida —observa él, cortando su propia cena con movimientos precisos—. Pero solo se está lastimando a sí misma.

—Es mi decisión.

—¿Lo es? —Le da otro bocado, saboreándolo lentamente—. ¿Cuánto tiempo crees que puedes aguantar? ¿Otra hora? ¿Dos? Tarde o temprano, tu cuerpo se impondrá a tu orgullo.

Tiene razón, y ambos lo sabemos. Ya siento calambres en el estómago, vacío desde el desayuno de la boda de ayer que apenas toqué. Pero levanto la barbilla y le sostengo la mirada, pensando en Tommy en su celda, en las amenazas de la Sra. Hewson, en lo mucho que tengo que perder si no interpreto este papel a la perfección.

—Más de lo que cree.

Su sonrisa es lenta y peligrosa. —Ya veremos.

Pasa una hora. Él atiende llamadas de negocios en italiano, su voz fluye con palabras que no entiendo mientras sus ojos no se apartan de mí. El idioma suena como una combinación de música y amenaza, con retazos sobre envíos y disputas territoriales flotando en mi entendimiento.

Otra hora. Manda traer el postre: algo elaborado con chocolate y pan de oro. El olor hace que mi estómago se contraiga dolorosamente.

Para la tercera hora, estoy mareada. Mis manos, cruzadas en mi regazo, tiemblan. El olor de la comida ha pasado de ser tentador a nauseabundo y viceversa. Él simplemente espera, paciente como un cazador, mencionando de vez en cuando cosas que suenan a conversación casual pero que se sienten como amenazas.

—Tu familia —dice de repente, y la sangre se me hiela—. ¿Eres muy unida a ellos?

No puedo respirar. ¿Lo sabe? ¿Es por Tommy? Me obligo a mantener un rostro neutral, pero aprieto más las manos en mi regazo.

—La familia lo es todo —continúa, observando mi reacción—. Haría cualquier cosa por proteger a la mía. Supongo que sientes lo mismo, ¿no?

—Sí —susurro, porque es lo más sincero que he dicho en toda la noche.

—Bien. Entonces nos entendemos —se inclina hacia adelante—. Déjame explicarte algo sobre el control, *cara*. El verdadero control no consiste en la negativa. Consiste en elegir cuándo ceder.

—No cederé ante usted.

—Ya lo has hecho. Estás aquí. Llevas mi anillo. Estás sentada a mi mesa. —Su voz se vuelve más grave—. La única pregunta es si lo

harás con elegancia o si tendré que esperar a que te derrumbes.

Se me nubla un poco la vista. ¿Cuándo comí por última vez? El champán de la boda no cuenta. Antes de eso… no recuerdo. Los dos últimos días se confunden en una neblina de terror y transformación.

Una parte de mí quiere someterse solo para terminar este juego, y eso me aterroriza. ¿Cuándo me convertí en alguien que siquiera consideraría la rendición?

—¿Todavía te sientes terca? —pregunta, y ahora hay algo casi amable en su tono que lo empeora todo.

Quiero decir que sí. Quiero mantener esta última pequeña rebelión. Pero mi cuerpo me traiciona con un balanceo visible, y su expresión cambia de paciente a decidida.

—Suficiente.

Alessandro se levanta y se acerca a mi lado en tres rápidas zancadas. Antes de que pueda protestar, ha puesto su silla junto a la mía, tan cerca que nuestras rodillas se tocan. El contacto envía una electricidad no deseada a través de mí. Coge el plato, selecciona un trozo de pan recién horneado esa tarde.

—Abre la boca.

—Puedo comer sola.

—Podrías, pero no lo harás. Así que lo haré yo. —Arranca un trozo pequeño y me lo acerca a los labios—. La última persona que se negó a comer en mi mesa perdió tres dientes. Pero eres mi esposa, así que seré… complaciente. Por favor, come, *cara mia*.

La amenaza envuelta en amabilidad hace que mi resistencia se desmorone. O quizá es el agotamiento, el hambre, la imagen de Tommy que no puedo quitarme de la cabeza. Sea como sea, mis labios se entreabren.

El primer bocado es el paraíso. Tibio, suave, con un toque de romero. Me da de comer lentamente, con paciencia, pequeños bocados que no abrumarán mi estómago vacío. Su mano libre descansa en mi rodilla, el pulgar acariciando distraídamente la seda de mi falda mientras me observa con una intensidad que me hace estremecer.

—Buena chica —murmura cuando termino el pan, y un hormigueo de calor se extiende por mi vientre ante el elogio. Me odio por esa reacción.

Luego viene la sopa, completamente fría pero aun así deliciosa. Sostiene la cuchara con firmeza, sin temblar a pesar de la íntima

posición. Me siento humillada, alimentada como una niña, pero hay algo más en sus ojos. No es burla ni condescendencia, sino algo casi como… fascinación.

—¿Por qué? —pregunto entre bocados.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué es amable? Podría obligarme.

Su mano se aprieta en mi rodilla y mi pulso se acelera. —¿Dónde está la diversión en eso? Prefiero mucho más verte luchar entre el deseo de desafiarme y el de agradecerme. Tu cara es deliciosamente expresiva cuando estás en conflicto. —Ofrece otra cucharada—. Además, eres mi esposa. Cuidar de ti es mi responsabilidad ahora.

La palabra «responsabilidad» en sus labios suena como una promesa y una amenaza a la vez. Sigue dándome de comer: pequeñas porciones de todo, observando atentamente cualquier signo de malestar. Cuando mi estómago empieza a rebelarse contra el exceso de comida, se detiene inmediatamente.

—¿Mejor?

Asiento, incapaz de confiar en mi voz. Mi cuerpo se siente cálido y relajado, el temblor ha sido reemplazado por algo completamente distinto. La forma en que me cuida con tanto control, con una gentileza tan deliberada, hace que el calor se extienda por mis extremidades. Esta extraña mezcla de ternura y dominio hace que mi cabeza dé más vueltas de lo que el hambre jamás lo hizo.

Él levanta la mano y me aparta un mechón de pelo de la cara. El gesto es posesivo y tierno a la vez, una combinación que hace que sienta una punzada en la entrepierna. Sé que puede ver la respuesta de mi cuerpo: el rubor que se extiende por mi pecho, la forma en que ha cambiado mi respiración, porque sus ojos se oscurecen, siguiendo cada señal.

—Estás agotada —dice, aunque su voz se ha vuelto áspera—. Ven. Es hora de dormir.

El dormitorio parece más pequeño en la oscuridad, como si se encogiera hasta que puedo sentir su presencia con cada respiración.

Yazco rígida a su lado, intensamente consciente de cada sonido, de cada movimiento del colchón. Alessandro no me toca, pero puedo sentir el calor que irradia su cuerpo a escasos centímetros, el espacio entre nosotros cargado de electricidad. Me ha dado una de sus camisas para dormir, al parecer mi armario todavía no incluye ropa

de noche, y la tela lleva su aroma, esa colonia floral y almizclada mezclada con algo exclusivamente suyo.

—No estás respirando —observa, con voz queda en la oscuridad.

Me obligo a inhalar, pero el aire sale tembloroso. —Esto es… no puedo…

—Puedes. Y lo harás. —Su voz me envuelve como ataduras de seda—. Relájate, Frances. No voy a tocarte esta noche.

Ese nombre otra vez. Cada vez que lo dice, espero la acusación, que me exija quién soy en realidad. Emma. Mi nombre es Emma, y no soy nadie, una sirvienta que fregaba suelos hasta ayer.

—¿Entonces por qué?

—Porque eres mía. —Simple. Definitivo—. Y lo que es mío, permanece cerca.

Quiero discutir, enfurecerme contra la posesión en su voz, pero mi cuerpo me traiciona por completo ahora. La absoluta certeza en su tono hace que mi sexo se humedezca, de forma indeseada e innegable. Cuando habla, mi cuerpo responde como si ya me estuviera tocando, aunque mantiene esa cuidadosa distancia.

—Dime —dice tras un largo momento—, ¿qué te ha parecido tu primer día como una Rosetti?

—Creo que… —trago saliva—. Creo que ha construido una jaula muy hermosa.

Su risa es suave y peligrosa. —Todo matrimonio es una jaula, *cara mia*. La única pregunta es si aprendes a cantar en ella o te golpeas hasta sangrar contra los barrotes.

El colchón se mueve cuando se gira hacia mí. No puedo ver su rostro en la oscuridad, pero siento su atención como manos que se deslizan sobre mi piel.

Su voz se vuelve más grave. —No voy a hacerte daño, Frances. No a menos que me obligues.

«Por Tommy», pienso desesperadamente. «Estoy haciendo esto por Tommy». Pero ni siquiera ese recordatorio puede detener la forma en que mi cuerpo responde a la oscura promesa en su voz.

—Duérmete —murmura, y a pesar de todo, su voz tiene una cualidad hipnótica que hace que mis párpados pesen.

Pero incluso mientras el agotamiento me vence, soy hiperconsciente de cómo mi cuerpo reconoce su respiración, responde a su presencia con un calor que no puedo controlar. Por la

mañana, reconstruiré mis muros, encontraré nuevas formas de resistir.

Tumbada y rígida a su lado en la oscuridad, me doy cuenta de la verdad más aterradora de todas:

Cuando él se acerca un poco más, sin tocarme, pero lo suficiente para que yo sienta su calor, mi cuerpo traidor se mueve hacia él. Solo un centímetro. Quizá menos. Pero ambos lo sentimos, la atracción magnética que no puedo controlar. La seda de su camisa contra mi piel de repente se siente como fuego, y sé que puede sentir cada latido acelerado de mi corazón, cada respiración superficial.

—Ahí está —murmura, con la satisfacción impregnando cada palabra—. Mi verdadera esposa.

La peor parte no es que tenga razón.

Es que mi cuerpo palpita de calor al haber sido descubierta.

5 - Alessandro

Tres días desde que la reclamé en esa capilla. Tres días en los que su cuerpo aprende a arquearse hacia el mío, aunque su mente se rebele. Tres días de un aislamiento de luna de miel que termina esta noche.

El vestido azul que elegí se ciñe a cada una de sus curvas mientras la observo prepararse para su primera cena familiar. Mi familia nos dio privacidad, una cortesía para los recién casados, pero la cena del domingo es ley. Incluso para un matrimonio basado en mentiras que empiezo a sospechar que son más profundas que un simple nerviosismo.

—Respira —murmuro contra su oreja, dejando que mis labios rocen el pabellón—. Pueden oler el miedo.

Endereza la espalda, levantando esa barbilla terca de una forma que me provoca morderla. El comedor se extiende ante nosotros, la mesa de caoba puesta para ocho, las copas de cristal relucen como armas a la luz de las velas. La habitación apesta a madera vieja y a sangre aún más antigua, a cada celebración familiar y ejecución que tuvo lugar entre estas paredes.

Mi mano descansa posesivamente en la parte baja de su espalda mientras entramos, sintiendo el fino temblor que recorre su cuerpo. Bien. Debería estar nerviosa por conocer a mi familia.

Marco es el primero en entrar con Valentina, su presencia llena la habitación como el humo. Mi hermano asiente una vez, sus ojos siguen a mi esposa con el cálculo de un hombre que mide todo en términos de ganancias y pérdidas.

—Bienvenida de nuevo —dice, tomándole la mano y besándole ambas mejillas en un saludo formal.

Supera la presentación con una gracia sorprendente, aunque siento su pulso acelerado donde mi pulgar acaricia su muñeca. Dante y Ana llegan después, mi hermano mudo hace una seña que provoca que Ana sonría con dulzura. Sostiene a su hija Antonia, los ojos oscuros de la bebé están alerta a pesar de lo avanzado de la hora.

—Los hombres Rosetti no son tan malos como parecen —le dice Ana a mi esposa, con una genuina calidez en su voz—. Uno termina por encariñarse con ellos.

Luca y Faith entran, los ojos pálidos de mi hermano se encuentran con los míos con una diversión tácita. La mano de Faith descansa sobre su vientre hinchado, de seis meses, y parece que ha salido de una clase de catecismo en lugar de haber entrado en el comedor de la mafia.

—La más reciente señora Rosetti —dice Luca con voz arrastrada, rodeándonos con un interés depredador—. Qué delicia.

Nico aparece en el umbral, firme incluso con ropa de civil, el soldado que siempre será. Luego, Sofia entra deslizándose, una perfección rubia envuelta en seda color crema, su sonrisa tan afilada como la cuchilla que sé que lleva.

Cada presentación familiar tiene su peso, establece la jerarquía, y siento que mi orgullo posesivo crece a medida que le presento a mi esposa a cada uno de ellos. «Mi esposa», digo con cada presentación, las palabras como una declaración de propiedad en mi lengua.

Se suponía que esto sería sencillo. Un acuerdo de negocios. Pero al verla sortear sus miradas calculadoras, algo salvaje me araña el pecho.

—Estamos tan emocionados de que Alessandro por fin sentara cabeza —arrulla Sofia, lanzando besos al aire con precisión—. Empezábamos a preocuparnos de que moriría solo, rodeado de sus relojes.

—Bueno, bueno —digo, guiando a mi esposa a su silla—. No hay necesidad de compartir todos mis secretos en su primera cena familiar.

La silla que le corro está a mi derecha, lo suficientemente cerca para poder tocarla cuando quiera. Lo suficientemente cerca para que todos sepan que es mía. La familia toma sus asientos; años de jerarquía determinan la distribución.

—Nos mantuvimos alejados para darles tiempo a ambos —dice Marco, desdoblando su servilleta con movimientos precisos—. Pero Dante y Ana están considerando buscar su propio lugar pronto de todos modos.

Dante hace una seña, y Ana traduce mientras acomoda a Antonia en su regazo: —Quiere decir que queremos más privacidad con la bebé.

—Comprensible —respondo, mi mano encuentra el muslo de mi esposa bajo la mesa. Ella da un pequeño respingo y luego se obliga a quedarse quieta—. Aunque los extrañaremos.

La conversación gira brevemente hacia los negocios. El informe de Marco de esta mañana incluía noticias preocupantes: movimientos de barcos de los Volkov en nuestras rutas del norte. Los rusos han estado callados durante más de una década, desde que Luca mató a uno de los hijos de Viktor Volkov durante esa reunión con los Moretti que se convirtió en masacre. Pero callados no es lo mismo que desaparecidos. Sofia todavía se estremece cada vez que alguien menciona esa noche, aunque afirma no recordar los detalles.

—¿Y la situación con los Volkov? —pregunta Nico, y la copa de vino de Sofia tintinea contra su plato. Todos fingen no darse cuenta —. Nuestras fuentes dicen que Alexei ha estado haciendo averiguaciones. Preguntando por viejos asuntos. La masacre de los Moretti.

Es el turno de Ana de estremecerse ante la mención de la noche en que murió su padre, y la pequeña Antonia empieza a llorar.

—Eso fue hace once años —dice Marco con sequedad—. Mikhail Volkov está muerto y enterrado.

—Su hermano no —la mandíbula de Nico se tensa—. Y los rusos tienen buena memoria.

Llega el primer plato, una sopa elegante que, según insiste María, impresionará. Mi esposa sostiene la cuchara con cuidadosa precisión, pero noto su ligera dificultad con la etiqueta formal, la forma en que mira a Ana por el rabillo del ojo para copiar la manera correcta. Su perfume cambia cuando está nerviosa. La vainilla se vuelve penetrante, metálica.

—Y bien —empieza Sofia, haciendo girar su copa de vino con deliberada despreocupación—, cuéntanos sobre Suiza. Esos internados para señoritas deben de ser fascinantes.

Mi esposa se queda helada por un instante antes de recuperarse. —Fue… educativo.

—Me lo imagino —la sonrisa de Sofia no llega a sus ojos—. ¿A cuál asististe? ¿Le Rosey? ¿Aiglon?

—Era muy exclusivo. Valoraban la privacidad por encima de todo.

Marco la salva sin querer, desviando la conversación hacia los negocios. —Las patentes de tecnología de los Hewson son

exactamente lo que necesitamos para modernizar las operaciones. El territorio digital es el futuro.

—Suponiendo que la familia cumpla lo prometido —añade Luca, observándola con esos inquietantes ojos pálidos.

—Lo harán —digo con firmeza, mi agarre se tensa en su muslo—. ¿Verdad, *cara mia*?

Ella asiente, pero permanece en silencio, sus labios apretados en una fina línea. Puedo sentirla temblar bajo mi mano; la pregunta está claramente más allá de su conocimiento.

—Estoy seguro de que los Hewson cumplirán sus acuerdos —dice Marco, llenando la incómoda pausa—. Comprenden las consecuencias de fallarnos.

—Qué maravilla —ronronea Sofia, inclinándose hacia delante—. Aunque debo decir que tu etiqueta es bastante… peculiar. ¿Te enseñaron esa forma particular de manejar los platos en Suiza? Pareces tener dificultades con el orden formal.

Las palabras quedan suspendidas en el aire como una cuchilla. Observo los dedos de mi esposa aferrarse a su servilleta, su problema con la etiqueta ahora queda en evidencia para que todos lo vean. A nuestro alrededor, la familia se queda quieta, todos reconociendo la indagación de Sofia por lo que es: un interrogatorio.

—¿Qué estás insinuando exactamente? —mi voz baja hasta convertirse en un gruñido.

Los ojos de Sofia se abren con falsa inocencia. —Nada en absoluto. Simplemente tengo curiosidad sobre su procedencia. Parece tan… diferente de lo que esperábamos. La forma en que se comporta, no es exactamente de un internado para señoritas, ¿o sí?

Mi esposa abre la boca, tal vez para defenderse, tal vez para confesar, pero yo ya estoy en movimiento.

Elijo la pared junto a la cabeza de Sofia con precisión. Lo suficientemente cerca para dejar claro mi punto, lo suficientemente controlado para demostrar que elijo mi violencia con cuidado. Mi puño impacta contra el mármol y el crujido resuena por toda la habitación. El dolor explota en mis nudillos mientras se abren contra la piedra; la sangre brota de inmediato de la piel desgarrada.

—La próxima persona que cuestione a mi esposa no recibirá una advertencia —dejo que la sangre gotee sobre el mantel blanco, cada gota una promesa—. Ahora es una Rosetti. Eso significa que está bajo

mi protección. Quien lo olvide me responderá a mí. He disuelto a hombres en ácido por menos de lo que acabas de insinuar.

Sofia ni siquiera se inmuta, solo se recuesta con una sonrisa de satisfacción dibujada en los labios. Consiguió exactamente lo que quería: la prueba de que he perdido el control por esta mujer.

—Alessandro —la voz de Marco atraviesa la tensión—. Basta.

Flexiono mi mano ensangrentada, sintiendo el escozor de la piel abierta. Mis nudillos palpitan al ritmo de mi corazón, cada latido me recuerda lo que haré por ella. El dolor me ancla, me recuerda por qué estoy haciendo esto. Mi esposa está sentada, congelada a mi lado, mirando la sangre de mis nudillos con algo que no es exactamente miedo. Sus pupilas están dilatadas, su respiración se acelera.

—Mis disculpas —dice Sofia dulcemente, aunque su sonrisa de satisfacción se amplía—. No pretendía molestar a nadie. Simplemente soy protectora con nuestra familia.

—Tu protección no es necesaria —gruño, acercando a mi esposa con mi mano ilesa—. No para ella.

Luca se ríe, suave e inquietante. —Qué fascinante. Nuestro Alessandro, preocupándose de verdad por alguien que no sea él mismo. Partiéndose los nudillos contra una pared como un idiota enamorado.

—Cuidado, hermano.

Levanta las manos en una falsa rendición, pero sus ojos pálidos siguen la forma en que mi esposa se apoya inconscientemente en mi contacto, a pesar de presenciar mi violencia protectora. Toda la mesa nos observa ahora, evaluando esta inesperada demostración de sangre derramada en su defensa.

Ver su miedo hace que algo se quiebre en mi pecho. No porque tenga miedo. El miedo es natural en mi mundo. Sino porque quiero ser la excepción. La única persona hacia la que corra, no de la que huya.

Faith rompe el silencio con su voz suave: —¿Quizás deberíamos continuar la cena? El segundo plato se está enfriando.

Pero ya he terminado con las apariencias. Terminado de dejar que la rodeen como lobos buscando una debilidad. —Nos vamos.

—Alessandro —habla Valentina por primera vez, su mente estratégica siempre trabajando—. Irte ahora la hace parecer débil.

Tiene razón, y odio que la tenga. Vuelvo a sentarme, acercando la silla de mi esposa a la mía en el proceso. Mis nudillos

ensangrentados dejan manchas rojas en el mantel blanco mientras alcanzo mi copa de vino con la mano herida, dejando que todos vean el daño.

—Entonces nos quedamos —anuncio—. Pero el interrogatorio se acaba ahora.

El resto de la cena transcurre en un silencio tenso, salpicado solo por el tintineo de los cubiertos y una conversación trivial y forzada. Mi mano palpita, la sangre aún mana lentamente, pero no la atiendo. Que vean lo que pasa cuando alguien amenaza lo que es mío.

Mi esposa se disculpa para ir al baño después del postre. La veo marcharse, notando el ligero vaivén en su caminar, la forma en que se agarra al marco de la puerta para apoyarse. La velada le ha pasado factura.

Sofia se levanta como una víbora rubia. —Voy a ver cómo está.

Antes de que pueda detenerla, se ha ido. La sangre se me hiela. Sé lo que mi hermana hace mejor: identificar la debilidad y explotarla. Marco elige ese momento para exigir mi atención sobre un problema con un envío, pero mi concentración permanece en la puerta de ese baño.

Cuando no puedo esperar ni un segundo más, me pongo de pie y sigo a las dos mujeres por el pasillo. Sus voces flotan desde la vuelta de la esquina.

—Mi hermano no te ama —dice Sofia—. Él no sabe amar. Pero ha decidido que eres suya, y eso es en realidad peor. ¿Entiendes lo que eso significa?

Imagino las manos de mi esposa aferrándose al mármol para sostenerse, en silencio.

—Alessandro mata a la gente que mira mal sus posesiones. Un hombre tocó una vez su reloj favorito en una fiesta. Encontraron trozos de él en tres estados diferentes. ¿Y tú? Tú eres su posesión más preciada ahora.

—Intentas asustarme.

—Intento advertirte. Hay una diferencia. Cuando descubra lo que escondes, y lo hará, su amor no te salvará. Lo empeorará. La traición lo volverá loco.

—No escondo nada.

La risa cómplice de Sofia. —Tienes las pupilas dilatadas. Tu pulso es visible desde aquí. Estás aterrorizada, pero no solo de él. Estás

aterrorizada de que descubra lo que sea que estás escondiendo. Quizás yo lo descubra primero.

La puerta del baño se abre y mi esposa sale, pálida pero serena, con Sofia siguiéndola con esa misma sonrisa de satisfacción.

De vuelta en nuestra habitación, finalmente me ocupo de mis nudillos ensangrentados en el lavabo del baño. El agua corre rosada, luego clara. Frances merodea en el umbral, todavía con ese vestido azul que me ha estado volviendo loco toda la noche.

—Ven aquí —digo sin levantar la vista.

Se acerca lentamente, cada paso medido como si caminara por un campo de minas. Me seco las manos con cuidado, luego le tomo la barbilla entre los dedos, inclinando su rostro para examinarlo a la luz.

—¿Te molestó Sofia? —la pregunta sale suave, pero ambos escuchamos la amenaza que subyace.

—Fue… informativa.

—Informativa —paso el pulgar por su pómulo, examinando su rostro en busca de signos de angustia—. ¿Y qué información compartió mi querida hermana?

Intenta apartar la mirada, pero la mantengo firme, examinando cada detalle. La forma en que su lápiz labial se ha desvanecido, dejando su boca desnuda y rosada. La pequeña cicatriz en su sien que intenta ocultar con maquillaje. La forma en que sus pupilas se dilatan más cuando me acerco.

Esto es un inconveniente. He tenido cientos de mujeres: rubias, morenas, pelirrojas, todas ansiosas, todas dispuestas, todas aburridas después de una semana. Pero esta, que se estremece con su propio nombre y maneja el cristal como si temiera que se rompiera, me está dando curiosidad. Y la curiosidad siempre ha sido mi debilidad, justo después de las mujeres hermosas y el whisky caro.

—Sofia dijo que matas a la gente que toca tus cosas —susurra.

—Cierto —dejo que mi mano se deslice hasta su garganta, sintiendo su pulso martillear contra mi palma—. ¿Eso te asusta?

—Sí.

—¿Pero no lo suficiente como para huir?

Su lengua se desliza para humedecer sus labios, y mi verga se agita ante el gesto inconsciente. —¿A dónde podría huir? Soy tu esposa.

Las palabras envían calor por mis venas. La acorralo contra el mueble del baño, enjaulándola con mi cuerpo. Mis nudillos ensangrentados palpitan, pero el dolor solo agudiza mi concentración en ella.

—Lo eres —confirmo, mi voz baja a un tono más oscuro.

Ella mira mis nudillos ensangrentados, luego mi rostro. La peligrosa intimidad entre nosotros se espesa como el humo. Su cuerpo se balancea hacia el mío involuntariamente, atraído por la misma fuerza magnética que siento.

—Te abriste la mano defendiéndome de tu propia hermana —su voz denota asombro.

—Me abriría más que eso, *piccola bugiarda* —el italiano se me escapa sin querer. Pequeña mentirosa. Porque está mintiendo sobre algo, y ambos lo sabemos—. Sofia necesita aprender que eres intocable. Todos ellos.

Contiene el aliento. —¿Por qué te importa tanto? Esto es solo un acuerdo de negocios.

Sonrío, lento y peligroso, todavía examinando su rostro en busca de cada señal. —¿Lo es? Entonces, ¿por qué tienes las pupilas dilatadas? ¿Por qué tu pulso está acelerado? ¿Por qué sigues mirando mi boca?

No responde, pero su cuerpo me lo dice todo. La forma en que se arquea ligeramente, buscando más contacto. La forma en que sus manos suben para apoyarse en mi pecho, sin apartarme, solo tocando.

—La próxima vez que alguien te cuestione —murmuro contra su oreja, dejando que mis nudillos ensangrentados rocen su garganta—, no me detendré en la pared.

La promesa queda suspendida entre nosotros, oscura y absoluta. Ella se estremece, y sé que no es del todo por miedo.

6 - Emma

La mujer en el espejo no soy yo.

Viste seda que jamás podría permitirme en toda una vida de limpiar pisos, diamantes que habrían mantenido a Tommy a salvo. Cuando me giro, la tela susurra contra una piel que está aprendiendo a desear cosas que no debería: el calor de la mirada de mi marido, el peso de sus manos, la oscura promesa en su voz cuando me llama suya.

—Perfecta —dice Alessandro detrás de mí, y veo su reflejo acercarse en el espejo, siento sus manos posarse posesivamente en mi cintura. Su colonia me envuelve como cadenas invisibles—. Pero necesita más. Mucho más.

La cena familiar donde Sofía expuso mi insuficiencia fue apenas anoche, donde el puñetazo de Alessandro a la pared hizo que mi cuerpo me traicionara con deseo. Un día viéndome usar el mismo vestuario lleno de vestidos, con sus ojos calculando algo que temo comprender.

—Esta ropa ya es...

—Inadecuada. —Su pulgar traza círculos en mi cadera a través de la seda, haciendo que mi pulso se acelere a mi pesar. El calor de su palma quema a través de la fina tela como una marca—. María eligió mal. Esto la hace parecer una niña jugando a disfrazarse. Tenemos una cita en Celeste's en una hora.

Lo que él no sabe es que soy una niña jugando a disfrazarse. No podría haber dado con una descripción más perfecta, aunque difícilmente puedo admitirlo.

La mujer en el espejo, Frances Rosetti, quienquiera que sea, asiente obedientemente mientras Emma grita dentro de la jaula de su piel. He aprendido esto sobre Alessandro en cuatro días de matrimonio: su gentileza es solo terciopelo envolviendo acero. Cuando me guía fuera de la habitación, su mano nunca abandona mi espalda, y resisto el impulso de apoyarme en su contacto. La traición de mi cuerpo se vuelve más difícil de combatir cada día.

—No necesito…

—Lo que necesita —interrumpe, con voz suave pero terminante—, es parecer una Rosetti. El vestido azul de ayer fue aceptable para la cena familiar. Hoy, arreglaremos el resto.

No hay lugar para la discusión en su tono.

Dos sirvientas ríen en el pasillo, enderezándose de inmediato cuando ven a Alessandro. Una se muerde el labio, la otra se sonroja. —Señor Rosetti —dicen a coro, y él les guiña un ojo al pasar, haciendo que una incluso suelte un gritito. Ni siquiera hace una pausa en su conversación conmigo; para él esto es tan natural como respirar.

Cuando llegamos al auto, con su chófer ya esperando, la mano de Alessandro se desliza más abajo por mi espalda, sus dedos extendiéndose posesivamente. El contacto envía un calor no deseado a través de mis extremidades, mi cuerpo reconociendo a su dueño incluso mientras mi mente se rebela.

—Sabe, la mayoría de las mujeres matarían por estar en su posición —me dice en el auto—. Bueno, no literalmente; eso es más de mi departamento. Pero me mira como si estuviera planeando mi funeral. Es extrañamente encantador.

No tengo palabras, así que me quedo en silencio y miro el paisaje pasar, esperando llegar a la tienda. Y cuando lo hacemos, casi no la veo.

La boutique en Michigan Avenue ni siquiera tiene un letrero, solo puertas de cristal que reflejan la luz de la mañana como una promesa de transformación que no quiero. El chófer de Alessandro nos abre la puerta e inmediatamente los veo: fotógrafos al otro lado de la calle, con las cámaras listas, buitres rodeando la carne fresca.

—No se preocupe por ellos —murmura Alessandro, su agarre en mi cintura se tensa mientras me atrae contra su costado. El sólido calor de su cuerpo me hace sentir más segura de lo que debería—. El último fotógrafo que se acercó demasiado a una esposa Rosetti desapareció. Ellos lo recuerdan.

La mención casual de la violencia hace que se me hiele la sangre incluso cuando su proximidad la hace arder.

Adentro, el aire huele a rosas, nada que ver con el abrillantador de limón y el polvo de mi vida anterior. Una mujer de unos cuarenta años se desliza hacia nosotros, su sonrisa lo suficientemente brillante

como para cegar, sus tacones resonando contra el mármol que una vez habría estado fregando.

—Señor Rosetti, qué placer tan absoluto. Soy Vivian. Hemos cerrado toda la tienda para su cita, como lo solicitó. —Sus ojos se posan en mí, evaluándolo todo, desde mi vestido sencillo hasta mis manos nerviosas—. Y esta debe ser la nueva señora Rosetti. Qué maravilla conocerla por fin.

El nombre me duele. Señora Rosetti. Eso es lo que soy ahora, la única identidad que importa in este mundo de seda y sangre.

—Oh, despejamos nuestra agenda inmediatamente cuando nos enteramos —continúa Vivian, pero luego capta la mirada aguda de Alessandro y se calla—. Es decir… nos sentimos honrados de servir a la familia Rosetti.

—¿Champán? —Otra mujer aparece con copas de cristal en una bandeja de plata.

—Mi esposa prefiere concentrarse —dice Alessandro, despidiéndola con un gesto. Su tarjeta de crédito negra aparece en su mano como por arte de magia y se la entrega a Vivian con una autoridad despreocupada. Sin límite, dicen sus ojos. Lo que sea necesario—. Necesitaremos de todo. Ropa de día, de noche, lencería. —Sus ojos se encuentran con los míos en esa última palabra, oscuros y llenos de promesas—. Necesita un vestuario completo.

—Por supuesto. Tenemos reservadas las últimas colecciones de París y Milán. ¿Me siguen, por favor?

El salón privado tiene espejos en tres paredes, ningún lugar donde esconderse de mi transformación, y un diván de terciopelo en el que Alessandro se hunde como un rey reclamando su trono. Me quedo de pie en el centro, sintiéndome expuesta a pesar de estar completamente vestida, mientras las asistentes de Vivian traen un perchero tras otro de ropa.

—Empecemos con la ropa de día —dice Alessandro, sin apartar los ojos de mí. El peso de su mirada hace que se me erice la piel—. Algo que la haga parecer inocente.

Inocente. Como si pudiera volver a serlo, parada aquí fingiendo ser Frances mientras mi cuerpo aprende a desear al hombre que me posee.

Observo a Alessandro acomodarse más profundamente en el diván de terciopelo, su postura relajada pero sus ojos agudos, siguiendo cada movimiento mientras Vivian muestra un vestido tras

otro. Descarta la mayoría con un leve movimiento de cabeza, seleccionando otros con un dedo levantado. Nunca me pregunta mi opinión. Nunca mira las etiquetas de precio. Cada selección se siente como otra mentira, otro paso lejos de Emma.

—Este verde complementaría… —empiezo, tratando de afirmar algo de control sobre en quién me estoy convirtiendo.

—El azul —me interrumpe suavemente, sin siquiera mirar el verde—. Confíe en mí, *cara*. Sé lo que le sienta bien a mi esposa.

El pronombre posesivo hace que algo aletee en mi pecho.

El primer atuendo es un vestido azul pálido de una tela tan fina que se siente ingrávida contra mi piel. Vivian me ayuda a ponérmelo en el probador, sus manos eficientes y frías. La seda se desliza contra mi piel como agua fresca, demasiado fina, demasiado suave, nada que ver con el áspero algodón de mi uniforme de sirvienta.

Cuando salgo, los ojos de Alessandro se oscurecen, recorriendo desde mi garganta hasta el dobladillo con una intensidad que hace arder mi piel. El aire acondicionado de la boutique me pone la piel de gallina en los brazos, pero su mirada se siente como fuego, como si me desnudara a pesar de la costosa tela que me cubre.

—Gire —ordena en voz baja.

Lo hago, sintiendo su mirada como manos sobre mi cuerpo, tocando sin tocar, reclamando sin contacto. En los tres espejos, lo observo observarme, veo la satisfacción que se extiende por su rostro como un hombre que admira una compra con la que está particularmente complacido. Se sienta allí como un rey y yo solo soy otro territorio por reclamar. Mi cuerpo responde a su atención en contra de mi voluntad, el calor se acumula en la parte baja de mi vientre, mis pezones se endurecen bajo la seda.

—Perfecto. Nos lo llevamos. Ahora el traje blanco.

Y así continúa. Un atuendo tras otro, cada uno más caro que el anterior. Me convierto en una muñeca para que él la vista, quedándome quieta mientras Vivian ajusta dobladillos y endereza cuellos. Cuando pronuncio mal el nombre de un diseñador y Vivian me corrige amablemente, levanto la vista, pero Alessandro no parece darse cuenta.

—El rojo —sugiere Vivian, sosteniendo un vestido que parece rubíes líquidos, como sangre transformada en seda.

—Sí —dice Alessandro de inmediato, con la voz más áspera—. Ese.

El vestido se ciñe a cada curva, la seda tan fina que se siente como vestir el pecado mismo. Cuando salgo, sus nudillos se ponen blancos donde se aferra al brazo del diván. El hambre en sus ojos me corta la respiración, mi cuerpo respondiendo con un calor vergonzoso. La forma en que dice "perfecto" me provoca un hormigueo entre los muslos.

—Cristo —suspira, y su voz se ha vuelto oscura por el deseo—. Ese vestido me da ganas de pecar.

El calor inunda mis mejillas, mi cuerpo respondiendo al hambre en su voz a pesar de todo: a pesar de la jaula, a pesar de las mentiras, a pesar de que ni siquiera soy la mujer con la que cree que se casó. Cuando nuestras miradas se encuentran en el espejo, ambos nos quedamos helados, atrapados en un deseo mutuo que me aterroriza. Aprieto los muslos, tratando de aliviar el dolor que sus palabras crean, pero el movimiento solo lo empeora.

—Está aprendiendo —murmura, con la voz oscura por la aprobación—. Las niñas buenas obtienen recompensas. Las niñas malas… —Su pausa hace que mi sangre se hiele y arda a la vez—. Las niñas malas obtienen algo completamente diferente.

La promesa en su voz hace que mi sexo se contraiga con una necesidad que odio sentir.

—Ahora las joyas —dice, y Vivian saca cajas de terciopelo como si hubiera estado esperando este momento.

Alessandro se levanta de su trono por primera vez, acercándose a mí con un collar de diamantes que atrapa la luz como estrellas atrapadas. Este único collar podría haberlo cambiado todo para mí. Podría haberme ahorrado la vida de sirvienta, haberle dado esperanza a mi madre, haber mantenido a Tommy fuera de la cárcel. Pero esas oportunidades ya no existen, disueltas como mi identidad.

Sus dedos rozan mi garganta mientras lo abrocha, encontrando el punto de mi pulso con una precisión inquietante. Sé que siente cómo mi corazón se acelera con su contacto. Su aliento roza mi cuello, y me inclino hacia atrás, buscando más contacto antes de contenerme.

—¿Está nerviosa, Frances? —murmura contra mi oído, y su pulgar presiona contra mi pulso, sintiendo la evidencia de lo que me provoca.

Ese nombre. Cada vez que lo dice, recuerdo que estoy viviendo una mentira que me matará si la descubren. Que matará a Tommy. Eso me devuelve algo de compostura.

—Simplemente emocionada por la ropa nueva —digo con calma, alejándome de él para poder respirar adecuadamente.

Entro al probador y cierro las puertas detrás de mí, aunque no tengo ninguna razón para estar aquí. Vuelvo a llevar mi vestido azul original y estoy envuelta en un collar de diamantes, pero necesito alejarme de ese hombre.

Pero las paredes del probador se sienten como si se estuvieran cerrando. A través de la puerta entreabierta (porque la privacidad ya no es un derecho que tenga), sé que Alessandro observa. Mi cuerpo se calienta bajo su mirada distante, comenzando a desear su atención de maneras que me aterrorizan.

La mujer del espejo ya no es Emma. Ni siquiera la Frances de mentira. Es algo completamente diferente, algo creado por el dinero y el deseo de Alessandro, moldeado por sus preferencias como la arcilla en manos de un artista.

Afuera, oigo a Alessandro discutir los arreglos de envío con Vivian. Docenas de cajas, cientos de miles de dólares, todo para transformarme en su posesión perfecta. Mi respiración se vuelve más rápida, más corta.

¿Quién soy?

La pregunta me roba el aliento. No soy Emma la sirvienta; ella se ha ido, borrada por documentos de matrimonio y ropa de diseñador. No soy Frances Hewson; ella nunca existió en mi cuerpo. Solo soy... suya. Su creación. Su posesión.

Miro a esta extraña cara que lleva mi rostro, y algo dentro de mí se disuelve. Presiono la palma de mi mano contra el espejo, tratando de alcanzar a la sirvienta atrapada detrás del cristal, pero ya se está desvaneciendo, ya se está convirtiendo en un fantasma.

—¿Señora Rosetti? —dice la voz de Vivian a través de la puerta—. Su esposo la está esperando.

Su esposo. Las palabras hacen que la habitación se sienta aún más pequeña, el aire más difícil de respirar. Me estoy ahogando en lujo, sofocándome con seda y diamantes. Estoy empezando a entender la verdadera trampa: no es la mansión ni la ropa ni siquiera las puertas cerradas. Es cómo mi cuerpo traicionero está empezando a desear su atención, cómo mi piel arde por su contacto incluso cuando mi mente grita peligro.

Me miro una vez más, a esta extraña cara que lleva mi rostro, y tomo una decisión nacida del pánico puro.

Necesito desaparecer. No para volver a ser Emma. No para interpretar a Frances. Simplemente... irme. Me doy cuenta con una claridad cristalina: preferiría no ser nadie que esta ficción brillante que él está creando. Tengo que huir antes de desaparecer por completo en la señora Alessandro Rosetti.

Mis manos torpes forcejean con el broche del collar de diamantes y luego lo arrojo al suelo y me escabullo por la cortina trasera del probador que da al almacén, y luego salgo por la primera puerta que veo.

El callejón detrás de Celeste's huele a basura. Mis tacones resuenan sobre el concreto mientras corro, sin plan, sin destino, solo la necesidad desesperada de escapar.

Tres cuadras. Es todo lo que logro antes de oír su voz.

—Frances.

No lo grita. No con ira. Solo lo dice con esa autoridad tranquila que hace que la gente se detenga en seco, que hace que mi cuerpo responda antes de que mi mente pueda objetar. Sigo corriendo, pero mi cuerpo ya me está traicionando, disminuyendo la velocidad sin mi permiso.

Sus dedos se envuelven en mi brazo, firmes pero cuidadosos, como si estuviera atrapando algo precioso que podría romperse. El cuidado en su toque me confunde más de lo que lo haría la fuerza. Cuando me gira para que lo enfrente, estoy preparada para la furia. En cambio, encuentro algo peor: dolor parpadeando en esos ojos verdes, una confusión genuina mezclada con algo que casi parece preocupación.

Mi cuerpo reconoce su tacto antes de que mi mente lo procese, inclinándose hacia su calor incluso cuando quiero alejarme. Esta traición duele más que nada: mi propia piel eligiéndolo a él sobre la libertad.

—¿A dónde va? —pregunta suavemente, su pulgar acariciando el interior de mi muñeca donde mi pulso martillea.

—Lejos. A cualquier parte. No puedo... —Mi voz se quiebra—. No puedo hacer esto.

—¿Hacer qué?

—Ser quien sea que esté tratando de convertirme con esa ropa y esas joyas. No soy nadie, ¿no lo entiende? Nadie. —Las palabras salen a borbotones, peligrosas y verdaderas.

Estudia mi rostro. Su pulgar roza mi mejilla, atrapando una lágrima que no sabía que había caído, y la gentileza lo empeora todo.

—No tiene a dónde más ir —dice, y no es cruel. Es solo la verdad. Devastadoramente, horriblemente cierto.

—Eso no es… —empiezo, pero me interrumpe con un movimiento de cabeza.

—¿Dónde dormiría esta noche? Sus padres no la aceptarán de vuelta. Fue criada para casarse, y nunca me divorciaré de usted, así que, ¿qué más haría? —Cada pregunta aterriza con fuerza—. Ahora es la señora Alessandro Rosetti. Eso es quien es usted. La única identidad que importa.

Me burlo. No fui criada para casarme, fui criada para servir. Pero con él, hay poca diferencia.

—Vuelva —dice, y no es exactamente una orden—. Permítame cuidarla.

La lucha se desvanece de mi cuerpo. Me toma de la mano, atrapada pero con suavidad, y me guía de regreso hacia Michigan Avenue. De regreso a la boutique. De regreso a ser Frances.

—Esos fotógrafos al otro lado de la calle —dice en voz baja—, nos están observando ahora mismo. Preguntándose por qué Alessandro Rosetti está de pie en una acera con su novia fugitiva. Mañana, las fotos estarán en todas partes. La princesa Hewson que intentó escapar de su marido Rosetti. —Sus ojos buscan los míos—. ¿Es eso lo que quiere? ¿Humillarnos a ambos?

—No. —La palabra sale rota—. No quiero hacerle daño.

Algo parpadea en su rostro: sorpresa, tal vez. Como si no esperara que me importaran sus sentimientos en este matrimonio arreglado construido sobre mentiras.

—Entonces entre. Póngase la ropa hermosa. Interprete el papel. —Su voz baja aún más—. Deje de luchar contra lo que no puede cambiar.

Tiene razón. Esta verdad rompe lo que queda de mi resistencia. No tengo otro lugar a donde ir, ninguna otra vida esperándome. La puerta de la jaula está abierta, pero no hay nada más allá que el espacio vacío donde solía existir Emma.

7 - Alessandro

—Quiero dejar claro nuestro acuerdo.

No miro a mi esposa mientras el Bentley se desliza por la Gold Coast de Chicago hacia la finca Marchetti. Ella está pegada a la puerta opuesta, tan lejos de mí como los asientos de piel se lo permiten, con la mirada fija en las luces de la ciudad como si contuvieran secretos que intentara descifrar.

—Llevarás mi anillo. Portarás mi apellido. Estarás a mi lado en eventos como el de esta noche. —Me ajusto los gemelos y el escudo de los Rosetti refleja las luces de la calle—. Pero ahí termina todo. Yo no elegí este matrimonio y no voy a fingir lo contrario. Seré discreto, por supuesto, pero no esperes fidelidad de un hombre que fue obligado a ir al altar.

Se gira ligeramente y alcanzo a ver su perfil: facciones delicadas. La quietud estudiada de sus manos.

—Entiendo —dice en voz baja. Sin lágrimas, sin protestas, sin exigir saber mis intenciones. Solo aceptación.

Me irrita por razones que no puedo nombrar.

—Los Marchetti son viejos aliados de la familia —continúo, con la necesidad de llenar el silencio—. Finge ser la esposa devota durante unas horas. Sonríe, no hables a menos que te hablen e intenta no hacer el ridículo. Ni hacérmelo a mí.

—Por supuesto.

Dos palabras, tan neutras como el agua, y aun así hacen que apriete la mandíbula. Todas las demás mujeres que he conocido ya estarían rabiando, llorando o intentando seducirme para que cediera. Pero Frances… se limita a aceptar. Como si no esperara nada más.

—Aunque si quisieras negociar derechos exclusivos —añado, incapaz de contenerme—, estoy dispuesto a escuchar tu… propuesta. Me han dicho que valgo la inversión.

Ni siquiera esboza una sonrisa.

El Bentley se detiene frente a la mansión Marchetti y yo salgo primero para rodearlo y ofrecerle mi mano. Es pura actuación, pero

cuando sus dedos se deslizan en los míos, siento una sacudida de algo eléctrico. Lleva puesto el vestido que envié a su suite: de seda negra que se amolda a su cuerpo como una sombra líquida, con un escote que revela lo justo para ser respetable, pero que insinúa más. El vestido costó más de lo que la mayoría de la gente gana en un año, elegido para marcarla como mía, como propiedad de los Rosetti.

Lo que no esperaba era cómo se le vería puesto.

Frances Hewson debería llevarlo como una armadura, como la princesa con derechos que es. Pero mi esposa lo lleva como… como si estuviera interpretando un papel. Como si la seda fuera un disfraz con el que no se siente del todo cómoda. Desciende del auto con pasos cuidadosos, no con la zancada segura de alguien nacido en la opulencia, sino con el ritmo medido de quien teme dañar algo que no le pertenece.

Interesante.

—¡Alessandro! —La voz de Vivienne corta el aire nocturno como un chirrido—. Qué maravilloso verte.

Mi examante se desliza hacia nosotros en un vestido de seda rojo que no deja nada a la imaginación, sus manos se posan de inmediato en mi pecho con un gesto posesivo que perfeccionó durante nuestro acuerdo de dos años. Un acuerdo que terminó hace tres meses, aunque ella parece decidida a olvidar ese detalle.

Durante dos años jugamos nuestro juego. Ella abandonaba la cama de su marido para venir a la mía, todavía llevando las joyas que él le había comprado. Me gustaba la ironía. A ella le gustaba el peligro. Al final, ambos nos aburrimos; solo que ella aún no lo ha aceptado.

—Vivienne. —No retrocedo, pero tampoco la aliento. Que Frances vea con qué clase de hombre se ha casado—. Te acuerdas de mi esposa.

Los ojos verdes de Vivienne recorren a Frances como si estuviera coleccionando defectos. —Claro. La novia sonrojada. Qué… dulce. —No quita las manos de mi pecho—. Justo le decía a Bianca que Alessandro siempre prefirió a las mujeres con experiencia. Pero supongo que los matrimonios arreglados no se tratan de preferencias, ¿verdad?

Espero que Frances se estremezca, que reaccione con celos o dolor. En cambio, inclina ligeramente la cabeza, estudiando a Vivienne con esos ojos oscuros que no revelan nada.

—Qué afortunado entonces —dice ella, su voz con un matiz que no puedo identificar— que mi esposo tenga opciones tan… accesibles para sus preferencias. Debe ser reconfortante tener siempre algo familiar a lo que volver.

Vivienne parpadea, sin captar del todo el insulto. Pero yo sí. Mi esposa acaba de llamar a mi examante vulgar y predecible, todo mientras sonreía como una santa.

—¿Entramos? —pregunta Frances, tocándome el brazo ligeramente—. Creo que los Marchetti nos esperan.

Nos guía para pasar junto a Vivienne con la gracia de alguien que nació para ello, excepto que… excepto que su mano en mi brazo tiembla ligeramente.

El salón de baile ya está abarrotado con la élite criminal de Chicago. Los Marchetti saben cómo organizar una fiesta: candelabros de cristal que arrojan diamantes de luz sobre los suelos de mármol, champán que fluye como agua, suficiente seguridad para detener a un pequeño ejército. Doy la ronda con Frances del brazo, presentando a mi esposa tanto a socios como a enemigos.

—Hermosa e inteligente —dice Giovanni Serrano, el anciano don de la familia Serrano, con aprobación, dándole una palmadita en la mano—. Elegiste bien, Alessandro.

No elegí nada, pero no lo corrijo. Estoy demasiado ocupado viendo a mi esposa encantar a un hombre que no ha sonreído desde que su hijo murió hace diez años.

Nos reunimos con Sofia y Nico en el centro del salón, y veo cómo Frances se vuelve silenciosa, inerte. El teléfono de Sofia vibra y observo cómo su rostro pierde el color mientras lee la pantalla. Se recupera rápidamente, esa perfecta compostura Rosetti vuelve a su lugar, pero su mano tiembla ligeramente mientras desliza el teléfono en su bolso de mano. Cuando Nico le pregunta si todo está bien, ella se ríe y lo descarta como una emergencia del comité de caridad. Pero sus ojos se desvían constantemente hacia la delegación rusa al otro lado del salón, y no vuelve a tocar su champán en toda la noche.

Debo recordar preguntarle a Dante si sabe qué le pasa; él y Sofia siempre fueron muy cercanos.

—¡Alessandro, querido! —Otra voz, otra antigua conquista. Bianca Abbascia, vestida de blanco, lo que la hace parecer un sacrificio virginal a pesar de ser todo lo contrario—. Baila conmigo. ¿Por los viejos tiempos?

Ya me está arrastrando hacia la pista de baile y la dejo, porque esto es lo que hago. Lo que siempre he hecho. Colecciono mujeres hermosas como algunos hombres coleccionan autos, disfrutándolas hasta que me aburro y luego paso al siguiente modelo.

Pero mientras Bianca se pega a mí, con su perfume empalagoso y sus manos posesivas, me encuentro mirando por encima de su hombro. Frances está junto a la fuente de champán y Federico Calese —joven, ambicioso y lo suficientemente estúpido como para ponerme a prueba— se acerca a ella como un tiburón que huele sangre.

—Tu esposa parece sola —ronronea Bianca, siguiendo mi mirada —. Pobrecita. Debe ser muy difícil estar casada con un hombre que todo el mundo sabe que no la tocará. Oí que ni siquiera han consumado el…

La aparto de un giro a mitad de la frase, ya saliendo de la pista de baile. Bianca me llama, pero estoy concentrado en Federico, que ahora está demasiado cerca de mi esposa, con la mano en la parte baja de su espalda mientras le susurra algo al oído.

—Federico. —Mi voz conlleva suficiente amenaza como para que retroceda—. Creo que ya te ibas.

—Alessandro. —Sonríe, todo dientes y nada de calidez—. Solo le hacía compañía a tu encantadora esposa. Parecía abandonada.

Mi mano encuentra su garganta antes de que pueda pensarlo conscientemente y lo estampo contra la columna de mármol más cercana. La fiesta no se detiene —la violencia en estos eventos es de esperar—, pero hay un sutil cambio en la atención.

—Vuelve a tocar a mi esposa —digo en voz baja, con la presión justa en su tráquea para que jadee— y le enviaré pedazos de ti a tu madre hasta que se le acaben las lágrimas. ¿Entendido?

Asiente frenéticamente y lo suelto. Cuando me doy la vuelta, Frances me observa con una expresión que no puedo descifrar. No es miedo, no es gratitud. Es otra cosa. Algo que hace que se me caliente la sangre.

—Baila conmigo —ordeno, no es una pregunta.

Viene sin dudarlo y la llevo a la pista, quizá con más brusquedad de la necesaria. La orquesta toca algo lento y clásico, obligándonos a acercarnos. Su mano en la mía es más vacilante de lo que esperaba, más delicada. Huele diferente a las otras mujeres de aquí: sin perfumes abrumadores, solo algo limpio y suave que me hace querer inclinarme más cerca.

—No tenías que hacer eso —dice mientras nos movemos juntos.

—Ahora eres una Rosetti. Nadie toca mis cosas.

—¿Incluso si no las quieres?

La pregunta me pilla desprevenido. La miro. —¿Qué te hace pensar que no te quiero?

Se ríe, una risa suave y amarga. —Dejaste tus sentimientos bastante claros en el auto.

Giramos y la acerco más, lo suficiente como para sentir que se le corta la respiración. —¿Lo hice?

—Dijiste…

—Sé lo que dije. —Mi mano se extiende por la parte baja de su espalda, sintiendo su calor a través de la seda—. Pero no eres lo que esperaba, Frances.

Algo parpadea en sus ojos. ¿Miedo? —¿Qué esperabas?

—Lágrimas. Berrinches. Exigencias de atención, de afecto, del cuento de hadas que te prometieron. —La hago girar, trayéndola de nuevo contra mi pecho—. En cambio, escuchas a viejos aburridos contar historias de guerra. Insultas a mis examantes con una sonrisa. Ni siquiera te inmutas cuando casi estrangulo a alguien por tocarte.

—¿Debería inmutarme?

—La mayoría lo haría.

No responde. La canción termina, pero no la suelto. Parece que no puedo hacer que mis manos la dejen ir. Me mira con esos ojos oscuros que guardan secretos que de repente quiero descubrir.

—Alessandro. —La voz de Marco rompe el hechizo. Mi hermano está al borde de la pista de baile, con una expresión cuidadosamente neutral—. Los Conti quieren hablar sobre la situación del puerto.

Negocios. Siempre negocios. Suelto a Frances, ya extrañando el calor de su cuerpo contra el mío. —Espera junto a la barra. Ya vuelvo.

Ella asiente y se aleja con esa misma gracia cuidadosa, y me obligo a concentrarme en el asunto que tengo entre manos. La reunión con los Conti es predecible: quieren una porción más grande de las ganancias del puerto, les recuerdo por qué eso no va a suceder, todos se van descontentos pero vivos. Si mi recordatorio no funciona, tendremos que involucrar a Luca.

Cuando regreso a la barra, Frances no está.

La encuentro en la terraza, ayudando a un joven camarero que ha dejado caer una bandeja entera de champán. Está de rodillas con ese vestido carísimo, recogiendo los cristales con manos cuidadosas

mientras el camarero casi llora de alivio. Es una imagen tan extraña —la esposa de un mafioso haciendo trabajo de sirviente— que simplemente me quedo de pie y observo.

—Cuidado, princesa —digo—. Verte de rodillas con ese vestido me está dando ideas que no podemos llevar a cabo en una fiesta de los Marchetti. Son tradicionales en cuanto a las demostraciones públicas.

Levanta la vista, sorprendida, y solo por un instante, veo algo crudo en su expresión. Miedo. No de mí, sino de que la pillen. De que la vean.

—Es solo tela —dice, poniéndose de pie y alisándose la falda. El camarero se escabulle con los cristales rotos y nos quedamos solos en la terraza, con las luces de la ciudad extendiéndose bajo nosotros.

—La mayoría de la gente lo habría dejado encargarse.

—Sigues pensando que soy como la mayoría de la gente —dice, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

Me acerco más, atraído por algo que no puedo nombrar. —Pero no lo eres. La mayoría de la gente me aburre en cuestión de minutos. Tú has logrado mantener mi atención durante toda una noche. Eso es muy peligroso o muy prometedor. Posiblemente ambos. Eres un rompecabezas, Frances Hewson.

Se tensa. —Todo el mundo tiene secretos.

—¿Cuáles son los tuyos?

Me mira, y por un momento, creo que podría decírmelo. Que podría revelar cualquier verdad que esconde detrás de esas sonrisas cuidadosas y palabras medidas. Pero entonces la risa de Vivienne corta el aire nocturno y el momento se rompe.

—Tu novia te está buscando —dice ella, retrocediendo.

—No es mi… —Me detengo, frustrado. ¿Por qué le estoy dando explicaciones a mi esposa por conveniencia?—. Deberíamos irnos.

El viaje a casa es silencioso, pero es un silencio diferente al de antes. Cargado. Estoy hiperconsciente de cada uno de sus movimientos, de cada respiración.

Cuando llegamos al complejo, se vuelve hacia mí antes de salir. —Gracias. Por tu ayuda con Federico.

—Te lo dije. Nadie toca lo que es mío.

—Cierto. Protección de la propiedad. —Suena casi divertida—. Buenas noches, Alessandro.

Sale del auto antes de que pueda responder, caminando hacia la casa con esa misma gracia cuidadosa, dejándome con el sabor de su perfume y preguntas que no debería querer que me respondieran.

Me quedo en el auto un largo momento, pensando en las manos de Vivienne en mi pecho que se sintieron mal, en el cuerpo familiar de Bianca contra el mío que de repente no tuvo ningún atractivo. Pensando en mi esposa de rodillas, vestida de seda, ayudando a alguien por debajo de su estatus con una amabilidad instintiva.

Frances Hewson está ocultando algo. Y por primera vez en mi vida, quiero algo más que solo el cuerpo de una mujer.

Quiero sus secretos.

Quiero su verdad.

La quiero a ella.

La revelación es inoportuna, inconveniente e innegable. Mi esposa por conveniencia, la mujer a la que juré mantener a distancia, de alguna manera se me ha metido bajo la piel en una sola noche.

Mañana, investigaré. Mañana, mantendré la distancia.

Esta noche, me sirvo un whisky e intento no pensar en lo perfectamente que encajaba en mis brazos.

Esta noche, fracaso.

8 - Alessandro

Los gritos comienzan a las 2:45 a. m., y descubro que mi hermosa esposa tiene garras.

No metafóricas. Uñas de verdad que me arañan la mejilla cuando intento sujetar su cuerpo que se debate, sacándome sangre que brota caliente sobre mi piel. Está atrapada en alguna pesadilla que la tiene luchando contra demonios invisibles, con las sábanas enredadas en sus piernas como ataduras.

—¡Tommy! —El nombre se desgarra de su garganta, crudo y desesperado—. ¡Por favor, Tommy, no! Me portaré bien, trabajaré más duro, ¡no dejes que ellos…!

Se retuerce con violencia, casi cayéndose de la cama antes de que la atrape. Su piel arde con un sudor febril, el pelo pegado a la frente mientras lucha contra mi agarre con una fuerza sorprendente. Esta no es la criatura temblorosa que se estremece con mi tacto durante el día. Esta es alguien que ha aprendido a luchar por su supervivencia.

—Basta —ordeno en italiano, manteniendo la voz baja, estudiándola como evaluaría cualquier rompecabezas que necesite ser resuelto—. Frances. Despierta.

Pero no me oye. Su cuerpo se arquea, las manos arañan algo que no puedo ver, y grita de nuevo, un sonido que podría hacer añicos un cristal. —¡Tommy! No dejaré que te hagan daño, lo prometo, ¡haré lo que sea!

Interesante. Este Tommy inspira el tipo de lealtad que solo he visto en los lazos de sangre. El nombre me resulta familiar, algo de los preparativos de la boda, tal vez, aunque los Hewson mantuvieron la vida de su hija muy en privado. ¿Un hermano? ¿Un primo? La desesperada protección en su voz sugiere familia más que un amante, pero la idea de que cualquier hombre inspire tal devoción en ella hace que algo oscuro se enrosque en mi pecho. Encontraré a este Tommy y entenderé exactamente qué control tiene sobre mi esposa.

Intento despertarla suavemente de nuevo, con la mano en su hombro, pero ella golpea con un pánico animal. Sus uñas vuelven a

engancharse en mi mejilla, esta vez más profundo, y siento el sabor del cobre en mi labio por donde corre la sangre.

—Mierda —murmuro, esquivando otro manotazo—. A este ritmo, hará trizas algo más que mis camisas mientras duerme.

Las sacudidas se intensifican. Está luchando una guerra que no puedo ver, y perdiendo estrepitosamente a juzgar por los sonidos que se desgarran de su garganta.

Sus ojos se abren de golpe, pero no está realmente despierta. Las pupilas están dilatadas por el pánico, jadeando en busca de aire como si se estuviera ahogando. No reconoce la habitación, no me reconoce a mí. Su mirada se dispara salvajemente entre las ventanas y la puerta.

—¿Dónde…? —Su voz se quiebra—. ¡No, no, no!

Me acerco a su hombro, tratando de anclarla, pero se estremece con tanta fuerza que casi se cae de la cama. Cada músculo se tensa con mi tacto, su cuerpo preparándose para una violencia que espera, pero que no estoy ejerciendo. Todavía. La mujer ante mí ha sido condicionada a temer las manos de los hombres en la oscuridad.

—Frances, estás a salvo. —Las palabras se sienten extrañas en mi boca. No ofrezco seguridad. Ofrezco propiedad, control, peligro cuidadosamente gestionado. Pero ahora está hiperventilando, cada aliento más corto que el anterior, y mis tácticas habituales no funcionarán aquí.

Se presiona con más fuerza contra la cabecera cuando me acerco, como si pudiera desaparecer dentro de la madera. —Por favor — susurra, aunque no creo que sepa siquiera por qué está suplicando.

Esto es trauma, real y en carne viva, no el miedo ensayado que muestra durante el día. Lo que sea que le haya pasado, quienquiera que sea este Tommy, el daño llega hasta los huesos. No es mi novia serena en este momento. Es algo roto y con los bordes afilados, lista para cortar a cualquiera que se acerque demasiado.

Su respiración empeora, jadeos superficiales que harán que se desmaye si no se calma. Pero cada movimiento hace que se estremezca más, atrapada entre la pared y el monstruo que cree que soy.

—*Calma* —digo en italiano, y luego cambio de nuevo al inglés—. Respira, Frances.

Necesita un ancla. No consuelo, yo no doy consuelo, sino algo sólido para romper la espiral de pánico. Calculo el riesgo de más

arañazos contra la posibilidad de que hiperventile hasta quedar inconsciente, y luego la atraigo contra mi pecho a pesar de su lucha.

—*Tranquilla* —murmuro, el italiano viniendo de un recuerdo enterrado de la voz de mi madre durante las tormentas—. Escucha los latidos de mi corazón.

Al principio, lucha con más fuerza, el pánico la vuelve salvaje. Sus puños golpean débilmente mis hombros, pero me mantengo firme, con una mano acunando la parte posterior de su cabeza. —Solo escucha.

Esto es una debilidad: abrazarla, calmarla, dejar que marque mi cara con su terror. Nico le metería una bala a alguien tan dañado, lo llamaría misericordia. Pero sus dedos de repente dejan de empujar y, en cambio, se aferran a mi camisa, como si yo fuera la salvación en lugar de la condenación, y no soy capaz de apartarla. ¿Cuándo me convertí en el puerto seguro de alguien? ¿Cuándo empecé a querer serlo?

—Eso es, *cara*. —El término cariñoso se me escapa mientras su respiración comienza acompasarse con la mía—. Te tengo.

Algo se quiebra en mi pecho, probablemente una costilla por sus sacudidas. Al menos, eso es lo que me digo a mí mismo mientras su cuerpo deja de temblar gradualmente, mientras se acurruca inconscientemente más cerca de mi calor.

Mía. La palabra pulsa a través de mí con cada una de sus respiraciones. No solo legalmente, no solo físicamente, sino de esta manera rota y cruda que me hace querer encontrar a todos los que alguna vez la lastimaron y darles de comer sus propios dientes. Empezando por este Tommy que la hace gritar.

Se queda dormida así, acurrucada contra mi pecho con una confianza total que su yo despierta nunca permitiría. El peso de ella se siente extraño y necesario. Como si mi cuerpo hubiera estado esperando este peso específico para calmar algo inquieto dentro de mí.

Mi verga se endurece ante su completa rendición, incluso inconsciente. Estoy lo suficientemente enfermo como para desearla más cuando está indefensa, confiándome sus demonios mientras su cuerpo se amolda al mío. Esto no es protección. Es posesión con una máscara más amable. Pero si eso es lo que necesita para sobrevivir en mi mundo, llevaré cualquier máscara que sea necesaria.

Debería volver a mi estudio, revisar los horarios de envío de mañana. En cambio, la observo respirar, contando cada inhalación como cuentas de un rosario. El reloj antiguo en mi mesita de noche, comprado para su muñeca, parece vulgar ahora. Necesita más que bonitas cadenas. Aunque aun así se lo pondré, la marcaré de todas las formas posibles.

Sus dedos se aferran a mi camisa incluso dormida, sujetándose como si pudiera desaparecer. El gesto me afecta de maneras que no debería. Esta obsesión se está saliendo de mi control. Se suponía que ella iba a ser simple: una hermosa adquisición, una fusión hecha carne. Casarme con ella, acostarme con ella y luego pasar al siguiente cuerpo dispuesto. En cambio, se está convirtiendo en algo más, abriéndose paso bajo mi piel con cada temblor, cada lágrima, cada gesto inconsciente de confianza.

El amanecer se cuela por las ventanas, pintándolo todo de un dorado pálido. En el espejo frente a la cama, veo mi reflejo. Tres arañazos paralelos en mi mejilla izquierda, ya secos.

Dejarán cicatriz si no los trato. Pero al mirar las marcas, evidencia de sus garras ocultas, descubro que no quiero que se desvanezcan. Que dejen cicatriz. Que me recuerden que mi delicada esposa ha sobrevivido a cosas que quebrarían a la mayoría de la gente.

A la luz del día, mi familia las verá y sacará sus propias conclusiones. Que lo hagan. No necesitan saber que las pesadillas de mi esposa tienen garras, o que la sostuve a través de ellas como su demonio guardián personal.

Los arañazos laten con cada latido del corazón, un ritmo constante de dolor que me ancla en el presente. En una o dos horas, se despertará y verá lo que le ha hecho a mi cara. Se pondrá pálida, esos ojos marrones se abrirán de par en par con horror por el daño que su yo inconsciente infligió. Se disculpará, con la voz temblorosa, intentará curar las heridas con manos temblorosas.

La dejaré.

Me sentaré perfectamente quieto mientras ella aplica toques en la sangre con un algodón caro y un antiséptico que arderá como el fuego del infierno. La observaré morderse ese labio inferior carnoso mientras se concentra, inclinándose lo suficiente como para que pueda oler su piel: jabón y miedo y ese aroma subyacente que es

puramente suyo. Lo suficientemente cerca como para que su aliento roce mi mandíbula.

Susurrará «lo siento» una y otra vez, como si las disculpas pudieran deshacer la violencia. Como si yo quisiera que se deshicieran.

Y cuando haya terminado, cuando crea que ha hecho las paces, le sujetaré la muñeca antes de que pueda apartarse. La mantendré ahí, la dejaré sentir cómo su pulso se acelera bajo mi pulgar. Dejaré que vea cómo su proximidad pone dura mi verga, cómo sus suaves toques son más tortura de lo que jamás fueron los arañazos.

—Me marcaste —le diré, con la voz lo suficientemente baja como para hacerla temblar—. Me sacaste sangre mientras dormías.

Intentará disculparse de nuevo, pero presionaré mi pulgar sobre sus labios, silenciándola.

—Ahora vas a compensármelo. —La atraeré a mi regazo, la dejaré sentir exactamente lo duro que me pone—. ¿Y, Frances? Vas a usar esa dulce boca para algo mejor que decir «lo siento».

La idea de ella de rodillas, esos labios envueltos alrededor de mi verga mientras el sol de la mañana resalta los arañazos que dejó… joder. Mi mano se desliza hacia abajo para acomodarme, ya imaginando cómo se verá tragándomela hasta el fondo, con las lágrimas corriendo por su cara por el esfuerzo, mi mano enredada en su cabello.

Se mueve mientras duerme, presionándose inconscientemente más cerca, y murmura algo que suena casi como mi nombre. No Rosetti. No esposo. Solo «Alessandro», exhalado contra mi pecho como una confesión. Probablemente solo un resoplido.

Mi agarre sobre ella se aprieta por reflejo. Mañana, haré que lo diga mientras esté despierta. Haré que lo grite mientras esté enterrado dentro de ella. Haré que entienda que cada marca que deja en mí exige un pago, y siempre cobro lo que se me debe.

Los arañazos laten con un dolor renovado mientras sonrío.

Que dejen cicatriz. Son la prueba de que mi delicada esposa tiene garras, incluso si solo las muestra mientras duerme. Y mañana, cuando las trace con dedos temblorosos, tratando de sanar lo que ha hecho, le mostraré exactamente con qué clase de monstruo se casó.

Uno que se pone más duro con su violencia que con su sumisión.

Uno que quiere ser dueño de cada pesadilla, cada grito, cada súplica desesperada que cae de sus labios.

Uno que va a hacer que esté agradecida por ello.

9 - Emma

La camisa de Alessandro todavía está impregnada de su aroma cuando la robo en mitad de la noche, y sé que está despierto; nadie duerme tan quieto sin práctica.

Mis dedos tiemblan mientras levanto el algodón blanco de la silla donde la arrojó hace horas. La tela conserva su esencia como si fuera algo vivo, liberando esa colonia floral y almizclada que hace que mi cuerpo traicionero reaccione incluso en la oscuridad. Me quedo helada, observando la sombra de su figura en nuestra cama, esperando a que se mueva, a que me detenga.

Pero permanece perfectamente quieto. Demasiado quieto. El tipo de quietud que proviene de un esfuerzo consciente, no de un descanso inconsciente.

Me está dejando tomarla.

Darme cuenta de eso debería detenerme, debería enviarme corriendo de vuelta a las sábanas de seda o de regreso al baño para vestirme con mi propia ropa. En cambio, hace que algo rebelde se encienda en mi pecho. Si quiere jugar, fingiendo dormir mientras le robo la ropa, entonces yo también jugaré. Tomaré lo que necesito —esta armadura de algodón y su aroma— y escaparé al único lugar de esta mansión donde puedo respirar.

Se suponía que la ducha de medianoche me agotaría, que me ayudaría a dormir, pero solo me encendió aún más. Me deslizo la camisa sobre mi piel desnuda, cada botón es un pequeño acto de rebeldía. El dobladillo apenas me cubre los muslos, dejando mis piernas desnudas al aire fresco.

El suelo de mármol es hielo bajo mis pies descalzos mientras me deslizo como un fantasma hacia la puerta. Cada paso se siente como una respiración contenida, esperando que su voz me detenga, que su mano me agarre de la muñeca y me arrastre de vuelta a la cama. Pero no llega nada, excepto el ritmo constante de su sueño fingido.

La escalera de servicio me llama, mi secreto, descubierto mientras buscaba rutas de escape que no existen. Mi corazón late con

fuerza mientras subo hacia la azotea, hacia las estrellas, hacia lo único que todavía recuerda quién es Emma en realidad, debajo de esta actuación de ser Frances Hewson.

Las Perseidas están en su apogeo esta noche, y preferiría morir antes que perdérmelas por su culpa. Después de casi una semana como su esposa cautiva, necesito algo real, algo que existiera antes de que Alessandro Rosetti me reclamara.

La puerta de la azotea se abre a un jardín que me deja sin aliento. Lo descubrí hace dos noches, este oasis secreto sobre la jaula. Rosas y jazmines se enredan en los enrejados, su perfume se mezcla con el aire nocturno de Chicago: gases de escape, lluvia y peligro. Pero apenas noto la belleza cuidadosamente cultivada. Sobre mí, el cielo resplandece con estrellas fugaces, las Perseidas en su apogeo.

Me hundo en un banco de piedra, el granito frío mordiéndome a través de la fina camisa, un bienvenido respiro después del caluroso día, e inclino el rostro hacia el infinito. Las constelaciones familiares me saludan como viejos amigos: Perseo colgando en el noreste, Andrómeda encadenada para siempre en el horizonte. La ironía hace que me duela el pecho.

—Ahí estás —le susurro a Casiopea, encontrando su distintiva forma de W—. Sigues en tu trono mientras el resto de nosotros nos arrastramos aquí abajo.

Un meteoro atraviesa la oscuridad, luego otro. Me abrazo las rodillas contra el pecho, la camisa de Alessandro se me sube por los muslos, la piel de gallina me eriza la piel expuesta. Por primera vez desde la boda, recuerdo lo que se siente ser yo misma. No la chica aterrorizada que interpreta a Frances Hewson. No la esposa temblorosa que aprende a anhelar el toque de su captor. Solo Emma, pequeña e insignificante bajo un cielo infinito.

Tommy se reiría si me viera ahora; su hermana, que le enseñó las constelaciones desde nuestra escalera de incendios, ahora atrapada en otro tipo de azotea, sin llevar nada más que la camisa de mi captor. La idea de él, encerrado en su propia jaula, hace que se me llenen los ojos de lágrimas.

Otro meteoro arde en los cielos, y cierro los ojos para pedir un deseo que sé que no se hará realidad. Deseo poder desaparecer en esa oscuridad y, finalmente, ser verdaderamente libre.

—¿Pidiendo deseos sin mí, *cara*?

Salto sobre mis pies al oír la voz de Alessandro, mi momento robado se hace añicos como un cristal. Todo mi cuerpo empieza a temblar; un temblor real y visible por el que me odio. Él emerge de las sombras junto a la puerta de la escalera, y me doy cuenta con un terror helado de que me ha estado observando todo este tiempo.

Por supuesto que me siguió.

No lleva nada más que bóxeres, su pecho es vasto y desnudo, la luz de las estrellas ondeando sobre él.

—No podía dormir —consigo decir, apretando su camisa alrededor de mi cuerpo como si el fino algodón pudiera protegerme de su mirada. El suelo está frío bajo mis pies.

—Así que robaste mi camisa. —Se acerca, cada paso deliberado, depredador—. Otra vez.

La forma en que dice «otra vez» hace que el pulso se me acelere tanto que me mareo. Este juego que hemos estado jugando —él fingiendo no darse cuenta, yo fingiendo que me salgo con la mía— de repente se siente peligroso de una manera diferente.

—Tenía frío —miento.

—¿Ah, sí? —Ya está lo suficientemente cerca como para que pueda ver los arañazos que le dejé en la mejilla anoche, todavía sanando—. ¿O solo querías algo mío envuelto en ese hermoso cuerpo?

Un trueno retumba en la distancia. El viento húmedo arrecia, haciendo que su camisa robada aletee alrededor de mis muslos, la tela se levanta lo suficiente como para dejar todo al descubierto debajo. Sus ojos siguen el movimiento y algo cambia en su expresión, el hambre se mezcla con la curiosidad.

Me hace retroceder hacia el borde de la azotea, el murete bajo es lo único que hay entre una caída de doce metros y yo. Mis pies descalzos raspan contra la piedra áspera, pequeñas piedrecillas se clavan en mis plantas mientras retrocedo, pero no hay a dónde ir.

—Esa camisa me pertenece —dice en voz baja, sus ojos recorriendo mi cuerpo con un calor posesivo que hace que mi piel arda—. Todo en esa habitación me pertenece. —Su mirada vuelve a la mía—. Todo en esta casa me pertenece.

Incluyéndote a ti. No lo dice, pero las palabras penden entre nosotros como una cuchilla presionada contra mi garganta.

—Tienes suerte de que sea yo quien te haya encontrado aquí arriba —continúa, su voz se vuelve más oscura.

—Te la devolveré —susurro, mi voz tiembla tanto como mis manos.

—Oh, lo harás. —Su sonrisa es oscura, peligrosa—. Pero primero, quiero saber por qué mi esposa se escapa de nuestra cama para comunicarse con las estrellas en lugar de decirme lo que necesita.

La tormenta se acerca más rápido ahora, la electricidad crepita en el aire entre nosotros.

—Las Perseidas —digo, desesperada por desviar su atención de mi casi desnudez—. Están en su apogeo esta noche. Las he observado todos los años desde que tenía siete. Era… era todo lo que tenía.

—¿En serio? —Se acerca más, lo suficiente como para que pueda sentir el calor de su cuerpo igualando el aire húmedo de la noche—. ¿Y qué saben los Hewson sobre astronomía?

El nombre falso me duele, recordándome la mentira en la que vivo. Pero algo rebelde se enciende en mi pecho a pesar de mi terror. —Sé que Perseo rescató a Andrómeda de las cadenas. Sé que Casiopea fue castigada por su vanidad. Sé que las lluvias de meteoros son solo escombros de cometas, una hermosa destrucción que se quema en nuestra atmósfera.

—Interesante. —Su mano se alza para juguetear con el cuello de su camisa, donde se abre en mi garganta—. Hablas de cadenas y castigos como si los entendieras. Dime, esposa, ¿te sientes encadenada?

Un trueno estalla justo encima de nosotros, tan fuerte y repentino que salto hacia adelante sin pensar, directamente a los brazos de Alessandro. Su pecho es sólido y cálido contra el mío, sus manos automáticamente me sujetan la cintura para estabilizarme. Por un momento, nos quedamos congelados así: yo aferrada a sus hombros, él sosteniéndome contra él, su camisa como única barrera entre mi cuerpo desnudo y su pecho desnudo.

—¿Asustada por un pequeño trueno? —Su voz retumba a través de su pecho hasta el mío.

—No estoy asustada —miento, incluso cuando otro estruendo me hace apretarme más contra él.

—¿No? Entonces no te importará quitarte mi camisa. Después de todo, me la robaste. Es hora de pagar las consecuencias.

La sangre se me hiela. —¿Qué?

—Me oíste. —Sus pulgares me acarician las costillas a través del algodón—. Quítatela. Ahora. En mi mundo, el robo tiene

consecuencias. Incluso para las esposas bonitas.

—No puedo… No llevo… —Las palabras se disuelven mientras todo mi cuerpo tiembla con más fuerza.

—Sé exactamente lo que no llevas puesto. —Su voz se vuelve más oscura, más hambrienta—. Lo supe cuando robaste mis camisas hace dos noches. ¿Pensaste que no me daría cuenta? ¿Que no sentiría la tela todavía impregnada de tu aroma cuando la encontrara por la mañana?

Un relámpago nos ilumina y veo la verdad en sus ojos. Dejarme pensar que tenía libertad cuando en realidad solo estaba actuando para una audiencia de uno.

—Por favor —susurro, mis dedos aferrando la camisa cerrada en mi garganta.

—Esa no es una palabra de seguridad, *cara*. Eso es solo suplicar. —Sus dedos encuentran el primer botón—. Y en mi mundo, las súplicas solo hacen que los hombres como yo tengan más hambre.

El botón se suelta bajo sus dedos. Luego el segundo. El tercero. El aire húmedo se desliza por la abertura, denso contra la piel acalorada, y él inhala bruscamente mientras un relámpago revela una franja de piel desnuda desde la garganta hasta el ombligo.

—Joder —respira, y sus manos tiemblan ligeramente mientras se ciernen sobre el cuarto botón.

—Nunca he… —Mi voz se quiebra—. Nadie nunca ha…

—¿Nunca qué? —Levanta la vista bruscamente.

—Nunca he… —Señalo mi cuerpo, incapaz de decirlo en realidad —. Te has acostado con muchas mujeres, pero yo…

Algo cambia en su expresión, el hambre depredadora se mezcla con una sorpresa genuina. —Cristo, Frances. ¿Eres virgen?

Su mirada nunca abandona mi cuerpo mientras desabrocha el último botón.

La camisa cuelga abierta ahora, los relámpagos y las sombras pintan mi piel expuesta en un crudo relieve. Tiemblo tan fuerte que casi me castañetean los dientes. La lluvia comienza: gotas gordas y tibias que empapan rápidamente el algodón blanco hasta que se vuelve transparente y se adhiere a mi cuerpo. Sus ojos se oscurecen mientras observa cómo la tela se amolda a mis senos, mis pezones duros y visibles a través del material mojado.

—Mírate —murmura, sus dedos se deslizan por el borde abierto de la camisa sin apenas tocar la piel—. Sin actuar, sin fingir, solo

pura y genuinamente aterrorizada y excitada. ¿Tienes idea de lo que eso me hace? ¿Cuántas mujeres han fingido inocencia en mi cama, y aquí estás tú, la de verdad, temblando como una hoja en mi camisa?

Otro trueno estalla, y la lluvia me quema los labios mientras jadeo en busca de aire, saboreando el metal y el ozono.

En lugar de arrancarme la camisa como esperaba, Alessandro la cierra para cubrirme. El gesto es tan inesperado, tan diferente de lo que anticipaba, que solo puedo mirarlo en estado de shock.

—Eres diferente —dice con brusquedad, sus manos suaves mientras ajustan las solapas de la camisa, aunque puedo sentirlas temblar de contención—. Las otras… ellas conocían el juego. Sabían lo que estaban intercambiando, lo que yo estaba comprando. Pero tú…

La lluvia empapa su pecho, dibujando sus músculos con un brillo glorioso, pero él no se da cuenta. Su atención está completamente en mí, en mantener su camisa cerrada alrededor de mi cuerpo a pesar de la obvia erección en sus pantalones.

—Debería estar tomándote aquí mismo —continúa, con la voz tensa—. Inclinada sobre esta cornisa, enseñándote exactamente lo que les pasa a las chicas que me roban. Eso es lo que haría mi antiguo yo. Lo que quiero hacer.

—Entonces, ¿por qué…?

—¡Porque no eres como ellas! —Las palabras explotan de él—. No estás actuando. Esto no es un acto de virgen calculado para aumentar tu precio. Eres genuina… realmente inocente. Y una vez que destruya eso, una vez que te corrompa por completo, nunca podré recuperarlo.

La admisión parece costarle algo. Retrocede, dándome un espacio que no quiero, y puedo verlo reconstruir su control ladrillo por ladrillo.

—Quiero corromperte —dice en voz baja, la lluvia cayendo por su rostro—. Quiero enseñarle a ese hermoso cuerpo cada cosa pecaminosa de la que es capaz. Quiero verte deshacerte con mis dedos, mi lengua, mi polla. —Cada palabra hace que el calor pulse entre mis muslos a pesar de mí misma—. Pero no así. No cuando estás aterrorizada y semidesnuda en una azotea.

Toma una decisión en ese mismo momento, visible en la postura de sus hombros. Sus manos se mantienen suaves mientras sostiene

la camisa cerrada, mientras me guía hacia la puerta. —Vamos adentro antes de que te dé neumonía.

—¿Por qué te importa? —La pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla.

Se detiene en la puerta, mirándome con una expresión que no puedo descifrar. —Porque eres mía para protegerte, incluso de mí mismo. Y porque cuando finalmente te tenga —y te tendré, Frances —, quiero que lo desees. Quiero que lo supliques con esa dulce boca, no que tiembles bajo la lluvia como una virgen sacrificial. —Su voz se reduce a un gruñido—. Aunque la imagen de ti como mi sacrificio personal tiene su atractivo.

La promesa en su voz me hace estremecer por razones completamente diferentes. Él se da cuenta, por supuesto. Alessandro se da cuenta de todo sobre las respuestas de mi cuerpo.

Su mano se posa en la parte baja de mi espalda mientras me conduce al interior, el calor de su palma ardiendo a través de la camisa mojada. Cada paso por las escaleras se siente como descender de nuevo al cautiverio, pero algo ha cambiado entre nosotros. Se ha cruzado alguna línea invisible.

—La próxima vez que quieras mirar las estrellas, *stellina* —dice mientras llegamos a la puerta de nuestra habitación—, pídeme que te acompañe.

—¿Te importa la astronomía? —No puedo ocultar mi sorpresa.

—Me importa saber qué hace que mi esposa se escape de la cama a las 2 de la mañana. —Su pulgar me acaricia la columna, enviando escalofríos no deseados a través de mí—. Me importa entender qué pone esa luz en tus ojos. Incluso si eso significa estar de pie bajo la lluvia escuchando sobre Perseo y Andrómeda.

No puedo evitarlo, tengo que preguntar. —¿*Stellina*?

—Estrellita —dice sin mirarme, esa mano cálida todavía apoyada en la parte baja de mi espalda, balanceándose con cada paso que doy.

Mi pecho se oprime. —¿De verdad las verías conmigo?

—Haré más que verlas. —Abre la puerta del dormitorio, guiándome adentro con esa mano siempre presente en mi espalda—. Te compraré un telescopio. Demonios, te compraré un observatorio entero si eso significa que dejarás de robar mis camisas y de correr a las azoteas sin mí.

—No quiero...

—Sé lo que quieres. —Me gira para que lo enfrente, sus dedos suaves mientras enmarcan mi rostro, aunque siento la violencia apenas contenida en su toque—. Quieres tu libertad. Quieres ser tú misma, no esta actuación. Quieres salvar a los que te importan y desaparecer entre esas estrellas que tanto amas.

La sangre se me hiela ante sus palabras. ¿Lo sabe? Siento las rodillas débiles, y solo sus manos en mi rostro me mantienen en pie.

—Pero aquí está la cosa, *stellina*. —Su pulgar roza mi pómulo, atrapando una gota de lluvia o quizás una lágrima—. Estás empezando a desear algo más también. Puedo sentirlo en la forma en que tu cuerpo responde al mío. Lo veo en la forma en que te inclinas hacia mi toque incluso cuando tu mente grita que corras.

Tiene razón. La parte más peligrosa de esto no es que él quiera poseerme. Una parte de mí quiere dejar que lo haga. Quiere saber cómo se sentiría dejar de luchar, rendirse a esta oscura hambre que crece entre nosotros.

—Duerme un poco —dice, retrocediendo—. Te ves cansada.

Me siento extrañamente despojada por la distancia, mi cuerpo ya extrañando su calor.

Mientras me dirijo al baño para cambiarme, me detiene con una palabra.

—Aquí. Eres mi esposa. Ya he visto tu cuerpo. Te cambias aquí.

Tímidamente, me quito su camisa mojada y la cuelgo con cuidado sobre la silla. Me observa con esa misma mirada hambrienta. Pero ahora hay algo más. Curiosidad. Interés genuino.

—¿Alessandro? —susurro mientras me meto bajo las sábanas.

—¿Sí, *stellina*?

—Gracias. Por la camisa.

Su sonrisa es lenta, peligrosa, llena de oscuras promesas. —No me des las gracias todavía. Aún voy a corromperte. Solo que me tomaré mi tiempo. Haré que desees cada cosa pecaminosa que le haga a ese cuerpo inocente. Haré que ruegues por tu propia destrucción.

El calor se acumula entre mis muslos, mi cuerpo ya me traiciona con su entusiasmo por saber exactamente cómo se siente la corrupción en sus manos.

Mientras los truenos retumban afuera y la lluvia azota las ventanas, cierro los ojos y trato de no pensar en cómo su contención

de esta noche se sintió más peligrosa que cualquier amenaza. Porque ahora sé que no solo está jugando con su comida.

La está saboreando.

10 - Alessandro

Mi esposa hace que todas las demás mujeres de esta sala parezcan niñas jugando a disfrazarse.

La constatación se asienta en mis entrañas, satisfactoria y peligrosa. Han pasado cuatro días desde que la encontré en la azotea con mi camisa robada, empapada por la lluvia y temblando, y todavía no puedo quitarme la imagen de la cabeza. La columna de piel expuesta desde el cuello hasta la suave y vellosa maraña en la parte superior de sus muslos se reproduce en mi mente una y otra vez. La gala de esta noche en el Four Seasons debería distraerme. En cambio, verla moverse entre la élite de Chicago solo agudiza mi obsesión.

Su vestido esmeralda se ciñe a unas curvas que hacen que se me contraiga la verga cada vez que se mueve. Todos los hombres de la sala siguen sus movimientos, y sus esposas le lanzan miradas asesinas mientras fingen sonreír. Los candelabros de cristal pintan su piel de oro.

Pero algo ha andado mal desde el primer día. Esas manos callosas que noté en nuestra noche de bodas. La forma en que gritaba por alguien llamado Tommy en sus pesadillas. Cómo se encogía cuando los sirvientes en casa la llamaban Sra. Rosetti, como si el título no le quedara bien. Esta noche solo confirma lo que he estado atando cabos.

—¿Caviar? —Un camarero aparece con una bandeja de plata, esas pequeñas perlas negras brillando.

Mi esposa arruga la nariz. —¿Hueva de pescado? No, gracias.

La esposa del alcalde, de pie a nuestro lado, suelta un jadeo. El sonido resuena en las columnas de mármol, y las cabezas se giran hacia nosotros. Deslizo mi brazo alrededor de la cintura de mi esposa, atrayéndola hacia mí con la fuerza suficiente para que tenga que recuperar el aliento. —Mi esposa prefiere las descripciones sencillas para todo. Nos mantiene a todos honestos.

La esposa del alcalde ríe nerviosamente, pero sus ojos se entrecierran con el tipo de sospecha que se extiende por los círculos sociales como la pólvora. Otro paso en falso social que se suma a la creciente lista. Primero el tenedor de la ensalada, empezando por el de dentro en lugar del de fuera, como alguien que aprendió los modales en la mesa por adivinanza y no por cuna. Luego llamó a la esposa del gobernador por su nombre de pila, sin darse cuenta de que la mujer exige su título incluso a sus amigos.

Cada error confirma lo que esas callosidades ya me habían dicho: sea quien sea esta mujer, nunca ha vivido en el mundo de Frances Hewson.

—¡Dios mío, Frances Hewson!

Ambos nos giramos. Una rubia vestida de Dior prácticamente rebota hacia nosotros, con una sonrisa lo suficientemente brillante como para cegar. Pero cuando se acerca, frunce el ceño confundida.

—Perdón —dice la rubia—. Creí que eras alguien con quien fui a la escuela. —Se aleja con una expresión confusa.

Me giro para examinar a mi esposa. Evita mi mirada hasta que le tomo la barbilla con la mano y le levanto la cabeza. El silencio se extiende como una cuchilla al desenvainarse. Las manos de mi esposa comienzan ese temblor revelador, el que ha ido empeorando durante toda la noche.

Abre la boca, la cierra y luego consigue decir: —Me he cortado el pelo, por eso no me ha reconocido. Qué tonta.

Mentirosa.

—Entonces llámala —la desafío—. Llama a tu amiga para que puedan recordar viejos tiempos en Suiza.

Pero no puede. Porque nunca estuvo allí.

La verdad encaja con la satisfacción de una bala en la recámara.

Alejo a mi temblorosa esposa de la multitud, a través de unas cortinas de seda hasta una alcoba de mármol diseñada para conversaciones privadas. O interrogatorios.

—Alessandro…

—No. —La apoyo contra la fría columna de mármol, acorralándola con mi cuerpo. Lo suficientemente cerca como para que su perfume se mezcle con el sudor del miedo, creando algo que hace que se me endurezca la verga a pesar de la gravedad del momento—. Te están temblando las manos.

—Solo estoy nerviosa…

—Inténtalo de nuevo, *stellina*. Y esta vez, no insultes mi inteligencia. —Mi pulgar encuentra su garganta, presionando contra su pulso acelerado. El ritmo golpea contra mi piel, veloz como el de un conejo por el pánico—. He sabido que algo andaba mal contigo desde nuestra noche de bodas, cuando vi esas callosidades en tus palmas. Desde que gritabas en tus pesadillas. Desde que te encogías cada vez que alguien te llamaba Frances.

Ahora todo su cuerpo tiembla, presionado entre el mármol y yo. Esos ojos oscuros que han estado atormentando mis sueños se abren de par en par con terror. Terror de verdad, no el simple nerviosismo de antes.

—Por favor…

—«Por favor» no es una respuesta. —Presiono con más fuerza su pulso, sintiéndolo aletear como un pájaro atrapado—. Llevas su vestido, sus diamantes, duermes en mi cama, pero no eres Frances Hewson. ¿Quién eres?

Se le escapa una lágrima que rueda por su mejilla. Intenta apartar la mirada, pero le sujeto la barbilla, obligándola a mirarme a los ojos.

—Toda socialité nacida en este mundo sabe qué tenedor usar —continúo—. ¿Pero tú? Tú eres algo completamente diferente. Así que te lo preguntaré una vez más: ¿quién demonios eres?

Intenta una vez más salvar la situación, sus labios se separan con otra mentira. —He estado fuera tanto tiempo…

Mi pulgar presiona más fuerte. —Ya hemos superado eso, pequeña mentirosa. Dime la verdad o llamo a Marco ahora mismo. Dejaré que él la extraiga a su manera. Probablemente le pedirá ayuda a Luca.

La presa se rompe. Se desploma contra el mármol, solo mi mano en su garganta la mantiene erguida, y las palabras brotan entre sollozos.

—Emma —dice sin aliento—. Me llamo Emma Pitt. Yo era… soy… era una sirvienta en la casa de los Hewson.

Las palabras impactan con la fuerza de una revelación. Una sirvienta. Me casé con una maldita sirvienta jugando a ser señorita, ni siquiera una amiga o prima de Frances Hewson, solo personal doméstico. Si Marco descubre este engaño, si la alianza Hewson se desmorona, todo lo que he construido para demostrar mi valía se derrumba.

—Frances se escapó la noche antes de la boda —continúa, las lágrimas ahora corren libremente, el rímel negro abriendo surcos en sus mejillas—. La señora Hewson me encontró fregando el suelo y se dio cuenta de que me parecía lo suficiente a su hija como para engañar a todo el mundo. Me amenazó… dijo que si no lo hacía, si no fingía ser Frances y me casaba contigo…

—¿Por qué? —Mi voz sale más áspera de lo que pretendía, áspera y cruda—. ¿Por qué aceptarías eso? ¿Tan ansiosa por dinero y vestidos de seda? ¿Por diamantes y fiestas de élite? ¿Todo para mejorar tu posición en el mundo?

Incluso mientras las digo, las palabras suenan falsas. Esta mujer, sea quien sea, nunca se ha deleitado con los lujos que la rodean. Literalmente huyó del edificio la primera vez que la llevé a una boutique.

—¡No tenía elección! —Las palabras explotan de ella—. Tenía algo con qué presionarme, algo que destruiría a alguien a quien amo si me negaba. Así que me puse ese vestido de novia y me convertí en Frances Hewson. Te he estado mintiendo cada día, cada momento.

Por medio latido, ambos quedamos paralizados por la horrible claridad en el aire. Cada sílaba pende entre nosotros, afilada como una navaja.

La mano que había usado para inmovilizarla contra la pared cae, dejando una huella fantasma de su pulso aún latiendo en mi palma. Se desliza por la columna, elegante como un lirio marchito, su vestido esmeralda se amontona alrededor de sus rodillas. Por primera vez —la primerísima vez— me doy cuenta de que el cuerpo que tiembla frente a mí es una persona. No un peón. No una novia. Una persona, viva y en carne viva, con cada nervio expuesto y crispado.

Una persona que acaba de confesar haber destrozado mi orgullo, mis planes, mi nombre.

Mi visión se estrecha a un único y sofocante punto mientras la furia crece. Mi respiración sale en ráfagas cortas y castigadoras. El mundo fuera de esta alcoba se reduce a nosotros dos: yo, de pie sobre ella, un puño de furia encarnada; ella, encogiéndose en su piel prestada, agarrando la tela sobre su pecho como si pudiera ocultar la verdad. Los candelabros de afuera proyectan mil reflejos dorados sobre el mármol, pero aquí dentro, toda la luz es absorbida por el agujero negro de mi decepción.

—¿Alguien a quien amas? —gruño, las palabras me raspan la garganta.

No responde. O quizá no puede. Las lágrimas cubren su rostro, disolviendo su maquillaje y emborronándola hasta convertirla en algo más honesto, más mortal. La ilusión ha muerto. Todo lo que queda es el patético y pequeño fantasma de Emma Pitt.

Quiero romperla. Quiero romper la columna, esta habitación, el maldito Four Seasons entero, y reconstruirlo con la sangre y los huesos de mi propio dolor. Mis manos se cierran en puños, las uñas se clavan en mi piel formando medias lunas hasta que siento el sabor del hierro de mi propia sangre en la boca. Intento imaginar qué clase de hombre podría inspirar tal lealtad, tal locura, como para que una mujer deseche toda su identidad solo para protegerlo.

Todo esto por otro. Alguien a quien ama, joder.

La ira muta. Se convierte en algo más feo, más personal; una humillación que arde más que el odio. Me han tomado por idiota, una chica demasiado astuta y desesperada para amarme jamás.

—¿Esperas que te dé las gracias? —digo, con una voz cortante como el filo de una navaja—. ¿Por tu lealtad? ¿Por tus mentiras?

Cierra los ojos y deja que su cabeza golpee contra el mármol. —No —susurra—. Espero que me arruines. O que me mates. Ya no me importa.

Me inclino sobre ella, mi sombra la envuelve por completo. —Eso no me toca decidirlo a mí —digo, y las palabras saben amargas y verdaderas—. Tú te buscaste esto. Yo solo quería una esposa que pudiera estar a mi altura. En cambio, me diste un fraude.

Abre los ojos. Brillan con una nueva y peligrosa determinación, un desafío, incluso ahora, al borde de su propia destrucción. —Quizá te merecías un fraude —dice—. Quizá deberías analizar por qué una verdadera Frances preferiría huir antes que casarse contigo.

Por un largo y eléctrico momento, ninguno de los dos se mueve. La tensión vibra entre nosotros, un cable invisible tensado hasta el punto de romperse. Descubro que quiero volver a tomarla del cuello. Quiero apretar hasta que la verdad y las mentiras se extingan juntas, hasta que no quede nada más que silencio.

Pero el universo, en su infinita estupidez, elige este momento para intervenir.

La cortina de la alcoba se corre detrás de mí, y un tonto ebrio entra tropezando.

—Vaya, vaya —dice la voz—. ¿Alessandro Rosetti escondiendo a su esposa en su primer gran evento social?

Blair Wollstonecraft se materializa detrás de las cortinas de seda, con una sonrisa de hijo de senador pintada en su cara de niño bien. Parlotea sobre algo banal mientras mi esposa se pone de pie, limpiándose el maquillaje corrido de la cara. Su mano aterriza en el brazo de mi esposa antes de que pueda detenerlo, los dedos se curvan alrededor de su piel desnuda.

—Pareces disgustada, Frances —dice, ignorándome deliberadamente—. ¿Por qué no vamos a por una copa? O mejor aún, bailemos una pieza mientras Alessandro está ocupado con… lo que sea que sea esto.

Emma… ya no puedo pensar en ella como Frances… se estremece con su contacto. Ese pequeño movimiento, ese retroceso instintivo ante las manos de otro hombre, hace que algo primitivo ruja en mi pecho.

—Quítale la mano de encima a mi esposa. —Uso la voz grave que ha hecho que hombres hechos y derechos se meen encima.

La sonrisa de Blair se ensancha. —Vamos, aquí todos somos amigos. Estoy seguro de que a Frances le encantaría…

Me muevo antes de que termine la idea. Mi mano se envuelve alrededor de su muñeca, aplicando una presión precisa hasta que suelta a Emma con un chillido. Luego lo arrastro fuera de la alcoba, a través de una puerta, directamente al baño de hombres.

Los accesorios de mármol y oro brillan bajo la dura iluminación mientras cierro la puerta detrás de nosotros. El olor a colonia cara no puede enmascarar el sudor del terror que ya le perla la frente.

—Qué coño, Rosetti…

Mi puño conecta con su estómago, dejándolo de rodillas sobre las baldosas italianas. Jadea, intentando recuperar el aliento, emitiendo sonidos húmedos de ahogo que resuenan en las paredes. Agarro su mano, la que la tocó, y extiendo sus dedos contra el suelo de mármol.

—Déjame explicarte algo sobre la propiedad —digo en tono conversacional, colocando su dedo índice—. Cuando algo me pertenece, es absolutamente mío.

El dedo se rompe con un sonido como el de un lápiz al partirse. Su grito resuena en el mármol, agudo y patético.

—Ese es uno. —Paso al dedo corazón, dejando que lo vea venir—. Mi esposa no está disponible para copas, bailes, o cualquier otra cosa

que tu patética mente haya imaginado.

Otro chasquido. El hueso atraviesa la piel esta vez, salpicando de sangre el mármol blanco.

—Dos. —El dedo anular a continuación, tomándome mi tiempo—. No la miras. No le hablas.

El crujido es más húmedo esta vez. Ahora solloza, con los mocos corriéndole por la cara.

—Tres. —Guardo el meñique para el final, dejando que lo anticipe —. Y nunca, jamás, vuelves a tocarla.

La rotura final es casi anticlimática. Blair Wollstonecraft se derrumba en el suelo del baño, acunando su mano destrozada.

—La próxima vez —digo, pasando por encima de él para lavarme las manos, viendo el agua rosada arremolinarse por el desagüe—, te arranco el brazo entero. Luego empiezo con tu verga.

Cuando salgo del baño, Emma está esperando en el pasillo. Debió habernos seguido, debió haberlo oído todo a través de la puerta: los gritos, el sonido de los huesos rompiéndose, mis promesas de violencia futura. Espero horror, asco, miedo al presenciar lo que realmente soy.

En cambio, me mira como si nunca me hubiera visto antes. Sus pupilas están dilatadas, el pecho sube y baja rápidamente, y puedo olerlo: su excitación mezclándose con su perfume. Está mojada por verme destruir a un hombre por tocarla.

—Le rompiste los dedos —dice en voz baja, la voz cargada de algo oscuro—. Por tocarme.

—Rompería más que eso. —La atraigo hacia mí, presionándola contra la pared. Mi verga está dura contra su estómago, y veo cómo sus pupilas se dilatan aún más—. ¿Sientes eso? Eso es lo que me provoca defenderte. Y a juzgar por cómo acabas de apretar los muslos, estás igual de afectada.

No lo niega. No puede, cuando su cuerpo me lo dice todo: el rubor que se extiende por su garganta, la forma en que se le corta la respiración, cómo se arquea inconscientemente hacia mí.

Me inclino, mis labios rozando su oreja. —Nadie te toca excepto yo, esposa. No me importa cuánto los ames, joder.

Frunce el ceño, confundida o molesta, no me importa cuál.

En ese mismo momento, juro que encontraré a ese imbécil de Tommy y haré que se familiarice con los gusanos. Puede que ella nunca me quiera, pero nunca, jamás, lo tendrá a él. Lo haré pedazos,

articulación por articulación, y lo meteré bajo tierra, aunque me odie por ello para siempre.

11 - Emma

—Tommy.

El nombre cae de los labios de Alessandro como una cuchilla mientras estoy rebuscando en el cajón de su escritorio en busca de un teléfono, una llave, cualquier cosa que pueda conectarme con el mundo exterior.

Me quedo helada, con los dedos todavía alrededor de un abrecartas que ahora se siente patéticamente inadecuado. Él ha estado de pie en el umbral de la puerta, observándome, completamente vestido con un traje de color carbón mientras yo no llevo nada más que su camisa de anoche. La luz de la mañana corta las cortinas, pintando duras líneas en su rostro.

—Hablas en sueños, Emma. —Mi verdadero nombre sigue al de Tommy como un puñetazo en el estómago—. Es fascinante lo que la gente revela cuando cree que está a salvo.

Mi corazón martillea con tanta fuerza que estoy segura de que puede oírlo desde el otro lado de la habitación. El enfrentamiento de la gala todavía resuena en mis huesos: los gritos de Blair Wollstonecraft, los nudillos ensangrentados de Alessandro, mi vergonzosa excitación ante su protección.

No sé cuántos días han pasado desde que se lo conté todo. El tiempo no avanza en línea recta aquí, no en esta tumba de cristal y acero, no cuando estoy esperando que caiga la guillotina con cada paso que oigo en el pasillo. Quizás tres días. Quizás cinco.

Sigo esperando que entre y diga: «Marco lo sabe», y entonces estaría muerta, o desaparecida, o tal vez finalmente libre, pero hasta ahora solo ha habido silencio.

Alessandro no me mira de la misma manera que antes; el ardor ha desaparecido, reemplazado por algo que se siente como una mano enguantada alrededor de mi garganta. Cada noche me acuesto despierta, con su camisa puesta —nunca mi propia ropa— y el aire frío pulsa desde las rejillas de ventilación como si intentara

asfixiarme. Es casi gracioso cómo lo único más cálido que la luna es el hombre al que más debería temer.

Intento consolarme recordando la forma en que me protegió en la gala, interponiendo físicamente su cuerpo entre el de Blair y el mío. Pero cada vez que lo revivo en mi mente, me quedo atrapada en la forma en que sus manos se demoraron en mi cintura, la forma en que me estabilizó como si yo fuera algo raro y frágil. Me quedo atrapada en las cosas que sentí en ese momento, la vergonzosa y morbosa emoción mientras la violencia de Alessandro se convertía en mi santuario.

Ahora, bajo la nítida luz que expone cada moretón e imperfección, me doy cuenta del poco control que he tenido sobre algo desde que entré en su mundo. Incluso ahora, con el abrecartas en la mano, sé que no soy una amenaza para él. Nunca lo fui.

Dice mi nombre de nuevo, más suave esta vez —Emma— y me estremezco, incapaz de ocultar el filo tembloroso de mi voz cuando finalmente hablo.

—¿Tommy quién? —pregunto, tragando saliva, mis dedos todavía aferrados al abrecartas como si fuera mi único salvavidas.

Alessandro cruza la habitación con pasos medidos, cada uno deliberado. El sonido de sus caros zapatos contra el suelo de madera se siente como una cuenta regresiva para mi ejecución.

—Deja de mentir, sirvienta —dice, deteniéndose justo fuera de mi alcance. Su voz es peligrosamente suave—. Dime quién es Tommy y por qué vale la pena destruir nuestras vidas.

La pregunta queda flotando en el aire entre nosotros. Podría mentir de nuevo, pero ¿qué sentido tiene? Alessandro ya sabe que no soy Frances. Sabe que estoy viviendo una vida prestada en una piel prestada. La única carta que me queda es Tommy, y puedo ver en los ojos de Alessandro que no se detendrá hasta saberlo todo.

Suelto el abrecartas, sabiendo que es inútil. ¿Contra qué? ¿Contra él? ¿Contra la verdad? Ya no lo sé. Siento las piernas débiles, así que me apoyo en el escritorio, tratando de parecer casual cuando no hay nada casual en ser acorralada por un hombre que rompe dedos por deporte.

—Es mi hermano —digo finalmente, las palabras raspándome la garganta—. Tommy es mi hermano.

Algo parpadea en el rostro de Alessandro: sorpresa, luego cálculo. No esperaba esto.

—Tu hermano —repite, probando las palabras—. No un amante.

—Por Dios, no. —La idea es tan absurda que casi me río a pesar de la tensión.

Alessandro se detiene, reevaluándome con esos ojos fríos que no se pierden nada. —Tu hermano —repite, probando las palabras como si las saboreara en busca de mentiras—. La baza que la señora Hewson tenía en tu contra.

Asiento, tragando contra la opresión en mi garganta. —Está en la cárcel. Ella prometió sacarlo si yo… si me convertía en Frances.

—¿Y si te negabas?

—Se aseguraría de que nunca más viera la luz del día. —El recuerdo de su fría sonrisa me hace estremecer—. Tiene jueces en el bolsillo. Jefes de policía. Alcaides de prisiones. Guardias que lo lastimarían, que lo matarían si no aceptaba casarme contigo.

Observo su rostro, buscando juicio. En cambio, algo cambia en su expresión, la curiosidad se transforma en algo más complejo.

—Has tenido pesadillas sobre él todas las noches —observa—. Gritando que serás buena, que te esforzarás más. ¿Con qué amenazaron con hacerle?

—Con todo. —Se me quiebra la voz—. Los guardias de allí son brutales. La señora Hewson tenía contactos, podía convertir su vida en un infierno o proporcionarle protección con una sola llamada. Lo dejó claro: interpreta a Frances a la perfección o mira a mi hermano morir en un motín carcelario.

La mandíbula de Alessandro se tensa. Acorta la distancia entre nosotros, atrapándome contra el escritorio. Puedo oler su colonia, sentir el calor que irradia de él.

—Así que todo esto —hace un gesto entre nosotros, hacia la cama deshecha visible a través de la puerta contigua, hacia mi cuerpo en su camisa—, ¿fue solo parte de tu sacrificio por Tommy?

Hay algo crudo en su pregunta, algo que no puedo definir del todo. Debería mentir. Debería decirle que sí, que todo lo que he hecho —cada caricia, cada jadeo, cada momento de rendición— fue solo para proteger a mi hermano. Pero estoy cansada de mentiras.

—No —susurro—. No todo.

Sus ojos se oscurecen. Levanta la mano y me encojo, esperando violencia. En cambio, sus dedos rozan mi mejilla con una sorprendente delicadeza.

—¿Qué partes fueron reales, Emma Pitt? —Su voz se vuelve más baja, más áspera—. Dime exactamente qué no fue mentira.

Se me corta la respiración. La verdad se siente peligrosa, más peligrosa que cualquier cuchillo o abrecartas.

—La forma en que te respondí —admito—. Esa noche en la gala, cuando lastimaste a Blair… Debería haberme horrorizado. Pero no lo hice.

Su pulgar delinea mi labio inferior. —¿Qué más?

—Cuando me tocas —continúo, el calor inundando mi rostro—. Me olvido de fingir. Me olvido de ser Frances.

Los ojos de Alessandro nunca se apartan de los míos, buscando engaño. Al no encontrar ninguno, su expresión cambia a algo más hambriento, más posesivo.

—Una sirvienta que lo sacrificó todo. —Lo dice lentamente. Su voz no conlleva juicio, solo observación—. Tu identidad, tu libertad, tu futuro. Todo para proteger a tu hermano.

—Es todo lo que me queda. —La confesión me cuesta algo—. Nuestra madre murió cuando éramos pequeños. Nuestro padre desapareció. Tommy y yo, solo nos teníamos el uno al otro. Y ahora está encerrado porque trató de protegerme de… —Me detengo, tragándome el resto.

—¿De qué?

—No importa. Lo que importa es que me necesita viva. Y yo lo necesito a él.

Alessandro me estudia durante un largo momento, su pulgar frotando ausentemente su mandíbula donde mis arañazos han sanado. —¿De cuánto es su sentencia?

—Tres años más. —La cifra se siente como una vida entera—. La señora Hewson prometió conseguirle protección, tal vez libertad anticipada, si interpretaba mi papel lo suficientemente bien.

—¿Y le creíste?

—¿Qué otra opción tenía? —Se me quiebra la voz—. Ella tenía todo el poder. Yo no tenía nada, excepto un rostro lo suficientemente parecido al de su hija como para engañar a una capilla llena de familias de la mafia.

Extiende su mano bruscamente. —Ven conmigo.

—¿A dónde?

—Solo ven. —Hay algo diferente en su voz ahora. No es ira, no es cálculo. Algo que no puedo identificar del todo.

Tomo su mano a regañadientes, dejando que me aleje de la pared. Mis dedos encuentran los suyos como si estuvieran magnetizados, como si mi cuerpo ya hubiera elegido lo que mi mente todavía combate. Los callos en su palma, de las armas, de la violencia, de alguna manera se sienten como seguridad contra mis propias manos desgastadas de sirvienta. No comenta sobre mis piernas desnudas o la forma en que su camisa apenas me cubre. En cambio, toma la chaqueta de su traje de la silla y la pone sobre mis hombros, un gesto inesperadamente gentil.

—Pantuflas —dice, señalando un par junto a la puerta—. El suelo está frío.

La consideración me confunde más de lo que lo haría la ira. Me las pongo y lo sigo a través de la silenciosa mansión, subiendo por las escaleras de servicio que descubrí esa primera noche. El corazón me late con fuerza mientras subimos hacia la azotea, hacia mi santuario.

Cuando abre la puerta, me quedo sin aliento.

Allí, entre las rosas y el jazmín del jardín, hay un telescopio. No un telescopio cualquiera: una belleza de latón antiguo de la década de 1960, del tipo que solo he visto en los libros de astronomía que me dejó mi abuela. Del tipo con el que soñaba mientras le describía las constelaciones a Tommy a través de nuestra escalera de incendios.

—¿Cómo…?

—Me hablaste de las estrellas esa noche bajo la lluvia. —Me guía hacia adelante con una mano en la parte baja de mi espalda—. Sobre ver las Perseidas cada año desde que tenías siete. Sobre cómo era todo lo que tenías.

Me acerco al telescopio con manos temblorosas, pasando los dedos por el latón liso, las lentes impecables. Ha sido perfectamente restaurado, posicionado para mirar al este, donde los planetas matutinos todavía son visibles.

El telescopio brilla a la luz de la mañana como una hermosa trampa. Quiero romperlo, rechazar esta amabilidad que me costará todo. Pero mis manos traidoras ya están acariciando el latón, mi corazón ya calculando qué estrellas le mostraré esta noche. ¿Cuándo me convertí en alguien que cambia su alma por latón y cristal?

—Alessandro, esto es… —Me faltan las palabras.

—Hice que lo entregaran anoche mientras dormías. Costó un poco de trabajo. Los telescopios antiguos no son fáciles de conseguir con poca antelación. —Ajusta ligeramente el ángulo, con

movimientos sorprendentemente seguros—. También hice que dejaran esto.

Me entrega un diario encuadernado en cuero, con páginas en blanco y esperando. Dentro de la portada, una nota con su letra: «Para tus observaciones - A.R.».

—Escuchaste. —Las palabras salen llenas de asombro—. Esa noche en la azotea, realmente escuchaste.

—Siempre escucho, *stellina*. —Se para detrás de mí mientras miro por el ocular, su calor bloqueando el viento de la mañana. Su pecho se presiona contra mi espalda, sólido y cálido. Siento los latidos de su corazón a través de la fina camisa, firmes donde el mío se acelera como un pájaro atrapado—. Te sorprendería lo que la gente revela cuando cree que nadie está prestando atención.

A través del lente, Venus brilla intensamente en el cielo matutino, más hermoso de lo que jamás lo había visto. Este regalo, este regalo reflexivo y perfecto, quiebra algo dentro de mí. Todas mis barreras, toda mi cuidadosa distancia, se desmoronan ante esta inesperada amabilidad.

—Te acordaste —susurro, todavía mirando a través del telescopio —. Te acordaste de mis sueños.

—Este telescopio —murmura contra mi oído— tiene un sensor de movimiento y una cámara. Así que siempre sabré cuándo subes aquí para escapar de mí. Cada vez que busques las estrellas, lo sabré. Te observaré observándolas.

La violación que supone aquello me repugna y me excita. El calor se acumula entre mis muslos ante la idea de que supervise incluso mi soledad.

—Mira —digo, ajustando el telescopio hacia el horizonte oriental, tratando de recuperar algo de control—. Ese es Venus, la estrella de la mañana. Y allí —muevo el ángulo ligeramente—, ese es Júpiter. Con este telescopio se pueden ver cuatro de sus lunas.

—Cuéntame más. —Su voz es suave detrás de mí, un interés genuino reemplazando su habitual tono calculador.

—En unas pocas horas, desaparecerán con la luz del día, pero ahora mismo están perfectos. —Me enderezo, girando para enfrentarlo—. Los antiguos griegos pensaban que los planetas eran dioses que vagaban entre las estrellas. Venus era Afrodita, Júpiter era Zeus.

—¿Y qué pensaba Emma? —Usa mi nombre real con delicadeza, como si lo estuviera saboreando, viendo cómo encaja entre nosotros ahora que ambos lo reconocemos.

—Emma pensaba que eran rutas de escape. —La honestidad me sorprende a mí misma—. Cada vez que las cosas se ponían mal, cuando mi madre murió, cuando arrestaron a Tommy, encontraba un lugar alto y oscuro y trazaba constelaciones. Como si quizás, si las estudiaba con suficiente atención, pudiera seguirlas a otro lugar.

—¿Y ahora?

—Ahora no sé qué pensar. —Miro mis manos que se aferran al telescopio—. Le rompiste los dedos a un hombre por tocarme. Guardaste mi secreto cuando podrías haberme destruido. Y ahora esto —hago un gesto hacia el regalo que debe haber costado miles—. Ya no te tengo terror.

—¿Pero?

—Eso es lo que me asusta. —La confesión se siente peligrosa—. No tenerte miedo.

Su mano sube para acunar mi rostro, el pulgar rozando mi pómulo con una delicadeza devastadora. El jazmín del jardín se mezcla con su colonia hasta que no puedo separar la belleza del peligro. —¿Quieres saber qué me asusta a mí, Emma?

Mi nombre verdadero en su boca hace que se me corte la respiración. —¿Qué?

—Lo mucho que quiero mantenerte a salvo. Cómo la idea de ti con un amante llamado Tommy me hizo querer sacarle los ojos y comérmelos con fresas. —Su pulgar desciende, recorriendo mi mandíbula—. No soy un buen hombre. He hecho cosas que te harían salir corriendo y gritando. Pero contigo…

—¿Conmigo qué?

—Contigo, haces que quiera ser mejor. No bueno, ya estoy demasiado perdido para eso. Pero mejor. —Se inclina más cerca, su frente casi tocando la mía—. ¿Conoces la historia de Perseo y Andrómeda?

—Por supuesto. Perseo salvó a Andrómeda del monstruo marino.

—Incorrecto. —Su sonrisa es suave, peligrosa—. Perseo reclamó a Andrómeda. Mató a cualquiera que intentara quitársela. Esa es la verdadera historia: no un rescate, sino una posesión.

Retrocedo ligeramente, reconociendo la advertencia en sus palabras. En cambio, me encuentro buscando su mano de nuevo,

nuestros dedos entrelazándose como si pertenecieran a ese modo.

—No soy Andrómeda —susurro.

—No —concuerda él—. Eres mucho más peligrosa. Eres la mujer que me hace querer darte todo, incluso mi control cuidadosamente guardado. Cada estrella que nombras, cada constelación que trazas, todas se vuelven mías por extensión. Porque eres mía, Emma. Tus sueños, tus miedos, la seguridad de tu hermano: todo es mío para protegerlo o destruirlo.

La gratitud y el terror luchan dentro de mí. Este hombre, este hombre peligroso y violento, me ha dado el primer regalo que fue verdaderamente mío. No de Frances, no algo para mantener una fachada, sino algo para Emma. Para la chica que amaba las estrellas.

—Gracias —digo, y lo digo en serio a pesar del conflicto que me desgarra por dentro—. Por el telescopio. Por guardar mi secreto. Por…

—¿Por no ser el monstruo que esperabas?

—Por ser exactamente el monstruo que esperaba —corrijo—. Solo que… uno considerado.

Me atrae más cerca, su mano libre posándose en mi cintura. Su mano se desliza por mi muslo, deteniéndose justo antes de la indecencia. —Muéstrame lo agradecida que estás, *stellina*. Un día, me dejarás probar esa gratitud en tus labios, en tu garganta, donde sea que elija reclamarla.

Mi coño se contrae con una necesidad que odio sentir. —Alessandro…

—¿A menos que prefieras agradecérmelo ahora? —Su pulgar acaricia más arriba, y tengo que agarrarme al telescopio para mantenerme en pie.

—Quiero darte el universo, Emma. Cada estrella, cada planeta, cada constelación que alguna vez has soñado con ver. Solo tienes que dejarme.

La oscura promesa que subyace en sus palabras me hace temblar.

12 - Emma

El telescopio que me regaló atrapa los rayos del sol del atardecer detrás de mí, hermoso y sofocante a la vez. Todo en este observatorio de la azotea me recuerda su consideración, su control, cómo presta atención a lo que amo y lo usa para atarme más fuerte.

Hay cosas que ni siquiera el matrimonio con la mafia puede borrar. Sarah, mi mejor amiga de la infancia, la única persona que conoció a Emma antes de que se convirtiera en nadie y, luego, en alguien completamente diferente.

La puerta de la azotea se abre con ese silencio particular que delata a Alessandro. Todo mi cuerpo se pone rígido, sorprendida en el acto de intentar conectar con mi pasado.

—Te ves perdida, *stellina*. —Su voz cruza el jardín, suave pero ineludible.

No me muevo. No me doy la vuelta. Mirarlo hace que pensar sea más difícil, me hace olvidar por qué necesito recordar quién era Emma.

—Solo estoy pensando —le digo a la ciudad que se extiende a mis pies, a las rosas, a cualquier cosa menos a él.

—¿Sobre qué?

—Sobre quién solía ser. —La honestidad nos sorprende a ambos.

Sus pasos se acercan, el costoso cuero italiano apenas susurra contra la piedra. —¿Y quién era esa persona?

—Alguien que tenía una amiga llamada Sarah. Alguien que se sabía su propio número de teléfono, su propia dirección, su propio apellido sin tener que pensar cuál se supone que debo usar.

Se detiene a mi lado, sin tocarme, pero lo suficientemente cerca como para sentir su calor. Su mirada cae sobre el teléfono en mi mano. —¿Sarah? Quieres llamarla.

No es una pregunta. Él siempre sabe lo que quiero antes de que lo pida, quizá antes de que yo misma lo sepa.

—Sí.

—Entonces llámala. —Saca su celular del bolsillo y me lo entrega —. Estaré escuchando, pero puedes llamar.

Su indiferente violación a mi privacidad hace que el calor se acumule en mi vientre ante su completo control, mi cuerpo ya entrenado para su posesión. Por supuesto que va a monitorear la llamada. Nada en esta casa sucede sin el conocimiento de Alessandro.

Marco el número de todos modos, desesperada por una voz que me conociera antes de convertirme en suya.

Sarah contesta al tercer timbre. —¿Hola?

—Sarah, soy yo. Soy Emma.

El silencio se extiende en la línea, y luego: —¿Emma? ¡Dios mío, Emma! ¿Dónde has estado? ¡Simplemente desapareciste de la casa de los Hewson, sin ninguna explicación, nada! Penny me dijo que te esfumaste una noche.

Sarah, al ser amiga de otra sirvienta de los Hewson, se habría enterado de mi repentina partida a través de la red de sirvientes. Miro a Alessandro, que está apoyado en el marco de la puerta. Sus ojos nunca abandonan mi rostro, leyendo cada microexpresión como un mapa hacia mi alma.

—Me casé —digo, y las palabras me saben extrañas—. Fue repentino.

—¿Casada? ¡Emma, si ni siquiera tenías novio! A menos que… — Su voz baja de tono—. ¿Estás bien? ¿Pasó algo? ¿Estás embarazada?

—No, nada de eso. —La interrumpo antes de que pueda acercarse demasiado a la verdad—. Es complicado.

—¿Complicado cómo? Emma, suenas asustada.

Fuerzo una risa que me suena hueca incluso a mí. —No estoy asustada. Mi esposo es… es bueno conmigo.

—Tu esposo. —Lo dice como si estuviera saboreando veneno—. Emma, ¿con quién te casaste?

Hago una pausa por un momento, buscando la aprobación de mi esposo, quien asiente.

—Alessandro Rosetti —digo finalmente.

El silencio esta vez es ensordecedor. Cuando Sarah habla de nuevo, su voz tiembla. —¿Emma, Alessandro Rosetti? ¿El de la mafia de verdad? Amiga, dicen que una vez disolvió a un hombre en ácido por tocar su auto. ¿Qué estás haciendo?

—No puedes decírselo a nadie —suelto de repente.

—¿Te está haciendo daño? Amiga, iré a buscarte. O… o nos vemos para tomar un café y tendré un auto esperando.

Mi espalda se endereza, y palabras que no esperaba salen de mi boca. —No es así. Es gentil conmigo, me da cosas. Me regaló las estrellas. Me compró un telescopio porque mencioné una vez que amaba la astronomía.

—¡Escúchate! ¿Estás defendiendo a un hombre que te posee?

Dios, tiene razón. ¿Cuándo me convertí en la mujer que defiende a un criminal?

—Ahora soy otra persona —digo en voz baja—. Frances Rosetti. Así es como todos creen que me llamo.

Alessandro se mueve contra el marco de la puerta, observándome mientras navego esta conversación. Oírme explicarle todo a Sarah añade otra capa a nuestra extraña realidad.

—¿Frances? Emma, ¿en qué te has metido?

—No puedo explicarlo todo. Solo necesitaba oír una voz familiar, recordar que Emma existía antes de todo esto.

—¡Claro que existías! ¡Existes ahora! Solo porque un criminal rico te vistió de gala no significa…

—Él me protege —la interrumpo, sorprendiéndome a mí misma por la vehemencia—. Le rompió los dedos a un hombre por tocarme. Me está enseñando a ser más que invisible.

—Nunca fuiste invisible para mí —dice Sarah en voz baja—. Eras mi mejor amiga, la que me ayudó a superar la muerte de mi mamá. Emma, ¿y Tommy? ¿Ese hombre sabe siquiera de tu hermano?

—Lo sabe —digo en voz baja, consciente de la atención intensificada de Alessandro—. Lo sabe todo. Sobre Tommy, pudriéndose en la cárcel.

—¿Por qué se casó contigo? ¿Cómo te conoció? ¿Te obligó a esto?

Me río. —Un Rosetti no obliga a una sirvienta a casarse con él.

—Emma, esto es una locura…

—Tengo que irme —digo, al notar que Alessandro se aparta del marco de la puerta—. Solo necesitaba oír tu voz. Recuerda, no puedes decírselo a nadie.

—Emma, espera. Si necesitas ayuda, si necesitas escapar…

—No necesito escapar. —Las palabras salen seguras, confiadas, y me doy cuenta, con una náusea en el estómago, de que lo digo en serio—. Estoy exactamente donde se supone que debo estar. Cuídate. Te quiero.

Cuelgo antes de que pueda responder, antes de que su duda pueda infectar cualquier delirio que esté construyendo para sobrevivir a esto.

Alessandro me observa mientras paso a su lado sin mirarlo a los ojos. Ninguno de los dos habla sobre la llamada, sobre el horror de mi amiga, sobre mi defensa hacia él. El silencio se siente pesado con cosas que ambos estamos pensando, pero que no diremos.

Las promesas de anoche cuelgan entre nosotros como moretones de la mañana siguiente, invisibles pero sensibles al tacto. La corrupción que prometió bajo las estrellas sucedió de formas más pequeñas: su pulgar sobre mi pulso, su aliento en mi cuello, mi vergonzosa humedad ante su contención.

Deambulo hacia la sala de estar contigua a nuestro dormitorio, tocando objetos caros que pertenecen a la vida de otra persona. Una licorera de cristal que refleja la luz del arcoíris. Cortinas de seda que susurran riqueza con cada movimiento. Cada objeto me recuerda lo bajo que he caído del mundo de Emma. O lo alto que he ascendido, dependiendo de qué perspectiva importe.

Veo mi reflejo en el espejo de cuerpo entero y me quedo helada.

La mujer que me devuelve la mirada lleva un vestido de diseñador de seda azul oscuro. Unos aretes de diamantes atrapan la luz, el anillo de bodas pesa en mi mano, un brazalete de perlas rodea mi muñeca. Cada pieza me marca como suya, como la señora Rosetti, como cualquier cosa menos Emma, la sirvienta.

La mujer que me mira podría ser cualquier esposa de la mafia. Cara, vacía, existiendo solo como una extensión del poder de su marido. ¿Cuántas otras han estado donde yo estoy, viéndose a sí mismas desaparecer en el imperio de su esposo?

—No te reconozco —le susurro a la extraña con ropa de diseñador.

Mis manos tiemblan mientras me quito las joyas, cada pieza más pesada que la anterior. Primero los aretes, luego el brazalete; cada acto de quitármelos es como mudar una piel que nunca me quedó bien. El anillo de bodas se atasca, por supuesto que lo hace, y tengo que girarlo para que pase por mi nudillo. Hasta mi cuerpo traiciona a Emma, hinchándose para mantener las cadenas de la señora Rosetti en su lugar.

El vestido de diseñador susurra contra mi piel mientras me hundo en el sofá de terciopelo, una tela costosa que me habría

tomado meses pagar con mi salario de sirvienta. Incluso mi forma de sentarme ha cambiado. Espalda recta, tobillos cruzados, la postura de alguien que pertenece a lugares como este.

Hasta que me desplomo.

Alessandro me encuentra llorando en el sofá, mi maquillaje cuidadosamente aplicado corriendo en ríos negros por unas mejillas que ya no siento como mías. Se arrodilla a mi lado, con movimientos cuidadosos y controlados, como si se acercara a un animal herido.

—Dime —dice simplemente.

—No sé quién soy. —Las palabras salen entrecortadas—. Sarah escuchó a una extraña en el teléfono. Te casaste con alguien que no existe. Y me estoy convirtiendo en algo que no reconozco.

Su pulgar aparta una lágrima con una gentileza devastadora. —Estás mojada —observa, y ambos sabemos que no se refiere solo a las lágrimas. Mis muslos se aprietan involuntariamente, mi cuerpo responde a su proximidad incluso en medio de mi colapso. Esto es lo que me ha hecho: hacer que lo desee incluso cuando me estoy desmoronando.

—Eres mi esposa.

—Lo dices como si eso lo resolviera todo.

—¿Acaso no es así?

—Has tenido dos semanas para hacerme tuya. He tenido dos semanas para olvidar quién era. Ninguno de los dos ha terminado todavía.

Estudia mi rostro como si estuviera memorizando cada rastro de lágrimas. —Te estás convirtiendo en quien estabas destinada a ser. No la sirvienta, no la falsa heredera. Algo nuevo.

—Algo que tú estás creando. —No es exactamente una acusación.

—Algo que estamos creando. —Sus manos enmarcan mi rostro, obligándome a mirarlo a los ojos—. ¿Crees que el haberte reclamado no me ha alterado de maneras que nunca esperé?

La admisión nos sorprende a ambos. Alessandro Rosetti no admite cambios, ni que le afecten las cosas. Pero aquí está, arrodillado en una alfombra cara, ofreciéndole consuelo a la sirvienta con la que se casó por accidente.

—Lo estoy aceptando —susurro—. Esta vida, esta ropa, tú. Estoy aceptando convertirme en tuya, aunque sé que significa perder todo lo que fui.

—No perder. Transformar. —Me atrae hacia su pecho, y lo dejo, necesitando el ancla, aunque sea lo mismo que me está hundiendo—. Sigues siendo la chica que ama las estrellas. Sigues siendo la mujer que sacrificaría todo por su familia. Esas partes no desaparecen solo porque uses seda en lugar de algodón.

Su colonia se mezcla con algo más, pólvora, tal vez, o simplemente el aroma metálico de la violencia que se adhiere a hombres como él. Lo inhalo como una adicta, odiando la forma en que me hace sentir segura.

Sus brazos a mi alrededor se sienten como una combinación de seguridad y peligro, como el hogar y el exilio, todo a la vez.

—Sabes que soy tan tuyo como tú eres mía —dice—. Esa es suficiente verdad por ahora.

La palabra «suficiente» sigue resonando entre nosotros. Su posesión es suficiente para él. Pero la pregunta que arde en mi pecho, la que no puedo expresar, es si ser suya será alguna vez suficiente para mí.

—¿Pero es suficiente para mí? —La pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla, susurrada contra su hombro, donde podría no oírla.

Lo hace, por supuesto. Alessandro lo oye todo, especialmente las cosas que no quiero decir.

Sus brazos se aprietan a mi alrededor, y por un momento pienso que me presionará para que le dé una respuesta. En lugar de eso, solo me abraza mientras me fragmento en pedazos. Emma, Frances, la señora Rosetti, ninguna de ellas encaja ya del todo.

—Ya lo resolverás, *stellina* —murmura contra mi cabello—. Decidirás quién quieres ser.

La ironía no se me escapa. El hombre que lo controla todo ofreciéndome esta única elección. Pero quizá de eso se trata. Quizá la única identidad que importa ahora es la que yo elija construir a partir de estos pedazos rotos.

Me aparto lo suficiente para mirarlo, a este hermoso monstruo que me está remodelando con cada día que pasa. —¿Y si elijo ser alguien que no te guste?

Su sonrisa es peligrosa y tierna a la vez. —Imposible. Cada versión de ti me pertenece.

Sus labios rozan mi frente, gentiles de una manera que hace que me duela el pecho.

—Muéstrame las estrellas esta noche —dice Alessandro contra mi cabello—. Muéstrame lo que Emma Rosetti ve en ellas.

Su mano se desliza de mi espalda a mi cadera, su agarre se tensa posesivamente mientras me pega por completo a él. Siento su erección presionando contra mi estómago, y mi cuerpo responde al instante, el calor acumulándose entre mis muslos.

—Y una noche, quizá no esta noche, pero una noche pronto, después de que me hayas mostrado cada constelación que amas —su voz baja a ese susurro peligroso que hace que todo mi cuerpo se contraiga de necesidad—, te enseñaré nuevas formas de ver las estrellas.

Se pone de pie, levantándome con él, sus manos abarcando mi cintura. Su boca encuentra mi oreja, su aliento caliente contra mi piel. —De rodillas, *stellina*. Bajo Perseo y Andrómeda. Donde aprenderás exactamente en qué nació para convertirse Emma Rosetti.

Mis piernas amenazan con ceder ante la oscura promesa en su voz. Su pulgar acaricia mis costillas, justo debajo de mi seno, y me arqueo hacia su toque sin querer.

—No más fingimientos, no más peleas —continúa—. Solo tú rindiéndote a lo que ambos sabemos que anhelas.

Su mano sube por mi garganta, los dedos la rodean suavemente pero con una posesión inconfundible. Mi pulso martillea contra su palma, y él sonríe esa sonrisa peligrosa que me humedece.

—Pronto, Emma, vas a suplicar por tu corrupción. Y voy a darte exactamente lo que necesitas. Lo que solo yo puedo darte. —Su pulgar presiona mi yugular—. Cada cosa oscura con la que has estado soñando desde nuestra noche de bodas.

No puedo respirar, no puedo pensar, solo puedo sentir la promesa de lo que está por venir. Las estrellas que una vez significaron un escape ahora se convierten en testigos de mi destrucción voluntaria.

—Pronto —susurro, y la palabra sella mi destino.

Su sonrisa se vuelve depredadora, satisfecha. —Buena chica.

13 - Alessandro

—No tienes que hacer esto, *stellina* —murmuro mientras nuestro Mercedes negro se acerca al cementerio de St. Mary, pero la mandíbula de Emma está tensa con la misma determinación obstinada que me llamó la atención por primera vez en nuestra noche de bodas.

Tony, mi chofer, atraviesa las puertas del cementerio con suavidad y toma la ruta larga mientras yo busco amenazas. Tres autos nos siguieron desde la mansión: dos de seguridad, como esperaba, y un sedán plateado que hace que mi mano se deslice hacia la Glock metida junto a mis costillas. El sol de la mañana traza ángulos agudos a través de los árboles, haciendo que todo parezca desnudo y expuesto. El clima perfecto para que los secretos se escapen por las grietas.

Emma está sentada a mi lado, vestida de negro de diseñador, con un velo que oscurece su rostro, pero no oculta el temblor de sus manos. La seda susurra riqueza con cada movimiento. Pero debajo de esa costosa armadura, Emma se está quebrando. La mujer real con la que me casé, no la actuación.

—Mariam era mi amiga —dice, con la voz firme a pesar de las lágrimas que sé que amenazan con salir—. Solíamos robar manzanas de la cocina a escondidas cuando la señora Panbury no miraba.

Estudio su perfil a través de la malla negra de su velo, a esta mujer que insiste en caminar hacia el peligro para honrar a una amiga muerta. La mayoría de las esposas en mi mundo ni siquiera sabrían los nombres de sus sirvientes, y mucho menos se arriesgarían a exponerse para asistir a sus funerales. La forma en que agarra su bolso, con los nudillos blancos por el dolor reprimido, hace que algo oscuro se enrosque en mi pecho. Cuando está vulnerable así, temblando con una emoción apenas contenida, mi polla se agita a pesar del lugar. Soy lo suficientemente retorcido como para empalmarme por su necesidad de mi protección.

—Los Hewson estarán aquí —le recuerdo, aunque ya lo sabe—. Te pondrán a prueba.

—Que lo hagan. —Ahora hay acero en su voz, el mismo acero que he estado descubriendo lentamente bajo su sumisión actuada—. Necesito despedirme.

El cementerio se extiende ante nosotros, las lápidas como dientes rotos contra el césped bien cuidado. Un viento seco de junio trae el olor a tierra recién removida y flores moribundas. Cerca de la parte trasera, donde las parcelas son más pequeñas y las lápidas más sencillas, un grupo de figuras vestidas de negro rodea un ataúd de madera. Nada elaborado, solo tablas de pino y manijas de latón que se empañarán en unos meses.

Observo a los dolientes reunidos mientras Tony se estaciona, mi mente ya calcula rutas de escape y posibles armas. Esa lápida podría romper un cráneo. El soporte funerario que sostiene las flores: metal, bordes afilados. Sirvientes de varias casas llenan el espacio, sus posturas hablan de largas horas y huesos cansados. Reconozco a varios de los preparativos de la boda, sus rostros pasan por un ciclo de confusión al ver lo que parece ser la hija de los Hewson saliendo de mi Mercedes.

—Recuerda —digo, tomando el brazo de Emma mientras salimos —, apenas la conocías. Una amable sirvienta que te traía el té. Nada más. Y no puedes dejar que ninguno de los otros sirvientes te vea la cara. Mantén el velo puesto.

Ella asiente, pero siento la tensión vibrar a través de su cuerpo donde se presiona contra el mío. Cada uno de estos sirvientes conoce a Emma, no a Frances. Cualquiera de ellos podría destruirla con un solo saludo fuera de lugar. Mis dedos se aprietan posesivamente en su brazo. La idea de que alguien la exponga hace que la violencia se acumule en mis entrañas, oscura y ansiosa.

Nos acercamos a la tumba lentamente, mi mano en la parte baja de su espalda. Que todos vean que Frances Rosetti está bajo mi protección.

—Señor y señora Rosetti —una de las sirvientas, una mujer mayor con manos gastadas por el trabajo, empieza a decir algo, y luego se detiene, la confusión nublando sus facciones al reconocer algo familiar, pero equivocado en el rostro de mi esposa.

—Mi esposa deseaba presentar sus respetos —digo suavemente, cortando cualquier reconocimiento que pudiera estar surgiendo. Mi

voz transmite el tipo de autoridad que precede a la violencia, que ha dejado a hombres desangrándose en callejones—. Una tragedia tan inesperada merece un reconocimiento.

La mujer retrocede.

Los Hewson llegan como buitres descendiendo sobre la carroña, su Town Car negro los descarga a veinte pies de donde estamos. La mirada de la señora Hewson se clava en Emma de inmediato, el cálculo afila sus facciones hasta convertirlas en algo depredador. Mis dedos anhelan la navaja en mi chaqueta, imaginando con qué facilidad se abriría la garganta de la señora Hewson, cómo su sangre se acumularía en sus zapatos de diseñador.

—¡Cariño! —La voz de la señora Hewson cruza el cementerio con una dulzura que no le llega a los ojos—. Qué considerada de tu parte al venir. Aunque me sorprende que recuerdes a nuestra pequeña Mariam.

La prueba comienza de inmediato. Siento la espalda de Emma enderezarse contra mi palma, su cuerpo preparándose para la batalla incluso mientras mantiene su pose de duelo. Joder, la forma en que se enfrenta a las amenazas hace que quiera doblegarla sobre la lápida más cercana y mostrarle exactamente lo que su valentía me provoca.

—Algunas amabilidades se quedan con una —dice Emma con cuidado, su inteligencia brillando a través de la actuación.

La señora Hewson agarra el brazo de Emma, sus uñas cuidadas se clavan con la fuerza suficiente para que vea a mi esposa estremecerse. Las marcas se convertirán en moretones, un daño deliberado disfrazado de afecto. Aprieto la mandíbula, la violencia se enrosca en mi pecho como un resorte demasiado tenso. He roto dedos por menos. Les he hecho tragar sus propios dientes a hombres por atreverse a marcar lo que es mío.

—Oh, sí —continúa la señora Hewson, apretando más fuerte—, ¿recuerdas esas encantadoras fiestas de té que tú y Mariam tenían? Ella te traía esas galletas especiales de la cocina, ¿las de lavanda?

Una mentira. Puedo verlo en el cruel giro de su boca, en la forma en que el señor Hewson se mueve incómodo detrás de ella. Están probando lo que Frances sabe, a lo que Emma accederá, qué tan bien puede jugar este juego. El olor a tierra fresca se mezcla con el perfume empalagoso de la señora Hewson, revolviéndome el estómago.

Emma inclina la cabeza ligeramente, su rapidez mental la salva. —El servicio de Mariam siempre fue… memorable.

Ni acuerdo, ni negación. Chica lista. Mi pequeña e inteligente mentirosa aprendiendo a navegar sus trampas.

—En efecto. —La sonrisa de la señora Hewson podría cortar el vidrio—. Esa lealtad en los sirvientes es rara en estos días. ¿No está de acuerdo, señor Rosetti?

—La lealtad lo es todo en nuestro mundo, señora Hewson. Al igual que los secretos que los sirvientes guardan sobre sus empleadores. —Dejo que mi mirada se desvíce significativamente hacia el ataúd de madera, y luego de vuelta a su rostro ahora pálido —. Es increíble lo que se llevan a la tumba. O no. Se sabe que soy muy… minucioso para extraer información de fuentes reacias.

Su rostro se queda sin color, los dedos aflojando su agarre en el brazo de Emma. Observo cómo su otra mano se aprieta en la correa de su bolso, los nudillos se vuelven blancos mientras el miedo reemplaza su confianza anterior. Está procesando mis palabras: ¿amenaza u observación? Ambas, en realidad. Depende enteramente de lo estúpidos que decidan ser.

—Hablando de sirvientes leales —continúo conversadoramente—, debe dormir muy profundamente sabiendo que los suyos han estado con usted durante décadas. Todos esos años de conocimiento acumulado sobre los… hábitos de su familia. Registros financieros, preferencias personales, esos medicamentos especiales que toma el señor Hewson que no son exactamente recetados.

El señor Hewson da un paso adelante, su propio miedo apenas oculto bajo su máscara de hombre de negocios. —Quizás deberíamos dejar que comience el servicio.

—Por supuesto. —Alejo a Emma de la presencia tóxica de la señora Hewson, notando las marcas rojas que ya se están formando en su brazo. Cada marca es una deuda que cobraré con intereses—. No quisiéramos retrasar el descanso final de nadie. Ni acelerar el de nadie más.

El sacerdote recita oraciones genéricas mientras estamos junto a la tumba. Emma mantiene la compostura a la perfección, la máscara de Frances es perfecta, la imagen ideal de una simpatía distante en lugar de un dolor personal. El sonido de la tierra golpeando el ataúd de madera resuena en todo el cementerio, cada golpe como un latido

de corazón en una cuenta regresiva hacia algo que se rompe. Hasta el momento en que todo cambia.

Tres niños emergen de detrás de otro doliente. El mayor, de unos ocho años, agarra las manos de dos gemelos que no pueden tener más de cuatro. Llevan ropa negra que no les queda bien, claramente prestada para la ocasión, sus rostros tienen esa mirada hueca de huérfanos recientes.

—Mamá —gimotea uno de los gemelos—. ¿Dónde está mamá?

A Emma se le corta la respiración, un sonido tan pequeño que solo yo lo oigo. A través del velo, veo que las lágrimas comienzan a caer, no las lágrimas decorativas del dolor actuado, sino una agonía genuina y profunda por los hijos de su amiga. Emma sangrando a través de la armadura de Frances. Todo su cuerpo comienza a sacudirse contra mí, temblando como lo hizo en nuestra noche de bodas, pero por razones completamente diferentes.

—Tres hijos —susurra, rota—. Tenía tres bebés y ahora…

La cabeza de la señora Hewson se gira bruscamente hacia nosotros, percibiendo la debilidad como un tiburón que huele sangre. Otros dolientes también están empezando a notarlo. ¿Por qué la princesa Hewson llora tanto por una sirvienta que apenas conocía?

No pienso. Simplemente me muevo, atrayendo a Emma contra mi pecho, usando mi cuerpo para proteger su genuino dolor de las miradas indiscretas. Sus lágrimas empapan mi camisa de inmediato, el calor de ellas quema a través del costoso algodón. Sus manos se aferran a mi chaqueta mientras intenta ahogar sus sollozos y, joder, su completa rendición a mi protección hace que mi polla se contraiga. Soy lo suficientemente retorcido como para ponerme más duro por su vulnerabilidad, por la forma en que confía en mí por completo en este momento.

—Aquí estoy —murmuro contra su cabello, lo suficientemente bajo para que solo ella me oiga—. Respira, *stellina*.

—Se mató trabajando para ellos —susurra Emma contra mi pecho, su dolor demasiado crudo para contenerlo—. Jornadas de dieciséis horas, sin quejarse nunca, solo tratando de mantenerlos alimentados y ahora están solos y…

—Chss. —La abrazo con más fuerza, una mano acunando la parte posterior de su cabeza, los dedos enredándose en su cabello. Para los observadores, debe parecer que estoy consolando a mi sensible

esposa, abrumada por la tragedia de unos niños sin madre. No necesitan saber que está de luto por alguien que realmente la veía como un ser humano. La forma en que tiembla en mis brazos, necesitándome no solo para protegerla, sino para consolarla. Joder, ¿cuándo empezaron sus lágrimas a sentirse como heridas?

La niña mayor, con la barbilla testaruda de su madre, mira a Emma con un reconocimiento que me hiela la sangre. Aparto a mi esposa de las miradas indiscretas.

—Tómate el tiempo que necesites —le digo, manteniéndola presionada contra mi pecho, sintiendo cada sollozo vibrar a través de mí—. Deja que piensen que eres sensible. Es mejor eso que la alternativa.

Ella asiente contra mi camisa, tratando de recomponerse. Las lágrimas siguen cayendo, y la abrazo más fuerte, diciéndome a mí mismo que es estrategia cuando en realidad su dolor hace que algo se resquebraje en mi pecho.

Regresamos al Mercedes lentamente, los otros dolientes se apartan a nuestro paso. Sus susurros nos siguen, preguntándose, cuestionando. Tony ya tiene el motor en marcha, siempre eficiente.

De vuelta en el Mercedes, el cristal de privacidad levantado entre nosotros y Tony, Emma finalmente está a salvo de miradas indiscretas. Se permite romperse por completo, los sollozos vienen en oleadas mientras la sostengo, mi brazo envuelto alrededor de sus hombros. Los asientos de cuero crujen mientras la acerco más, su cuerpo encaja contra el mío como si estuviera hecho para este espacio específico.

—Lo siento —dice entre lágrimas—. Casi lo arruino todo. La señora Hewson estaba mirando y no pude…

—Lo hiciste perfectamente —interrumpo, sorprendiéndonos a ambos con mi vehemencia. En mi mundo, mostrar emoción es una debilidad, algo para ser explotado o castigado. ¿Pero verla navegar por ese campo minado de dolor y engaño mientras los Hewson rondaban como depredadores?—. Honraste a tu amiga mientras mantenías tu tapadera. Eso requiere una fuerza que la mayoría de la gente no tiene.

Ella se aleja un poco, buscando en mi rostro. —¿No estás enojado?

—Estoy impresionado. —La admisión me sorprende, se siente extraña en mi lengua—. Te enfrentaste a una presión imposible y no

te quebraste. Emma y Frances sobrevivieron a eso. Ahora somos un equipo, *stellina*. Aliados contra todos los que quieran hacerte daño.

El coche se convierte en nuestro santuario, el cristal de privacidad asegura que nadie pueda presenciar este momento de cruda honestidad. Algo cambia en su expresión. La confianza florece donde solo había una dependencia desesperada. La transformación hace que se me revuelva el estómago, la excitación y la admiración se enredan de maneras que no quiero examinar.

—Los amenazaste. A los Hewson. Me protegiste de sus preguntas.

—Y haré más que amenazarlos si vuelven a presionar. —La promesa sale más oscura de lo previsto, bordeada por el tipo de violencia que normalmente mantengo a raya—. Les haría tragar sus propios dientes antes de dejar que te hagan daño de nuevo. ¿Viste cómo se pusieron tensos cuando mencioné a los sirvientes leales que guardan secretos? Están aterrorizados de lo que su personal pueda saber. Bien. El miedo hace que la gente sea cuidadosa.

—O peligrosa —dice Emma en voz baja.

—Que lo intenten. —Trazo las marcas que la señora Hewson dejó en su brazo, que ya se están volviendo moretones morados. Cada marca está catalogada, archivada para una futura represalia—. Te lo prometo, *stellina*, muy silenciosamente, sin que nadie sepa nunca por qué, pagarán por cada marca que te pongan. Cada lágrima que te provoquen. Cada momento de dolor. ¿A la señora Hewson le gusta su té de la mañana? Qué lástima si algo amargo se mezclara. ¿Los medicamentos del señor Hewson? Tan fácil ajustar las dosis.

Ella se estremece ante la fría certeza en mi voz, pero no se aleja. Si acaso, se inclina más cerca. —¿De verdad lo harías, no? ¿Hacerles daño por mí?

—Haría algo peor que hacerles daño. —La verdad pesa entre nosotros en la segura privacidad del coche—. Eres mía, Emma. Eso significa que tu dolor es mío, tus enemigos son míos, tu dolor es mío para vengarlo. Hasta el más pequeño moretón.

Chicago pasa por fuera, el horizonte de la ciudad es un borrón de vidrio y acero.

—Esos niños —dice Emma de repente—. Los hijos de Mariam. ¿Podemos… podrías tú…?

—Ya me encargué de eso —le digo, sacando mi teléfono para mostrarle las transferencias bancarias—. Un fideicomiso para cada

uno, administrado discretamente. Educación completa, gastos de manutención, todo. Nunca les faltará nada.

Nuevas lágrimas corren por sus mejillas, pero estas son diferentes. De gratitud en lugar de dolor. —Ni siquiera los conoces.

—Sé que le importaban a alguien que te importa a ti. —Le seco las lágrimas con el pulgar, la sal de ellas de alguna manera más íntima que un beso—. Con eso basta.

La rodeo con mi brazo más firmemente, sintiendo cómo se desvanece el último vestigio de su resistencia. Ella apoya la cabeza en mi pecho, rindiéndose por completo a mi protección. Y en este momento, con sus lágrimas en mi piel y el peso de su dolor en mis brazos, me doy cuenta de que haría cualquier cosa para mantenerla a salvo. No porque sea mi esposa o mi posesión, sino porque algo en mí necesita que ella sobreviva.

14 - Emma

El almuerzo de caridad para niños huérfanos se siente como una broma cruel cuando acabas de regresar del funeral de tu amiga, que era madre soltera.

Los candelabros de cristal derraman luz por todo el salón de baile de la Sociedad Histórica de Chicago, transformando a doscientas de las mujeres más influyentes de la ciudad en depredadoras resplandecientes. Veinte días de entrenamiento con Alessandro no me prepararon para esto. Estoy sentada en la mesa principal con mi traje sastre de falda color crema de Chanel, que Alessandro eligió esta mañana mientras sus dedos se demoraban en cada botón, vistiéndome como a una muñeca; intento recordar qué tenedor sigue.

—La generosidad de la familia Rosetti con los huérfanos es legendaria —dice efusivamente la mujer a mi derecha, sus diamantes atrapan la luz con cada gesto—. Su suegra habría estado muy orgullosa.

Asiento, sonrío y esquivo el tema. La madre de Alessandro está muerta, como bien sabría Frances. Emma se enteró por los chismes de la cocina. La mujer que se supone que soy existe en algún punto entre esas verdades.

Al otro lado del salón, Alessandro hace negocios cerca de la barra, pero sus ojos me encuentran cada pocos minutos. Vigilando. Protegiendo. Poseyendo. El peso de su mirada hace que mi piel se sonroje bajo la lana de diseñador y me hace apretar los muslos debajo de la mesa.

—Oh, mira —susurra mi compañera de mesa—, ahí viene la señora Rourke.

El nombre no significa nada para mí, aunque estoy segura de que debería. Observo a la mujer acercarse, de unos setenta y tantos años, con perlas y una sonrisa afilada como el invierno. Se mueve entre la multitud como Moisés separando las aguas, mientras los simples mortales se apartan de su camino.

—Señora Rosetti —dice, con una voz lo bastante potente como para llamar la atención—. Qué encanto conocer por fin a la misteriosa esposa de Alessandro.

Me pongo de pie para saludarla y de inmediato sé que he hecho algo mal. Entrecierra los ojos al ver cómo me levanto, con la rapidez de una sirvienta en lugar de con la elegancia de la alta sociedad. Su mirada se detiene en mis manos mientras ajusto la servilleta, la misma mirada calculadora que la señora Hewson solía lanzarme cuando inspeccionaba mi trabajo.

—Señora Rourke. —Le extiendo la mano, pero en su lugar me da un beso al aire; su perfume es empalagoso.

—Mi querida amiga Sofia me dice que acaba de regresar de Europa. ¿Pudo ir al Louvre? —pregunta, acomodándose en la silla vacía a mi lado como un gato que se prepara para jugar con su comida—. Una visita privada, naturalmente, para evitar las hordas.

—Por supuesto —consigo decir, la misma respuesta vaga que ha funcionado antes—. Me gustan las visitas nocturnas. Pone los cuadros bajo las mejores, eh, luces.

—En efecto. —Su sonrisa se ensancha ante mi torpe frase.

Sigo su mirada y observo mis manos aferradas a la delicada porcelana, ambas manos, como si temiera que se me escapara. Como una sirvienta protegiendo algo precioso que no es suyo. Siento que la cara me arde mientras ajusto mi agarre a una sola mano, con el meñique extendido, como he visto hacer a otras mujeres.

—Qué refrescante —continúa la señora Rourke, lo suficientemente alto como para que nuestra mesa la oiga— ver a alguien tan… indiferente a la formación en etiqueta tradicional.

Las mujeres que nos rodean ríen nerviosamente. Huelen sangre en el agua, pero no están seguras de quién.

Me obligo a enderezar la espalda, a canalizar el personaje que se supone que soy. —Prefiero la autenticidad al artificio.

—Como digo, qué refrescante.

Me tiemblan las manos al tomar el vaso de agua y casi lo tiro. Varias mujeres se dan cuenta y levantan las cejas.

—Cuidado —dice dulcemente la señora Rourke—. Estos cubiertos pueden ser muy abrumadores cuando no estás acostumbrada a ellos.

La atención de Alessandro se agudiza desde el otro lado de la sala. Lo veo disculparse en su conversación, pero la señora Rourke no ha terminado.

—Dígame —dice, con la voz impostada para que la oigan—, ¿cuál era su apellido de soltera? ¿Antes de convertirse en una Rosetti?

La pregunta pende como la hoja de una guillotina.

—Hewson —logro decir, pero se me quiebra la voz.

—Ah, sí, nuevos ricos. Supongo que eso lo explica. —La sonrisa de la señora Rourke se vuelve depredadora.

Las otras mujeres se inclinan, intuyendo un escándalo. El pecho se me oprime, la respiración se me entrecorta.

—Es fascinante —continúa, dirigiéndose ahora a la mesa— cómo el matrimonio cambia a la gente. Algunas se elevan a su nueva posición. Otras… —Su mirada me recorre de arriba abajo—. Bueno, el dinero no puede comprar la clase, ¿verdad?

Las palabras me hieren profundamente. Porque tiene razón. No pertenezco a este lugar, y nunca lo haré.

No puedo respirar. La habitación da vueltas ligeramente, todos esos rostros observadores se desdibujan. Tiene razón. No soy nadie. Una sirvienta con ropa robada, fingiendo ser alguien que importa.

—Disculpen —susurro, levantándome demasiado rápido. Mi silla raspa contra el mármol, el sonido haciendo eco.

—Oh, vaya —dice la señora Rourke con falsa preocupación—. Espero que no se sienta mal.

Huyo. No con elegancia, no con dignidad, sino con la desesperada velocidad de una presa que escapa de un depredador. Mis tacones repiquetean contra el mármol mientras corro hacia el baño, con la visión borrosa por las lágrimas que me niego a dejar caer hasta que esté sola.

La puerta del baño se cierra detrás de mí, amortiguando el ruido del salón. Me agarro al mostrador de mármol, mirando mi reflejo en el espejo con marco dorado. El mármol del baño se siente frío, perfecto, como todo en este mundo que no es realmente mío. Mi reflejo se fractura a través de las lágrimas.

Mírenme. Traje de Chanel. Diamantes en mi garganta. El pelo peinado por profesionales esta mañana. Y debajo de todo, sigo siendo nadie. Sigo siendo la sirvienta que aprendió a ser invisible, que fregaba este tipo de suelos, que no se merece nada de esto.

Mi respiración llega en jadeos cortos. Un ataque de pánico. Lo reconozco de las noches después de la muerte de mamá, cuando el peso de criar a Tommy sola me oprimía el pecho hasta que no podía respirar. Mis dedos buscan a tientas los botones de la chaqueta de

Chanel, desabrochándolos, intentando respirar. El borde del lavamanos se clava en mis palmas mientras lo agarro, necesitando algo sólido, algo real.

Siento que el traje me asfixia. Lana de diseñador, y me está estrangulando. La señora Rourke vio a través de él. Vio a la sirvienta debajo, a la nadie que juega a fingir.

La puerta se abre. Espero a otra mujer, que viene a ser testigo de mi humillación.

Pero es él.

Alessandro llena el umbral de la puerta, sus ojos verdes oscuros con algo entre la rabia y el hambre. Entra y oigo el clic del cerrojo detrás de él. El sonido me llega directamente a las entrañas a pesar de mi pánico.

—Stellina.

—No. —Retrocedo contra la pared, necesitando distancia—. Por favor, no.

—Te hizo llorar. —No es una pregunta. Aprieta la mandíbula, sus manos se convierten en puños a sus costados—. Esa perra amargada te hizo llorar.

—Dijo la verdad. —Las palabras se me escapan entre jadeos—. No soy nadie. Una don nadie de nuevos ricos jugando a disfrazarse. Fingiendo ser alguien.

—Basta. —Se acerca más, acorralándome contra la pared. El calor de su cuerpo hace que mis pezones se endurezcan a pesar de todo—. Basta ya mismo.

—No lo entiendes —sollozo, el pánico me vuelve imprudente—. Nunca quise todo esto. Ni el dinero, ni las fiestas elegantes, nada de eso.

—Lo sé. —Su voz es suave, peligrosa—. Déjame cuidarte.

Se arrodilla.

La escena me deja sin aliento. Alessandro Rosetti, que domina salones con una mirada, que hace temblar a hombres hechos y derechos, está arrodillado en el suelo del baño con su traje de Armani. La posición pone su cara a la altura de mis caderas, y mi coño se contrae ante las implicaciones.

—Qué estás…

—Adorando lo que es mío. —Sus manos encuentran mis muslos a través de la falda de Chanel, sus pulgares acariciando en círculos que me humedecen a pesar de mis lágrimas—. Eres lo más preciado de

mi mundo. ¿Entiendes eso? No el apellido que usaste en nuestra boda. Tú. Emma. Cualquier nombre que elijas.

—Alessandro.

—¿Esa mujer de ahí afuera? —Su voz baja a un gruñido que vibra a través de mis huesos—. No es nada. Polvo. Olvidada en el momento en que muera. ¿Pero tú? —Sus manos suben más, arrugando la falda de diseñador, las yemas de sus dedos encuentran la piel desnuda sobre mis medias—. Tú eres todo. Mi obsesión. Mi perfecta corrupción.

—No soy nadie.

Su boca se presiona contra la cara interna de mi muslo a través de las medias de seda, y mi protesta muere en un gemido.

—Eres mía —murmura contra mi piel, sus dientes rozando la delicada tela—. Y yo adoro lo que es mío. Déjame mostrarte lo que me haces, lo dura que pones mi verga con solo respirar.

Me sube la falda, revelando el encaje debajo. Francés, caro, elegido por él esta mañana. Ya lo estoy empapando, mi cuerpo me traiciona incluso en mi angustia. Sus ojos se oscurecen al ver la mancha húmeda extendiéndose por la delicada tela.

—Joder, mírate —gruñe—. Ya goteando por mí. Tu coño sabe a quién le pertenece, incluso cuando tu mente duda.

—No podemos. Aquí no.

—Podemos y lo haremos. —Sus dedos se enganchan en el encaje, bajándolo lentamente—. Voy a hacerte venir en mi lengua mientras doscientas mujeres están sentadas afuera. Vas a agarrar mi pelo y a cabalgar mi cara hasta que olvides el nombre de esa perra.

El encaje se desliza por mis piernas, enganchándose brevemente en mis tacones antes de que lo arroje a un lado. El aire fresco golpea mi coño expuesto, haciéndome temblar. Estoy completamente desnuda bajo la falda de diseñador ahora, vulnerable y anhelante.

—Separa las piernas —ordena, y mi cuerpo obedece antes de que mi mente pueda protestar.

Me mira desde sus rodillas, sus ojos verdes ardiendo de posesión. —Mírame adorarte. No cierres los ojos. Quiero que veas quién está de rodillas por ti.

Su boca encuentra mi lugar más íntimo sin previo aviso, su lengua se desliza a través de mis pliegues intactos en una larga caricia que hace que mis rodillas se doblen. Solo sus manos en mis

caderas me mantienen en pie mientras me presenta un placer que nunca he conocido.

—Oh, Dios —jadeo, mis manos vuelan a su pelo, agarrando los mechones oscuros, abrumada por esta primera invasión.

La sensación es impactante, extraña; este es un territorio que nadie ha explorado jamás. Me siento vulnerable, expuesta de una manera en que nunca antes lo había estado. Mi cuerpo le responde instintivamente, aunque mi mente todavía lucha por procesar esta nueva sensación.

—No soy Dios —gruñe contra el centro de mi inocencia—. Solo yo. Tu esposo, reclamando lo que ningún hombre ha probado antes.

Me trabaja con la lengua, alternando entre lamidas amplias y toques precisos sobre mi clítoris hinchado. Sin previo aviso, desliza dos dedos dentro de mí y los curva hacia adelante para encontrar ese punto que me hace ver estrellas. Los sonidos húmedos retumban en las paredes de mármol, obscenos, inconfundibles.

—Escucha lo mojada que estás —murmura, bombeando los dedos más rápido—. Este coño está jodidamente empapado para mí. Chorreando por mi mano. Vas a corrérte en toda mi cara, ¿verdad?

—Alessandro, por favor.

—¿Por favor, qué? —Succiona mi clítoris entre sus labios, haciéndome sollozar—. ¿Que te haga olvidar que alguna vez no fuiste mía? ¿Que te joda con la lengua hasta que grites? ¿Que te muestre exactamente lo que vales?

La cerradura traquetea. Alguien intenta entrar.

—Ocupado —gruñe Alessandro sin levantar la boca de mi coño—. Lárgate.

Los pasos se alejan, pero el recordatorio de dónde estamos y qué estamos haciendo me provoca un oscuro escalofrío. Mi coño se aprieta alrededor de sus dedos y él gime contra mí.

—Te gusta eso —observa, añadiendo un tercer dedo para estirarme—. Te gusta saber que cualquiera podría oír cómo tu esposo te come el coño. Te gusta que te reclamen donde cualquiera podría atraparnos.

Su lengua vuelve a encontrar mi clítoris mientras sus dedos bombean más profundo, más fuerte. La doble sensación crea algo explosivo en mi interior. Me tiemblan los muslos, mi respiración se vuelve jadeante, mis dedos se aprietan en su pelo con la fuerza suficiente para hacerle daño.

—Eso es —me anima—. Úsame. Cabalga mi cara. Toma de mí lo que necesites.

Muevo las caderas contra su boca, persiguiendo mi primer orgasmo. Me deja controlar el ritmo, me deja restregarme contra su lengua mientras sus dedos se curvan dentro de mí, explorando lugares que nadie ha tocado jamás. La presión aumenta y aumenta.

—Córrete —ordena contra mi clítoris—. Córrete en mi lengua. Déjame probar lo perfecta que eres.

Mi orgasmo me atraviesa como un rayo. Me muerdo el labio con la fuerza suficiente para saborear la sangre, intentando no gritar mientras las olas de placer sacuden mi cuerpo. Mi coño palpita alrededor de sus dedos, apretando y soltando mientras él me ayuda a superarlo.

—Buena chica —murmura, lamiendo cada gota de mi orgasmo—. Mi perfecta y hermosa esposa. Corriéndose tan fuerte para mí.

Él no se detiene. Su lengua sigue trabajando mi clítoris hipersensible, sus dedos siguen bombeando lentamente.

—Es demasiado —jadeo, intentando apartarme.

—Nunca es demasiado. —Me sujeta en mi sitio con facilidad—. Vas a corrérte otra vez. Vas a empaparme la cara como se debe. Muéstrame lo que este coño puede hacer.

Su boca es implacable, adorando cada centímetro de mi coño con devota atención. Traza dibujos con la lengua, deletrea su nombre contra mi clítoris, me reclama con cada lamida. Mis piernas tiemblan tanto que apenas puedo mantenerme en pie, pero él me sostiene, me mantiene abierta, me mantiene exactamente donde me quiere.

—Siento que te acercas de nuevo —dice, con la voz áspera por la excitación—. Este coño se está apretando alrededor de mis dedos, rogando por mi verga. Pero primero te vas a correr en mi lengua. Vas a gritar por mí.

—Alguien oirá.

—Que oigan. —Curva los dedos justo como debe ser y mi visión se vuelve blanca—. Que todos sepan que Alessandro Rosetti adora el coño de su esposa. Que prefiero estar de rodillas para ti que de pie ante cualquier otra persona.

El segundo orgasmo llega más lento, más profundo. Lee mi cuerpo a la perfección, ajustando su ritmo a mis necesidades. Cuando estoy justo al borde, se retira un poco, haciéndome gemir.

—Dime tu nombre —exige.

—Emma —jadeo.

—¿Y qué eres?

—Una Rosetti. Soy una Rosetti.

—Así es. —Su boca vuelve a mi clítoris con renovado vigor—. Eres Emma Rosetti. Mi esposa. Mi obsesión. Mi puto todo perfecto.

Este orgasmo me destruye. Me corro tan fuerte que mis rodillas ceden por completo, y solo su fuerza me mantiene en pie mientras tiemblo, palpito y le empapo la cara. Gime contra mí como si mi placer fuera el suyo, lamiendo todo lo que le doy.

Cuando las réplicas por fin se desvanecen, se levanta lentamente, manteniéndome presionada contra la pared. Su cara brilla con mi excitación y no se la limpia. En lugar de eso, me besa profundamente, dejándome saborearme en su lengua. Siento su verga tensa contra sus pantalones, dura como una roca y presionando contra mi estómago.

—Tú no eres una don nadie —dice contra mis labios, restregando su erección contra mí—. Eres Emma Rosetti. La mujer que me pone tan jodidamente duro que no puedo pensar con claridad. La mujer por la que destruiría a cualquiera.

—Alessandro.

—Necesito estar dentro de ti —gruñe—. Necesito sentir este coño agarrando mi verga.

Pero otra vez se acercan pasos a la puerta, varias personas esta vez.

—Pero no dejaré que tu primera vez sea en un baño. Más tarde —promete, ajustándose con una expresión de dolor—. Esta noche, voy a follarte tan duro que olvidarás cualquier nombre que no sea el mío.

Saca un pañuelo, por supuesto que tiene uno, y limpia cuidadosamente entre mis muslos y luego su cara. Su tacto es suave pero posesivo, deteniéndose más de lo necesario.

—Mis bragas.

—Ahora son mías. —Guarda el encaje en su bolsillo con una sonrisa oscura—. Pasarás el resto de este almuerzo sin nada bajo la falda, con el coño todavía hinchado por mi boca, sabiendo que puedo olerte en mis labios.

La idea me hace apretar la nada, vacía y anhelante.

Se toma su tiempo para arreglar mi aspecto. Alisando mi falda, arreglando mi pelo, limpiando el rímel corrido. Cada toque es deliberado, posesivo, un recordatorio de lo que acaba de pasar.

—Ahí está —dice, dando un paso atrás—. Preciosa. Aunque pareces bien follada.

—No puedo volver a salir así.

—Puedes y lo harás. —Me toma de la mano, entrelazando nuestros dedos—. Con la cabeza bien alta. Con tu coño al aire y todavía palpitando por mi boca. Porque no eres una don nadie, Emma. Eres mía. Y eso te hace intocable.

—¿Y qué hay de la señora Rourke?

Sus ojos se vuelven fríos, aunque su verga sigue tensa contra sus pantalones. —Te lo dije. Nunca más volverá a hablarte. Te lo prometo.

Abre la puerta, sujetando mi mano con firmeza. El pasillo se extiende ante nosotras, y soy hiperconsciente de mi coño desnudo bajo la falda, de lo hinchada que sigo, de cómo un movimiento en falso lo revelará todo.

Entramos juntos en el salón de baile. Las cabezas se giran de inmediato. Las conversaciones se detienen a media frase. Todos lo ven. Mis labios hinchados, mi piel sonrojada, la sonrisa de satisfacción que Alessandro no puede ocultar del todo. Lo saben. Todos saben que acaba de tener la cara enterrada entre mis muslos.

La señora Rourke sigue siendo el centro de atención en mi mesa abandonada, sin duda compartiendo más veneno sobre la don nadie que se casó por encima de su clase.

Alessandro me guía directamente hacia ella.

—Señora Rourke —dice amablemente, aunque sus ojos prometen violencia—. Oí que tenía algunas observaciones sobre mi esposa.

Ella se endereza, intentando mantener la compostura. —Señor Rosetti, simplemente estaba….

—Simplemente siendo una vieja bruja amargada que no reconocería la verdadera belleza aunque le diera una bofetada en su cara estirada. —Su voz nunca se eleva por encima de un tono conversacional, pero toda la mesa se queda en silencio—. Por cierto, el coño de mi esposa sabe a gloria. Algo que usted nunca sabrá. La devoción de alguien que se arrodillaría por usted.

Varias mujeres ahogan un grito. La señora Rourke se pone colorada.

—Cómo se atreve.

—¿Cómo me atrevo? —Se ríe, un sonido tan agudo como un cristal al romperse—. Hizo llorar a mi esposa. ¿Sabe lo que le hago a

la gente que lastima lo que es mío?

—Alex —murmuro, pero en secreto su cruda defensa hace que mi coño desnudo se contraiga.

—No, *stellina*. Ella necesita entender. —Se inclina más cerca de la señora Rourke, bajando la voz—. Tres llamadas telefónicas. Eso fue todo lo que necesité. Los contratos de su marido, la licencia de su hijo, las cuentas del marido de su hija. Todo bajo revisión. Eso fue solo lo que logré mientras hacía que mi esposa se corriera. Imagine lo que haré con tiempo de verdad.

El color desaparece por completo de su cara.

—Pero me siento generoso —continúa Alessandro—. Discúlpese con mi esposa. Mi brillante, hermosa y perfecta esposa. Y podría reconsiderarlo.

—Yo… yo me disculpo, señora Rosetti. —Las palabras parecen dolerle físicamente.

—Más alto.

—¡Me disculpo, señora Rosetti! —Casi lo grita.

La sonrisa de Alessandro es puro diente. —Bien. Ahora váyase. Y recuerde. Sé exactamente dónde vive.

La señora Rourke huye, prácticamente corriendo con sus tacones de diseñador.

—¿Alguien más tiene alguna observación sobre mi esposa? —pregunta Alessandro a la sala en general.

Silencio.

—Excelente. —Retira mi silla con una cortesía exagerada—. ¿Terminamos de almorzar, *stellina*?

Me siento con cuidado, intensamente consciente de mi coño desnudo contra la tela de la silla. A mi alrededor, las mujeres recuerdan de repente cumplidos urgentes sobre mi traje, mi pelo, mi generosa donación.

Debajo de la mesa, la mano de Alessandro encuentra mi muslo, deslizándose hacia arriba hasta que sus dedos rozan mis pliegues todavía húmedos. Tengo que morderme el labio para no hacer ruido mientras traza círculos perezosos, manteniéndome al límite.

—Gracias —susurro.

—¿Por qué?

—Por ver a Emma y aun así quererla.

Su dedo se desliza dentro de mí bajo la mesa, haciéndome agarrar mi vaso de agua. —No te quiero «aun así» —murmura—. Te quiero

porque eres Emma. Un día, cuando me dejes, te voy a mostrar exactamente cuánto.

15 - Alessandro

Antes de que podamos pasar la noche juntos y de que pueda cumplir mi promesa de mostrarle a Emma exactamente cuánto la deseo, tenemos que sobrevivir a la cena.

La mano de Emma tiembla ligeramente mientras se ajusta el collar de zafiros que elegí, y me pregunto si mi familia puede oler su miedo como sangre en el agua, si ya están dando vueltas para matar.

—Recuerda —murmuro contra la oreja de Emma mientras entramos, mi mano posesiva en la parte baja de su espalda, mis dedos extendiéndose para reclamar más territorio—, te ponen a prueba porque les importa. La crueldad es nuestra forma de demostrar amor en esta familia.

Ella logra esbozar una leve sonrisa, pero siento la tensión vibrando a través de su cuerpo donde se presiona contra el mío. El zafiro en su garganta atrapa la luz con cada respiración superficial. Lo elegí específicamente: el tono exacto del escudo de la familia Rosetti.

La hora del cóctel ya ha comenzado. Marco está de pie junto a la chimenea, observando nuestra entrada con esos ojos oscuros a los que no se les escapa nada. A su derecha, Dante le hace una seña a Nico, quien asiente. Sofía está posada en el sofá de cuero como una víbora rubia en seda color crema, con una sonrisa lo suficientemente dulce como para pudrir los dientes.

—Llegan los recién casados —dice Marco, con esa voz que tiene un tono particular que hace que hombres hechos y derechos se replanteen las decisiones de su vida—. ¿Casi tres semanas de casados y ya olvidan las obligaciones familiares?

—¿Cómo podría olvidarlas? —guío a Emma hacia adelante, manteniendo mi toque ligero pero presente, mi pulgar acariciando la base de su columna a través de la seda—. Emma simplemente se estaba asegurando de lucir perfecta para la familia.

La mirada de Marco la recorre metódicamente. El vestido azul marino que seleccioné se ciñe a sus curvas sin ser vulgar, lo

suficientemente caro como para mostrar respeto, lo suficientemente conservador como para mostrar sensatez. Sus ojos se detienen en el collar de zafiros, y veo el leve asentimiento: no es aprobación, solo reconocimiento.

—¿Una copa? —aparece Nico con una bandeja, siempre el soldado perfecto incluso en situaciones sociales.

—El Château Margaux —respondo, sabiendo que Emma necesita valor líquido. La cosecha del 82 tiene peso en cada sorbo, sabe a dinero viejo y a violencia nueva: perfecto para una mesa Rosetti donde ambos fluyen libremente.

Mientras ella toma la copa de cristal, noto cómo la sostiene: con ambas manos al principio, como si temiera dejar caer algo tan delicado, antes de cambiar a una sola mano cuando se da cuenta de que Sofía la está mirando. Esos pequeños gestos que solo yo veo, los hábitos de sirvienta que no puede quitarse del todo. Hacen que se me ponga la polla más dura de lo que debería en una cena familiar. Joder, cómo se esfuerza.

—¿Dónde están Luca y Faith? —pregunto, notando su ausencia.

—Complicaciones del embarazo —responde Marco secamente—. Órdenes del médico de que descanse.

—Entonces —continúa Marco, acomodándose en su sillón de cuero con el tipo de autoridad que reconfigura las habitaciones a su alrededor—. Háblame de esas nuevas rutas de transporte que has estado proponiendo, Alessandro. A través del territorio de los Hewson.

Una prueba dentro de otra prueba. Hablar de negocios para ver si Emma conoce nuestras operaciones, si ha estado escuchando, si se le pueden confiar los secretos de la familia.

—Los corredores del norte son más eficientes —respondo con fluidez, observando a Emma por el rabillo del ojo—. Con la conexión de los Hewson, evitamos a los irlandeses por completo.

—¿Y los Hewson son de fiar? —el tono de Marco sugiere que ya sabe la respuesta—. He oído que han tenido algunas… dificultades últimamente. Ese chico, Tommy Pitt, arrestado por agresión. Los motines en las cárceles son tan… impredecibles.

Los dedos de Emma se aprietan imperceptiblemente en su copa de vino. Cualquiera más lo pasaría por alto, pero ahora lo veo todo en ella. La forma en que su respiración se corta por medio segundo antes de componer sus facciones en una expresión de cortés interés.

Me imagino la cara de este tal Tommy, me imagino presentándome con una palanca en sus rodillas si alguna vez amenaza lo que Emma ha sacrificado por él. La idea de que otro hombre le inspire tal lealtad hace que la violencia se acumule en mis entrañas, incluso si es su hermano.

—Qué terrible —dice ella, con un tono de voz perfectamente equilibrado entre la preocupación y la distancia—. La cárcel puede ser muy peligrosa para los que no están preparados.

Los ojos de Marco se agudizan con interés. No es la respuesta que esperaba de una heredera protegida. —Efectivamente.

—¿Pasamos a cenar? —sugiere Marco, terminando el momento antes de que pueda escalar.

El comedor formal se siente más pequeño con todos nosotros alrededor de la mesa. Siento a Emma a mi derecha, manteniéndola a mi alcance, mi mano encontrando inmediatamente su muslo bajo el mantel. El toque es posesivo, un ancla para ambos. Ella no se aparta, si acaso sus piernas se separan ligeramente, y joder, esa pequeña rendición hace que me reajuste bajo la mesa.

Los platos comienzan a llegar: siete en total, cada uno otra oportunidad para que ella tropiece con la etiqueta que supuestamente aprendió en Suiza.

Llega el plato de ensalada con su colección de cubiertos de plata, y observo a Emma estudiar los tenedores por una fracción de segundo antes de elegir uno. Elige correctamente, pero la vacilación está ahí para cualquiera que mire con suficiente atención.

Y Sofía siempre está mirando.

—Ay, querida —zurea mi hermana, su voz chorreando falsa preocupación—. ¡Estás sosteniendo ese tenedor con tanta fuerza! Como si tuvieras miedo de que alguien te lo arrebatara. —Se ríe, el sonido es como un cristal al romperse—. No te preocupes, no somos ese tipo de familia. Bueno, no en la cena de todos modos.

Mis dedos anhelan el cuchillo en mi chaqueta, imaginando la manicura perfecta de Sofía arruinada por unos dedos rotos. Solo el hecho de que sea familia mantiene sus huesos intactos. Mi otra mano se aprieta en el muslo de Emma, sintiéndola temblar.

—¿Sabes? —continúa Sofía, con la voz todavía melosa—, algunas personas tienen estos hábitos que simplemente no pueden quitarse. La forma en que manejan el cristal con tanto cuidado, como si pudiera hacerse añicos. La forma en que comen rápido,

eficientemente. Pero estoy segura de que es solo... estrés de adaptación. ¿Verdad, querida?

Pero entonces algo cambia en la expresión de Emma. El miedo no desaparece, pero la dignidad se alza junto a él, transformando su rostro en algo casi majestuoso. Deja su tenedor deliberadamente, endereza su columna hasta que podría equilibrar un libro sobre su cabeza.

—Tiene toda la razón —dice Emma, su voz firme ahora—. Tengo hábitos.

Los ojos de Sofía brillan de triunfo, pero Emma no ha terminado.

—Tengo el hábito de reconocer la inseguridad cuando se viste de seda de diseñador. —La voz de Emma se mantiene suave, controlada, lo que la hace más devastadora—. Tengo el hábito de ver cuando alguien se siente tan amenazado por otra mujer en su mesa que necesita establecer su dominio a través de... ¿cómo lo llamó? ¿Dulce preocupación?

La boca de Sofía se abre, pero Emma continúa con esa misma calma majestuosa.

—Ha estado dándome vueltas desde que llegué, buscando debilidades mientras pretendía ayudar. Pero esto es lo que su "preocupación" revela: está aterrorizada. Aterrorizada de que alguien que no juega según sus reglas pueda pertenecer realmente a este lugar. Que alguien que no nació en esta familia pueda ganárselo en su lugar.

Verla transformarse de presa asustada a esta reina digna me pone la polla tan dura que apenas puedo pensar con claridad. Joder, voy a follármela contra la pared en el momento en que estemos solos, a hacerla gritar mientras todavía lleva esa dignidad como armadura.

—¿Cómo te atreves? —comienza Sofía, la dulzura finalmente desapareciendo.

Las manos de Dante se mueven bruscamente: «Para, Sofía. Ahora es una de los nuestros».

La declaración de mi hermano mudo, que nunca desperdicia un gesto, reconfigura toda la habitación. Incluso Sofía entiende lo que acaba de suceder.

—Basta —dice Marco, esa única palabra es absoluta. Se levanta, seleccionando su copa de vino con deliberada precisión. El cristal capta la luz de las velas mientras la levanta.

—Por Frances —dice, usando su nombre falso con particular peso —. No nos decepciones.

Simple. Directo. Pero viniendo de Marco, es una bendición. La familia bebe, aceptándola en el clan por decreto del patriarca.

No puedo evitar el orgullo que me inunda, mezclándose con la excitación que ha estado creciendo desde que Emma sacó las garras. Mi mano se desliza más arriba por su muslo, mis dedos trazando el borde de sus medias. No se aparta. Si acaso, se mueve ligeramente para darme mejor acceso. Joder.

—Gracias —le dice Emma a Marco, su voz firme aunque siento su pulso acelerado bajo mi tacto—. Entiendo lo que esta familia representa. No defraudaré esa confianza.

—Bien. —Marco se sienta de nuevo, pasando ya a otro tema.

Sofía se levanta bruscamente, su silla raspando contra la madera. Su máscara dulce ha desaparecido por completo, reemplazada por una furia apenas contenida.

—Si me disculpan —dice tensamente—, necesito aire.

Sofía me toca el hombro al pasar. —Solo ten cuidado, hermano. La última vez que confiaste demasiado rápido… —No termina la frase, pero la preocupación en sus ojos es real bajo el hielo.

Se va sin esperar permiso, sus tacones resonando secamente contra el mármol. El sonido se desvanece, dejando atrás un tipo diferente de silencio: asentado, como la sangre después de una muerte limpia.

Dante le hace a Marco señas complejas, algo sobre los protocolos de seguridad para mañana. La conversación cambia a los negocios, disputas territoriales, los irlandeses poniéndose demasiado audaces cerca de los muelles. Emma escucha más de lo que habla, pero cuando contribuye, es con esa misma inteligencia tranquila que desmanteló el ataque de Sofía.

Verla navegar este mundo, mi mundo, con creciente confianza me hace querer recompensarla de maneras que la harán gritar mi nombre. La forma en que reclamó su lugar en nuestra mesa, joder, voy a hacer que se corra tan fuerte esta noche que olvide hasta su propio nombre.

Pronto la cena formal termina. Nico se excusa para hacer las rondas de seguridad, y Ana y Valentina lo siguen. Dante y Marco se quedan, discutiendo el comportamiento de Sofía en un rápido lenguaje de señas.

—Deberíamos irnos —digo, ayudando a Emma a levantarse de su silla, dejando que mis manos se demoren en su cintura—. Ha sido una noche movida.

Marco asiente. Guío a Emma hacia la puerta, mi mano posesiva en la parte baja de su espalda, ya imaginando cómo se verá inclinada sobre nuestra cama, esa dignidad rompiéndose mientras la hago suplicar.

Estamos casi en las escaleras cuando la voz de Sofía corta el pasillo.

—Alessandro. Una palabra.

Ha estado esperando, posicionada perfectamente para interceptarnos. Emma se tensa a mi lado, pero le aprieto la cintura.

—Adelántate a nuestra habitación —le digo—. Solo será un momento.

Emma mira de mí a ella, claramente reacia a dejarme solo con Sofía después del enfrentamiento de esta noche. —¿Estás seguro?

—Estoy seguro. —Le beso la frente, marcando territorio incluso en este simple gesto—. Subiré pronto.

Ella se va, pero la veo mirar hacia atrás una vez antes de desaparecer escaleras arriba. El cliqueo de sus tacones se siente final, como la tapa de un ataúd.

Sofía espera hasta que estamos solos antes de acorralarme contra la pared, sus ojos azules ardiendo con algo entre furia y miedo.

—No es quien dice ser —sisea, manteniendo la voz baja—. Yo lo sé, tú lo sabes, y si no estuvieras tan jodidamente cegado por ese coño, verías lo peligroso que es esto.

—Cuida tu tono —advierto, pero a Sofía ya no le importa la jerarquía esta noche.

—No, tú mira cómo todo lo que has construido se desmorona cuando la verdad salga a la luz. Porque saldrá, Alex. Los secretos tan grandes no permanecen enterrados. —Se acerca, y huelo el vino en su aliento, veo el ligero temblor en sus manos—. La he estado observando desde la boda. Algo no cuadra, Alex.

Se me hiela la sangre, pero mantengo mi expresión neutral. —Estás paranoica.

—Tengo razón. —Su risa es amarga, aguda—. ¿Esa mujer en nuestra mesa esta noche? No es Frances Hewson. Apostaría mi vida a ello. Y cuando la verdad salga, cuando nuestros enemigos

descubran que has estado albergando a una impostora, lo destruirá todo. Cada alianza, cada ápice de credibilidad, desaparecido.

—No sabes de lo que estás hablando.

—¿Ah, no? —Saca su teléfono, me muestra una foto borrosa de lo que parece una entrada de servicio—. Esta sirvienta tiene un parecido notable con tu preciosa novia. Misma altura, misma complexión, misma forma de caminar con la cabeza gacha como si intentara ser invisible.

La foto es demasiado borrosa para ser definitiva, pero la amenaza es clara. Sofía está investigando, y se está acercando.

—Déjalo estar —digo en voz baja, poniendo toda mi autoridad en las palabras.

—No puedo. —La voz de Sofía se quiebra ligeramente—. ¿No lo ves? Cuando esto salga a la luz, y lo hará, no solo vendrán por ella. Vendrán por todos nosotros. Por la familia que fue lo suficientemente estúpida como para dejarse engañar. Por ti, por Marco, por… —Se detiene, traga con fuerza—. No dejaré que tu polla destruya a esta familia.

—Lo que yo haga con mi esposa es asunto mío.

—¡No cuando nos afecta a todos! —Las palabras explotan de ella, más fuerte de lo que pretendía. Inmediatamente mira a su alrededor, comprobando que todavía estamos solos—. Por Dios, Alessandro. ¿Qué poder tiene sobre ti? ¿Qué es ella para que arriesgues todo?

Proteger a Emma de los extraños es simple: los quiebro. Pero protegerla de Sofía significa elegir entre la sangre y la obsesión. El hecho de que esté eligiendo a Emma me preocupa menos de lo que debería.

—Es mía —digo simplemente—. Eso es todo lo que importa.

Sofía me mira como si hubiera perdido la cabeza. Quizás lo he hecho. —Cuando la verdad lo destruya todo: tu reputación, nuestro negocio, quizás nuestras vidas, recuerda que tú elegiste esto. La elegiste a ella por encima de nosotros.

Se aleja antes de que pueda responder, sus tacones resonando contra el mármol como balas siendo cargadas en la recámara. La advertencia queda suspendida en el aire como el humo de un arma recién disparada.

Mañana, Sofía seguirá cavando. Mañana, las amenazas se acercarán más. Mañana, tendré que decidir entre la familia en la que nací y la mujer que se ha convertido en mi obsesión.

¿Pero esta noche? Esta noche, Emma está esperando arriba, probablemente reviviendo cada momento de su triunfo en la cena. Esta noche, podré recompensar su coraje de maneras que la harán olvidar cada amenaza, cada peligro, cada razón por la que debería huir. Esta noche, podré cumplir las promesas que le hice en el almuerzo de caridad y mostrarle exactamente lo que Emma Rosetti significa para mí.

16 - Emma

Al menos, las estrellas no mienten. No como yo, que ya ni siquiera recuerdo a qué nombre responder.

En lugar de esperar ansiosamente en nuestras habitaciones, me escapo al observatorio de la azotea mientras Alex se encarga de Sofía. Mis pies descalzos raspan la piedra aún tibia por el sol, mientras mi vestido de noche se arrastra detrás de mí como cadenas de seda. El telescopio que Alessandro me regaló me espera, pero esta noche no lo necesito. Uso mis dedos para medir la distancia entre las estrellas, de la manera en que mi abuela me enseñó antes de que todo se desmoronara.

La piedra me deja en carne viva los pies descalzos, un agudo contraste con el vestido de seda que pesa sobre mis hombros. Encuentro primero a Polaris, la única constante en un mundo donde no puedo navegar entre quien era y quien se supone que debo ser. Mis dedos abarcan la distancia hasta las estrellas punteras de la Osa Mayor, midiendo ángulos celestiales mientras mi mente reproduce los comentarios mordaces de Sofía sobre mis modales en la mesa, mi evidente incomodidad con su mundo. —A dos puños del horizonte — me susurro a mí misma; el ritual familiar me ancla—. Así es como encuentras la verdad cuando todo lo demás da vueltas.

La ciudad se extiende abajo como diamantes esparcidos sobre terciopelo negro, pero aquí arriba, con mis estrellas, casi puedo recordar quién era Emma antes de desaparecer para convertirse en la Sra. de Alessandro Rosetti. Mis dedos trazan los patrones de las constelaciones en el aire, midiendo las distancias entre cuerpos celestes que nunca mienten sobre lo que son. A diferencia de mí, que miento con cada aliento, cada gesto, cada momento que finjo pertenecer a este mundo mortal y hermoso.

Alessandro me encuentra como siempre lo hace, apareciendo por la escalera con una botella de vino y dos copas, sus movimientos cuidadosos como si se acercara a un animal asustado. La humedad de junio se adhiere a mi vestido de diseñador, pero su calor corporal

todavía me atrae incluso a metros de distancia. —Una ofrenda de paz —dice, dejando el vino en el borde a mi lado, y hay algo diferente en su voz. No el habitual tono posesivo, sino una preocupación genuina —. ¿Estás bien?

Su mano se contrae en mi dirección —un gesto que reconozco de cientos de toques posesivos—, pero la obliga a quedarse quieta, dejándome mi espacio a pesar de que claramente le cuesta.

—Sofía está hurgando en mi pasado —digo, sin mirarlo, manteniendo mis ojos en las estrellas porque son más seguras que ver cualquier expresión que él tenga—. No sé si se supone que debo ser la sirvienta que sabe cuál es su lugar o la esposa que impone respeto —le digo, el vino me suelta la lengua—. Sofía ve a través de mí. Todos lo hacen. Estoy perdida entre Emma y Frances, y no sé qué versión quieres que sea.

Se acerca más, su colonia se mezcla con el jazmín de la azotea, creando algo que hace que se me haga agua la boca. Su presencia atraviesa la noche húmeda, pero aún no me toca.

—Háblame de las estrellas —dice en lugar de responder a mi crisis de identidad, empezando a usar su tono de mando antes de suavizarlo deliberadamente—. Muéstrame qué te gusta de ellas.

La petición es tan inesperada, tan genuina, que finalmente me giro para mirarlo y encuentro sus ojos verdes enfocados completamente en mí, esperando aprender algo que yo pueda enseñar.

—Me gusta que me hagan sentir pequeña, tan pequeña como cualquier otro ser humano —me río—. Él no entendería eso. Es un Rosetti, por el amor de Dios. Nunca se ha sentido pequeño en su vida.

Abre la boca. Espero una hábil evasiva, una de sus encantadoras bromas, pero en su lugar se le escapa algo crudo.

—Después de que nuestro padre murió en esa masacre, yo era invisible —dice Alessandro de repente, apretando la mandíbula mientras lucha contra su instinto de evadir, su voz con un peso que nunca antes había oído—. Catorce años, demasiado joven para ayudar con la venganza, demasiado joven para importar. Marco se hizo cargo de todo, Dante se convirtió en su ejecutor incluso sin su voz, ¿pero yo? Yo era un adorno. Todavía lo soy, según la mayor parte de la familia. Así que sé un par de cosas sobre sentirse pequeño.

Su confesión pende entre nosotros como una nueva constelación que apenas estoy aprendiendo a trazar.

Le tomo la mano sin pensar. La misma que le rompió los dedos a Blair por tocarme, ahora aprendiendo a trazar estrellas con una inesperada delicadeza. Mi pecho se presiona contra su espalda mientras guío su mano para trazar a Orión, su aliento caliente contra mi cuello me hace recordar cómo se sintió esa boca entre mis muslos en el almuerzo de caridad.

—Marco todavía me ve como el hermano bonito que encanta a la gente —continúa mientras posiciono su mano para encontrar a Casiopea—. Útil para las negociaciones, pero no se le confía el poder real. Como si estuviera jugando a interpretar un papel que nunca llenaré de verdad.

—Sé lo que es sentirse como una farsante —susurro, su mano aún en la mía mientras trazamos juntos el mapa del cielo—. Esta ropa de diseñador se siente como un disfraz. Cada mañana me pongo la vida de Frances, pero por debajo sigo siendo la chica que limpiaba los pisos de mármol. —Nuestros cuerpos se han acercado sin que ninguno de los dos lo decidiera, atraídos por heridas compartidas que ninguno de los dos suele admitir. Podría destruir mundos con estas manos, pero ahora mismo están aprendiendo a trazar constelaciones.

Gira nuestras manos unidas para que sea él quien sostenga la mía en lugar de que yo lo guíe, y de repente ya no estoy enseñando. Solo somos dos personas que entienden lo que es ser invisibles para aquellos que más deberían vernos.

—No eres un adorno —le digo, mi voz tiembla ligeramente con el peso de ser vista—. Eres el que vio a través de mi disfraz, el que me protegió de tu propia hermana, el que me compró un telescopio porque realmente escuchaste cuando hablé de las estrellas.

La puerta de la azotea cruje. Un guardia que viene a revisar, su mano sobre el arma hasta que nos ve. —Todo seguro, señor Rosetti — dice, recordándonos a ambos que el peligro existe incluso aquí, antes de desaparecer de nuevo adentro. La interrupción me hace hiperconsciente de nuestra proximidad, de lo vulnerables que somos incluso en nuestro santuario.

—Mira —digo, señalando a Venus que brilla intensamente en el cielo del oeste—. Ese es Venus. La estrella de la mañana y de la tarde, el planeta más brillante que podemos ver. No importa si eres una

sirvienta mirando desde una escalera de incendios o una reina desde el balcón de un palacio. El brillo es el mismo. A las estrellas no les importa tu disfraz, Alessandro. Simplemente son lo que son.

Algo cambia en su expresión mientras procesa mis palabras, su mano se eleva para acunar mi rostro con una delicadeza devastadora. —Pero a mí me importa lo que hay debajo del tuyo. No el vestido, Emma. Lo que hay bajo tu piel, en tu sangre, las partes de ti que aún no he corrompido. —Su pulgar traza mi pómulo—. Eres lo único real en mi vida. Todo lo demás es una actuación, territorio, obligación familiar. Pero tú, enseñándome constelaciones con tus pies descalzos y tu vestido de diseñador… esto es real.

—Tú me haces sentir que yo también podría ser real —susurro, y entonces sus labios están sobre los míos. El beso comienza suave, mutuo, ambos inclinándonos en el mismo momento como estrellas binarias atraídas por una gravedad compartida, pero entonces el calor explota entre nosotros. Su lengua traza mis labios y mi coño se contrae, mi cuerpo responde a la intimidad emocional con tanta fuerza como a su dominio físico. Cuando gime contra mi boca, saboreo el vino.

Se aparta antes de que perdamos el control por completo, ambos respirando con dificultad, y apoya su frente contra la mía. —Enséñame más —dice, con la voz áspera por la excitación y algo más profundo, y sé que se refiere a las estrellas, pero también a ser visto, a ser real, a encontrar la verdad en un mundo construido sobre hermosas mentiras. Y lo hago, nuestros cuerpos entrelazados mientras le muestro a Perseo salvando a Andrómeda; la ironía no pasa desapercibida para ninguno de los dos.

Terminamos acostados de espaldas en la azotea, viendo las estrellas girar sobre nuestras cabezas mientras nuestras manos permanecen unidas entre nosotros. Los sonidos de la ciudad flotan hacia arriba: sirenas, música lejana, el zumbido siempre presente del peligro. Pero aquí arriba hemos creado nuestro propio universo. El pulgar de Alessandro acaricia el mío, un simple toque que de alguna manera se siente más íntimo que todo lo que hemos hecho antes.

—Mañana volveremos a ser quienes esperan que seamos —digo, sintiendo ya el peso de Frances posándose de nuevo sobre mis hombros como una armadura cara—. Tú serás el encantador negociador, yo seré la esposa perfecta de la mafia, y fingiremos que esto no pasó.

—Pero aquí arriba, somos reales —dice Alessandro, apretando mi mano. La promesa en su voz hace que mi pecho duela de deseo. Que esta azotea, estas estrellas, esta versión de nosotros pueda existir incluso en momentos robados.

Su mano libre se desliza por mi muslo bajo el vestido de diseñador, las yemas de sus dedos trazando patrones que me cortan la respiración. La seda se amontona alrededor de su muñeca mientras sube más, encontrando el borde de mis bragas de encaje. —Antes de que llegue el mañana —murmura contra mi garganta, su boca caliente contra el punto de mi pulso—, déjame adorarte bajo estas estrellas que amas. Déjame corromperte en el único lugar donde te sientes libre.

Mi espalda se arquea sobre la piedra tibia cuando sus dedos se deslizan bajo el encaje y me encuentran ya mojada. —Alessandro…

—Quiero saborearte mientras Perseo nos mira —gruñe, poniéndose de rodillas entre mis piernas, subiendo el caro vestido hasta mi cintura—. Quiero hacerte venir bajo las mismas estrellas sobre las que solías pedir deseos como sirvienta. Mostrarte que algunos deseos sí se hacen realidad, incluso si vienen envueltos en oscuridad.

El aire de junio es cálido contra mi piel expuesta, pero su aliento es puro calor contra mi muslo interno. Engancha sus dedos en mis bragas, bajándolas lentamente, sus ojos verdes nunca apartándose de los míos. —Dime que quieres esto —exige, incluso mientras su pulgar encuentra mi clítoris y lo rodea lentamente, haciendo que mis caderas se levanten de la piedra—. Dime que quieres que te adore aquí, en tu santuario.

—Sí —jadeo, mis manos encuentran su cabello, agarrándolo con fuerza—. Por favor, Alessandro. Hazme olvidar todo menos esto.

Su boca desciende, su lengua se desliza entre mis pliegues con una habilidad devastadora. Tengo que morderme el labio para no gritar, consciente de que los guardias patrullan abajo, de que cualquiera podría entrar en esta azotea y encontrar a Alessandro Rosetti de rodillas, devorándome bajo las estrellas. El peligro lo hace todo más nítido, más intenso.

—Mira las estrellas mientras te como —ordena contra mi coño, sus dedos se deslizan dentro de mí, curvándose hacia adelante para encontrar ese punto que me hace ver constelaciones detrás de mis

párpados—. Mira a tu preciado Perseo mientras te hago venir. Deja que vea a quién le perteneces realmente.

Fuerzo mis ojos a abrirse, mirando hacia la infinita oscuridad salpicada de luz mientras la boca de Alessandro obra su magia entre mis muslos. Su lengua rodea mi clítoris mientras sus dedos bombean más profundo, más fuerte, y puedo sentir mi orgasmo acumulándose como una supernova a punto de explotar.

—Eso es, *stellina* —me anima, añadiendo otro dedo, estirándome —. Córrete para mí bajo tus estrellas. Deja que todas sean testigos de en qué te conviertes cuando te toco.

La combinación de sus palabras, su boca, sus dedos y el vasto universo sobre mí me lleva al límite. Me corro con Perseo y Casiopea como testigos, mi coño se aprieta alrededor de sus dedos mientras él lame cada gota de mi éxtasis. Las estrellas se desdibujan a través de mis lágrimas de placer mientras ola tras ola me recorre.

No se detiene, y me provoca durante las réplicas hasta que estoy temblando, hipersensible, empujando débilmente sus hombros. Solo entonces se arrastra por mi cuerpo, besándome profundamente para que pruebe mi propio sabor en su lengua, la evidencia de mi corrupción y salvación mezcladas.

—Mañana —dice contra mis labios, su verga dura contra mi cadera a través de sus pantalones—, mañana volveremos a fingir. Pero la noche aún no ha terminado.

Se pone de pie, levantándome con él, mis piernas temblorosas por mi orgasmo. La ciudad brilla debajo de nosotros, peligrosa y hermosa, pero aquí arriba hemos creado nuestro propio universo. Me apoya contra el telescopio, el latón cálido me hace jadear mientras me levanta sobre él, extendiendo mis piernas alrededor de sus caderas.

—Voy a follarte contra el mismo telescopio que te di —gruñe, abriéndose el cinturón con una mano mientras la otra me agarra suavemente la garganta—. Cada vez que mires las estrellas a través de él, recordarás esto. Me recordarás dentro de ti, reclamándote en el único lugar que pensabas que era solo tuyo.

La promesa en su voz, oscura y posesiva y absoluta, hace que mi coño se contraiga con una nueva necesidad.

Trazo patrones en el pecho de Alessandro e intento no pensar en el fantasma que atormenta este matrimonio. La verdadera Frances

está ahí fuera, en alguna parte. Cada día que llevo su nombre, estoy robando algo que le pertenece.

¿Qué clase de mujer abandona un matrimonio con la mafia y huye a Europa? O es una cobarde o alguien con un plan mejor.

Estoy empezando a sospechar que Frances Hewson no es una cobarde.

17 - Alessandro

El latón del telescopio aún está tibio por sus manos cuando me besa de nuevo, y en su lengua saboreo polvo de estrellas y verdad, todo aquello por lo que nunca supe que me moría de hambre hasta que esta sirvienta con tacones de diseñador tropezó en mi vida.

Sus dedos se enredan en mi cabello, atrayéndome más cerca como si intentara meterse bajo mi piel, y, por Cristo, la dejaría. Después de veintisiete años de caricias calculadas y seducción practicada, su necesidad desesperada hace que cada mujer que he tocado se sienta como un ensayo para este momento.

—Nunca he… —dice, sin aliento entre besos—. No quiero que mi primera vez sea contra un telescopio.

Maldita sea, tiene razón. Y soy un cabrón egoísta, como siempre. Mi esposa es virgen, y no tomaré su inocencia en una maldita azotea.

—Adentro —gruño contra su boca, la palabra raspándome la garganta—. Ahora.

Sus pupilas se dilatan, y la forma en que asiente, ansiosa, nerviosa y completamente presente, hace que mi verga palpite dolorosamente contra mi cremallera.

Cuando la levanto en mis brazos, ahoga un grito y luego presiona su rostro contra mi cuello. Siento cómo inhala profundamente, memorizando mi aroma de la misma manera que yo he estado memorizando el suyo: vainilla, jazmín y algo esencialmente suyo que ningún perfume de diseñador puede enmascarar.

Cada escalón de la escalera de servicio se siente como descender a algo sagrado y profano a la vez. La puerta de mi habitación no llega lo suficientemente rápido. Logro abrirla sin bajarla y la cierro de una patada lo bastante fuerte como para hacer vibrar el marco. La cerradura hace un clic como un disparo, sellándonos en nuestro propio universo, lejos de los telescopios, las estrellas y el peso de quienes se supone que debemos ser.

Las luces de la ciudad se cuelan por los ventanales mientras la pongo de pie junto a mi cama. Las sábanas de seda detrás de ella

brillan como el pecado, caras y perfectas como todo en mi vida que nunca ha logrado llenar el vacío dentro de mí. Pero la forma en que me mira, decidida a pesar de su temblor, hambrienta a pesar de su inocencia, casi me pone de rodillas.

—Estás temblando —observo, deslizando mis manos por sus brazos, sintiendo cómo se le eriza la piel bajo mi tacto. El aroma a jazmín de la azotea se mezcla con su dulzura natural a vainilla que me ha estado volviendo loco desde nuestra noche de bodas—. ¿Lo estás pensando mejor sobre dejar que el *playboy* más notorio de Chicago te corrompa?

Tira de mi cuello con una fuerza sorprendente y estampa su boca contra la mía. Su lengua se desliza contra la mía con una audacia impactante, y saboreo vino, luz de estrellas y decisión.

—¿Tú corrompiéndome a mí? —dice contra mis labios—. Qué gracioso, considerando que me tienes chorreando desde nuestra noche de bodas.

Mierda. Escuchar esa sucia confesión de su boca inocente, la misma boca que acaba de enseñarme las constelaciones con tanta paciencia, rompe algo dentro de mí. La agarro por la cintura y la restriego contra mi erección, dejándola sentir cada centímetro de grosor de lo que me provoca.

—Cuidado, *stellina* —advierto, mordiendo su labio inferior con la fuerza suficiente para hacerla jadear—. Una vez que empiece, no pararé hasta que estés gritando mi nombre tan fuerte que los guardias piensen que te estoy asesinando. Hasta que tu coño esté tan lleno de mi leche que sientas cómo te escurre por los muslos mañana.

Sus manos atacan los botones de mi camisa con dedos desesperados, pero tiembla demasiado para lograrlo. Desabrocha dos antes de enredarse con el tercero, y un suave «mierda» se le escapa, haciendo que mi verga gotee. Esta es la mujer real, no el acto de la serena Frances, no la sirvienta aterrorizada, sino la que no puede desvestirme lo suficientemente rápido.

—Quiero desvestirte —dice, la frustración y la necesidad quebrando su voz—. Pero ni siquiera puedo con los botones.

Sujeto sus muñecas y llevo cada palma a mi boca. Chupo su pulgar, dejándole sentir mi lengua, un adelanto de lo que se viene. Su pulso martillea contra mi boca mientras beso su muñeca, justo

donde es más sensible, y la inocencia de sus reacciones destruye cada seducción practicada que he realizado.

—Me estás destruyendo —le digo, abriendo mi camisa de un tirón, los botones esparciéndose por el suelo como las estrellas que me acaba de mostrar—. Cada coño que me he follado acaba de convertirse en nada. Olvidado. ¿Entiendes lo que me estás haciendo? Has hecho que todo lo anterior se sienta como si estuviera simulando tener sexo de la misma forma que simulo ser importante.

Sus ojos se abren de par en par mientras contempla mi pecho desnudo, los abdominales definidos por horas de natación, las líneas en V que desaparecen en mis pantalones, el rastro de vello oscuro que sigue con la mirada hasta que se detiene en mi evidente erección. Cuando se lame los labios inconscientemente, mi control se hace añicos por completo.

—Tócame —ordeno, tomando su mano y presionándola contra mi verga a través de mis pantalones—. Siente lo que me haces. Lo jodidamente duro que me pones solo por existir.

Aprieta a modo de prueba y yo gimo, mis caderas embistiendo contra su toque. —¿Así?

—Joder, sí. —Guío su mano hacia mi cremallera—. Sácala. Quiero ver tu mano envuelta en mi verga.

Sus dedos tiemblan mientras baja la cremallera, y cuando mete la mano en mis bóxers y envuelve su pequeña mano a mi alrededor, ambos gemimos. Estoy goteando tanto que su palma se moja de inmediato.

—Eres tan grande —susurra con genuina admiración, acariciando tentativamente—. ¿Cómo va a…?

—Cabrá —prometo sombríamente, follando contra su puño—. Tu coño se estirará para mí. Aceptará cada centímetro como si estuvieras hecha para mi verga. Como si el universo te hubiera diseñado específicamente para completarme.

—Muéstrame —respira, y hay la misma confianza en su voz que cuando guio mi mano para encontrar a Casiopea—. Muéstrame cómo tener sexo.

La giro y la presiono contra la pared mientras ataco la cremallera de su vestido. —Significa que soy dueño de cada orgasmo que tendrás. —El vestido cae, revelando una simple tela de algodón blanco que me hace la boca agua más que cualquier lencería—.

Significa que voy a arruinar este coño virgen tan a fondo que nunca pensarás en otra verga.

Caigo de rodillas, bajándole las bragas sin ceremonia. Intenta cubrirse, pero aparto sus manos de un manotazo, suave pero firme.

—Vuelve a esconderte de mí y te ataré de pies y manos a mi cama —advierto, abriendo más sus muslos—. Déjame ver mi coño. Joder, mira qué mojada estás ya. ¿Todo esto por besarnos bajo tus estrellas?

Está reluciente, la cara interna de sus muslos resbaladiza por la excitación. Me inclino y lamo una larga franja desde su entrada hasta su clítoris, gimiendo ante su sabor, dulce y perfecto.

—¡Alessandro! —Se arquea contra mi boca, sus manos volando a mi cabello.

Me sumerjo como un hombre hambriento que acaba de descubrir que el sustento existe, comiéndome su coño con un hambre desesperada. Mi lengua la folla mientras mi nariz presiona contra su clítoris, y ella se restriega contra mi cara, persiguiendo su placer con la misma determinación que mostró al enfrentarse a Sofia en la cena.

Cuando deslizo dos dedos dentro de ella, está tan estrecha que tengo que introducirlos lentamente, estirando sus paredes vírgenes. —Jodidamente estrecha —gruño contra su clítoris—. Este coño va a apretar mi verga tan bien. Vas a ordeñar cada gota de leche de mí.

Curvo mis dedos hacia adelante, encontrando ese punto que hace que todo su cuerpo se sacuda. Combinado con mi lengua en su clítoris, se corre en cuestión de minutos, su coño apretándose alrededor de mis dedos mientras grita mi nombre. El sonido rebota en las paredes de mi habitación, y nunca he oído nada más perfecto.

No la dejo recuperarse; la levanto y la lanzo sobre las sábanas de seda. Ya se ve libertina, los labios hinchados por mis besos, el coño reluciente por mi boca, marcas de mis dientes en sus muslos. Las luces de la ciudad pintan su piel de oro y sombra, y es más hermosa que cualquiera de las costosas obras de arte que decoran estas paredes.

—Abre las piernas —ordeno, quitándome los pantalones de un empujón—. Muéstrame dónde estoy a punto de destrozarte. Dónde estoy a punto de hacerte completamente mía.

Obedece, abriéndose de par en par, y mi verga se sacude al verla. Me la masturbo, esparciendo el líquido preseminal por todo el largo mientras la observo mirarme con esos ojos oscuros que ven demasiado.

—¿Ves lo duro que me pones? —Subo a la cama y me coloco entre sus muslos—. Mi verga está jodidamente dolorida por ti. Nunca he estado tan duro en mi vida. No por ninguna de las mujeres que me he follado y olvidado. Solo por ti.

Paso la cabeza de mi verga por sus pliegues, cubriéndome con su humedad. Ella gime cuando presiono contra su entrada, solo la punta, sintiendo lo estrecha que es.

—Mírame —exijo, necesitando ver su rostro para esto—. Quiero ver tus ojos cuando tome tu virginidad. Cuando te haga mía en todos los sentidos que importan.

Nuestros ojos se conectan mientras empujo lentamente, y joder, está tan estrecha que es casi doloroso. Sus uñas se clavan en mis hombros, su boca se abre en un grito silencioso mientras la abro. Observo su rostro, memorizando cada aleteo de sus pestañas, cada respiración contenida.

—Eso es —la animo, empujando más profundo—. Tómala. Toma mi verga como la niña buena que eres. Como si estuvieras hecha para esto, para mí.

Cuando estoy completamente dentro de ella, cuando su coño virgen se estira alrededor de cada centímetro de mí, ambos dejamos de respirar. Está tan caliente, tan húmeda, tan perfectamente estrecha que tengo que pensar en reuniones de la junta y hojas de cálculo para no correrme de inmediato.

—Mi jodida chica perfecta. Tu coño se siente como el paraíso.

—Muévete —suplica, girando experimentalmente las caderas—. Por favor, necesito…

Me retiro lentamente, viendo mi verga emerger reluciente con su excitación y el tenue rosa de su inocencia, prueba de que soy su primero, su único. Luego embisto de nuevo, más fuerte. Ella grita, su coño apretándose a mi alrededor.

—Eso es —gruño, estableciendo un ritmo que hace que la cabecera golpee la pared—. Toma mi verga. Déjame sentir ese coño estrecho apretándome.

Aprende rápido, respondiendo a mis embestidas, sus uñas arañando mi espalda con la fuerza suficiente para sacar sangre. El dolor solo me hace follarla más duro, más profundo, reclamando cada centímetro de ella de la misma manera que ella ha reclamado cada parte oculta de mí.

—Mía —gruño contra su garganta, succionando marcas en su piel —. Este coño es mío. Dilo.

—Tuyo —jadea, y luego más fuerte mientras golpeo ese punto dentro de ella—. ¡Tuyo! Pero tú también eres mío, Alessandro. De nadie más. Prométemelo.

—Mierda. —La posesividad en su voz casi me hace correr—. No son nada. Nadie. Me has arruinado para cualquier otro coño. Solo existes tú.

Meto la mano entre nosotros y encuentro su clítoris con mi pulgar. —Córrete en mi verga. Quiero sentir cómo me aprietas cuando te deshagas. Quiero sentir a la verdadera tú, no la actuación, corriéndose en mi verga.

Se corre con un grito que definitivamente llega a los guardias, su coño apretando mi verga como un tornillo de banco. La sensación desencadena mi propio orgasmo, y me entierro profundo mientras me vacío dentro de ella, llenándola con chorros calientes de leche que parecen interminables.

—Joder, joder —gimo, mi verga todavía palpitando dentro de ella —. Tomando mi leche tan bien. Qué coño tan perfecto. Qué chica tan perfecta.

Me desplomo a su lado, atrayéndola contra mi pecho, donde pertenece. Ambos estamos sudando, respirando con dificultad, y puedo sentir que mi leche comienza a escurrirse de ella hacia mi pierna. La parte posesiva de mí quiere volver a meterla dentro, mantenerla siempre llena de mí.

—Eso fue… —empieza, y luego se detiene, aparentemente sin palabras.

—Solo el comienzo —prometo, mi verga ya empezando a endurecerse de nuevo ante la idea—. Voy a follarte en cada habitación de esta casa. Contra cada superficie. Hasta que no puedas recordar cómo se sentía no tener mi verga dentro de ti. Hasta que las únicas estrellas que veas sean las que yo te haga ver cuando te corras.

Se estremece ante mis palabras, y siento su coño contraerse. Aún receptiva, aún hambrienta de más. Perfecto.

—¿Qué me has hecho? —susurra, y hay algo más profundo en la pregunta que una simple vulnerabilidad postsexo.

Le tomo la mano y la presiono contra mi pecho, donde mi corazón late como si hubiera corrido un maratón. —Lo mismo que tú me has hecho a mí.

Se aparta para estudiarme la cara, y veo cuándo lo entiende. Nos hemos vuelto vulnerables en un mundo que se come vivos a los vulnerables. Cada enemigo que tengo ahora tiene un arma: ella. Cada amenaza para ella es un cuchillo en mi garganta.

—Alessandro… —empieza, pero la silencio con un beso.

—Sin arrepentimientos —digo contra sus labios, mi mano deslizándose hacia abajo para ahuecar su coño, sintiendo nuestros fluidos combinados—. No sobre esto. Nunca sobre esto. Ahora eres mía, y yo protejo lo que es mío. Incluso de mi propia familia si es necesario.

Se acomoda contra mi pecho, su respiración comienza a ralentizarse hacia el sueño. Pero luego se mueve, murmurando algo que hace que todo mi cuerpo se ponga rígido.

—Tommy… —El nombre se le escapa de los labios en un suave suspiro—. No dejes que le hagan daño a Tommy.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que saboreo sangre. Incluso inconsciente, incluso después de haber reclamado cada centímetro de ella, está pensando en su hermano. Este Tommy que la hace gritar en pesadillas, por quien sacrificó todo para protegerlo. El hermano cuya seguridad es la palanca que la forzó a mi cama en primer lugar.

Mi teléfono vibra en la mesita de noche, la pantalla se ilumina con el nombre de Sofia. La vista previa de su mensaje de texto hace que se me hiele la sangre:

Los Hewson están nerviosos. Están haciendo preguntas sobre su «hija». ¿Quieres que me encargue?

Emma se mueve de nuevo, apretándose más contra mí en sueños, completamente inconsciente de que mi hermana está dando vueltas como un tiburón. Su mano descansa sobre mi corazón, confiando.

Borro el mensaje con una mano mientras la otra la atrae más hacia mí, mis dedos enredándose posesivamente en su cabello. Ella suspira contenta, murmurando mi nombre esta vez, y algo vicioso y protector ruge a la vida en mi pecho.

Mañana, me ocuparé de Sofia. Mañana, le haré entender que amenazar lo que es mío, ya sea mi esposa o sus secretos, es un deseo de muerte. Mañana, me aseguraré de que la protección de Tommy Pitt sea impenetrable, no por él, sino por la mujer que duerme en mis brazos.

¿Pero esta noche? Esta noche es mía, marcada por dentro y por fuera, llena de mi leche y llevando mi aroma como perfume. Y cualquiera que intente exponer su verdad o quitármela, ya sea mi familia, los Hewson o el mismísimo diablo, aprenderá lo que sucede cuando tocas lo que pertenece a Alessandro Rosetti.

La última persona que lo intentó todavía está gritando. Más le vale a Sofia rezar por ser más inteligente que eso.

18 - Emma

Mi coño palpita con un dolor que me hace jadear, prueba de que lo de anoche no fue un sueño febril. El dedo de Alessandro traza un moretón en mi cadera, presionando lo suficientemente fuerte como para hacerme arquear contra él, y me doy cuenta con una claridad pasmosa de que quiero que presione más fuerte.

—Perseo —murmura contra mi hombro, su aliento me hace estremecer mientras las yemas de sus dedos siguen líneas invisibles por mi piel desnuda, conectando caminos desde mi omóplato hasta la curva de mi cadera como si estuviera trazando constelaciones que solo él puede ver—. Justo aquí, donde tus pecas forman la constelación del héroe.

Su caricia es ligera como una pluma, pero posesiva, recordándome que incluso en la ternura, sigo siendo su cautiva, aunque después de anoche, empiezo a preguntarme quién está realmente atrapado.

La luz de la mañana entra a raudales por los ventanales, pintándonos a ambos de dorado. Incluyendo las marcas que me dejó: moretones morados floreciendo en mis caderas donde me agarró demasiado fuerte, la huella de sus dientes en la cara interna de mi muslo, mis pezones aún hinchados por su boca. Debería estar horrorizada por la evidencia de lo que hicimos, de lo que le rogué que hiciera. En cambio, el orgullo se hincha en mi pecho. Estas marcas demuestran que lo de anoche ocurrió, que la sirvienta que fregaba suelos hizo que Alessandro Rosetti perdiera el control por completo.

Las sábanas de seda se sienten diferentes contra mi piel hipersensible, cada movimiento envía réplicas a través de terminaciones nerviosas que no sabía que existían. Nuestros aromas combinados —sexo, sudor, su colonia— crean un perfume embriagador que hace que mi cuerpo responda a pesar del dolor.

—Estás despierta —observa Alessandro, su mano se detiene en mi cadera, el pulgar presiona de nuevo el moretón, deliberadamente esta vez, observando mi reacción.

Mantengo los ojos cerrados un momento más, no estoy lista para la realidad. Pero mi cuerpo me traiciona, arqueándose hacia su caricia sin permiso, buscando más presión, más dolor, más de lo que sea que él quiera darme. El pequeño movimiento le hace inhalar bruscamente.

—Todavía tan receptiva —gruñe, su verga ya dura contra mi cadera—. Incluso después de que te hiciera correrte dos veces anoche. ¿Cómo te sientes? —Su voz transmite una preocupación genuina mezclada con una oscura satisfacción.

—Diferente —admito, abriendo finalmente los ojos para encontrarlo apoyado en un codo, estudiándome con una intensidad depredadora. El pelo le cae sobre la frente, haciéndolo parecer más joven, pero esos ojos verdes todavía arden con la misma hambre que me consumió anoche.

—¿Diferente para bien o diferente para mal?

Considero mentir, guardarme algo de poder. Pero, ¿qué sentido tiene? Mis pezones ya están duros, mi coño ya se está mojando solo por su proximidad.

—Bien —susurro, y luego, envalentonándome—: Muy, muy bien.

Su sonrisa se vuelve peligrosa. —Demuéstramelo.

Toma mi mano y la guía entre mis piernas. Mis dedos encuentran humedad allí, tanta humedad, prueba de que incluso dolorido y magullado, mi cuerpo lo anhela. La revelación hace que el calor inunde mi cara, pero también me hace lo suficientemente valiente como para explorar más a fondo.

—Eso es —me anima, mirando atentamente—. Siente lo hinchada que estás por mi verga. Lo mojada que te estás poniendo solo con mi voz.

Presiono dos dedos dentro de mí, sorprendida por mi propia audacia, jadeando por lo sensible pero necesitada que estoy. Mi coño se aprieta alrededor de mis dedos, y puedo sentir dónde me estiró, me cambió, me reclamó.

—Joder, Stella —suspira mientras meto mis dedos más adentro—. Estás chorreando. Escucha lo mojado que está tu coño.

Los sonidos obscenos deberían avergonzarme. En cambio, me envalentonan. Rodeo mi clítoris como lo hizo él, manteniendo el contacto visual incluso mientras el placer chispea a través de la carne hipersensible.

—¿Es esto lo que quieres? —pregunto, añadiendo otro dedo, jodiéndome lentamente—. ¿Ver cómo toco lo que reclamaste?

—Cristo. —Su verga se contrae, una gota de líquido preseminal aparece en la punta—. Vas a matarme. Después de todo lo que hemos hecho, el almuerzo de caridad, la azotea, anoche, y sigues sorprendiéndome.

Su elogio me humedece más. Abro más las piernas, dándole una mejor vista, observando cómo aprieta la mandíbula mientras lucha por el control. Se mueve hacia mí, pero lo detengo con una palabra.

—No. Solo mira.

Se estremece, con la mirada clavada en el lugar donde se unen mis piernas. Este hombre poderoso que comanda ejércitos está temblando porque todavía no le dejo tocarme.

—Stellina —gime cuando me pellizco el pezón con la mano libre —. Mi pequeña estrella perfecta. Mira lo que mi corrupción te ha hecho.

Los cariños en italiano brotan de sus labios —*cara mia, bellissima, la mia vita*—, cada frase extranjera hace que mi coño se contraiga. Pero verlo luchar, ver su verga gotear líquido preseminal solo de mirarme, me da una idea que habría aterrorizado a la versión de mí de ayer.

—Por favor —ruega, y oír a Alessandro Rosetti rogar hace que mi coño chorree—. Déjame probarte. Déjame adorar ese coño perfecto como es debido.

—No. —La palabra nos sorprende a ambos—. Todavía no. Quiero explorarte a ti primero.

Sus manos agarran las sábanas con tanta fuerza que la tela empieza a rasgarse. Este hombre que toma lo que quiere está temblando porque se lo estoy negando.

—Me estás matando, joder —dice con los dientes apretados—. ¿Sabes cómo te ves? Extendida en mi cama, con tres dedos metidos en el coño, cubierta de mis marcas. Te ves como todos los sueños húmedos que he tenido.

La desesperación en su voz me da valor. Saco mis dedos, gimiendo por la pérdida, y luego me sorprendo a mí misma llevándomelos a la boca, probándome a mí misma como lo hizo él aquel día en el almuerzo de caridad. Su verga se sacude violentamente.

—Joder, joder, joder —canturrea mientras chupo mis dedos hasta dejarlos limpios—. Stella, por favor. Necesito estar dentro de ti. Necesito sentir ese coño apretado agarrando mi verga.

Tomo mi decisión en un instante, montándome sobre él antes de perder el valor. La posición me pone por encima de él, en control, y la vista es embriagadora: Alessandro Rosetti extendido debajo de mí, su verga erguida, orgullosa y gruesa, de un rojo furioso y goteando sin cesar.

—Stella —suspira con algo parecido a la adoración.

—Mi turno —susurro, con la voz temblando de excitación nerviosa—. Mi turno de trazar un mapa de cada centímetro de ti.

Empiezo con sus cicatrices, trazando cada una con los dedos y la lengua. La herida de bala cerca de su cadera le hace sisear cuando la chupo. La cicatriz de cuchillo a través de sus costillas lo hace arquearse, su verga se desliza a lo largo de mi rendija húmeda, haciéndonos gemir a ambos.

—Por favor —ruega cuando trazo mi lengua a lo largo de su línea V, evitando deliberadamente su verga—. Stella, nena, por favor. Estoy tan jodidamente duro que duele.

—Me hiciste rogar esa primera vez —le recuerdo, envolviendo mi mano alrededor de su miembro, sintiéndolo pulsar desesperadamente—. Me hiciste gritar tu nombre mientras me comías el coño en ese baño.

—¡Y pasaré el resto de mi vida de rodillas por ti si tan solo… JODER!

He tomado su verga en mi boca, solo la punta, arremolinando mi lengua alrededor de la cabeza, saboreando el líquido preseminal salado que inunda inmediatamente mi boca. Sus caderas se sacuden con fuerza, tratando de empujar más adentro, pero me echo hacia atrás con un pop húmedo.

—Quieto —ordeno, ebria de poder, e increíblemente, obedece.

Lo tomo más profundo esta vez, relajando la garganta. Su verga es gruesa, estirando mis labios obscenamente, pero me encanta el peso de él en mi lengua, me encanta la forma en que tiembla debajo de mí.

—Joder de mierda —gime cuando ahueco sus bolas, haciéndolas rodar suavemente mientras lo tomo más profundo—. Tu boca, santo Cristo, esa boca jodidamente perfecta.

Ahueco mis mejillas, succionando con fuerza mientras trabajo mi lengua a lo largo de la parte inferior de su miembro. Sus manos encuentran mi pelo, sin forzar, solo sosteniendo, temblando por el esfuerzo de no joderme la garganta.

—Stella, nena, voy a… tienes que parar o me correré en tu garganta.

Me aparto lentamente, hilos de saliva conectando mis labios a su verga. —Tal vez quiero que lo hagas —digo, y luego lo tomo profundo de nuevo, gimiendo alrededor de su longitud.

—Joder, no —gruñe, levantándome con una sorprendente gentileza a pesar de su desesperación—. La primera vez que te corras hoy, va a ser con mi verga enterrada en ese coñito apretado.

Antes de que pueda responder, me besa profundamente, gimiendo al saborear el gusto de sí mismo en mi lengua. Su verga se desliza entre mis pliegues, la cabeza rozando mi clítoris con cada pasada, haciéndome gemir en su boca.

—Cabalgame —ordena contra mis labios—. Toma lo que necesites. Usa mi verga como quieras.

Me coloco encima de él, frotando su verga a través de mi humedad, cubriéndolo completamente. Ambos observamos cómo lo alineo con mi entrada, la punta apenas presionando dentro.

—Estás tan jodidamente mojada —se maravilla, sintiéndome gotear sobre sus abdominales—. Mi chica perfecta, tan lista para mi verga.

Me hundo lentamente, jadeando por el estiramiento. Todavía estoy adolorida por lo de anoche, pero el ardor se siente bien, se siente correcto. Su verga me llena por completo, tocando puntos que hacen que las estrellas exploten detrás de mis ojos.

—Joder —decimos al unísono cuando estoy completamente sentada, con su verga enterrada hasta la empuñadura.

Me quedo quieta por un momento, ajustándome a la plenitud, sintiendo mi coño revolotear a su alrededor. Desde esta posición, puedo verlo todo: la forma en que sus abdominales se contraen, la forma en que su mandíbula se crispa con contención, la forma en que sus ojos devoran cada centímetro de mí.

—Muévete —ruega—. Por favor, nena, cabalga mi verga. Necesito sentirte.

Empiezo despacio, moviendo las caderas de forma experimental. El ángulo es diferente al de anoche, su verga golpea más profundo,

haciéndome jadear con cada movimiento. Sus manos encuentran mis caderas, sin dirigir, solo sosteniendo, los pulgares acariciando los moretones que dejó.

—Eso es —me anima mientras encuentro mi ritmo—. Fóllate a ti misma en mi verga. Toma lo que necesites.

Me inclino hacia atrás, apoyando las manos en sus muslos, y el nuevo ángulo hace que su verga golpee mi punto G a la perfección. Grito, mi coño se aprieta con fuerza a su alrededor.

—¿Justo ahí? —pregunta, su pulgar encontrando mi clítoris—. ¿Es ese el punto, nena?

—Sí —gimo, cabalgándolo más fuerte—. Oh, dios, sí, justo ahí.

—Mírate —dice con asombro—. La mujer que se deshizo en ese baño, cabalgando mi verga como si hubiera nacido para ello. Tu coño me está apretando tan jodidamente fuerte.

Sus palabras me estimulan. Boto sobre su verga más rápido, persiguiendo mi placer, viendo cómo su cara se contorsiona por el esfuerzo de no correrse. Los sonidos húmedos de nuestra follada llenan la habitación. Mi coño está tan mojado que es obsceno, su verga hace ruidos asquerosos y chapoteantes con cada embestida.

—Tócate —ordena—. Quiero verte jugar con ese lindo clítoris mientras me cabalgas.

Obedezco, rodeando mi clítoris con una mano mientras la otra juega con mis pezones. La doble estimulación me hace subir rápidamente hacia el orgasmo.

—Esa es mi buena chica —alaba—. Mi chica jodidamente perfecta. Estás cerca, ¿verdad? Puedo sentir tu coño apretándose.

—Tan cerca —jadeo, moliéndome con fuerza, tomándolo imposiblemente profundo.

—Córrete para mí —exige, su pulgar uniéndose al mío en mi clítoris—. Córrete por toda mi verga. Muéstrame a quién le pertenece este coño ahora.

La combinación de sus palabras, su caricia y su verga golpeando ese punto perfecto me lleva al límite. Llego con un grito, mi coño apretándolo en oleadas. El orgasmo parece interminable, todo mi cuerpo tiembla mientras el placer me atraviesa.

—Joder, sí —gime, sus caderas se arquean—. Ordeña mi verga con ese coñito apretado.

Antes de que las réplicas se desvanezcan, nos da la vuelta, todavía enterrado dentro de mí. El cambio repentino me hace jadear,

hipersensible pero inmediatamente lista para más.

—Mi turno —gruñe, retirándose hasta que solo queda la punta, y luego embistiendo de nuevo.

—Oh, dios —grito, mis uñas rasgando su espalda con la fuerza suficiente para sacar sangre.

—Eso es, márcame —me anima, estableciendo un ritmo castigador—. Muéstrale a todos a quién pertenezco.

Me folla duro y profundo, cada embestida arranca pequeños gritos de mi garganta. El cabecero golpea rítmicamente contra la pared, y estoy segura de que toda la casa puede oírnos, pero no me importa.

—Te sientes tan jodidamente bien —gime, angulando mis caderas para ir más profundo. Engancha mis piernas sobre sus hombros, doblándome casi por la mitad. La posición le permite ir imposiblemente profundo, su verga golpeando mi cérvix con cada embestida.

—Alessandro —grito mientras se acumula otro orgasmo—. Voy a correrme otra vez.

—Dámelo —exige, su pulgar encontrando mi clítoris de nuevo—. Córrete en mi verga otra vez. Quiero sentir ese coño apretarme.

Este orgasmo golpea aún más fuerte que el primero, mi visión se vuelve blanca mientras el placer me consume. Mi coño se contrae tan fuerte a su alrededor que tiene que luchar para seguir moviéndose.

—Joder, Stella —gime, sus embestidas se vuelven erráticas—. Voy a correrme. ¿Dónde lo quieres?

—Dentro —jadeo sin dudar. —Quiero sentirte correr dentro de mí.

—Jesucristo de mierda —ruge, embistiendo profundamente una última vez. Siento su verga pulsar mientras se vacía dentro de mí. Se corre tan fuerte que todo su cuerpo tiembla, sus manos agarran mis caderas con una fuerza que deja moretones.

Colapsamos juntos, ambos jadeando en busca de aire. Él se queda dentro de mí, ninguno de los dos quiere separarse todavía. Puedo sentir nuestros fluidos combinados comenzando a filtrarse alrededor de su verga, pero no me importa el desastre.

—Eso fue… —empieza, y luego se interrumpe.

—Lo sé —digo contra su pecho, sonriendo.

Nunca me había sentido tan poderosa.

Él se ríe, el sonido retumbando a través de mí. —Acabas de joder veintisiete años de experiencia sexual hasta la irrelevancia. Todas las mujeres antes de ti están olvidadas.

Quiero reír. Burlarme de él por haberse acostado con tantas, pero el pensamiento me llena con una punzada de rabia. Celos, supongo.

—¿Alessandro? —digo, apretando mi coño alrededor de su verga, sintiendo cómo empieza a endurecerse de nuevo dentro de mí.

—¿Ya? —pregunta con asombro—. Joder, ¿qué me has hecho?

—Quiero más —admito, moviendo las caderas—. Quiero que me enseñes todo. Cada posición, cada forma en que puedes hacerme correr. Quiero ser una experta en follarte.

Su verga está completamente dura de nuevo, estirándome una vez más. —Vas a ser mi muerte —gime, empezando a moverse—. Mi perfecta corrupción. Mi hermosa obsesión.

Empujo contra su pecho de repente, obligándolo a detenerse a mitad de la embestida. La sorpresa en sus ojos me hace sentir ebria de poder.

—No —digo con firmeza, sorprendiéndome a mí misma con mi audacia—. Así no.

—¿Stella?

Lo empujo sobre su espalda, su verga se desliza fuera de mí con un sonido húmedo que nos hace gemir a ambos. Pero ya me estoy moviendo, deslizándome fuera de la cama con una confianza recién descubierta, mis piernas temblorosas pero decididas.

—¿A dónde vas…?

—No he terminado contigo —interrumpo, girándome para enfrentarlo con una sonrisa que se siente extraña en mis labios: depredadora, confiada, completamente diferente a la sirvienta que se acobardaba hace apenas unas semanas—. Tu familia está toda fuera por el día, ¿verdad? En ese picnic de la empresa al que te negaste a ir.

—Sí.

—Incluso Ana y el bebé.

—Sí, ¿por qué…?

—Quiero que me folles en cada habitación de esta casa hoy. Empezando por esa mesa donde me diste de comer por primera vez.

Su mandíbula cae. Alessandro Rosetti, que siempre tiene una respuesta ingeniosa, se queda sin palabras.

—¿En cada habitación? —Su voz se quiebra ligeramente.

—En cada. Maldita. Habitación. —Camino hacia la puerta, consciente de que estoy desnuda, cubierta de sus marcas, su corrida goteando por mis muslos. La yo de ayer se habría sentido mortificada. La versión de hoy se deleita en ello—. Empezamos en el comedor. Quiero que me pongas sobre esa mesa de caoba donde me diste de comer, donde tu familia me juzgó.

—Por el amor de Cristo, Stella. —Ya está saliendo de la cama, su verga balanceándose mientras se mueve—. De verdad vas a matarme.

—Entonces morirás feliz —digo, ya alcanzando el pomo de la puerta—. Ahora ven y muéstrame lo que esa lengua puede hacer en tu sillón de cuero. ¿A menos que estés demasiado cansado?

El desafío en mi voz hace que sus ojos brillen peligrosamente. En dos zancadas, está detrás de mí, haciéndome girar y presionándome contra la puerta. Su verga se presiona contra mi estómago, dura como una roca y goteando de nuevo.

—¿Demasiado cansado? —gruñe, su mano envolviendo mi garganta, sin apretar, solo sosteniendo, posesiva y gentil a la vez—. Te follaré en cada superficie de esta casa. Luego te follaré en el coche. En mi oficina. Junto a ese telescopio que tanto te gusta. Haré que te corras tantas veces que olvides tu propio nombre.

—Promesas, promesas —susurro, y luego bajo la mano para acariciar su verga, haciéndolo sisear—. Demuéstralo.

Estrella su boca contra la mía, el beso es violento y desesperado. Cuando se aparta, ambos estamos jadeando.

—Toma mi camisa —ordena—. La llevarás puesta al comedor. Quiero follarte vestida solo con mi camisa.

Me pongo su camisa blanca de botones de anoche, la tela todavía lleva su aroma. Apenas me cubre el culo, y sé que estoy goteando por los muslos, pero el hambre en sus ojos me hace sentir como una diosa.

—Muévete —ordeno, abriendo la puerta—. Tenemos toda una casa que bautizar, y quiero estar gritando tu nombre en cada habitación antes del almuerzo.

Mientras camino por el pasillo hacia el comedor, lo oigo detrás de mí, murmurando en italiano. Algo que suena como una combinación de oraciones y maldiciones. Sonrío, sabiendo que la sirvienta ha desaparecido de verdad, reemplazada por algo mucho más peligroso: una mujer que conoce su poder y no tiene miedo de usarlo.

—Stella —llama, y cuando me vuelvo, su expresión es de pura adoración mezclada con asombro—. Vas a destruirme por completo, ¿verdad?

—Sí —digo simplemente, y luego abro la puerta del comedor—. Ahora ven aquí y déjame hacerlo.

19 - Alessandro

Emma me roba tocino del plato con los mismos dedos que trazaron constelaciones en mi pecho anoche, y me doy cuenta de que he estado vigilando las salidas de la cocina durante diez minutos mientras ella tararea completamente desafinada.

El sonido debería ser doloroso —está destrozando la melodía de alguna canción pop que reconozco vagamente—, pero saliendo de su boca mientras no lleva nada más que mi camisa blanca de anoche, es lo más hermoso que he oído nunca. Aun si probablemente está haciendo que los guardias apostados afuera se cuestionen su elección de carrera.

Hace solo dos noches tomé su virginidad, y ya ha transformado mi rutina matutina, que pasó de ser de planificación estratégica a verla destruir el desayuno con una enternecedora incompetencia. Una mañana perfecta haciéndole el amor en cada superficie que pudimos encontrar, marcándola, adueñándome de ella, y aun así mi polla se pone dura solo de verla lamerse la grasa del pulgar.

—Estás demoliendo mi desayuno —señalo, aunque ambos sabemos que preparé de más específicamente para que pudiera robarlo después de quemar el suyo.

—Mmm —concuerda, tomando otro trozo directamente de mi plato mientras su otra mano busca la cafetera. El movimiento hace que mi camisa se suba, exponiendo los moretones que le dejé en la cadera ayer por la mañana. Tres de ellos, perfectamente espaciados donde la agarré mientras la follaba contra el marco de la puerta.

La luz de la mañana que entra por las ventanas de la cocina lo vuelve todo dorado, incluida su piel, donde mis marcas florecen en un tono morado. El aceite de arma todavía se adhiere a mis dedos por el ritual de limpieza de anoche —viejos hábitos que ni siquiera su presencia puede romper—, mezclándose con el aroma doméstico a café y tocino.

—Tu tocino está a punto de convertirse en carbón —observo, señalando con la cabeza la sartén que abandonó cuando comenzó su

campaña de robo.

Se da la vuelta con una espátula en alto como si fuera un arma —buen instinto, herramienta equivocada— y luego se ríe al ver el humo. —Mierda, el tocino.

Retira la sartén del fuego, ahuyentando el humo con la mano mientras yo abro las ventanas automáticamente, revisando la calle más allá de las rejas en busca de ese sedán plateado que he notado tres veces esta semana. Nada todavía, pero siento un hormigueo en la nuca con la sensación de que me observan. Los pasos de los guardias resuenan en el pasillo, sus rondas matutinas tan predecibles como mi necesidad de trazar un mapa de cada salida, incluso en mi propia casa. Tres salidas de esta cocina. Cuatro, si se cuenta la ventana.

—El desayuno está arruinado —dice con tristeza, mirando las tiras ennegrecidas como si la hubieran traicionado personalmente.

—Ven aquí —ordeno, sentándome en una de las sillas de la cocina, posicionándome para ver ambas entradas.

Se acerca con esa sonrisa tímida que todavía aparece a veces, como si no pudiera creer que se le permita tocarme. La jalo para sentarla de lado sobre mi regazo, sus piernas sobre el reposabrazos, su cuerpo encajando perfectamente contra el mío. Su peso me ancla.

—Planeaste mi desastre con el desayuno —me acusa, pero ya está tomando otro trozo de mi plato.

—Conozco las habilidades culinarias de mi esposa. —Le doy un trozo en la boca, viendo sus labios cerrarse alrededor de mis dedos, chupando la grasa con una lentitud deliberada que hace que mi polla se agite a pesar de lo a fondo que nos exploramos anoche.

—El tuyo está más rico de todos modos —admite, y luego roba otro trozo directamente del plato.

Comemos así, ella en mi regazo robando bocados mientras finjo proteger mi comida, el tipo de intimidad natural que nunca he tenido con nadie. Sin actuación, sin control cuidadoso, solo Emma siendo Emma: la chica que quema el tocino, tararea desafinada y me hace olvidar que he visto a hombres morir por menos de lo que ella le hace a mi autocontrol.

Mi celular vibra sobre la encimera. Marco, probablemente, preguntándose por qué me salté el reporte de la mañana. Lo ignoro. Que se lo pregunte. Que todos se pregunten por qué Alessandro Rosetti se ha ablandado por su esposa.

—Quiero ver los anillos de Saturno esta noche —dice de repente, sus dedos jugando con el pelo de mi nuca—. El telescopio debería poder mostrarlos claramente con el clima que estamos teniendo.

—Haré que suceda —prometo de inmediato, ya pensando en la hora óptima para la observación, en si necesitamos algún ajuste en el telescopio, en qué guardias apostar en el techo, en cómo garantizar las condiciones perfectas mientras mantenemos la seguridad.

Me toma el rostro entre sus manos, obligándome a mirarla en lugar de organizar mentalmente posiciones defensivas. —Alex, no tienes que orquestar cada momento. A veces, lo perfecto simplemente… sucede.

Su mano cubre la mía donde he estado dando golpecitos inconscientemente contra su muslo, ya planeando contingencias. La gentil comprensión en su voz me aquieta. Ella me ve —mi naturaleza controladora, la necesidad de manejarlo todo, la paranoia que nos mantiene a ambos con vida— y lo acepta sin juzgar.

—No puedo evitarlo —admito—. Quiero darte todo. Quiero encerrarte en esta casa donde nada pueda tocarte.

—Ya me has dado todo —susurra, dejando un beso en mi mandíbula.

—Dime algo real —digo, todavía sosteniéndola en mi regazo mientras la mañana se vuelve más cálida—. Algo que nunca le hayas dicho a nadie.

Se tensa ligeramente y luego se relaja contra mi pecho con un suspiro que tiene peso. El café caro queda olvidado mientras se prepara para confiarme algo que importa.

—Quieres saber sobre mi madre.

No es una pregunta. Sabe que he estado tomando nota de cada mención, cada respingo cuando se habla de madres, archivando cada dato para usarlo en el futuro. En mi mundo, conocer las heridas de alguien significa saber cómo protegerlo… o destruirlo.

—Se enfermó cuando yo tenía doce años —comienza Emma, su voz se vuelve distante—. Cáncer. Empezó en sus pulmones, se extendió por todas partes antes de que supiéramos que algo andaba mal. Había estado ocultando los síntomas, trabajando turnos dobles en la fábrica para pagar el alquiler.

Sus dedos encuentran los míos, entrelazándolos como si necesitara el ancla. Permanezco en silencio, aunque mi mente ya está calculando cómo lo habría manejado: qué médicos se podrían haber

comprado, qué tratamientos se podrían haber adquirido por canales extraoficiales. Los poderosos sobreviven. Los pobres simplemente mueren.

—Tommy solo tenía ocho años. No entendía por qué mamá seguía adelgazando, por qué ya no podía jugar con él. Traté de protegerlo, pero los niños lo saben. Siempre lo saben.

Su hermano, aquel por el que sacrificó todo, la palanca que la atrapó. Escuchar sobre su infancia compartida hace que apriete la mandíbula con una rabia retroactiva hacia todos los que les fallaron.

—Las facturas médicas… —Se ríe, pero es una risa amarga—. No te imaginas lo que cuesta morir lentamente. Cada tratamiento que no funcionó, cada especialista que no pudo ayudar, cada medicamento que podría comprarle otro mes… todo venía con una etiqueta de precio que bien podría haber sido de un millón de dólares.

Me lo imagino. He visto a hombres rogar por sus vidas por menos. Pero me guardo esa oscuridad para mí, solo la abrazo más fuerte.

Se acurruca más contra mi pecho, buscando un consuelo que estoy desesperado por brindarle, incluso si el consuelo que viene de mí tiene sangre bajo las uñas. —La vi morir poco a poco. Primero no podía trabajar. Luego no podía caminar. Luego ni siquiera podía sostener un vaso de agua sin ayuda. Y yo era completamente impotente para detenerlo.

Mis brazos se aprietan a su alrededor involuntariamente. La idea de una joven Emma, apenas una niña, viendo a su madre consumirse mientras trataba de proteger a su hermano… hace que algo violento se levante en mi pecho. Si pudiera retroceder en el tiempo, destruiría a todos los que no los ayudaron. Pintaría Chicago de rojo con su sangre.

—Los cobradores de deudas comenzaron a llamar antes de que ella muriera —continúa, su voz apenas un susurro—. Como buitres dando vueltas. Cuando finalmente falleció, no teníamos nada. Menos que nada. Teníamos una deuda que tomaría tres vidas pagar.

—Así es como se convirtieron en… —me interrumpo, sin querer decir «sirvientes» como si fuera vergonzoso, cuando ya estoy planeando cómo destruir retroactivamente a cada cobrador de deudas que acosó a una niña en duelo.

—Así es como quedamos atrapados —dice ella con delicadeza—. Los Hewson compraron nuestra deuda a cambio de nuestro servicio.

Servidumbre por contrato moderna disfrazada de empleo. Mi hermano y yo les pertenecíamos desde ese momento.

Se aparta para mirarme, con lágrimas corriendo por su rostro. —Era tan impotente, Alex. Verla desvanecerse, sabiendo que no podía salvarla, que ni siquiera podía hacer que estuviera cómoda. Es el peor sentimiento del mundo, ser tan indefensa.

Le seco las lágrimas con mis pulgares, con mi propia garganta apretada por la rabia hacia todos los que le fallaron. —Eras una niña. No era tu trabajo salvarla.

—Pero se convirtió en mi trabajo salvar a mi hermano —dice—. Y mira a dónde nos llevó eso.

—Te llevó a mí —gruño, la oscuridad posesiva deslizándose en mi voz—. Y ahora nunca volverás a ser impotente. A cualquiera que intente hacerte daño, que te haga sentir indefensa… le daré de comer sus propios órganos mientras mira.

Se estremece ante la promesa en mi voz, pero no se aparta. Está aprendiendo a amar mi violencia cuando se ejerce para su protección.

—¿Te arrepientes? —pregunto, la pregunta que me ha estado quemando desde que reveló la verdad hace semanas—. ¿Del camino que te trajo aquí?

Lo considera por un largo momento, con sus dedos trazando patrones en mi pecho a través de mi camisa, enganchándose ocasionalmente en la cadena que sostiene mi medalla de San Cristóbal; una protección en la que nunca creí hasta que la tuve a ella para proteger.

—Me arrepiento del sufrimiento de mi madre. Me arrepiento de que mi hermano esté en la cárcel. Me arrepiento de haber tenido que mentirte al principio.

—¿Pero? —la insto cuando hace una pausa.

—Pero no puedo arrepentirme del camino que me trajo a ti. —Las palabras salen seguras, decididas—. Incluso con todo —el miedo, el engaño, el peligro— lo haría de nuevo si eso significara terminar aquí, en esta cocina, robando el tocino de tu plato mientras planeas diecisiete maneras de mantenerme a salvo.

Algo se quiebra en mi pecho, el último muro que he estado manteniendo incluso después de todo lo que hemos compartido. Ella está aquí por mí. No por el apellido Rosetti ni por el dinero ni por la protección, sino por mí, Alessandro, el hombre que se levanta

temprano para hacer tocino de repuesto porque sabe que ella quemará el suyo.

—Te amo —dice de repente, las palabras tan naturales como respirar, no una declaración dramática sino una simple verdad dicha mientras está sentada en mi regazo en nuestra cocina iluminada por el sol—. Probablemente desde aquella noche que me diste el telescopio, cuando de verdad me escuchaste divagar sobre las estrellas.

Las palabras me hacen querer cerrar todas las puertas y no dejarla salir nunca de esta habitación donde está a salvo, es mía y me ama a pesar de la sangre que nunca podré limpiar. Otras mujeres han dicho que me amaban antes, generalmente mientras miraban mi reloj, mi auto o mi apellido. Pero Emma lo dice como si fuera un hecho, como si amarme fuera tan natural como quemar el desayuno.

—Emma —empiezo, pero ella presiona sus dedos sobre mis labios.

—No tienes que decirlo tú también. Solo necesitaba que lo supieras.

Mi última defensa se desmorona por completo. Esta mujer que comenzó como sirvienta, que fue obligada a fingir ser otra persona, a quien pensé que estaba corrompiendo… es ella quien me ha destruido y reconstruido.

La acerco más, aspirando su aroma mezclado con mi colonia de mi camisa. —Traes luz a mi vida. Me haces creer que hay algo más en toda esta violencia, esta familia y esta mierda. Me haces sentir real.

Sonríe, esa sonrisa genuina que aparece cuando se olvida de tener miedo. —Nos estamos haciendo reales el uno al otro.

El sol de la mañana sube más alto, pintando su piel de oro, y sé con absoluta certeza que quemaría el mundo entero para conservar este momento, esta mujer, este amor inesperado que ha demolido todo lo que creía saber sobre mí mismo.

Mi celular vuelve a vibrar. Marco, insistente. Algo sobre los irlandeses poniéndose audaces cerca de los muelles. Que lo hagan. Me ocuparé de eso más tarde, después de haberle recordado a mi esposa exactamente a quién pertenece.

Me pongo de pie abruptamente, manteniéndola en mis brazos. —Ven conmigo.

—¿A dónde? —pregunta, pero ya está envolviendo sus piernas alrededor de mi cintura, confiando en mí por completo, aunque sabe

que mis manos tienen una sangre que no se quita.

—A nuestra azotea —digo, llevándola por los silenciosos pasillos de la mansión, notando las posiciones de los guardias, la nueva cámara que instalé ayer—. Te necesito bajo el cielo donde me enseñaste a ver las estrellas, donde me mostraste quién eres realmente.

El aire de la mañana en la azotea ya es cálido mientras la llevo al lugar donde hemos pasado tantas noches trazando constelaciones juntos. El telescopio se alza como un centinela, pero la acuesto sobre la manta que guardamos aquí arriba. Escaneo automáticamente el perímetro: sin movimiento, sin amenazas visibles, pero ese sedán plateado está estacionado justo al final de la calle. Más tarde. Me ocuparé de eso más tarde.

—Alex —suspira mientras cubro su cuerpo con el mío, pero esta vez no hay urgencia, ni hambre desesperada. Esto es otra cosa: tierno y sagrado de una manera que hace que mis manos tiemblen, aunque han estado firmes al quitar vidas.

La desnudo lentamente, revelando la piel que he memorizado pero que todavía necesito adorar. Mi camisa se desliza de su cuerpo y queda desnuda debajo de mí, espléndida bajo la luz que se intensifica. Beso cada moretón que le dejé en las caderas, cada marca que demuestra que es mía, pero ahora con delicadeza, con reverencia, incluso cuando el monstruo posesivo en mí quiere agregar más.

—Ti amo —susurro contra su garganta, el italiano saliendo sin ser llamado—. Ti amo anch'io, stellina.

Jadea, comprendiendo incluso sin traducción. —Dilo otra vez.

—Yo también te amo, estrellita —le digo en español, luego en italiano de nuevo, y luego en todos los idiomas que conozco mientras me posiciono entre sus muslos—. Je t'aime. Te amo. Ich liebe dich. Y mataré a cualquiera que intente alejarte de mí.

Cuando entro en ella, es lento, cuidadoso, ambos manteniendo el contacto visual mientras nuestros cuerpos se unen. Esto no es follar. Ni siquiera es hacer el amor. Esto es algo más allá de lo físico: una reclamación de almas bajo el cielo que se ilumina.

—Mi santuario —susurra, sus manos enmarcando mi rostro mientras me muevo dentro de ella—. Tú eres mi santuario, Alex.

Gruño suavemente, necesitando marcarla incluso en la ternura.

Nos movemos juntos en perfecta sincronización, sin prisa por llegar al final, solo la acumulación constante de placer mezclada con una intensidad emocional que nos hace temblar a ambos. La ciudad se despierta debajo de nosotros, pero aquí arriba, en nuestro universo privado, el tiempo se detiene.

Cuando ella se viene, es con mi nombre en sus labios y lágrimas en sus ojos. La sigo, susurrando «Ti amo» contra su boca mientras mi cuerpo se estremece con la liberación. —Mia per sempre —mía para siempre.

Permanecemos unidos, ninguno de los dos queriendo separarse, mientras el cielo se transforma de azul a dorado a nuestro alrededor. Esta azotea donde ella confió en mí por primera vez con su amor por las estrellas se ha convertido en tierra sagrada, nuestro santuario de un mundo que destruiría esta ternura si pudiera.

20 - Emma

—Mantén una postura más amplia, stellina. A la pistola no le importa lo delicada que te veas.

La voz de Alessandro retumba contra mi oído mientras ajusta mi posición en la galería de tiro subterránea, con su pecho presionado contra mi espalda, sólido y cálido en el fresco aire del sótano. El olor acre de la pólvora de nuestras rondas anteriores se mezcla con su colonia, ese aroma almizclado y floral que hace que mi cuerpo reaccione incluso cuando mi mente sabe que debería estar concentrada en el arma que tengo en las manos.

El peso de la Glock ya no me asusta después de cinco semanas de matrimonio. Cinco semanas desde que caminé hacia el altar como Frances Hewson, temblorosa y asustada. Ahora sostengo la muerte en la palma de mi mano con una confianza firme, y la transformación me emociona.

—Respira —murmura Alessandro, su aliento caliente contra mi cuello mientras sus manos cubren las mías sobre la empuñadura—. Siente el peso. Deja que se convierta en parte de ti.

Su cuerpo se amolda al mío por detrás y siento cada centímetro de él. Los duros planos de su pecho, la fuerza de sus brazos mientras guían los míos y, sin lugar a dudas, su verga endureciéndose contra la parte baja de mi espalda. La combinación de peligro y deseo hace que el calor se acumule entre mis muslos. Incluso aquí, rodeada de muros de hormigón que amortiguan el sonido, con armas letales y el débil eco de nuestros últimos disparos aún resonando, mi cuerpo le responde como si hubiera reprogramado mi propio ADN.

—Ahora —dice, sus labios rozando mi oreja—. Tres disparos, al centro del torso. Muéstrame lo que ha aprendido mi niña buena.

El elogio me provoca una oleada de humedad en la entrepierna. Aprieto el gatillo en una rápida sucesión. Uno, dos, tres. La pistola patea contra mi palma con cada disparo, un beso violento que me recorre el brazo. Cada bala destroza el centro del torso del blanco de

papel, tan agrupadas que crean un único agujero irregular donde estaría un corazón.

—Por Cristo —resuella Alessandro, su cuerpo se tensa detrás de mí. Su verga presiona con más fuerza contra mí, completamente erecta ahora, y sus manos se aprietan en mis caderas con una fuerza que deja marca—. Eres perfecta. Una asesina nata.

El orgullo me invade ante su aprobación, oscuro y embriagador. —Tuve un buen maestro —digo, frotándome deliberadamente hacia atrás contra su erección, sintiendo su gruesa longitud a través de nuestra ropa.

Me gira tan rápido que la pistola cae con un ruido metálico sobre el mostrador. Mi espalda golpea la fría pared de hormigón y su boca se estrella contra la mía con un hambre desesperada. Su lengua invade mi boca mientras sus manos me agarran el trasero, levantándome. Mis piernas se enredan en su cintura por instinto y puedo sentir su verga presionando contra mí a través de la ropa, justo donde más lo necesito.

—Vas a ser mi perdición —gruñe contra mi garganta, succionando con la fuerza suficiente para dejar una marca. Sus dientes rozan el punto donde late mi pulso mientras su mano se desliza bajo mi camisa. Su camisa, en realidad, robada de su armario esta mañana. Sus dedos encuentran mi pecho, el pulgar rozando mi pezón a través del encaje de mi sujetador hasta que se endurece dolorosamente.

—Alex —jadeo, frotándome contra él, buscando fricción—. Por favor.

—¿Por favor, qué? —Su mano se mueve entre nosotros, ahuecando mi intimidad a través de mis jeans. La presión me hace gemir—. Dime qué necesitas.

—A ti —logro decir, mis manos buscando a tientas su cinturón—. Te necesito dentro de mí. Ahora.

Me baja solo el tiempo suficiente para arrancarme los jeans y las bragas por las piernas. El aire fresco golpea mi piel acalorada por solo un instante antes de que sus dedos me encuentren, deslizándose entre mi humedad con un gemido.

—Ya estás tan húmeda —murmura, rodeando mi clítoris con el pulgar mientras dos dedos se clavan en mi interior—. Este coño siempre está listo para mí, ¿verdad?

—Sí —gimo, mis caderas arqueándose contra su mano—. Siempre. Solo para ti.

Me trabaja con pericia, curvando los dedos para tocar ese punto que me hace ver las estrellas mientras su pulgar mantiene una presión perfecta sobre mi clítoris. Ya estoy cerca, vergonzosamente rápido, cuando de repente se detiene.

—No —gimo ante la pérdida—. No pares.

—Date la vuelta —ordena, con la voz áspera por la necesidad—. Manos en la pared.

Obedezco de inmediato, apoyando las palmas contra el frío hormigón. Detrás de mí, oigo su cremallera, y luego siento la caliente longitud de su verga deslizándose por mis pliegues, cubriéndose con mi humedad.

—Eres mía —gruñe, posicionándose en mi entrada—. Dilo.

—Tuya —jadeo mientras se clava dentro de mí en una sola y profunda estocada. El estiramiento es perfecto, ese límite entre el placer y el dolor que enciende todo mi cuerpo—. Toda tuya.

Impone un ritmo castigador de inmediato, una mano sujetando mi cadera mientras la otra se enreda en mi pelo, echando mi cabeza hacia atrás. La posición hace que penetre aún más profundo, cada estocada arrancando pequeños gritos de mi garganta.

—Eso es —me anima, su agarre se intensifica—. Déjame oírte. Que cualquiera que escuche sepa quién se está follando este coño perfecto.

La idea de que me oigan, de que alguien sepa lo que me está haciendo, me hace apretarme a su alrededor. Él lo nota, por supuesto, y ríe oscuramente contra mi oído.

—¿Te gusta eso? ¿Te gusta la idea de que te encuentren con mi verga enterrada dentro de ti? —Su mano se desliza para encontrar mi clítoris, frotando en círculos apretados que hacen temblar mis piernas—. Qué niña tan sucia. Mi perfecta y sucia esposa.

Mi orgasmo crece rápidamente bajo su hábil toque, el placer enroscándose más y más en mi centro. Justo cuando estoy a punto de caer por el precipicio, algo cambia. El complejo está demasiado silencioso. Ni pasos en el pasillo exterior. Ni voces lejanas. El silencio nos presiona como una respiración contenida.

Alessandro debe sentirlo también, porque su ritmo flaquea ligeramente, aunque no se detiene. Su teléfono vibra insistentemente en el mostrador.

—Ignóralo —suplico, empujando hacia atrás contra él, tan cerca del orgasmo.

Pero ya se está retirando, dejándome vacía y dolorida. La pérdida me hace gemir mientras él se recoloca con una expresión de dolor, su verga enorme y erecta, balanceándose con cada movimiento.

—Alerta de seguridad —dice, revisando la pantalla—. Tenemos que subir. Pero esto no ha terminado, stellina. Ni de lejos.

Mi cuerpo palpita con una necesidad insatisfecha mientras me visto de nuevo con manos temblorosas. La mezclilla se siente áspera contra mi piel hipersensible, y puedo sentir lo húmeda que sigo, lo preparada que estoy. Los ojos de Alessandro siguen mis movimientos, oscuros de promesa y frustración.

—Ven —dice, tomándome de la mano—. A mi estudio. Ahora.

La subida por las escaleras se siente interminable, mis piernas inestables por nuestro encuentro interrumpido. Su agarre en mi mano es casi doloroso, delatando su propia frustración.

Su estudio huele a cuero y a whisky añejo, la luz de la tarde entra a raudales por las ventanas blindadas. Ya he estado aquí antes, pero nunca así. Aún temblando de necesidad, mi coño apretándose en el vacío, deseándolo tanto que apenas puedo pensar con claridad.

—Siéntate —ordena, señalando la silla de cuero frente a su escritorio.

Pero permanezco de pie, mis ojos atraídos por la pared de relojes detrás de él. Docenas de ellos, cada uno impecable, cada uno con una historia que apenas ahora empiezo a comprender.

—Háblame de ellos —digo, necesitando una distracción del dolor entre mis muslos.

Sus ojos se oscurecen con algo más allá del deseo. —¿Quieres saber sobre mis trofeos?

—Sí. —Me acerco a la vitrina, notando cómo su mirada me sigue como un depredador acechando a su presa—. Háblame del primero.

Se levanta de su silla, moviéndose detrás de mí, sin tocarme pero lo suficientemente cerca como para sentir su calor. —Abajo a la izquierda. El Rolex Submariner.

Estudio el reloj, su esfera brilla bajo la luz de la tarde. —¿Quién era?

—Antonio LaPaz. Un matón de bajo nivel que pensó que podía robar de los cargamentos de la familia. —Su aliento roza mi cuello—. Tenía diecinueve años. Marco quería ponerme a prueba, ver si su bonito hermano tenía estómago para el trabajo de verdad.

—¿Lo tenías? —Mi voz sale entrecortada cuando su mano se posa en mi cadera.

—Le metí tres balas en el pecho mientras suplicaba por su madre. —Sus labios rozan mi oreja—. Luego le quité el reloj mientras aún respiraba. Lo he usado en cada ejecución desde entonces.

La violencia casual me produce un escalofrío. Mi coño se contrae con una nueva necesidad. ¿Cuándo me convertí en alguien que se moja con confesiones de asesinato?

—¿Cuál añadirás después? —pregunto, girándome para mirarlo—. ¿Cuando alguien nos amenace?

Me mira fijamente por un largo momento, luego cruza hacia su escritorio, sacando su teléfono. —Esa es mi oscura y pequeña stellina. Ya planeando la violencia.

El elogio hace que el calor me inunde, pero entonces su expresión cambia mientras lee algo en la pantalla. Aprieta la mandíbula, un músculo crispándose con una rabia apenas contenida.

—¿Qué pasa? —pregunto, acercándome.

—Quédate ahí —ordena, pero ya estoy a su lado, mirando el mensaje.

Es de un número desconocido: «Mira tu correo. Tenemos que hablar de Frances. ¿O debería decir Emma?».

La sangre se me hiela en las venas. El nombre me golpea con fuerza, haciendo que mis rodillas se debiliten. Alessandro me sujeta, presionándome contra su escritorio, su cuerpo enjaulando el mío.

—¿Cómo? —susurro—. ¿Cómo lo saben?

—No importa. —Su voz es mortalmente tranquila, pero siento la tensión vibrando a través de él—. Lo arreglaré.

Un golpe en la puerta nos interrumpe. —Un paquete para usted, señor Rosetti —llama Maria a través de la puerta, su voz familiar, firme pero preocupada—. El mensajero dijo que era urgente. Lo dejó con seguridad.

Alessandro recupera el paquete, un sobre manila sin remitente. Sus movimientos son controlados, pero veo el ligero temblor en sus manos mientras lo abre. Las fotos se derraman sobre la superficie de caoba, y mi mundo se tambalea.

Ahí estoy. Emma Pitt, la sirvienta, fregando los suelos de los Hewson. Otra foto mía con mi uniforme de sirvienta, con la cabeza gacha, tratando de ser invisible. Y lo peor de todo, una foto mía del

día de la sentencia de Tommy, de pie fuera del juzgado, con las lágrimas corriendo por mi cara mientras se lo llevaban encadenado.

—Oh, Dios —exhalo, llevándome una mano a la boca.

Alessandro estudia cada foto con fría precisión antes de guardarlas en su caja fuerte. Cuando se vuelve hacia mí, su expresión está tallada en piedra.

—Stellina —dice, cruzando hacia donde estoy congelada—. Tenemos un problema. Alguien sabe exactamente quién eres en realidad.

Las palabras me golpean con fuerza, pero antes de que pueda procesarlas, el puño de Alessandro se estrella contra el escritorio de caoba con fuerza suficiente para romper la madera. La violencia del acto me hace sobresaltar, pero luego me atrae hacia él bruscamente, y siento que todavía está duro por nuestro encuentro interrumpido en la galería de tiro, su verga presionando insistentemente contra mi estómago.

—Nadie —gruñe, su mano enredándose en mi pelo para echar mi cabeza hacia atrás, obligándome a encontrar su peligrosa mirada— te aparta de mí. Ni los Hewson, ni mi familia, ni el mismísimo Dios.

Su boca se estrella contra la mía con una fuerza brutal, dientes y lengua reclamándome mientras el peligro nos rodea. Saboreo sangre, la mía o la suya, no lo sé, y el matiz metálico solo me hace besarlo más fuerte. Mi cuerpo, todavía preparado por lo de antes, responde al instante, derritiéndose contra él a pesar del terror que corre por mis venas.

Cuando se aparta, sus ojos son puro asesinato y puro deseo combinados, un fuego verde que promete violencia y placer a partes iguales.

—Vamos a encontrar a quien envió esto, stellina. Pero primero… —su mano se desliza hacia abajo para ahuecar mi intimidad a través de mis jeans, encontrándome todavía húmeda, todavía dolorida por nuestro asunto pendiente—, voy a terminar lo que empezamos abajo. Porque si el mundo se está acabando, vas a estar gritando mi nombre cuando suceda.

Sus dedos presionan con más fuerza contra mí a través de la mezclilla, y no puedo evitar el gemido que se me escapa. El peligro, su furia posesiva, la promesa de violencia, todo se combina en algo oscuro e irresistible que hace que mi coño se contraiga de necesidad.

—Alex —jadeo contra su boca—. ¿Y si se lo dicen a todo el mundo? ¿Y si…?

—Que lo hagan —gruñe, haciéndome retroceder contra el escritorio hasta que estoy sentada en su superficie, con las fotos del chantajista esparcidas debajo de mí—. Que todo el puto mundo sepa que Emma Pitt le pertenece a Alessandro Rosetti. Que te elegí, te reclamé y destruiré a cualquiera que intente alejarte de mí.

Sus manos ya están forcejeando con mis jeans, y levanto las caderas para ayudarlo, sin importarme ya el peligro o las consecuencias. Todo lo que importa son sus manos sobre mí, su verga dentro de mí, esta prueba de que, sea lo que sea que venga después, lo afrontaremos juntos.

—Mía —gruñe mientras me abre las piernas—. No importa qué nombre lleves, qué verdad expongan, eres mía, Emma. Y yo protejo lo que es mío.

El sonido de mi verdadero nombre en sus labios mientras sus dedos encuentran mi clítoris me hace gritar, placer y miedo y pertenencia, todo enredado en una perfecta tormenta de sensaciones. Se clava dentro de mí, y yo echo la cabeza hacia atrás y grito.

21 - Alessandro

Esta noche, finalmente exploté.

Mi camisa blanca está cubierta por la sangre arterial del trabajo de esta noche, pero todavía no he rastreado al puto chantajista.

Estoy de pie ante las fotos de vigilancia extendidas sobre mi escritorio de caoba. Mis nudillos palpitan, abiertos a golpes por una persuasión que no me llevó a ninguna parte. El complejo se siente diferente a las dos y media de la mañana. Todas las puertas están selladas con cerraduras electrónicas, sus luces rojas palpitan como heridas. Los sonidos nocturnos habituales, guardias bromeando, el personal de cocina preparando el desayuno, han sido reemplazados por susurros tácticos y el sonido de las armas al ser cargadas.

Las fotos cuentan una historia que apenas empiezo a comprender. Cada una muestra diferentes ángulos del complejo Rosetti, pero hay algo específico en ellas que no logro identificar del todo.

Mi teléfono permanece en silencio sobre el escritorio, esperando la siguiente llamada. El chantajista está yendo a más. Primero solo amenazas, luego exigencias, ahora promesas de revelaciones que destruirían todo lo que he construido con Emma. Dupliqué los guardias en cada entrada, pero alguien se acercó lo suficiente para fotografiarnos. Alguien que sabía exactamente dónde mirar.

Se oyen disparos lejanos desde el distrito de los almacenes. Mis hombres encargándose del último objetivo de esta noche. El sonido ya casi ni lo registro, es solo música de fondo para la sinfonía de violencia en la que se ha convertido mi vida desde que llegaron esas fotos. Tres cuerpos solo esta noche, y sigo sin estar más cerca de la verdad.

La puerta del estudio se abre sin que nadie llame. Solo una persona se atrevería.

—Te dije que te quedaras en nuestra habitación —digo sin voltearme, reconociendo el aroma a jazmín de Emma mezclándose

con el residuo de pólvora de mi ropa.

—Y yo te dije que ya me cansé de esconderme —responde, su voz firme a pesar de la sangre que decora mi camisa—. Además, esos disparos me despertaron. Es difícil dormir cuando estás llevando a cabo ejecuciones.

Cruza hasta el escritorio y su camisón, mi camisa, en realidad, robada como de costumbre, susurra contra su piel. Han pasado tres días desde que comenzó el chantaje, y ella ha empezado a transformarse de una víctima aterrorizada en algo completamente diferente. Algo que hace que se me agite la polla a pesar de la gravedad de nuestra situación.

—No deberías ver esto —le digo, pero no hago ningún movimiento para ocultar las fotos. Necesita entender a qué nos enfrentamos.

Emma estudia cada imagen con una intensidad concentrada que estoy aprendiendo a reconocer. Su ojo capta detalles que yo podría haber pasado por alto.

—Todas estas son áreas de servicio —observa, sus dedos trazando las fotos sin tocar las manchas de sangre que he dejado en ellas—. Quienquiera que las haya tomado sabe cómo se mueve el personal doméstico. Cuándo llegan las entregas. Qué puertas se dejan abiertas durante los cambios de turno.

La verdad me golpea. Mierda. Hemos estado cazando lobos mientras las ratas nos carcomían las paredes.

El teléfono suena, cortando nuestro análisis como una cuchilla. Número desconocido. Voy a tomarlo, pero la mano de Emma se dispara más rápido, sus dedos se cierran alrededor del dispositivo antes de que pueda detenerla.

—Emma, no…

Ella contesta de todos modos, su voz con una fuerza que no sabía que poseía: —Habla con la señora Rosetti. Exponga sus demandas.

Me quedo helado. No Frances. La señora Rosetti. Está reclamando mi nombre como una armadura, blandiéndolo como el arma que es.

—Cinco millones —créspita la voz distorsionada a través del altavoz—. Las rutas de envío a través del corredor norte. Y su completa sumisión a nuestras órdenes, señora Rosetti. O mañana por la mañana, todas las familias de Chicago sabrán exactamente quién es Emma Pitt y cómo engañó al gran Alessandro Rosetti.

Mi mano encuentra mi pistola sin pensar, necesitando su peso. El metal está tibio por el calor de mi cuerpo, tan familiar como respirar. A diferencia del frío terror de imaginarla expuesta, destruida por mis enemigos.

El agarre de Emma sobre el teléfono se tensa, pero su voz se mantiene firme: —¿Crees que puedes amenazar a un Rosetti y vivir para contarlo?

La risa que sale por el altavoz hace que me hierva la sangre. —Creo que Alessandro gastaría un poco de dinero para proteger a su preciosa esposa falsa. Cinco millones. Las rutas. Su cooperación. Pronto. Ya estamos más cerca de lo que creen.

La línea se corta.

Emma deja el teléfono con cuidado, como si pudiera explotar. Sus manos tiemblan ligeramente. Rabia, no miedo. ¿Cuándo empezó a cambiar?

—Alguien cercano al negocio —dice en voz baja—. Saben sobre las rutas de envío. Un rival de negocios, probablemente. O alguien aún más cercano.

Tiene razón. Las rutas específicas, el corredor norte. Solo una familia rival sabría su valor. O nuestra propia familia. Aprieto la mandíbula con fuerza suficiente como para romperme los dientes.

La puerta del estudio se abre de nuevo. Marco entra sin ceremonias, con los hombros tensos por una violencia controlada. Él también ha estado de caza esta noche. Manchas de sangre en su cuello que no se molestó en limpiar.

—Atrapamos a dos más —dice, con voz plana. Luego: —Alguien ha estado comprando información. Desde hace seis semanas. —Desliza unos registros financieros sobre mi escritorio—. En efectivo. Imposible de rastrear.

Hace seis semanas. Justo en la época de nuestra boda. Alguien ha estado planeando esto desde el principio, observándonos, esperando el momento perfecto para atacar.

Emma da un paso adelante y estudia los papeles. —El último depósito fue ayer mismo. Les están pagando por inteligencia continua. Su infiltrado sigue activo.

Los ojos de Marco se entrecierran mientras la mira de verdad por primera vez esta noche. No como mi esposa, no como la identidad que lleva, sino como alguien con una mente que vale la pena consultar. —¿Entiendes de esto?

Ella le sostiene la mirada con firmeza. —Entiendo cómo opera la gente invisible. Cómo les pagan para que sigan siendo invisibles mientras reúnen secretos.

—Esperen —dice de repente, señalando las marcas de tiempo de la vigilancia—. Tercer miércoles, día de rotación de sirvientes. Primer lunes, cuando viene el servicio de lavandería. Conozco este patrón. Así es como el personal crea puntos ciegos. Cuando los guardias se distraen con sirvientas bonitas que traen café. Cuando la entrada de la cocina se deja abierta para sacar la basura.

La observación encaja como si todo de repente tuviera sentido. He estado pensando como un don cuando debería haber estado pensando como Emma. Alguien que entiende cómo la gente invisible se mueve por nuestro mundo.

—Conocimiento de sirvientes —observa Marco, mirando a Emma con nuevo interés.

—Exactamente. Tu chantajista no solo está recibiendo ayuda desde dentro. Entiende las rutinas domésticas. —Su voz tiene la autoridad de la experiencia vivida—. Puedo encontrarlos porque conozco su mundo. Úsame.

—Absolutamente no —digo de inmediato, mi pulso se dispara al pensar en ella en peligro.

—Has matado a tres hombres esta noche tratando de protegerme —dice, alcanzando mis manos destrozadas. Sus dedos trazan los nudillos reventados con una ternura inesperada, sin inmutarse por la sangre que se queda en su piel—. Déjame protegernos a nosotros por una vez.

Levanta mi mano hasta sus labios, besando cada nudillo dañado. El gesto es tan gentil, tan en desacuerdo con la violencia que satura la habitación, que algo se quiebra en mi pecho.

—¿Quieres usar a tu esposa como carnada? —pregunta Marco, pero hay consideración en su tono, no desdén.

Emma no aparta la vista de mí mientras responde: —No como carnada, solo usar mi información. Además, no lo estoy pidiendo. Me estoy ofreciendo como voluntaria. Hay una diferencia.

—¿Así que mi esposa quiere jugar a la espía? —digo—. Este matrimonio se pone más interesante cada día. Lo próximo será que me digas que puedes abrir cajas fuertes y mezclar venenos.

Sus labios se tuercen en una mueca de diversión mientras toma un paño limpio del cajón de mi escritorio y empieza a limpiar la

sangre de mis manos con una eficiencia cuidadosa. Cada pasada elimina la evidencia de la violencia de esta noche, pero su tacto promete que no está tratando de limpiar la oscuridad de mí, solo de curar las heridas que causa.

—Tres cuerpos —murmura, repitiendo mis primeras palabras—. Tres hombres que pensaron que podían hacernos daño. ¿A cuántos más vas a destruir antes de darte cuenta de que no soy una princesa que necesita ser salvada? No te hagas daño por mi culpa.

—¿Preocupada por mí, *cara*? Cuidado, podría empezar a pensar que de verdad te gusto. Aunque la apariencia de esposa preocupada te queda muy bien.

El teléfono vuelve a sonar. Esta vez, Emma no pide permiso. Simplemente toma el control y lo pone en altavoz. Observo cómo su voz baja a un tono que nunca le he oído. Una autoridad intentada que vacila ligeramente pero se mantiene.

—Eso ha sido rápido —observa—. ¿Estás desesperado?

—¿Dónde está su marido, señora Rosetti? ¿Escondiéndose tras las faldas de su esposa falsa?

La risa de Emma es frágil pero decidida. —Mi marido está aquí mismo, cubierto de la sangre de todos los que nos han amenazado hasta ahora. ¿Te gustaría ser el siguiente?

A través de la ventana, veo movimiento. Mis hombres encargándose de otro interrogatorio. Emma sigue mi mirada, su mano se posa en mi hombro. Su agarre se tensa mientras observa, un pequeño temblor recorre sus dedos, pero no aparta la vista.

—Cinco millones es un insulto —continúa dirigiéndose al chantajista, su voz ganando fuerza—. Las rutas valen diez veces más. O eres estúpido o estás desesperado, y de cualquier manera, estás muerto. La única pregunta es si mi marido te matará rápido o… —hace una pausa, tragando saliva—, o lentamente.

—Estás cometiendo un error —advierte la voz, pero ahora hay incertidumbre donde antes había confianza.

—No —dice Emma, su voz más firme ahora—. Tú cometiste el error cuando pensaste que yo era el punto débil. Estoy aprendiendo a no serlo.

Cuelga la llamada sin esperar respuesta. Cuando se vuelve para mirarme, sus ojos brillan de miedo y determinación.

—Tus hombres tienen a otro —observa en voz baja, señalando hacia la ventana—. Otra pista que seguir.

Marco la mira fijamente con algo que se acerca al respeto. —No eres lo que esperaba de la princesa Hewson.

Ella no se inmuta, manteniendo la compostura. —Me estoy convirtiendo en lo que tu hermano necesita que sea. Una Rosetti.

Esas palabras golpean con la fuerza de una confesión. No solo está aceptando nuestra violencia. Está tratando de reclamarla, aunque sus manos todavía tiemblen ligeramente. Mi niña valiente, adentrándose en una oscuridad para la que no está del todo preparada, pero dispuesta a enfrentarla por nosotros.

—Tengo que decir que verte amenazar a la gente con esa camisa enorme le está haciendo cosas terribles a mi concentración —le digo —. Probablemente deberíamos discutir la estrategia, pero todo en lo que puedo pensar es en lo bien que te ves blandiendo mi nombre como un arma.

Marco se va para coordinar la ofensiva de mañana, y me quedo a solas con mi esposa que acaba de intentar darle órdenes a un chantajista a pesar de su evidente miedo. La adrenalina de la violencia de esta noche se mezcla con una necesidad desesperada mientras la atraigo hacia mí.

—Fuiste valiente —gruño contra su garganta—. Mi niña valiente.

Ella se arquea contra mí, su cuerpo ya respondiendo. —Llévame a nuestra habitación. Ahora.

No necesito que me lo pidan dos veces. La llevo en brazos a través del silencioso complejo, sus piernas envueltas alrededor de mi cintura, su boca caliente contra mi cuello. Cada paso nos acerca a nuestro santuario, donde la violencia de nuestro mundo se transforma en algo completamente diferente.

La puerta de nuestra habitación se cierra detrás de nosotros con firmeza. La coloco sobre la cama, ambos excitados por la adrenalina y la oscuridad compartida. Ella me atrae hacia abajo, su boca encuentra la mía con una fuerza que deja moretones.

Pero esta vez es diferente. Besa mis nudillos reventados con algo entre fascinación e inocencia persistente. —Cuéntame sobre esta noche —susurra contra mis labios, y oigo tanto curiosidad como nerviosismo en su voz.

Le arranco la seda del cuerpo, más allá de la delicadeza. Ya está húmeda, ya está lista, pero esta noche necesita más que solo mi polla. Necesita entender en qué me he convertido por ella.

—Tres hombres —gruño, deslizando bruscamente dos dedos dentro de ella—. Al primero le rompí los dedos, igual que a Blair, pero más lento. Al final gritaba.

Ella gime, restregándose contra mi mano, su inocencia luchando con una oscura excitación. —Más.

—El segundo pensó que podía negociar. —Curvo los dedos, encontrando ese punto que la hace arquearse sobre la cama—. Le mostré las fotos tuyas, le dije exactamente lo que le haría a cualquiera que amenazara a mi esposa. Lloraba cuando apreté el gatillo.

—Alessandro —jadea, y es tanto una protesta como una súplica.

—El tercero sabía tu verdadero nombre. Lo dijo mientras tenía mis manos alrededor de su garganta. —Añado un tercer dedo, follando con ellos mientras mi pulgar rodea su clítoris—. Me aseguré de que Emma Pitt fuera lo último que dijera.

Se corre con un grito, su coño se aprieta alrededor de mis dedos mientras la violencia y el placer se funden en algo oscuro y perfecto. No la dejo recuperarse, reemplazando inmediatamente mis dedos con mi polla, hundiéndome profundamente en una sola embestida.

Gruño, marcando un ritmo castigador. —Mi puta y valiente niña.

Follamos con una intensidad desesperada, cada embestida una promesa y una amenaza.

—Mañana acabamos con esto —prometo, mi voz áspera por el agotamiento y la determinación—. Los cazaremos, a todos y cada uno de los que nos amenazaron.

Arquea la espalda, mostrándome sus tetas llenas, y me inclino para tomar una en mi boca.

—Primero los Hewson —le digo, ya planeando la violencia de mañana—. Ellos empezaron esto cuando te obligaron a ponerte ese vestido de novia. Es hora de que aprendan lo que pasa cuando usan a mi esposa como un peón.

El gemido de Emma sale de su alma. —Haz que paguen —susurra —. Hazles entender que ahora soy tuya, no de ellos para controlarme.

—Di eso otra vez —gruño, girándola para ponerla debajo de mí sin perder el contacto. Me quedo quieto dentro de ella mientras espero su respuesta.

Me mira, con los ojos brillantes. Sabe lo que sus intentos de oscuridad me provocan. —Haz que paguen por lo que nos hicieron. Haz que se arrepientan de haber amenazado lo que es nuestro.

—¿Quieres que los destruya? —pregunto, saliendo de ella lentamente, colocando la punta de mi polla de nuevo en su entrada.

—Quiero que desaparezcan —corrige, levantando las caderas para tomarme dentro—. Quiero que vean lo que crearon cuando convirtieron a la sirvienta en tu esposa.

Me hundo profundo, haciéndola jadear. —Joder, Emma. Vas a hacer que mate a medio Chicago solo para mantenerte a salvo.

—Bien —gime, respondiendo a mis embestidas—. Haz lo que sea necesario. Muéstrales lo que pasa cuando alguien intenta separarnos.

La cama golpea contra la pared con cada embestida, compitiendo con las sirenas de fuera. Mis nudillos reventados dejan sangre en su piel dondequiera que la toco, marcándola con la evidencia de la violencia de esta noche. Ella se estremece al verlo, pero no se aparta.

—Se están impacientando —le recuerdo, follando más duro—. Se nos acaba el tiempo.

Ella jadea, su cuerpo se tensa a mi alrededor. —Necesitamos averiguar quién está detrás de esto. —Sus uñas se clavan en mis hombros—. Antes de que hagan su próximo movimiento.

—¿Quieres enfrentar esto juntos? —gruño, poniéndola boca abajo, levantando sus caderas—. Entonces lo haremos a mi manera.

La penetro por detrás, el ángulo me permite ir increíblemente profundo. Ella grita contra la almohada, su coño se aprieta a mi alrededor.

—Esto es lo que me haces —gruño, con una mano enredada en su cabello mientras la otra agarra su cadera con fuerza suficiente para dejar un moretón—. Me vuelves insaciable. Haces que quiera follarte mientras el mundo arde a nuestro alrededor.

—Que arda —jadea, empujando hacia atrás contra mí—. Siempre que estemos juntos.

Las sirenas se desvanecen en la distancia, pero ninguno de los dos se da cuenta. Estamos perdidos en nuestra propia intensidad, nuestra propia conexión desesperada, creando algo poderoso en el espacio entre el peligro y el deseo.

—Pronto —gruño contra su cuello mientras ella se corre de nuevo, todo su cuerpo temblando—. Todo esto terminará pronto.

22 - Alessandro

La sangre bajo el cuello de la camisa de Emma es mía, una huella de mi pulgar que dejé hace tres horas cuando le sujeté la garganta mientras la follaba hasta hacerla perder el sentido, después de encargarme del tercer cuerpo de la noche. Ahora está sentada a mi lado en la sala de guerra, con el Armani azul marino que elegí específicamente para ocultar mis marcas, mientras Marco desliza un sobre manila por la mesa de caoba como si fuera una sentencia de muerte.

—Tres entregas distintas en las últimas dos horas —dice Marco, con ese tono particular que antes me hacía buscar las salidas—. Cada una más específica que la anterior. Saben de nuestras rutas del norte, los horarios de los muelles, incluso qué jueces tenemos comprados.

A nuestro alrededor, mi familia está sentada en varios estados de tensión controlada. Dante le hace una seña a Nico, Luca se limpia las uñas con una navaja, Sofia observa a Emma con una sospecha apenas disimulada. La Glock presionada contra mis costillas es un peso familiar, con el seguro quitado, lista para quien sea que amenace lo que es mío. El cuerpo de Emma todavía lleva la evidencia de cuán profundamente la reclamé. Mis nudillos despellejados por el trabajo de persuasión, su piel marcada donde la agarré con demasiada fuerza, su coño probablemente todavía adolorido por recibir cada centímetro de mi desesperación y mi rabia.

Emma extiende las fotos sobre la mesa, estudiando cada una como si no hubiera estado temblando en mis brazos hace apenas unas horas, gritando mi nombre mientras yo le prometía destruir a cualquiera que nos amenazara. Sus dedos trazan patrones que solo ella ve y, joder, verla tomar el control de esta manera hace que se me mueva la polla a pesar de la gravedad de la situación. Todos los hombres en esta mesa están viendo lo que yo ya sabía. No es solo hermosa, es jodidamente brillante. Y es mía.

—Todas estas las tomaron desde áreas de servicio —observa en voz baja, con la voz firme a pesar de todo lo que hemos hecho en las

últimas seis horas—. Muelles de carga, entradas de cocina, los lugares donde el personal crea puntos ciegos durante los cambios de turno.

Las manos de Dante se detienen a media seña, y su oscura mirada se agudiza con interés.

—Quienquiera que haya tomado estas fotos conoce los patrones de los sirvientes —continúa Emma, ordenando las fotos por hora y fecha—. El movimiento la hace inclinarse hacia adelante, y percibo su aroma a jazmín mezclado con sexo y mi colonia, marcándola tan profundamente como podría hacerlo cualquier anillo—. El tercer miércoles, día de rotación. El primer lunes, servicio de lavandería. Están usando a la gente invisible, a los que no notas porque siempre han estado ahí.

Mi mano encuentra su muslo bajo la mesa, y mi pulgar lo acaricia a través de la seda. Para mi familia, el gesto parece de apoyo, pero Emma sabe que es posesión, un recordatorio de que después de esta reunión, la pondré sobre mi escritorio y le sacaré la tensión a folladas a los dos mientras le enumero cada amenaza que eliminaré por ella.

—¿Desde cuándo la princesita Hewson entiende de horarios de sirvientes? —pregunta Sofia con dulzura, aunque el veneno gotea de cada una de sus palabras.

Emma no se inmuta, aunque siento cómo se le acelera el pulso bajo mi mano. —Desde que empecé a prestar atención a cómo funcionan realmente las casas en lugar de solo vivir en ellas.

La respuesta es perfecta, una evasiva sin confesión. El orgullo y la excitación luchan en mi pecho mientras ella continúa su análisis, señalando detalles que incluso Marco pasó por alto. Mi pequeña y brillante mentirosa, interpretando su papel a la perfección.

—Este es un asunto de familia —anuncia Sofia a la sala, ignorando ahora por completo a Emma—. ¿Por qué están pidiéndole consejo a niños?

Emma se endereza, pero no retrocede. —Porque entiendo la desesperación —dice—. Y la gente desesperada comete errores predecibles.

Joder. La forma en que impone autoridad a pesar de su miedo me da ganas de despejar esta mesa y tomarla aquí mismo. Mi polla se endurece por completo ante la idea, y tengo que acomodarme bajo la mesa.

—Escuchen a la princesita —murmura Sofia, sus dedos tamborileando la mesa con creciente agitación—. Algo no anda bien con ella esta noche, una energía nerviosa crepita a su alrededor como estática—. Lo próximo será que nos enseñe sobre supervivencia. Sobre sacrificio. Sobre cosas que nunca ha experimentado desde su torre en un internado suizo.

—Sofia —advierte Marco, pero ella ya está cogiendo impulso.

—Es fascinante, de verdad. —Sofia se pone de pie, rodeando la mesa como un depredador—. Qué rápido se ha adaptado. Con qué naturalidad encaja en nuestro mundo. Casi como si hubiera estado ensayando este papel toda su vida.

Emma permanece perfectamente quieta, pero siento el ligero temblor donde nuestros cuerpos se tocan. Aprieto mi mano en su muslo, una promesa silenciosa de que me encargaré de esto. Calabrese observa el intercambio con creciente interés, oliendo la sangre en el agua. La rabia que se acumula en mi pecho tiene un sabor metálico, como la sangre que derramaré si Sofia sigue presionando.

—La chica tiene argumentos sólidos —interrumpe Luca, que sigue limpiándose las uñas—. Su teoría de los sirvientes encaja con las pruebas.

—Claro que encaja —espeta Sofia—. Porque ella no es…

—¿No es qué? —pregunto, mi voz descendiendo a un territorio peligroso. El mismo tono que usé antes de meterle tres balas al último hombre que amenazó a Emma—. ¿Aún no es de la familia? Es mi esposa, Sofia. Eso la hace más de la familia que los de afuera que ofrecen ayuda no solicitada.

—¡Es una impostora! —La acusación de Sofia explota en la habitación como un cristal hecho añicos—. ¡Esta no es la verdadera hija de los Hewson! No sé quién es, pero no es…

—Estás paranoica —digo con calma, aunque el pulso me martillea en los oídos y mi mano se desliza hacia mi pistola—. Otra vez.

Los ojos de Sofia se abren de par en par con rabia. —No estoy…

—Llevas semanas errática. Todos lo hemos notado. —Me levanto lentamente, colocándome entre ella y Emma, con mi cuerpo preparado para la violencia—. Has estado pasándola mal desde que los rusos reaparecieron, todos lo sabemos. ¿Pero atacar a mi esposa porque te estás desmoronando? Eso es caer más bajo incluso para ti.

La habitación se queda en silencio. Los ojos de Marco se entrecierran, reevaluando. Las manos de Dante se detienen por completo. Incluso Luca deja de fingir que se limpia las uñas. El sabor a sangre me llena la boca por morderme la lengua para no decirle a Sofia exactamente lo que le haré si dice el verdadero nombre de Emma.

—Cómo te atreves —resuella Sofia—. La muerte de padre nos destruyó a todos, pero al menos yo no estoy…

—¿No estás qué? ¿Siguiendo adelante? ¿Funcionado? —Dejo que la decepción tiña mi voz mientras imagino mis manos alrededor de su garganta—. Padre se avergonzaría de verte así, Sofia. Paranoica, haciendo acusaciones descabelladas porque no puedes soportar el cambio.

—¡Esto no tiene que ver con la muerte de padre! —La voz de Sofia se quiebra—. ¡Esto tiene que ver con la verdad…!

—Esto tiene que ver con que estás perdiendo el control —interrumpe Marco en voz baja, y todos se giran hacia él—. Alex tiene razón. La paranoia, las acusaciones… tienes que recomponerte, Sofia.

—¡No estoy paranoica! ¡Ella no es quien dice ser!

—Basta. —La única palabra de Marco tiene un aire de finalidad—. Tenemos amenazas reales que atender. Los chantajistas ya comprometieron tres de nuestras operaciones anoche. Si no puedes contribuir sin estos… episodios, entonces vete.

La mención de la violencia de anoche hace que la mano de Emma encuentre la mía bajo la mesa, sus dedos trazando mis nudillos despellejados con una ternura que me agrieta el pecho. Confía en mí por completo, incluso sabiendo que llegué a su cama con sangre bajo las uñas.

Sofia mira alrededor de la mesa, buscando apoyo. Pero la familia ya ha elegido un bando, y ella lo sabe. Dante no la mira a los ojos. Nico se mueve incómodo. Luca realmente parece comprensivo, lo que viniendo de él es prácticamente una declaración de preocupación.

Emma no se ha movido, no ha hablado. Su completa quietud, su confianza en que yo me encargaré de esto, hace que algo ruja en mi pecho.

Sofia sale furiosa sin decir una palabra más, la puerta se cierra con la suficiente fuerza como para hacer temblar los retratos de los antepasados. El sonido resuena en un silencio incómodo mientras

todos procesan lo que acaba de pasar. El olor a aceite de armas de mi pistola se mezcla con el perfume de jazmín de Emma; la violencia y la belleza entrelazadas.

—Bueno —dice Luca después de un largo momento—. Eso fue incómodo. Incluso para nosotros.

Nico se aclara la garganta. —¿Quizás deberíamos centrarnos en las amenazas reales? Los chantajistas siguen ahí fuera.

Emma finalmente se mueve, su mano aprieta la mía antes de hablar. —Mi análisis se mantiene —dice en voz baja, pero con la autoridad que le he estado enseñando—. Están usando las redes de sirvientes. Puedo predecir sus próximos movimientos porque entiendo cómo piensa la gente invisible.

Marco la estudia por un largo momento, luego asiente. —¿Puede decirnos quiénes son los chantajistas? No sabemos cuánto tiempo pasará hasta que pierdan la paciencia, y si no los contrarrestamos para entonces, quién sabe qué información sobre nuestro negocio filtrarán.

Emma respira hondo. —Deben ser los Hewson.

—¿Sus padres? —pregunta Marco bruscamente.

—Así es, mis padres —continúa Emma con fluidez—. Investigamos a su familia antes de la boda. Debida diligencia, y todo eso. Deben haber pensado que podrían usarme como palanca sobre usted para obtener algo de dinero extra. —Se ríe—. Siempre han sido gente de negocios primero.

—Habrá que vigilarlos —hace una seña Dante—. Si…

—Yo me encargaré de los Hewson —interrumpo, imaginando ya la garganta de la señora Hewson bajo mis manos—. Personalmente. Han estado nerviosos desde la boda. Es hora de averiguar por qué.

La reunión se disuelve en logística, pero la energía ha cambiado. Todos están pensando en la acusación de Sofia, aunque no lo digan. Emma mantiene la compostura, contribuyendo cuando se le pregunta, pero puedo sentir el esfuerzo que le está costando. Su muslo tiembla ligeramente bajo mi tacto, y subo mi caricia, recordándole que no está sola.

Cuando Marco finalmente nos despide a todos, Emma y yo somos los últimos en irnos. Su mano en la mía tiembla ligeramente, la única señal de lo que esto le ha costado.

Estamos casi en la puerta cuando la voz de Marco nos detiene.

—Alex. Un momento. En mi despacho privado.

Emma me mira y yo le aprieto la mano. —Adelántate a nuestra habitación. Iré enseguida.

Ella asiente, comprendiendo que esto es algo que tengo que manejar solo. Cuando se va, Marco me indica que vaya a su despacho privado, aquel donde se deciden los verdaderos asuntos de la familia. Lo sigo a través de la pesada puerta de roble, la que ha sido testigo de cada decisión importante de los Rosetti durante tres generaciones.

Una vez que estamos solos en su santuario privado, rodeados de libros encuadernados en cuero y el leve olor de los puros de nuestro padre, Marco se acerca a la ventana, de espaldas a mí.

—Tu esposa es lista —dice en voz baja—. Casi demasiado lista para ser una heredera protegida.

—Se ha adaptado bien a nuestra vida. —Mi mano se desliza de nuevo hacia mi pistola, calculando cuántos segundos tardaría en desenfundar si esto sale mal.

—¿Lo ha hecho? —Marco se da la vuelta, sus ojos clavados en los míos—. ¿O ya sabía cómo desenvolverse en ella?

Mi pulso se acelera, pero mantengo mi expresión neutral. —¿Qué estás insinuando?

—No estoy insinuando nada. Todavía. —Sirve dos vasos de whisky del decantador de su escritorio, del bueno que solo saca para conversaciones serias—. Pero Sofia no suele equivocarse con la gente. Así que, o tu hermana se ha desmoronado por completo, o...

—¿O qué?

—O tenemos que hablar. Mañana por la mañana, después de que implementemos el plan de tu esposa. —Su mano se posa en mi hombro, fraternal y amenazante a la vez—. Sea cual sea la verdad que estés ocultando, Alex, más vale que no ponga en peligro a esta familia.

El peso de su agarre me recuerda que la sangre lo significa todo y nada en nuestro mundo. Que ya he elegido a Emma por encima de la verdad, de la familia, de mi propia supervivencia si es necesario.

—Mi esposa es exactamente quien necesita ser —digo con cuidado —. Para esta familia. Para mí.

Marco me estudia durante un largo momento. —Mañana, entonces. ¿Y Alex? Ven preparado para contármelo todo, o ven preparado para perderlo todo. Tú eliges.

23 - Emma

Las voces rusas atraviesan el tecleo mecánico de las cámaras, y mi espalda se tensa bajo el Chanel. Dos fotógrafos cerca del escaparate de la boutique. Pero Alessandro eliminó a los traficantes de información. Estos tienen que ser paparazis normales. Tienen que serlo.

Obligo a mis hombros a relajarse y me ajusto las gafas de sol de diseñador mientras salgo por completo de la camioneta negra a la Avenida Michigan. Tony espera al volante, siempre paciente, mientras veinte cámaras se giran hacia mí como depredadores que huelen sangre. Les doy exactamente lo que quieren: a Frances Rosetti, cubierta de diamantes e irradiando una riqueza inalcanzable. El sol de la tarde rebota en los escaparates de cristal, creando la iluminación perfecta para los fotógrafos que me han estado siguiendo desde las puertas del complejo.

Alessandro se fue a encargarse de los Hewson directamente. Si de verdad son los chantajistas, les sacará la verdad. Descubrirán lo estúpido que es chantajear a los Rosetti.

—Muéstrales a todos quién es la señora Rosetti —dijo Alex contra mi boca esta mañana, con sus manos aferradas a mi cintura. Ahora estoy haciendo exactamente eso, aunque esas voces rusas me ponen la piel de gallina.

—¡Señora Rosetti! ¡Por aquí! —Los fotógrafos avanzan como una ola, pero los guardaespaldas en los que insistió Alessandro los mantienen a una distancia respetuosa. El sonido de las cámaras llena el aire como insectos mecánicos, hambrientos e insistentes. Sonrío, la sonrisa de sociedad que he perfeccionado durante estas semanas, y camino con la seguridad de una mujer que pertenece al Chanel y a los diamantes.

Esta es mi misión. Mi contribución para proteger a nuestra familia. Aunque algo en esos fotógrafos se sienta mal.

Reprimo la inquietud y me concentro en las palabras de Alessandro de esta mañana: «Piensas como una Rosetti».

La primera ubicación es esta boutique de lujo donde finjo comprar durante una hora, dejándolos que me fotografíen examinando joyas, probándome bufandas, siendo la esposa perfecta de la mafia que gasta el dinero de su marido. Las vendedoras me adulan y yo interpreto mi papel a la perfección. Examino un brazalete de diamantes con desinterés, notando distraídamente que mis manos ya no tiemblan al manipular cosas caras. El miedo de la sirvienta a romper algo valioso por fin ha desaparecido.

Pero esos dos fotógrafos se quedan cerca del escaparate y fragmentos de su conversación se cuelan a través del cristal. Algo sobre «el hermano» y «confirmación». Se me hiela la sangre, pero mantengo una expresión neutra, examinando unas perlas como si fueran lo único que importa en mi mundo.

Probablemente estén hablando de otra historia. El drama de otra familia. Los traficantes de información están muertos. Alessandro se aseguró de ello. Después, toqué sus nudillos partidos y saboreé la violencia en su piel. Estos fotógrafos no son nada. Ruido de fondo.

La segunda ubicación es un café donde me encuentro con una de las amigas de Ana para almorzar. Nos damos besos al aire, hablamos de galas benéficas y me aseguro de que todos los fotógrafos obtengan tomas claras de mí viviendo mi vida privilegiada. Mi acompañante parlotea sobre sus hijos mientras yo asiento y sonrío, interpretando a la esposa devota que pronto podría tener noticias propias.

Los fotógrafos me siguen, manteniendo siempre la distancia, pero sin perderme de vista. Profesionales. Pacientes. Como cazadores que conocen los patrones de su presa.

Mi teléfono vibra. Alessandro.

—¿Cómo está mi estrella? —Su voz me envuelve como la seda, llena de orgullo.

—Terminadas tres ubicaciones, falta una —le informo, alejándome de los fotógrafos para tener privacidad—. Están consiguiendo todo lo que querían.

—Eres magnífica, *stellina*. El propio Marco dijo que piensas como una Rosetti. —La aprobación en su voz hace que un calor florezca en mi pecho, ahogando temporalmente la ansiedad.

Las palabras se hunden en mis huesos y me transforman. Ya no soy la chica temblorosa que caminó por ese pasillo. Soy algo que él ayudó a crear: peligrosa y valiosa.

Todos en esa familia son más de lo que parecen. Asesinos, pero amables. Violentos, pero leales. Incluso Sofía, mi némesis Rosetti personal, tiene un lado bondadoso. Al salir de la casa esta mañana, la oí hablar con María en un italiano rápido. Capté lo suficiente para entender que preguntaba por el nieto enfermo de María y prometía que el médico de la familia lo visitaría. Es difícil conciliar a esa persona con la mujer que me lanza dagas cada vez que paso a su lado.

—Solo intento proteger lo que es nuestro —digo, tocando mi anillo de bodas, cuyo peso me tranquiliza.

—Vuelve a casa después de la última parada. Quiero celebrar tu éxito como se debe. —La promesa en su voz hace que mi interior se caliente a pesar de la inquietud persistente.

La tercera ubicación es la inauguración de una galería de arte. Floto entre la multitud, con una copa de champán en la mano, asegurándome de que todos los fotógrafos me capten apreciando la cultura, codeándome con la élite de Chicago, siendo exactamente quien ellos esperan que sea. La Emma que aprendió a disparar, que besó los nudillos ensangrentados de Alessandro, interpreta su papel a la perfección.

Pero puedo sentir a esos fotógrafos rusos observando, y ahora ni siquiera fingen tomar fotos. Solo están… esperando.

Estoy tan concentrada en ellos que casi no me doy cuenta del mensajero que se acerca entre la multitud.

—Una entrega para la señora Rosetti —dice, extendiendo un sobre de manila.

Mi guardaespaldas lo intercepta primero, comprobando que no haya nada peligroso, y luego me lo entrega con un asentimiento. Es ligero, solo papeles dentro. Probablemente otra invitación o una solicitud de caridad. Me lo meto bajo el brazo, pensando abrirlo en el auto.

Pero algo en la expresión del mensajero al irse hace que se me revuelva el estómago. No era distanciamiento profesional, sino otra cosa. Lástima, tal vez. Y detrás de él, juro que veo a los fotógrafos rusos asentir entre ellos, como si se hubiera dado una señal.

Me excuso para ir al baño de damas, necesito privacidad. El espacio de mármol y oro está vacío, solo estamos yo y lo que sea que haya en este sobre. El azulejo del baño reluce. Alguien pasó siglos

haciéndolo brillar, y sé exactamente cómo deben dolerle las rodillas. Deslizo el dedo bajo el sello con manos temblorosas.

Las fotografías se derraman.

Tommy.

El rostro de mi hermano, golpeado hasta quedar irreconocible. Sangre seca alrededor de sus ojos hinchados. Su cuerpo retorcido en ángulos que me provocan náuseas. El uniforme de la prisión, rasgado y manchado con tanto rojo.

Más fotos. Diferentes ángulos. Primeros planos de heridas que hablan de una tortura sistemática. Una última toma de él arrugado sobre el concreto, inmóvil y sin vida, otros reclusos de pie alrededor de su cuerpo como si no fuera nada.

Mis rodillas se doblan.

El azulejo del baño está frío contra mis rodillas. Lo noto distraídamente, sabiendo que alguien tendrá que limpiar mi sudor y mis lágrimas de este mármol. Las fotografías se esparcen por el suelo impoluto, cada una como un cuchillo en mi pecho. El rostro muerto de Tommy me mira desde todos los ángulos.

Muerto.

Tommy a los ocho años, sin sus dientes de leche, prometiéndome que me protegería para siempre. Tommy enseñándome a dar un puñetazo después de que mamá murió. Las cartas de Tommy desde la prisión, cada una insistiendo en que no me culpara.

Todo se ha ido.

La palabra no tiene sentido. No puede tenerlo. Yo lo salvé. Me casé con Alessandro. Me convertí en otra persona. Hice todo lo que me pidieron.

Mis manos tiemblan tan violentamente que no puedo recoger las fotos. No puedo respirar. No puedo pensar. La habitación da vueltas, el mármol y el oro se convierten en una pesadilla de la que no puedo despertar. Las fotos brillantes se arrugan en mi mano, el rostro destrozado de Tommy se pliega bajo mis dedos desesperados.

Murió de todos modos.

Todo. La boda, las mentiras, la transformación, las noches en los brazos de Alessandro diciéndome que valía la pena. Todo para nada.

No protegí a nadie. No salvé a nadie.

La Emma que aprendió a disparar, que vio a su esposo romper dedos por ella, me grita que luche. Pero esa mujer se construyó sobre

la idea de salvar a Tommy. Sin él, ella es solo otra mentira, otra actuación sin propósito.

La puerta del baño se abre. Entra una mujer, me mira de rodillas rodeada de muerte y retrocede de inmediato. Probablemente piensa que estoy teniendo una crisis por un amante o un negocio. No tiene idea de que estoy de luto por la única familia que me quedaba.

Tommy está muerto.

Las palabras resuenan en mi cráneo, rebotando en los huesos hasta que son lo único que puedo oír. Mi hermanito, a quien le enseñé a leer. Quien me tomó de la mano en el funeral de mamá. Quien fue a la cárcel intentando protegerme. Se ha ido.

Intento ponerme de pie, ser fuerte, ser la estratega que Alessandro elogió. Pero mi cuerpo me traiciona. Las piernas me tiemblan, las manos me tiemblan, la voz se me ha ido. La nueva Emma, la peligrosa, se disuelve como azúcar en la lluvia.

Salgo trastabillando del baño, dejando las fotografías esparcidas como acusaciones sobre el mármol. Las luces de la galería son demasiado brillantes, las risas demasiado fuertes. Todos me miran, pero el mundo de Emma acaba de terminar.

Mi teléfono suena. Alessandro. Miro su nombre en la pantalla, incapaz de responder. ¿Qué le diría? ¿Que todo lo que construimos no tenía sentido? ¿Que le fallé a la única persona que se suponía que debía proteger?

Suena de nuevo. Y otra vez. Su colonia parece persistir en mi piel desde la despedida de esta mañana, mezclándose con la sal de mis lágrimas.

Lo silencio y salgo de la galería, ignorando la confusión de mis guardaespaldas. Me siguen, por supuesto, pero yo ya no estoy realmente allí. Floto en algún lugar fuera de mi cuerpo, observando a esta mujer con ropa de diseñador tropezar por las calles de Chicago.

El teléfono sigue iluminándose. Alessandro llamando repetidamente, probablemente preguntándose por qué no respondo. Sus mensajes se mezclan:

«Stellina, ¿dónde estás?».

«Tus guardias dicen que te fuiste. ¿Qué pasó?».

«Contéstame. Por favor».

«Voy a enviar a los hombres de Marco a buscarte».

Finalmente, contesto solo para que se detenga.

—¿Emma? —Su voz está tensa por la preocupación—. ¿Qué pasa? ¿Qué sucedió?

—Se acabó. —Las palabras salen planas, tan muertas como Tommy—. Todo lo que hicimos fue para nada.

—¿Qué quieres decir? ¿Dónde estás?

—Está muerto. —No puedo decir el nombre de Tommy. No puedo hacerlo real—. Mi hermano está muerto. No salvé a nadie. No protegí a nadie. Todo fue inútil.

—Emma, escúchame…

—No. —Cuelgo la llamada, agarrando el teléfono con los dedos entumecidos. Detrás de mí, los guardaespaldas mantienen su distancia, probablemente informando a Alessandro, pero no me importa.

Ya nada importa.

Las puertas del complejo aparecen ante mí de alguna manera. Debo haber caminado hasta aquí en piloto automático, alguna parte de mí todavía programada para regresar a la jaula. Los guardias me dejan pasar, probablemente aliviados de que haya vuelto por mi cuenta.

Vago por la mansión como un fantasma. Cada habitación guarda recuerdos de haberme convertido en otra persona, alguien que tenía un propósito, una razón para existir. Cuando caminé por estos suelos de mármol esta mañana, Tommy ya estaba muerto. Ha estado muerto. Siempre estará muerto.

Mis pies me llevan por las escaleras de servicio, las que descubrí esa primera noche cuando todavía estaba luchando. Cuando todavía creía en salvar a la gente.

Me encuentro en nuestra suite y me muevo por el baño mecánicamente, reuniendo las pastillas para dormir del botiquín. De Alessandro, probablemente, para las noches en que su conciencia no lo deja dormir. Suficientes para siempre. El frasco traquetea en mis manos temblorosas, su propio estertor de muerte.

El observatorio de la azotea me espera, sin cambios. El telescopio que Alessandro me regaló está allí, un monumento a un amor construido sobre el engaño. Las estrellas apenas comienzan a aparecer en el cielo que se oscurece, y recuerdo haberle enseñado a Tommy a encontrarlas desde nuestra escalera de incendios.

—¿Ves esa brillante? —le había dicho cuando tenía seis años, su pequeña mano en la mía—. Esa es la Estrella del Norte. Si alguna vez

te pierdes, te guiará a casa.

Pero no hay hogar sin él. Ninguna constelación tiene sentido sin alguien con quien compartirla.

Me hundo en la piedra cálida donde hemos visto tantas estrellas juntos. Donde le enseñé a Alessandro a ver la belleza. Donde me sentí real. Pero ahora no soy más que un fraude. Hueca y vacía.

Hay una fotografía en mi mano. ¿Cuánto tiempo lleva ahí? Cruje, un largo pliegue que atraviesa el cuerpo de mi hermano. El rostro destrozado de Tommy, la última imagen que tendré de él. El papel brillante ya está arrugado por mi agarre, sus rasgos se distorsionan aún más. Trazo lo que queda de su boca con mi dedo, tratando de recordarlo riendo en lugar de roto.

—Lo siento mucho —le susurro a la foto—. Lo intenté. Me convertí en otra persona. Hice todo lo que me pidieron. Pero no fue suficiente.

Las pastillas son pequeñas en mi palma, de aspecto inocente. Amargas en mi lengua mientras las trago en seco, una tras otra. Mi último acto de autonomía. Nadie eligió esto para mí. Nadie me obligó. Esto es mío.

Pienso en Alessandro encontrándome aquí mañana. ¿Entenderá? ¿Sabrá que sin Tommy, sin mi propósito para existir, no soy más que un fantasma con ropa cara?

Miro hacia arriba una última vez, encontrando la constelación que Tommy más amaba. Orión, el cazador, persiguiendo por siempre lo que no puede alcanzar. Como yo, fingiendo que podía salvar a alguien.

Mi corazón empieza a acelerarse, luego a ralentizarse. Mi visión vuelve las estrellas borrosas, convirtiéndolas en halos, luego en rayos de luz. Me pregunto si Tommy puede verlas dondequiera que esté. Si me está esperando en esa oscuridad entre las luces. Mis miembros se vuelven pesados, luego ingrávidos, flotando entre la piedra y el cielo.

Me recuesto sobre la piedra cálida, con la fotografía de Tommy aferrada a mi pecho, observando las estrellas multiplicarse y bailar. Mi cuerpo lucha incluso cuando mi mente se rinde. Los pulmones luchan por aire, el corazón tartamudea su protesta.

Lo último que veo es Orión, brillante y constante, y finjo que Tommy lo está viendo conmigo.

¡Emma!

La voz de Alessandro atraviesa la oscuridad, pero suena lejana, como si llamara desde otro mundo. Apenas estoy consciente cuando me encuentra en la piedra caliente, mi cuerpo ya apagándose por las pastillas. Su colonia, ese aroma almizclado y floral, mezclado con sudor de miedo mientras se deja caer a mi lado.

—No, no, no. No hagas esto, *stellina*. No te atrevas.

Está haciéndome RCP, pienso vagamente. Su boca sobre la mía, insuflando una vida que no quiero. Sus manos bombeando mi pecho, tratando de reiniciar un corazón que se ha rendido.

—¡Castellano! —grita a su teléfono mientras trabaja en mí—. Ven aquí ahora. Azotea. Tomó pastillas. No sé cuántas. ¡Solo apúrate, joder!

Su voz se quiebra en la última palabra. Algo húmedo cae en mi cara. Caliente contra mi piel fría. Tardo demasiado en entender: lágrimas. Sus lágrimas. Cada una un pequeño choque de calor que apenas puedo sentir a través del entumecimiento que se extiende por mi cuerpo.

—Por favor, nena. Por favor. No puedes dejarme. No así. —Su boca está de nuevo sobre la mía, forzando aire en unos pulmones que no lo quieren—. Encontraré a quien hizo esto. Quemaré el mundo entero, pero tienes que quedarte. Tienes que dejarme arreglar esto.

Mi cuerpo convulsiona, expulsando pastillas y bilis, con un sabor ácido y amargo. Me gira de lado, sujetándome el cabello mientras vomito sobre la piedra. Incluso muriendo, me está cuidando.

—Eso es. Sácalo todo. Todo. —Sus manos son suaves a pesar de su desesperación—. El doctor Castellano ya viene. Vas a estar bien. Tienes que estar bien.

Me jala a su regazo y me mece como a una niña mientras esperamos. A través de mi visión borrosa, las estrellas surcan el cielo como si estuvieran cayendo conmigo.

—No te atrevas a dejarme, *stellina* —susurra contra mi cabello, su voz rota—. No te atrevas. No hemos terminado. Nos queda mucho por hacer. Tantas estrellas por ver.

La fotografía de Tommy se ha caído en algún lugar. Intento alcanzarla, pero mi brazo no responde. Alessandro se da cuenta, lo entiende de alguna manera, y la presiona de nuevo en mi mano. El papel brillante se arruga aún más en mi débil agarre.

—Te tengo —promete mientras unos pasos retumban subiendo las escaleras. El doctor Castellano y otros, sus voces

superponiéndose, sus manos apartándome de él—. Te tengo, y no te voy a soltar.

Pero Alessandro no permite que nos separen por completo. Su mano permanece aferrada a la mía incluso mientras trabajan, su agarre casi doloroso, como si intentara anclarme a la vida por pura fuerza de voluntad.

Lo último que oigo antes de que la oscuridad me consuma por completo es la voz de Alessandro contra mi oído, salvaje y tierna, un voto roto que me sigue al vacío:

—Si te mueres, te seguiré. Te cazaré a través de cualquier infierno al que estés huyendo. No puedes dejarme, Emma. Ni en esta vida ni en ninguna otra.

24 - Alessandro

Dos horas, treinta y un minutos y nueve segundos desde que Emma abrió los ojos por última vez.

Cuento cada una de sus respiraciones, superficiales e irregulares, mientras el doctor Castellano comprueba sus signos vitales por cuarta vez desde que llegó. Sus dedos presionan contra la muñeca de ella, midiendo un pulso que se siente como si ya estuviera medio muerta, con un pie en la tumba.

Estamos en el ala médica del complejo, que Marco había hecho instalar hace unos meses. Demasiados viajes al maldito hospital, demasiadas preguntas de demasiada gente. Mejor mantenerlo todo en casa. Y, por supuesto, Castellano es el mejor médico que el dinero puede comprar.

—Estable —murmura, pero «estable» no significa nada cuando no despierta, cuando su cuerpo libra una batalla que su mente ya ha rendido.

Dos horas, treinta y un minutos. Desde que le devolví el aliento a sus pulmones. Desde que eligió la muerte antes que a mí.

Las fotos esparcidas en mi regazo cuentan una historia de terror: el rostro de Tommy golpeado hasta quedar irreconocible, la sangre acumulándose bajo su cuerpo arrugado, otros reclusos de pie sobre él como si nada. Lo suficientemente horrible como para hacer que Emma se tragara esas pastillas. Ni siquiera se detuvo a preguntar por qué alguien le envió las fotos. Las fotos lograron su propósito. La quebraron por completo.

Alcanzo la muñeca de Emma, necesitando sentir su pulso yo mismo, necesitando una prueba de que sigue aquí. El ritmo bajo mis dedos es débil, apenas perceptible, y mis dedos se quedan quietos como la muerte misma, esa peligrosa calma antes de que destruya algo. Esta mujer que aprendió a amar mi violencia, que besó mis nudillos ensangrentados, eligió la muerte antes que la vida conmigo. El sabor metálico de la rabia me llena la boca al darme cuenta de la verdad que me ha estado carcomiendo: no puedo controlar esto. No

puedo obligarla a elegir la vida. No puedo protegerla de la oscuridad dentro de su propia mente.

Incluso inconsciente, su cuerpo llama al mío. Recorro los moretones en su cadera de nuestra última noche juntos, estas marcas de posesión que no pudieron retenerla aquí. Su aroma a vainilla se desvanece bajo la esterilidad médica, el antiséptico reemplaza al jazmín, y la pérdida se siente como otro tipo de muerte.

Marco llega sin avisar, llenando el umbral de la enfermería de Emma con una furia apenas contenida. El peso de su Beretta presiona contra sus costillas, visible para cualquiera que sepa dónde mirar.

—Necesitamos respuestas sobre nuestra exposición —exige, observando la figura inconsciente de Emma con frío cálculo—. Puede que los chantajistas estén muertos, pero su red sobrevive. Alguien todavía tiene pruebas. Los Hewson pueden haber pasado a la clandestinidad, pero otras familias están notando inconsistencias. Cualquier juego que estés jugando termina ahora.

Me muevo hacia la barra lateral, necesitando distancia de su interrogatorio, necesitando algo que hacer con unas manos que quieren alcanzar la Glock contra mis costillas. La botella de whisky choca contra el cristal, mis manos tan firmes como las de un cirujano, aunque la violencia se acumula en mis entrañas. El ámbar líquido llena el vaso a la perfección, sin derramar una gota, porque el control es todo lo que me queda.

—Todo el imperio Rosetti está comprometido —continúa Marco, aceptando la bebida que le ofrezco, estudiando mis movimientos demasiado tranquilos—. Los secretos de tu esposa, sean los que sean, amenazan todo lo que nuestro padre construyó. Cada alianza, cada territorio, cada ápice de respeto que hemos ganado con sangre. Las mentiras de una mujer podrían destruir tres generaciones de poder.

Deja su vaso intacto, el sonido tan agudo como un disparo en la silenciosa habitación. Poniéndome a prueba. Esperando.

—Ella no es Frances Hewson.

La confesión se me desgarra de la garganta, rompe el silencio como un cristal al quebrarse. Cada palabra arranca otra capa de protección, otra mentira que la ha mantenido a salvo.

—Su nombre es Emma Pitt. Era su sirvienta. —La verdad sabe amarga—. Los Hewson la obligaron a hacerse pasar por su hija cuando Frances desapareció antes de nuestra boda.

Marco se queda mortalmente tranquilo, esa clase de quietud que precede a las masacres. Su mano se desliza hacia su chaqueta, sus dedos encontrando la empuñadura de su arma.

—Explica.

No es una petición. Una orden del jefe de nuestra familia a un subordinado que ha perdido la cabeza.

—Ya lo hice —digo.

—Una sirvienta. —Las palabras salen secas, sin emoción—. Te casaste con una sirvienta y dejaste que engañara a toda nuestra familia.

—No tuvo elección. Usaron a su hermano como palanca…

—No me importan sus razones. —Marco se acerca a la cama de Emma, cada movimiento deliberado—. Este problema necesita ser eliminado.

Mi mano encuentra mi Glock antes de que pueda pensarlo conscientemente, el metal tibio por el calor de mi cuerpo. El seguro se desactiva, el sonido imposiblemente fuerte.

—*Toccala e sei morto*. —Tócala y estás muerto.

Marco se detiene, genuinamente sorprendido por el cañón que ahora apunta al centro de su torso. —¿Apuntarías a tu propia sangre?

—Aparentemente, sí. —La promesa sale firme, segura, mi dedo descansando en el guardamonte.

Permanecemos congelados, dos hermanos separados por una cama de hospital y la mujer que ha destrozado todo lo que creíamos saber sobre la lealtad. El momento se alarga, la violencia suspendida en el aire como la cordita antes de un tiroteo.

—La estás eligiendo a ella por encima de la sangre —observa Marco, pero ahora hay algo en su voz: comprensión, tal vez, o el reconocimiento de la misma locura que lo hizo robarse a Valentina de su propia boda.

—Sí. —Simple. Absoluto.

Estudia mi rostro, ve algo allí que lo hace retroceder de la cama de Emma. —Padre te habría disparado por menos.

—Padre nunca amó a nadie como yo la amo a ella.

La expresión de Marco cambia, la decisión tomada. —Mantendré este secreto por ahora. Pero los Hewson pagan por su engaño. Usaron a nuestra familia como peones.

La Glock vuelve a su funda, el seguro volviendo a su sitio con un clic. —Pagarán. Especialmente si enviaron estas fotos. Una vez que

entendamos su juego por completo.

—La red de chantaje…

—Me importa una mierda —digo, apretando tan fuerte mi vaso de cristal que resuena—. Emma se está muriendo, joder, aquí. Nada más importa.

La voz de Marco es una advertencia. —Cada hora que esperamos, nuestros enemigos se fortalecen.

—Cada hora que ella permanece inconsciente, pierdo más el control. —La admisión me cuesta algo—. La necesito despierta para pensar con claridad, para planear adecuadamente. Sin ella…

Marco mira a Emma entonces, la mira de verdad. Ve a la sirvienta que ha roto a su hermano tan completamente que estoy dispuesto a ir a la guerra contra nuestros propios aliados.

—La reunión familiar es mañana —dice finalmente—. Si no está despierta para entonces, necesitaremos planes de contingencia.

—Si no está despierta para mañana, no habrá un mañana.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, no como una amenaza, sino como una promesa. Marco entiende: si Emma muere, yo la sigo. El linaje Rosetti perderá un hijo por el corazón roto de una sirvienta.

Después de que se va, regreso al lado de la cama de Emma, presionando mis labios contra su cabello. Los mechones todavía huelen débilmente a jazmín bajo los olores médicos, rastros fantasmales de la mujer que dibujaba constelaciones en mi pecho.

—Descubriré quién envió esas fotos —susurro contra los mechones de seda que se sienten demasiado frágiles—. Descubriré si Tommy está realmente muerto o si esto es otra manipulación. Y cuando tenga respuestas, cuando sepa quién te hizo esto, decoraré la ciudad con sus cráneos.

Mis dedos encuentran su pulso de nuevo, todavía débil, todavía desvaneciéndose. El doctor Castellano dice que está estable, pero ambos sabemos la verdad: ella está eligiendo si volver, y cada hora que permanece inconsciente es una hora más en la que elige la muerte antes que a mí.

El peso de la Glock contra mis costillas ya no es para protección. Es para quienquiera que intente separarnos de nuevo. Incluida la propia muerte.

Deslizo mi mano bajo las sábanas, encontrando los moretones que dejé en su cadera, presionando hasta que siento su pulso aletear

bajo mis dedos. Mía. Todavía mía. Incluso inconsciente, su cuerpo recuerda a quién pertenece. Las marcas están desvaneciéndose a un amarillo verdoso ahora, pero las trazo una por una. Sigue aquí, sigue cálida, sigue respirando.

Presiono más fuerte contra el moretón, observando sus párpados temblar; una parte profunda de ella responde incluso en esta oscuridad. Su pulso se acelera bajo mi tacto, solo ligeramente, pero lo suficiente para decirme que todavía está ahí dentro en algún lugar. Sigue luchando, lo sepa o no.

—Cada persona que sabía de tu engaño y lo usó en nuestra contra. Cada miembro de la red de chantaje que sigue respirando. Cada alma que contribuyó a quebrarte. Cada persona involucrada en la muerte de Tommy. Cada imbécil que te envió esas fotos. —Mi boca encuentra su oído, los labios rozando una piel que está demasiado fría—. Todos morirán gritando tu nombre hasta que despiertes para hacerme parar.

25 - Emma

—Luchaste —La voz de Alessandro atraviesa la niebla y me doy cuenta de que ha estado observándome respirar. Sus dedos presionan mi muñeca, comprobando mi pulso. Las palabras se le quiebran cuando continúa—: Los médicos dijeron que te habías ido, pero luchaste por quedarte.

Me arde la garganta por el lavado gástrico y todo me sabe a ácido. Pero él está aquí, este hombre hermoso y demacrado que comanda ejércitos, y ha quedado reducido a contar los latidos de mi corazón.

—Por ti —susurro, la confesión arrancada en carne viva de mi garganta dañada.

Su agarre en mi muñeca se tensa, no de forma dolorosa, sino desesperada, como si necesitara una prueba física de que soy real. A la luz gris del amanecer que se filtra por las ventanas de nuestra habitación, puedo verlo todo: la barba incipiente oscureciendo su mandíbula, los ojos enrojecidos y hundidos por el insomnio, la misma camisa arrugada de ayer. Una taza de café vacía descansa en la mesita de noche junto a un vaso de agua y algunos frascos de medicamentos.

—Emma —Mi verdadero nombre se escapa de sus labios como una plegaria—. Stellina, pensé que... —Se detiene, su mano libre se acerca a mi cara, pero se congela a medio camino, temblando.

Atrapo esa mano suspendida y la guío hacia mi mejilla a pesar de mi debilidad. —Soy real. Estoy aquí.

Se estremece con el contacto, su pulgar trazando mi pómulo con una ternura desesperada. —Horas —dice—. Horas viéndote respirar, aterrorizado de que cada una fuera la última.

El peso de lo que he hecho se me viene encima. No solo el intento, sino lo que le hizo a él. Este hombre poderoso que ha estado de vigilia, que parece no haberse apartado de mi lado, que solo observó, esperó y tuvo esperanza.

—Cuando las pastillas empezaron a hacer efecto —confieso, presionando su palma con más fuerza contra mi cara—, cuando llegó

la oscuridad, podría haberme dejado ir. Habría sido fácil. Pero no dejaba de pensar en tu voz diciendo mi nombre.

Su autocontrol se hace añicos. Cae de la silla de rodillas junto a la cama, y ahora sus dos manos enmarcan mi rostro como si estuviera hecha de cristal soplado. —Nunca más —dice, las palabras a medio camino entre una orden y una súplica—. Prométemelo. Júralo por esas estrellas que tanto amas. No vuelvas a dejarme así nunca más.

—Alex…

—No puedo sobrevivirlo —Su voz se quiebra por completo—. He hecho cosas terribles, Emma. He matado hombres, he destruido vidas. Pero verte desvanecerte… —Apoya su frente contra la mía.

La verdad se asienta entre nosotros. Estuve a punto de morir y, al hacerlo, descubrí la única cosa que podía quebrar a Alessandro Rosetti.

Mi cuerpo me traiciona cuando intento sentarme; la debilidad me hace tambalear. La habitación da vueltas ligeramente y tengo que cerrar los ojos para combatir el mareo. Las manos de Alex me estabilizan de inmediato, pero incluso ese simple movimiento me deja sin aliento, temblando como si mis músculos hubieran olvidado cómo funcionar.

—Tranquila —murmura—. Tu cuerpo necesita tiempo para recuperarse. Los médicos dijeron…

—Te necesito —lo interrumpo con voz desesperada—. Necesito sentirte, todo tú. Necesito saber que estoy viva.

Un ardor estalla en sus ojos, luchando contra la preocupación. —Emma, todavía estás débil…

—Estoy vacía —lo corrijo mientras mi mano encuentra su pecho, sintiendo su corazón acelerarse bajo mi palma—. Me siento hueca donde debería haber vida. Llename. Por favor, Alex. Hazme sentir algo además de esta ausencia terrible.

Aprieta la mandíbula, el control y el deseo luchando por el dominio. —Si te toco ahora, no seré delicado. Después de estas horas pensando que te había perdido, apenas logro contenerme.

—Entonces no seas delicado —Lo atraigo hacia mí con la poca fuerza que tengo—. Sé real. Sé desesperado. Muéstrame lo que mi casi muerte te hizo.

Se estrella contra mí como una tormenta, su boca reclamando la mía con una fuerza que lastima. Saboreo su desesperación, horas de miedo, oraciones y negociaciones con cualquier dios que pudiera

escuchar. Su lengua invade mi boca, exigente y posesiva, y gimo ante su intensidad.

—Joder —gruñe contra mis labios—. Sabes a vida. A todo lo que pensé que había perdido.

Sus manos recorren mi cuerpo, apartando el camisón que llevo puesto —una de sus camisas, me doy cuenta—. Cuando sus palmas encuentran mis senos, me arqueo hacia su tacto a pesar de mi debilidad. Mis pezones se endurecen de inmediato, hipersensibles después del trauma.

—Mírate —respira, retrocediendo para absorber la imagen de mí —. Viva. Respondiendo a mí. Incluso después de… —Su voz se quiebra.

—Muéstrame cómo se siente vivir —exijo, mi voz apenas un hilo, pero duro como un alambre de acero. Mis muslos se abren para él, una invitación lánguida, pero él la toma como si le hubiera abierto las puertas del cielo. Hay una mirada en sus ojos que nunca he visto antes: una guerra entre el alivio y algo salvaje, un hambre animal enjaulada por demasiado tiempo. Cuando su mano se mueve entre mis piernas, la descarga de su tacto me atraviesa como adrenalina, tan cruda y viva que casi sollozo por ello.

Me encuentra hinchada, húmeda, en carne viva. Su pulgar rodea mi clítoris, cada pasada más deliberada que la anterior, pero son sus palabras las que me marcan a fuego:

—Prométeme que nunca lo volverás a hacer —dice con voz ronca, el tono una mezcla de amenaza y súplica, como si el eje del mundo pendiera de mi respuesta. En el mismo instante, dos de sus dedos presionan mi interior, gruesos e insistentes, y mi cuerpo se arquea hacia él, la memoria muscular arrancándome hacia el aire aunque apenas pueda sostenerme. Toda mi fuerza se ha canalizado en un único punto trémulo y dolorido.

—Lo siento —jadeo, y lo digo en serio, aunque sé que no será suficiente. Ni para él, ni para el universo, ni siquiera para mí.

No disminuye la velocidad. En cambio, me llena más profundamente, sus dedos curvándose para encontrar el punto que hace que mi visión se disperse en mil constelaciones, y todo lo que queda es sensación y calor y el martilleo de mi corazón. —Más duro —digo, o lo intento, pero sale como un gemido. Una debilidad, una súplica. Él lo oye de todos modos, y es como gasolina en el fuego.

—¿Quieres que te cojan hasta devolverte a la vida, stellina? —Ahora gruñe, la voz baja y espesa, no del todo humana—. ¿Es eso lo que necesitas?

—Sí —logro decir, apenas, agarrándome a su muñeca—. Sí. Por favor, Alex. Necesito…

Hunde un tercer dedo en mí y todo se vuelve blanco, mi cuerpo contrayéndose con tanta fuerza que creo que podría convertirme en polvo. Usa su peso para inmovilizar mis caderas, impidiéndome forcejear incluso mientras cabalgo su mano, cada terminación nerviosa gritando con la agonía de estar viva. Ahora sollozo, y no es por dolor o placer, es solo la inundación desatándose, cada muro que construí para evitar sentir, hecho pedazos en el lapso de unos minutos.

—Mírame —Está sobre mí, el rostro rígido por el control, los ojos húmedos de lágrimas no derramadas—. Abre los ojos, Emma. Quiero que veas quién te está salvando esta vez.

Fuerzo mis párpados a abrirse, y la imagen se graba a fuego en mi cerebro: Alessandro, sin camisa y dorado por el amanecer, su mano entre mis piernas, la mandíbula apretada como si estuviera a punto de ir a la guerra. Su otra mano está apoyada en el colchón, las venas resaltando como cables.

Se inclina, presionando su boca en mi oído, y su aliento es entrecortado. —La próxima vez que quieras morir, dímelo. Te mataré yo mismo, pero lentamente. Haré que me ruegues por cada centímetro. No tienes permitido dejarme, Emma. Nunca.

Estoy demasiado perdida para responder. Mi cuerpo ya está teniendo espasmos, un orgasmo me desgarra con tal intensidad que se siente como una convulsión, mis músculos se tensan y se relajan, una y otra vez, hasta que no queda nada más que temblores. Me aferro a él, a cualquier cosa para anclarme a este mundo. Cuando termina, colapso, deshuesada y agotada.

Saca su mano con delicadeza, pero al segundo siguiente se está quitando la poca ropa que le queda, arrojándola a un lado como si estuviera contaminada. Su polla ya está dura y goteando, la cabeza enrojecida casi hasta el púrpura. Intento alcanzarla, desesperada por saborearlo, pero intercepta mi mano antes de que pueda siquiera cerrar mis dedos a su alrededor.

—No —dice, la voz espesa por el dolor y la determinación—. Esto no se trata de mí. Todavía no. Necesito estar dentro de ti. Necesito

saber que estás aquí, que estás viva, que no me vas a dejar.

Se alinea en mi entrada, abriendo mis piernas tan ampliamente que me duelen las caderas. El estiramiento es una agonía, pero también un alivio. Empuja hacia adentro, lento al principio, y el aire abandona mis pulmones. Es demasiado grande, o yo soy demasiado pequeña, o quizás estoy demasiado jodidamente en carne viva, pero de todos modos lo quiero todo.

Toca fondo con una embestida brutal, sus manos ahora enmarcando mi rostro, los dedos hundiéndose en mi mandíbula. Me mira fijamente como si estuviera memorizando cada peca, cada rastro de lágrima, cada estúpido defecto humano. Las primeras estocadas son superficiales, cautelosas, pero no por mucho tiempo. Después de toda esa contención, la presa se ha roto; me folla como si estuviera tratando de grabar su nombre en mis huesos.

No es gentil, pero tampoco está enfadado. Hay demasiado amor en ello para eso, demasiado miedo. Está persiguiendo algo, y sé lo que es: quiere borrar las últimas veinticuatro horas, reescribir el recuerdo de encontrarme tirada y moribunda en el tejado. Quiere llenarme tan completamente que nada, ni siquiera la muerte, podría arrebatármelo.

Rodeo su cuello con mis brazos, tirando de él hacia abajo hasta que nuestras frentes quedan presionadas. Mis piernas están débiles, pero las engancho alrededor de su cintura, atrayéndolo más profundo, aferrándolo a mí.

Está jadeando, el sudor goteando por su sien, y sus embestidas se vuelven erráticas. —Dilo —dice con voz ahogada—. Dime que quieres esto. Dime que me quieres a mí. Necesito oírlo, joder, Emma.

—Te quiero a ti —sollozo, y no es una actuación, es la única verdad que queda—. Te quiero todo a ti. Joder, Alex. Te amo.

Las palabras lo quiebran. Hace un sonido que nunca he oído, agudo y herido, y su ritmo se va al infierno. Me folla más duro, más profundo, rozando mi clítoris con cada golpe de sus caderas, y me siento crecer de nuevo, imposiblemente, desde las cenizas.

Pienso en todas las veces que intenté huir, intenté liberarme de su gravedad. Nunca iba a funcionar. Siempre estuve destinada a orbitar a este hombre.

—Te elijo a ti —respiro, envolviendo débilmente mis piernas alrededor de su cintura—. Elijo esto. La vida.

Se siente mal estar hablando de la vida cuando Tommy está muerto, pero Alessandro expulsa todos los pensamientos de mi cabeza cuando se clava en mí en una suave embestida.

Se retira casi por completo antes de volver a clavarse, estableciendo un ritmo castigador que hace que la cabecera golpee contra la pared. Cada embestida es más profunda, más dura, como si estuviera tratando de follarme para devolverme la vida, o tal vez para sacar la muerte de mí a la fuerza.

—Esto es lo que me haces —gruñe, agarrando mis caderas con la fuerza suficiente para dejarme moretones—. Me vuelves jodidamente loco. Haces que quiera encerrarte donde la muerte no pueda encontrarte.

—No puedes controlar la muerte —jadeo, respondiendo a sus embestidas lo mejor que puedo con mi cuerpo debilitado—. No puedes controlarme a mí.

—Mira cómo lo hago —Cambia el ángulo, golpeando ese punto dentro de mí que hace que el universo se desvanezca por un momento—. Te follaré tan bien que nunca querrás irte. Te encadenaré a la vida con placer.

Su pulgar encuentra mi clítoris de nuevo, girando al compás de sus embestidas. La doble estimulación me hace subir rápidamente hacia otro orgasmo, mi cuerpo recordando el placer incluso después de haber bailado con la muerte.

—Eso es —me anima, sintiendo mi coño empezar a palpitar—. Vuelve a mí, stellina. Córrete en mi polla y demuestra que estás viva.

Lo hago. Me corro tan fuerte que es un desmayo, estrellas estallando detrás de mis párpados, mi cuerpo agarrotándose de nuevo, pero esta vez no se trata de morir, se trata de reclamar mi derecho a existir. Cuando vuelvo en mí, él todavía me sostiene, todavía dentro de mí, su cuerpo temblando como si estuviera al borde.

—Alex —susurro, y es todo el permiso que necesita.

Se entierra profundamente y se derrama dentro de mí, gimiendo mi nombre como si fuera a la vez una maldición y una salvación. Su cuerpo entero se dobla con la fuerza de ello, y luego se derrumba sobre mí, dejando que su peso me aplaste contra el colchón. No me importa. Se siente como seguridad, como estar clavada al mundo para no poder flotar y desaparecer.

Permanecemos allí, enredados y temblando, por lo que parece una eternidad. Su corazón late contra mi pecho, salvaje e irregular, y sé que si muriera ahora mismo, al menos se iría sabiendo que yo todavía estaba aquí, todavía con él.

Finalmente, levanta la cabeza, apartando el pelo sudoroso de mi frente. Ahora hay una delicada torpeza en él, todos los bordes afilados suavizados por el resplandor del después, y me doy cuenta de que, por una vez, está tan vulnerable como yo. Quizás más.

Me besa, esta vez lentamente, y hay sal en sus labios; no puedo decir si es mía o suya. Presiona su nariz contra mi mejilla, aspirándome. —Eres mía —dice, con suavidad pero de forma absoluta—. No lo olvides jamás.

—Alex —susurro, de repente abrumada por todo: la intensidad del sexo, el duelo que aún acecha bajo el placer, la complicada maraña de amor y mentiras entre nosotros.

—Lo sé —dice, finalmente dejándome girar para mirarlo. Sus manos enmarcan mi cara de nuevo, los pulgares limpiando lágrimas que no me di cuenta de que estaban cayendo—. Tenemos cosas que discutir. Confianza que reconstruir. Pero ahora mismo, en este momento, estás viva y en mis brazos, y eso es suficiente.

—¿Lo es? —pregunto, buscando en sus ojos. Todavía hay algo, esa cuidadosa reserva que hace que se me encoja el estómago.

—Tiene que serlo —dice, pero no me sostiene la mirada del todo.

El amanecer nos llama como siempre lo ha hecho, y a pesar de mi debilidad, empeorada por nuestra follada desesperada, necesito verlo. Alex me lleva en brazos a nuestro observatorio en el tejado, con mi cuerpo desnudo envuelto solo en su camisa. Puedo sentir su semen todavía goteando de mí con cada paso, marcando mis muslos con la evidencia de nuestra reunión.

La ciudad se extiende debajo de nosotros, pintada de oro por el alba, mientras las últimas estrellas se desvanecen en lo alto. Mi telescopio espera, pero ahora mismo el amanecer es suficiente.

—Tenemos que hablar —digo, acomodándome contra su pecho—. Sobre Tommy.

Alex se tensa, sus manos apretándose por reflejo. —Lo sé.

—Sigues tratando de controlarlo todo, de protegerme incluso de mis propias decisiones —Trazo patrones en su pecho, sintiendo cómo se acelera su corazón—. Pero el control no pudo salvar a Tommy. No pudo evitar que yo tomara esas pastillas.

—¿Qué quieres de mí? —Su voz es cruda.

—Quiero que confíes en mí. Que me dejes tomar decisiones aunque sean peligrosas —Me giro para mirarlo directamente—. No puedo estar en un matrimonio donde controlas todo para protegerme. Eso es posesión, no amor.

Permanece en silencio por un largo momento. Finalmente: —No sé si puedo cambiar tanto.

—Puedes intentarlo —digo con firmeza—, o puedes perderme. No por las pastillas. Simplemente desapareceré.

—¿Crees que te dejaría? —Su agarre se tensa peligrosamente—. ¿Después de esto? ¿Después de lo que acabamos de hacer? Todavía puedo oler mi semen goteando por tus muslos. Estás marcada, reclamada, eres mía.

—Y es exactamente por eso que necesitamos límites —digo, enfrentando su intensidad—. Porque tu amor a veces se siente como una jaula.

—Todavía tenemos que hablar de lo que viene ahora —dice con cuidado—. Las consecuencias, la familia, todo lo que enfrentamos después de lo que pasó con Tommy, después de la muerte de Tommy…

Se detiene, pero la corrección llega demasiado tarde. La forma en que tropezó con la frase, corrigiéndose a media oración, hace que mi corazón de repente lata con algo más allá de los temblores postorgásmicos.

—Alex —Mi voz tiembla ahora, una debilidad diferente a la de antes—. ¿Qué me estás ocultando?

Aprieta la mandíbula, esa máscara cuidadosa deslizándose sobre sus rasgos como una armadura. Pero ahora lo conozco demasiado bien. Sé cuando está ocultando algo.

—¿Hay algo sobre Tommy que no me estás diciendo? —Me aparto para mirarlo de frente, mi corazón desbocado—. Alex, ¿qué no me estás diciendo sobre mi hermano?

—Emma —Solo mi nombre, pero la forma en que lo dice me lo revela todo. Culpable. Atrapado. Todavía tratando de controlar lo que sé, cuándo lo sé.

El amanecer continúa su belleza implacable, pintándolo todo de oro, pero todo lo que puedo ver es el secreto detrás de sus ojos.

Algo que ver con mi hermano. Mi Tommy.

—Dime —respiro, todo mi cuerpo comenzando a temblar, no con debilidad ahora, sino con una rabia que empieza a encenderse—. Sabes algo sobre Tommy que no me estás diciendo.

—No, stellina, no hay nada más que tu dolor —dice, besándome suavemente en la frente. Y por primera vez, sé que me acaba de mentir.

26 - Alessandro

—El nuevo equipo de seguridad empieza mañana: dos hombres contigo en todo momento cuando salgas del complejo.

Lanzo el decreto desde detrás de mi escritorio de caoba; el denso olor a cuero y aceite de armas impregna el aire de mi estudio. Emma está de pie ante mí como una súbdita convocada, todavía pálida por su intento de suicidio de hace tres días, pero con algo más duro en su mirada de lo que he visto antes. Tres días de cuidadosa distancia. Tres días de ella recuperándose en nuestra cama mientras yo orquesto mentiras desde este escritorio. Tres días fingiendo que el duelo es lo único que la está matando.

—Dos guardias —repite, con voz inexpresiva—. Como si fuera una especie de prisionera.

—Como si estuvieras bajo mi protección —mantengo mi tono razonable, controlado, aunque mis dedos arden por alcanzarla, por sentir su pulso y confirmar que sigue viva—. Después de lo que pasó, después de las amenazas…

—Después de que intentara suicidarme, querrás decir —sus palabras atraviesan mi calma cuidadosamente construida—. Puedes decirlo, Alex. Cometí un error. Y ahora me estás castigando por ello.

—Te estoy protegiendo —mis manos se aplanan contra el escritorio con tanta fuerza que la madera cruje. Este enorme mueble entre nosotros se siente necesario. La distancia me impide tocarla, me impide dejar que la emoción anule la lógica—. El complejo es seguro. Estos hombres están entrenados. Estarás a salvo.

Ella se ríe, pero no hay humor en su risa. —¿A salvo de qué? ¿De quién? Los Hewson siguen ahí fuera, intensificando sus amenazas de chantaje incluso después de que mandaron matar a Tommy. No pudiste detener a los Hewson, no pudiste detener el chantaje y no pudiste proteger a Tommy. Así que, ¿exactamente cómo vas a protegerme a mí? Ya todos se han ido o están muertos. ¿De quién me estás protegiendo?

De ti misma. El pensamiento me quema la mente como ácido. Cada vez que la pierdo de vista, me la imagino encontrando otro frasco de somníferos, un cuchillo, otra forma de dejarme. Aprieto la mandíbula con fuerza suficiente para romperme los dientes.

—Siempre hay amenazas en nuestro mundo —digo en su lugar, aunque las palabras son ceniza en mi boca—. Tú lo sabes.

—Lo que sé es que me estás tratando como si fuera de cristal, Alex. Sobreviví a todo lo demás. La boda, el chantaje, la pérdida de Tommy. Puedo sobrevivir a la verdad.

—No —la palabra sale más dura de lo que pretendía, más un gruñido que un discurso—. Solo sobreviviste a la pérdida de Tommy porque yo estaba ahí para salvarte. Esto no es negociable, Emma. Los guardias se quedan.

No he estado de brazos cruzados estos últimos días. El rastro del dinero de los chantajistas me llevó a un lugar inesperado: una empresa fantasma con vínculos con Brighton Beach. Territorio ruso. El chantaje se sintió personal desde el principio; alguien que sabía de Emma, que tenía acceso a información sobre el acuerdo de los Hewson. ¿Pero los rusos? Los Volkov no tienen ninguna razón para preocuparse por mi matrimonio, a menos que esto no se trate de Emma en absoluto. A menos que ella sea solo la puerta que están usando para entrar.

De cualquier manera, está en peligro y pienso mantenerla a salvo.

Su mandíbula se tensa. Hace tres días, se derretía con mi contacto. Ahora está más erguida, reclamando su espacio en lugar de retroceder. La mujer que intentó morir regresó diferente. Menos dispuesta a dejarse controlar.

Y sospecha que no le estoy diciendo la verdad sobre Tommy. Sospecha que sé más de lo que aparento.

Y tiene razón.

Pero no puedo decírselo. No puede soportar la verdad, lo demostró cuando se tomó esas pastillas. Así que no hay ni una puta posibilidad en el infierno de que me arriesgue a que vuelva a hacer algo tan estúpido.

Cuando esté mejor, se lo diré. Pero no ahora. Todavía no.

—Bien —se gira hacia el cristal antibalas que forma las ventanas, estudiando los terrenos donde mis hombres patrullan con patrones precisos—. Ya que estás tomando todas las decisiones sobre mi vida, ¿al menos te has encargado de los preparativos?

Mi pecho se oprime. —¿Qué preparativos?

—Los de Tommy —su voz se quiebra ligeramente al pronunciar su nombre—. Su funeral. Necesito saber cuándo puedo despedirme de él como es debido.

Los informes médicos guardados bajo llave en mi cajón queman a través de la madera. Documentos que confirman que su hermano respira en un centro de alta seguridad al norte del estado, recuperándose de sus heridas, pero muy vivo. La mentira que he estado viviendo me abrasa la garganta.

—Me estoy encargando de todo —digo, manteniendo la voz suave —. No necesitas preocuparte por los detalles.

—Quiero preocuparme por ellos —se aparta de la ventana, sus ojos oscuros escrutando los míos—. Era mi hermano, Alex. Necesito saber. ¿Dónde está su cuerpo? ¿En qué funeraria? ¿Cuándo puedo verlo?

—*Stellina*… —el apelativo cariñoso se me escapa antes de que pueda detenerlo, amargo en mi lengua.

—No lo hagas —su mano corta el aire—. No desvíes el tema. No me evadas. Solo dime la verdad. ¿Dónde está el cuerpo de Tommy?

Revuelvo unos papeles en mi escritorio, ganando tiempo mientras la violencia se retuerce en mis entrañas. No hacia ella, nunca hacia ella, sino hacia la situación que he creado. —Las autoridades todavía están procesando todo. Estas cosas llevan tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —se acerca más al escritorio, sus preguntas se convierten en armas afiladas—. Han pasado días. ¿Has reclamado su cuerpo? ¿Has hecho los preparativos? ¿O solo esperas que me olvide?

—Por supuesto que no lo he olvidado —la mentira quema—. Estoy intentando ahorrarte el dolor de…

—¿De qué? ¿De llorar a mi hermano como es debido? —su voz se eleva—. No necesito que me ahorres nada, Alex. Necesito información. Necesito la verdad.

La verdad. La palabra flota entre nosotros como una Glock cargada. La verdad podría curarla o destruir la poca estabilidad que ha encontrado. Cada instinto me grita que mantenga el control, que maneje esta situación como manejo los territorios y los cargamentos.

—La morgue requiere papeleo —digo como evasiva, viendo cómo su rostro se tensa con cada una—. Identificación. Procesos legales.

Me estoy encargando de todo.

—Entonces muéstrame el papeleo —su exigencia me toma por sorpresa. La sirvienta nunca se habría atrevido—. Muéstrame el certificado de defunción. Los recibos de la morgue. Algo.

—Se están procesando…

—¡Deja de mentirme! —las palabras explotan de ella, crudas y desesperadas—. Cada vez que pregunto por Tommy, desvías el tema. Ocultas cosas. Igual que ocultaste la información de los chantajistas hasta que fue casi demasiado tarde. ¿Qué no me estás diciendo sobre mi hermano?

El cajón cerrado con llave vibra con acusación. He sido descuidado, distraído por casi perderla, olvidando que Emma se da cuenta de todo. Una habilidad de supervivencia de años de ser invisible.

—Tengo que hacer una llamada —digo, tomando mi celular aunque cada instinto me grita que no le dé la espalda—. Un problema de territorio. Cinco minutos.

La risa amarga de Emma me hiere profundamente. —Por supuesto. Los negocios siempre son lo primero. Incluso por encima de mi hermano muerto.

Me giro hacia la ventana, con el celular pegado a la oreja, discutiendo rutas de envío que me importan una mierda. Pero soy hiperconsciente del silencio que se transforma detrás de mí, del susurro de un movimiento que no debería estar ahí.

Stellina, ¿qué estás…?

El suave clic de mi cajón del escritorio al abrirse. El cajón que siempre cierro con llave, excepto esta mañana, cuando el dolor y el agotamiento me volvieron descuidado. Me doy la vuelta bruscamente; el celular cae al suelo con un golpe seco.

Emma está de pie junto a mi escritorio, con los papeles derramándose sobre la superficie de caoba como sangre de una herida. Los informes médicos, las órdenes de traslado, los acuerdos de custodia. Todo ello extendiéndose ante ella con una claridad condenatoria.

—¿Qué es esto? —pregunta, su voz mortalmente silenciosa, cada palabra es una bala disparada a quemarropa—. Paciente: Thomas Pitt.

El silencio que sigue se siente como el momento antes de una ejecución.

—Está vivo —levanta la vista hacia mí, y la devastación en sus ojos es peor que si hubiera sacado una pistola—. Tommy está vivo y tú lo sabías. ¿Montaste todo el numerito?

—¿Qué? No, por supuesto que no. Emma, déjame que te explique…

¿Explicar qué? —levanta el informe médico; sus manos tiemblan con tanta violencia que el papel susurra—. ¿Explicar cómo mi hermano ha estado bajo tu custodia durante tres días? ¿Cómo has estado recibiendo informes médicos mientras yo estaba de luto? Mientras yo… —su voz se hace añicos—. ¿Mientras intentaba suicidarme porque pensaba que estaba muerto?

Joder. Los papeles tiemblan en sus dedos. Cada documento es otro clavo en mi ataúd, la prueba de mi engaño esparciéndose por mi escritorio.

—Estaba protegiéndote —gruño, las palabras suenan inadecuadas incluso para mis propios oídos—. Las amenazas, el chantaje. Si supieran que está vivo…

—¡Dejaste que creyera que estaba muerto! —el grito se desgarra desde su garganta—. Me abrazaste mientras sollozaba por él. Me consolaste en mis pesadillas sobre su muerte. ¿Y todo el tiempo él estaba respirando en alguna instalación que tú controlas?

Avanzo hacia ella, desesperado por hacerla entender, pero retrocede como si yo fuera veneno. Hace tres días, este cuerpo aprendió a anhelar el mío. Ahora recuerda cómo resistirse.

—Eres igual que ellos —las palabras salen de sus labios como cristales rotos—. Los Hewson. La señora Hewson decidiendo lo que yo podía soportar. Y ahora tú. Decidiendo qué verdad merezco, qué dolor se me permite sentir.

Me lanza los papeles. Se esparcen como pájaros muertos, los informes médicos y las órdenes judiciales revoloteando por la alfombra persa. Uno aterriza a mis pies. La foto de ingreso de Tommy, muy vivo, mirándome con acusación.

—Emma, por favor…

—¡Me viste llorar su muerte! —su voz se quiebra por la traición.

—No podía arriesgarme a…

—¿Arriesgarte a qué? ¿A que tuviera autonomía? ¿A que tomara mis propias decisiones? —se ríe, pero suena a algo que se rompe—. No me ves como tu esposa, ¿verdad? Soy solo otra adquisición. Otra

cosa bonita que coleccionar y controlar. Una muñeca que puedes encerrar cuando la realidad se vuelve un desastre.

La acusación me hiere profundamente. Cada instinto me grita que cierre la puerta con llave, que la atrape aquí hasta que entienda. Pero eso es exactamente de lo que me está acusando. De convertirla en otra hermosa prisionera. La ironía sangra.

—Te amo —digo desesperadamente, mi control se fractura—. Todo lo que hice fue para protegerte.

—¡No proteges a alguien mintiéndole sobre la muerte de su hermano! —su voz resuena en las paredes—. Me abrazaste después de que desperté, me susurraste que entendías mi dolor, que me ayudarías a superar la pérdida de Tommy. Pero tú lo sabías. Sabías que estaba respirando, recuperándose, viviendo. Y dejaste que creyera que se había ido.

Mis justificaciones cuidadosamente construidas se desmoronan. Cada palabra que pronuncia corta más profundo que cualquier cuchillo. La traté exactamente como lo hicieron los Hewson. Como a alguien demasiado frágil para la verdad, demasiado débil para la realidad.

—Pensé que si sabías…

—Tú pensaste —enfatiza cada palabra con amarga precisión—. Tú decidiste. Tú controlaste. Igual que todos los demás en mi vida, me quitaste mis opciones y lo llamaste protección.

Las lágrimas en su rostro me destrozan, pero cuando doy un paso hacia ella, retrocede con la mano levantada. El rechazo quema más que cualquier herida de bala.

—No. No me toques. No me consueles —su voz se estabiliza en algo peor que la ira. Una fría resolución—. Confié en ti en todo. Mi verdadero nombre. Mi pasado. Mi cuerpo. Mi corazón. Y no pudiste confiar en mí con la verdad sobre mi propio hermano. Me equivoqué contigo, Alex —la voz de Emma tiene una calma mortal que me hiela la sangre—. Pensé que eras diferente.

Se dirige hacia la puerta con pasos firmes, ya no pide permiso, ya no busca aprobación. Cada chasquido de sus tacones en el mármol suena como si se estuvieran cargando balas.

Se detiene en la puerta, con la mano en el pomo. —La verdad es que nunca confiaste en que una simple sirvienta pudiera manejar su propia vida.

—Emma, espera…

—No —se vuelve para mirarme una última vez, y la fuerza en su expresión me detiene en seco—. Ya me cansé de esperar a que otras personas decidan lo que puedo soportar.

Abre la puerta y siento que nuestro mundo entero se sale de su eje. Si abandona el complejo ahora, si nuestros enemigos la ven sola y desprotegida, olerán la sangre en el agua. Y yo acabo de entregarles el cuchillo.

—¿A dónde vas?

—A ver a mi hermano. A mi hermano vivo —sus palabras son golpes de precisión, cada uno destinado a matar—. Y si tus guardias intentan detenerme, si tú intentas detenerme, aprenderás que Emma Pitt no es tan frágil como pensabas.

—Ni siquiera sabes dónde está.

Ella ladea la cabeza, con los ojos encendidos. —3504 de la avenida Hamilton, en Rockford.

Echo un vistazo a los documentos en el suelo. Por supuesto que se memorizó la dirección.

—*Stellina*…

—Para ti soy la señora Rosetti —la formalidad corta más profundo que cualquier cuchilla. Usa mi propio apellido como un arma contra mí. El nombre que los Hewson le impusieron se convierte en su armadura contra mí. Jodidamente poético—. Ya que parece que has olvidado que las esposas son compañeras, no posesiones.

Atraviesa la puerta con la espalda recta, la cabeza alta. No huye, no corre. Camina con el paso mesurado de alguien que finalmente ha reclamado su propio poder.

Mi puño impacta contra la pared junto a la puerta por la que acaba de salir. El yeso se agrieta, la sangre brota de inmediato de mis nudillos. El dolor no es nada comparado con verla marcharse. El daño físico no puede igualar lo que le he hecho a lo nuestro.

Me quedo inmóvil entre los papeles esparcidos, la prueba de mi traición extendida por el suelo como evidencia en la escena de un crimen. La puerta cerrada bien podría ser un océano entre nosotros, entre lo que éramos esta mañana y en lo que nos hemos convertido.

El silencio en mi estudio es ensordecedor, roto solo por el goteo de sangre de mis nudillos sobre la alfombra persa. Por primera vez desde nuestra boda, no sé a dónde va mi esposa, qué está pensando o si alguna vez volverá.

Y por primera vez, entiendo que puede que la haya protegido de todo, excepto de lo único que realmente podría destruirnos. Yo mismo.

27 - Emma

La maleta yace abierta sobre las sábanas de seda como una herida, a medio llenar con las pocas cosas que alguna vez fueron realmente mías. El libro de astronomía de mi abuela, gastado y suave por los años, está junto al reloj barato que usaba como sirvienta, con el cristal roto de cuando se me cayó fregando los pisos. Todo lo demás en esta habitación le pertenece a alguien que ya no existe.

Las sábanas todavía huelen a esta mañana: a sexo y a su colonia almizclada y floral que hace que mi coño traidor se contraiga incluso ahora. Odio a mi cuerpo por su traición, por la humedad que se acumula entre mis muslos solo por su fantasma impregnado en la tela. Mis pezones se endurecen bajo el camisón de seda mientras saco otro vestido del armario, el verde esmeralda con el que me folló después de la gala benéfica. La tela susurra contra mis dedos como un recuerdo, y todavía puedo sentir sus manos en el cierre, oír su voz ronca por el deseo: —Perfecta, *stellina*. Mi chica perfecta.

Esta ropa la eligió él para mí, cada prenda seleccionada con esas manos cuidadosas que saben exactamente cómo transformarme.

Lo doblo con cuidado antes de dejarlo a un lado. Nunca fue mío para llevármelo, aunque mi cuerpo recuerde cada vez que me lo arrancó.

El certificado de matrimonio está sobre la mesita de noche, donde lo encontré en el cajón de su escritorio, el papel pesado de mentiras. Frances Hewson se casó con Alessandro Rosetti. No yo. Nunca yo. La chica que amaba las estrellas y juntaba hasta el último centavo para comprarle cosas a Tommy en la prisión desapareció en el momento en que firmé ese nombre en la capilla, presenciado por las familias más peligrosas de Chicago, sellado con un beso.

Mis manos se congelan sobre la carpeta de cuero metida detrás de sus relojes. Diecisiete, los he contado, cada uno un trofeo de alguien que se cruzó en su camino. Adentro, encuentro fotografías. Decenas más de las que el chantajista envió hace días, todas de mí. Yo, durmiendo con su camisa robada, el pelo esparcido sobre la

almohada, un seno expuesto donde la tela se había movido. Yo, en el telescopio, perdida trazando constelaciones, sin darme cuenta de que su cámara capturaba la forma en que la luz de la luna pintaba mi piel. Yo, en la cocina, esa mañana que quemé el tocino, riéndome de algo que dijo, con la boca abierta en una alegría genuina.

Su caligrafía cambia a lo largo de las fechas. Controlada al principio, luego cada vez más desesperada, como si intentara capturar algo que no podía retener del todo. Las notas me oprimen el pecho: «Tararea desafinado cuando está feliz, suena como el cielo» y «El lado izquierdo del cuello es el más sensible, hace que se le ponga la piel de gallina en los brazos cuando la besan ahí» y «Prefiere dormir más cerca de la ventana, me busca en sueños».

Me ha estado estudiando como si fuera una de sus adquisiciones, documentando mi transformación de sirvienta a esposa con la misma precisión que usa para la violencia. Pero hay algo más en estas fotos. Una ternura en cómo ha capturado mis momentos de descuido, una obsesión que va más allá de la posesión. Son íntimas, privadas, tomadas con esmero.

Pruebo la puerta del dormitorio, pero no porque esté cerrada con llave. Sé que no lo está. El panel electrónico se iluminaría en verde para mí; Alessandro se aseguró de eso hace semanas. Pero mi mano se congela en el pomo porque sé lo que pasará si me voy. Los guardias lo alertarán de inmediato. Cada cámara en este complejo seguirá mi movimiento. El portón no se abrirá sin su autorización. ¿Y fuera de estos muros? Los Hewson que todavía quieren controlarme. Los rusos que han estado rondando. Las otras familias a las que les encantaría usar a la esposa de Alessandro Rosetti en su contra. No estoy atrapada por cerraduras, sino por la realidad de que sé demasiado como para poder ser libre de verdad.

Incluso si pudiera salir de esta habitación, ¿a dónde iría? Mis cuentas bancarias están todas a nombre de Frances Rosetti. Mi identificación es una hermosa mentira. La sirvienta está muerta. Ni siquiera puedo recordar cómo caminaba con la cabeza gacha, cómo se hacía invisible.

El primer vestido se rasga más fácil de lo que esperaba, la seda rompiéndose bajo mis manos con un sonido como un grito. El vestido blanco de nuestro aniversario, con el que me hizo correrme tres veces antes de que llegáramos al restaurante. Luego otro, el traje de falda Chanel color crema que usé cuando me llamó *stellina* por

primera vez, cuando me comió el coño en ese baño y me hizo olvidar mi propio nombre. Cada prenda guarda un recuerdo que corta más profundo que el anterior, cada destrucción haciendo que mi cuerpo palpite con toques fantasmales.

La seda rasgada atrapa la luz como estrellas caídas, hermosa incluso en su destrucción. Eso es lo que él ha hecho conmigo. Creó belleza al romperme.

Veo mi reflejo en el espejo de cuerpo entero. El pelo alborotado, las mejillas manchadas de lágrimas y rímel, usando un vestido de diseñador porque llegué sin ropa propia.

—¿Quién eres? —le susurro a la extraña que me devuelve la mirada. No la sirvienta que conocía su lugar, que mantenía la cabeza gacha, que sobrevivía gracias a su invisibilidad. No la esposa de un mafioso vestida de diamantes, aprendiendo a dominar salones con una autoridad prestada. La mujer en el espejo existe en un punto intermedio, fracturada y perdida, creada enteramente por las manos de Alessandro, marcada por dentro y por fuera por su posesión.

Mi cuerpo tiembla como si estuviera pasando por un síndrome de abstinencia. Y quizá lo esté. La ausencia de su tacto se siente como si me faltara un órgano vital. Mis manos no dejan de temblar. Incluso mi respiración sale mal sin su presencia llenando la habitación.

Agarrando mi maltrecha maleta, salgo a trompicones y recorro el pasillo de servicio, subo las escaleras, donde finalmente puedo respirar.

El observatorio de la azotea se siente más pequeño esta noche, las estrellas borrosas a través de unas lágrimas que no puedo detener. El aire nocturno me cala a través del vestido de Stella McCartney. El telescopio se interpone entre las luces de la ciudad y yo, este regalo perfecto que representa todo lo hermoso y terrible de nosotros. Me dio las estrellas, pero se aseguró de que solo pudiera verlas desde su azotea, a través de su regalo, bajo su protección.

Paso los dedos por el latón, recordando cómo aprendió la historia de Perseo, cómo sus manos cubrieron las mías mientras trazábamos a Casiopea, cómo me hizo correrme contra este mismo telescopio mientras las estrellas observaban.

—Soy adicta a mi propia jaula —susurro a las estrellas, y la verdad quema peor que cualquier mentira.

Mi coño palpita de vacío, mi cuerpo reconoce lo que mi mente combate. Que ahora soy biológicamente adicta a él, que cada célula

ha sido reescrita para anhelar su tacto. El pensamiento me humedece de vergüenza y necesidad a partes iguales.

Empaco el telescopio con cuidado, dejando atrás el voluminoso soporte. En lo que sea que me convierta, conservaré este pedazo de nosotros.

La voz de Sofia atraviesa la oscuridad como una cuchilla, su silueta aparece en la entrada de la azotea. Se ve diferente. Más dura, más fría, la dulzura que usa como armadura completamente ausente. Esta noche lleva el pelo recogido en un moño severo, los ojos delineados con kohl y brillando con determinación. Parece que la vertieron en su vestido negro y luego la dejaron enfriar en el congelador, cada curva afilada hasta un borde letal.

—Has elegido la noche perfecta para huir —dice, con voz plana.

Avanza, los tacones de aguja acentuando cada sílaba con un clic que resuena en el cristal y la piedra. Su perfume la precede: algo agudo, resinoso, sin pizca de dulzura. No se detiene hasta que está lo suficientemente cerca como para ver que me tiemblan las manos.

Por un segundo caliente e idiota pienso que tal vez está aquí para ayudarme, o al menos para advertirme, o para decirme que no es tan desesperado como parece. Tal vez me va a meter en su auto y me va a sacar de la ciudad.

—¿Te llevo la maleta, *cara*? —El frío de la sonrisa de Sofia podría congelar el infierno—. O la tiramos desde la azotea y ya.

Quiero decir algo ingenioso, algo que la ponga en su lugar, pero lo único que se me ocurre es cómo su rímel nunca se ha corrido y cómo el mío probablemente me corre por las mejillas como alquitrán.

—¿Cómo supiste que estaba…?

Me interrumpe con un movimiento de su dedo. —Frances Hewson viene a cenar con nosotros. —Lo dice como si estuviera anunciando la llegada de un cargamento de caviar, o una nueva obra de arte para el vestíbulo—. Alessandro estará ocupado. Eres libre de irte. —Sus ojos me recorren con un desdén clínico—. ¿A menos que prefieras quedarte y verlo cambiar una esposa por otra?

Un sonido brota de mi garganta, pero no es una palabra. Intento de nuevo:

—Mientes.

Sale inseguro, una protesta infantil.

Sofia se inclina, su aliento caliente y con olor a vodka contra mi oído. —Cariño, ¿crees que eres la primera mujer en enamorarse de

él? Ha tenido mil esposas. Tú solo eres la que pensó que los papeles importaban. —Se endereza, sacudiendo polvo invisible de su manga —. Aterrizó en el JFK hace una hora. Ya hay un lugar para ella en la mesa. Deberías haber empacado más ligero.

El mundo se inclina. Me aferro al soporte del telescopio para mantenerme en pie, el latón caliente contra mis palmas.

Alessandro se casó conmigo pensando que yo era Frances Hewson. Cuando descubrió la verdad, cuando la mentira se consumió en el calor de su obsesión, no montó en cólera ni me abandonó. Simplemente miró fijamente la cosa fea que soy y dijo: «Te amo de todos modos».

Esas palabras deberían haberme sanado. No lo hicieron. Fueron un cuchillo, arrancando la última carne blanda, dejando solo cicatriz y hueso donde antes había una chica. Me dije a mí misma que no importaba que fuera un fraude, que el cuerpo que él adoraba y la mente que intentaba doblegar pertenecían a una chica que nunca existió. Me permití creer que era suficiente ser amada por un hombre como él, ser necesaria incluso si nunca fui real.

Pero ahora, la verdadera Frances Hewson está aquí. La verdadera heredera, la chica perdida que siempre se suponía que debía ser suya. Esta noche, ella estará en el comedor, con la espalda recta, el pelo arreglado, cada parte de ella diseñada para ser devorada y exhibida ante el mundo. Me imagino a Alessandro doblando una servilleta de lino para ella, sirviendo vino con esas manos firmes que siempre huelen a aceite de pistola y jabón caro. Me imagino su voz, nítida y brillante, rebotando en el mármol y el cristal.

¿Qué pasará conmigo ahora? ¿Qué propósito tiene una falsificación cuando el original está de nuevo en circulación? La idea debería darme ganas de vomitar, pero lo único que hace es ahuecarme aún más. Quiero odiar a Frances, pero no puedo. Fue robada, igual que yo, igual que Tommy. Ella nunca pidió esta vida, y probablemente esté más perdida que yo.

Podría huir. La idea surge tan fácilmente, tan naturalmente, que se siente como un acto reflejo. Podría tomar el telescopio, la maleta y desaparecer antes del amanecer. Siempre hay ciudades donde una chica como yo puede empezar de nuevo, donde a nadie le importa quién solías ser.

Pero sé que no lo haré. El impulso de huir es viejo, pero no es tan fuerte como el nuevo impulso: quedarme, llegar hasta el final,

enfrentar las consecuencias como una mujer en lugar de una pequeña nada asustada. Se lo debo a Alessandro, incluso si está a punto de elegir a alguien mejor. Se lo debo a la familia.

Sobre todo, se lo debo a Alex. Le debo un ajuste de cuentas, por más feo e inútil que sea.

No puedo huir de esto. No puedo huir de mis propias mentiras, no puedo irme sin mirar a Marco, Valentina, Dante, Ana y Nico a la cara y decirles que lo siento. Incluso a Luca y Faith. Puedo ver sus rostros ahora, cada uno con un matiz diferente de decepción: el juicio estoico de Marco, el desdén silencioso de Valentina, la confusión abierta de Dante, el asco frágil de Ana, la mirada silenciosa y herida de Nico. Faith, al menos, me miraría con lástima, pero Luca le impediría demostrarlo.

Quiero decirles que lo hice por Tommy, por mí, por supervivencia, pero ninguna de esas razones importaría. No importaría que los quisiera, que lo quisiera a él, que me esforzara tanto por merecer algo de esto.

Quiero gritar, o romper algo, o tirarme de la azotea y ver si reboto. Pero en lugar de eso, me quedo aquí, respirando el aire húmedo, sintiendo cómo mi cuerpo se rompe en pedazos cada vez más pequeños hasta que no soy más que espasmos y dolor. No creo que quede lo suficiente de mí para que alguien me ame, ni siquiera un hombre como Alessandro.

Me digo a mí misma que volveré adentro, enfrentaré la cena, dejaré que me bote con dignidad. Mantendré la cabeza en alto, aunque sienta que se equilibra sobre una aguja. Lo haré por la chica que solía ser, y por Tommy, y por el hombre que me amó cuando no era más que una mentira.

—Para mañana —continúa Sofia, acercándose—. La verdadera Frances Hewson finalmente será parte de nuestra familia. ¿Y Alessandro? —Se ríe, el sonido como de cristales rotos—. Hará lo que los hombres Rosetti siempre hacen. Se quedará con lo que es útil y destruirá lo que no.

Me tambaleo, aferrándome al soporte de latón del telescopio como si fuera un salvavidas, imaginando las manos de Alex en las caderas de Frances.

—Huye o quédate —dice Sofia, dándose la vuelta para irse—. De cualquier manera, para mañana por la noche, la sirvienta estará

muerta. La única pregunta es si Alessandro apretará el gatillo él mismo.

Algo brilla en los ojos de Sofia, un destello hambriento que nunca antes había visto. Está disfrutando esto. Ha estado esperando esto.

—Nunca me engañaste, ¿sabes? —añade, deteniéndose en la puerta—. Sabía que no eras más que basura que Alessandro recogió. Solo lo dejé jugar contigo porque… —Agita la mano con desdén—. Bueno, los hombres tienen sus juguetes.

Las palabras cortan más profundo de lo que deberían. He oído cosas peores del propio Alessandro, en momentos en que su ira rompía su control. Pero la crueldad casual de Sofia se siente diferente. Definitiva.

—¿Él lo sabía? —susurro, la pregunta quemándome la garganta—. ¿Sabía que ella iba a volver?

La sonrisa de Sofia se ensancha. —¿Tú qué crees?

—Yo no lo hice.

Los ojos de Sofia se suavizan, solo un poco, y vislumbro un corazón tierno debajo de su elegante exterior, la hermana pequeña que solo quería proteger a su hermano mayor. —Si alguna vez lo amaste de verdad, lo dejarás ir ahora. Vete antes de que veas lo que pasa cuando no le queda otra opción.

Me deja allí, la puerta cerrándose con un clic tras ella. El aire nocturno se enfría a mi alrededor, las estrellas se vuelven borrosas mientras nuevas lágrimas llenan mis ojos.

Caigo de rodillas, la maleta volcándose a mi lado.

Debería irme. Pero mi cuerpo se niega a moverse.

Porque la verdad es que no quiero sobrevivir sin él.

Recojo mi maleta y el telescopio, dejando atrás el soporte. Mi decisión se forma con cada escalón que bajo, endureciéndose como acero en mis venas. No huiré. No me esconderé. Los enfrentaré a todos: a Alessandro, a la verdadera Frances Hewson, a toda la familia Rosetti.

Si voy a morir, moriré mirándolos a los ojos.

28 - Alessandro

Emma se sienta a mi diestra como una reina, pero no me mira a los ojos. Han pasado siete días desde que se tragó esas pastillas, desde que la encontré desangrándose en nuestro baño, y cada aliento que toma se siente prestado. La armadura de diseñador que lleva, una seda de zafiro que combina con el escudo de la familia Rosetti, no puede ocultar cómo sus manos todavía tiemblan cuando cree que no la estoy mirando.

La mesa de caoba se extiende entre nosotros y el resto de mi familia, las copas de cristal atrapando la luz de las velas, pero todo lo que veo es la forma en que evita mirarme. Una semana desde que intentó dejarme para siempre, y aunque su cuerpo ha sanado, la distancia entre nosotros se siente insuperable. Le mentí sobre Tommy, y nunca me lo perdonará.

—Los envíos del norte continúan según lo programado —dice Marco, cortando su ternera con movimientos precisos—. La integración de la tecnología de las patentes Hewson ha optimizado las operaciones en un treinta por ciento.

Los dedos de Emma se aprietan imperceptiblemente en su tenedor al mencionar a los Hewson. Alcanzo su muñeca por debajo de la mesa, mi pulgar encuentra el punto de su pulso, todavía demasiado rápido, todavía acelerado como el de un conejo, como lo ha estado toda la semana. Su piel quema contra la mía por medio latido antes de que se aparte y, joder, incluso su rechazo hace que se me revuelva la polla. Mi cuerpo no entiende que ella ya no quiere saber nada de mí.

—Números impresionantes —dice Dante con señas, mientras Ana traduce con fluidez para Valentina y Emma mientras se mece suavemente en su silla. La pequeña Antonia está arriba con una niñera—. La posición de la familia nunca ha sido más fuerte.

Sofia no ha tocado su comida. Sigue mirando hacia la puerta, jugueteando con su servilleta. —Es increíble —dice de repente, con

esa nota afilada en la voz de la que he aprendido a desconfiar— lo rápido que alguien puede adaptarse a una vida para la que no nació.

•

La mesa se queda en silencio. La barbilla de Emma se eleva ligeramente, la única señal de que escuchó la puya.

—Algunas personas —continúa Sofia, haciendo girar su copa de vino— realmente pertenecen a esta familia. Otras solo… interpretan el papel.

—Sofia —advierte Marco, pero ella ya se inclina hacia adelante, con sus ojos azules clavados en Emma.

—¿No crees, Frances? ¿Que pertenecer es algo más que solo llevar el vestido correcto?

Emma baja su tenedor deliberadamente. Cuando finalmente habla, su voz transmite la misma distancia fría que ha mantenido toda la semana. —Creo que la pertenencia se gana con lealtad. Con sacrificio. Eligiendo quedarse cuando irse sería más fácil.

Las palabras caen con dureza. Se queda, sí, pero solo porque la tengo atrapada. Porque le mentí sobre Tommy, la manipulé para que dependiera de mí.

—Qué filosófica —dice Sofia, pero hay algo nervioso en su risa—. Supongo que todos descubriremos quién pertenece de verdad muy pronto.

Antes de que pueda exigirle qué quiere decir, suena el timbre.

La sonrisa de Sofia se ensancha. —Justo a tiempo. He invitado a alguien especial esta noche.

—¿Qué hiciste? —La voz de Marco podría helar la sangre, pero Sofia ya está de pie, alisando su vestido de seda color crema.

—Protegí a esta familia —dice, moviéndose hacia la entrada del comedor—. De un fraude peligroso.

La casa se siente extraña, demasiado silenciosa a excepción de nuestras voces. ¿Dónde están los sonidos habituales? ¿Los pasos de los guardias, el personal de la cocina limpiando? Siento un cosquilleo en la nuca, la misma alerta que me ha mantenido con vida todo este tiempo.

Mi mano encuentra mi pistola antes de que lo piense conscientemente, pero los dedos de Emma se cierran sobre los míos bajo la mesa.

Las puertas del comedor se abren, y Frances Hewson entra como si fuera la dueña del lugar.

La verdadera Frances Hewson.

Es inquietantemente similar a Emma, misma altura, misma complexión, pero hay algo más duro en sus facciones, una fragilidad que proviene de tener demasiado dinero y muy poco calor humano. El parecido que una vez engañó a todos ahora parece una broma cruel. Su sonrisa es puro diente mientras su mirada se posa en Emma.

—¿De verdad pensaste —dice Frances, con la voz cargada de desprecio— que podías reemplazarme con una sirvienta y nadie se daría cuenta? Todas estas semanas viendo a la servidumbre usar mi nombre como un disfraz.

El caos se desata en la habitación. Dante se pone de pie, haciendo señas rápidamente. La mano de Nico va a su arma. Marco no se ha movido, pero la temperatura a su alrededor baja diez grados.

Emma se pone de pie lentamente, y por primera vez en toda la semana, me mira directamente. En sus ojos, veo que lo entiende todo: Sofia ha traído a Frances aquí. Mi propia hermana orquestó esto.

El triunfo de Sofia vacila, algo anda mal. Frances vino sola. ¿Dónde está su escolta?

—Una sirvienta —dice Emma, y hay algo casi divertido en su tono —. Sí, lo era. Fregaba suelos en casas como esta. Aprendí a ser invisible. Aprendí a sobrevivir a cosas que quebrarían a alguien como tú.

—¡Lo admitiste! —grita Sofia, el triunfo y la confusión luchando en su voz—. ¿Ven? ¡Ha estado mintiendo todo este tiempo! ¡Su identidad es completamente falsa, no es Frances, no es nadie!

—Su nombre es Emma —digo, poniéndome de pie, interponiéndome parcialmente entre mi esposa y la mujer cuyo nombre llevaba—. Emma Rosetti. Y es más de la familia de lo que tú has demostrado ser esta noche, hermana.

El ceño de Sofia se frunce, su perfecta compostura flaquea en confusión ante mi respuesta. Pensó que no lo sabía.

Frances se ríe, un sonido tan agudo como un cristal al romperse. —Qué conmovedor. El gran Alessandro Rosetti, engañado por una sirvienta. Esperen a que las otras familias se enteren de esto. Los Rosetti, engañados por una criada jugando a disfrazarse.

—Tienes razón —dice Emma, colocándose a mi lado en lugar de detrás—. La verdad ha salido a la luz. No soy Frances Hewson. Nunca quise serlo. Tu nombre solo era un yugo que tu madre me obligó a llevar.

—¿Quieres saber la parte realmente divertida? —Frances saca su teléfono, tecleando rápidamente—. Esto ya ni siquiera se trata de exponer tu falso matrimonio.

Las ventanas del comedor estallan hacia adentro.

Los rusos entran a raudales, una docena completa, con tatuajes de la Bratva visibles en sus cuellos. El escudo de la familia Volkov. Nico reacciona primero, lanzándose a proteger a Ana, mientras Luca empuja a su esposa embarazada, Faith, debajo de la mesa.

—¿Qué hiciste? —le grita Sofia a Frances, toda su arrogancia evaporándose en horror.

Frances se ríe, pero ahora hay confusión en su risa. Un hombre atraviesa el marco de la ventana destrozada con una gracia depredadora. Más joven de lo esperado, quizás en la treintena, con unos ojos pálidos que reflejan el invierno de Moscú. El escudo de la familia Volkov brilla en sus gemelos, pero es la violencia controlada en sus movimientos lo que lo marca como peligroso.

—La chica Hewson nos contactó después de que escapó de su boda —dice, con un acento casi imperceptible, cultivado para pasar desapercibido—. Pensó que estaba contratando mercenarios para su pequeña venganza. Nunca se dio cuenta de que estaba audicionando para una obra mucho más antigua.

—Me prometiste un pasaje seguro a Moscú —dice Frances, la incertidumbre colándose en su voz—. Yo te ayudo a eliminar al liderazgo de ambas familias y desaparezco con…

—Desaparecerás, sí —dice el hombre con frialdad—. Solo que no a Moscú. Pero primero, cumplirás tu propósito. Empieza con Alessandro. Él es quien te humilló casándose con una impostora.

Sus ojos pálidos encuentran a Sofia, y algo cambia en su expresión. Más frío. Concentrado. —Hola, Sofia.

Sofia retrocede tropezando, su rostro perdiendo todo color. —No… La voz en el teléfono, dijiste que eras calabrés. Dijiste que tenías pruebas de que Emma era una amenaza para la familia.

—Tus mensajes de voz fueron muy útiles, pequeña Rosetti. —Su sonrisa es escarcha de invierno—. Tan preocupada por la seguridad de tu hermano. Tan ansiosa por creer que una familia calabresa te

ayudaría a exponer un «fraude». ¿De verdad pensaste que ese acento era real? Llevo practicándolo desde que tenía quince años. Desde la noche en que mi hermano no volvió a casa.

—¿Hermano? —la voz de Marco atraviesa el caos, la comprensión comenzando a amanecer.

El ruso saca una fotografía, envejecida y arrugada. Una joven Sofia y un joven, jugando en un jardín. —Mikhail Volkov. Escribió sobre ti en su diario. «Sofia me enseñó una nueva palabra hoy. Sofia compartió su almuerzo». Garabatos infantiles de un chico enamorado. —Su voz nunca cambia de tono, lo que lo hace peor—. Luego le contaste a tu familia sobre el chico ruso que te seguía por todas partes, y Luca Rosetti se presentó.

Las rodillas de Sofia se doblan. —No, eso nunca pasó. —Niega con la cabeza, confundida—. Yo... ¡Yo solo era una niña! Pensé...

—También Mikhail. Apenas dieciocho años. —Los ojos del hombre nunca abandonan su rostro.

—Eres Alexei Volkov —dice Marco, las piezas encajando—. El hijo menor de Viktor.

—El único hijo ahora —confirma Alexei—. Once años he esperado. Once años he estudiado a su familia. Sus hábitos. Sus debilidades. Y la culpa de Sofia... —se acerca—, la culpa de Sofia. Tan fácil de manipular. Unas cuantas llamadas, el acento correcto, algo de información interna, y ella misma abrió la puerta. Otra vez.

—¡No sabía que eras tú! —grita Sofia, ahora con verdadero terror —. Nunca lo habría...

—¿Nunca habrías hecho qué? ¿Traicionar a tu familia? Pero se te da tan bien. Primero nos llevaste a esa casa de seguridad hace tantos años. Ahora nos has invitado a cenar.

Frances todavía tiene el arma levantada, temblando ahora, confundida por cómo ha cambiado la situación. —¿Vamos a hacer esto o no?

Alexei ni siquiera la mira. —Adelante. Dispárale. Ese siempre fue tu propósito aquí.

Frances apunta el arma directamente a mi pecho, el cañón vacilante pero mortal. —Para que conste —dice—, se suponía que esto era solo por el dinero.

Veo a Emma moverse por el rabillo del ojo. Veo su decisión en la postura de sus hombros. —No...

El disparo resuena en medio del caos.

Pero sigo de pie.

Emma no.

El cuerpo de Emma cae al suelo con un sonido que me atormentará para siempre. La sangre se extiende por su vestido blanco, formando un charco en el suelo de caoba bajo ella. Recibió la bala destinada a mí, se arrojó a su trayectoria.

Algo se quiebra en mi pecho, de hecho lo oigo, como una costilla cediendo. El control que he mantenido durante veintisiete años se hace añicos por completo. Mis manos tiemblan por primera vez desde que tenía catorce años, desde la noche en que murió nuestro padre.

—¡No! —La palabra se desgarra de mi garganta mientras caigo a su lado, presionando mis manos contra la herida en su pecho. Tanta sangre. Demasiada sangre. La pólvora se mezcla con su perfume de jazmín, creando algo que me atormentará para siempre.

Frances permanece congelada, con el arma todavía levantada, la conmoción reemplazando su triunfo anterior. Esa es toda la oportunidad que necesito. Mi pistola está en mi mano y disparando antes de que lo piense conscientemente. Tres disparos, al centro del torso. Frances Hewson se desploma como papel, su expresión sigue siendo de sorpresa mientras la muerte se la lleva.

La habitación explota en violencia. Marco y Nico se mueven en perfecta sincronización, derribando rusos con una eficiencia brutal. Dante protege a Ana mientras devuelve el fuego.

No puedo apartar la vista de Emma, pero por el rabillo del ojo veo a Sofia moverse: seda sobre acero, su cuchilla encontrando objetivos con precisión Rosetti, su vestido de noche no obstaculiza la forma precisa en que maneja la hoja. Derriba a dos rusos con una eficiencia que le recuerda a todos que es una Rosetti, no solo decoración, y luego cae a nuestro lado, tratando de ayudar a detener la hemorragia de Emma.

—¡No lo sabía! —solloza Sofia, presionando su pañuelo de seda contra la herida junto a mis manos—. ¡Pensé que te estaba protegiendo! ¡Pensé…!

—¡Cállate y ayúdame! —gruño.

Los rusos comienzan su retirada a medida que llegan más soldados Rosetti. Pero Alexei no corre. Camina con calma a través del caos hasta donde estamos arrodillados en la sangre de Emma.

Sofia lo mira, con el rímel corriéndole por la cara, y él extiende la mano para tocarle la mejilla con un dedo.

Ella se estremece, pero él captura un mechón de su cabello, enrollándolo alrededor de su dedo antes de apartarse.

—Diez años he esperado —dice en voz baja, solo para ella—. Tu deuda vence pronto, Sofia. Una vida por una vida. Y siempre cobro lo que se me debe.

—¡Médico! —grita Marco—. ¡Necesitamos un médico ahora!

Alexei retrocede, haciendo una seña a sus hombres. —Esto no ha terminado. El verdadero espectáculo ni siquiera ha comenzado. —Sus ojos se encuentran con los de Sofia una última vez—. Tienes algo que me pertenece. Vendré a recogerlo.

Luego se van, fundiéndose en la noche mientras las sirenas aúllan a lo lejos. Pero solo puedo concentrarme en el rostro pálido de Emma, sus ojos cerrándose con un aleteo, su respiración demasiado superficial.

—¿Por qué? —susurro, acunando su cabeza en mi regazo mientras Sofia mantiene la presión sobre la herida—. ¿Por qué me salvarías después de todo lo que hice?

Su mano encuentra la mía, su agarre débil pero decidido. Logra decir dos palabras antes de que la inconsciencia se la lleve: —Mi elección.

—No te atrevas a dejarme, *stellina*. —Mi voz se quiebra en su apodo—. No te atrevas, joder.

La sangre sigue fluyendo, empapándolo todo. Sofia está arrodillada en ella, susurrando disculpas que no significan nada si Emma muere. —La maté —repite—. Yo los traje aquí. Pensé que te estaba protegiendo y la maté.

—No está muerta —gruño, pero los ojos de Emma se han cerrado —. ¡No está jodidamente muerta!

El equipo médico irrumpe por la puerta, pero no puedo soltarla. Tienen que arrancármela de los brazos, y cuando lo hacen, veo el alcance total de la pérdida de sangre. El suelo parece un matadero.

Mientras trabajan en ella, lo único que puedo pensar es que ella eligió esto. Después de todo, mis mentiras, mis manipulaciones, mantenerla alejada de su hermano, aun así eligió salvarme.

Y en algún lugar de la noche, Alexei Volkov está planeando su próximo movimiento, con la deuda de Sofia pendiendo sobre todos nosotros como una cuchilla a punto de caer.

Si Emma muere, pintaré el mundo de rojo con sangre de los Volkov.

Pero tiene que vivir. Tiene que vivir, joder, para que pueda pasar una eternidad arreglando esto.

29 - Emma

—Esto es tuyo. —Alex desliza un sobre manila por su escritorio de caoba, y sus manos tiemblan ligeramente al soltarlo.

El peso se siente extraño, demasiado para ser solo papel. Me palpita el hombro donde la bala lo atravesó ayer; la herida sigue en carne viva a pesar de que Alex la curó con cuidado. El analgésico hace que todo parezca distante, como en un sueño, mientras alargo mi mano buena para tomar el sobre. Alex no me mira a los ojos, con la vista fija en sus nudillos en proceso de curación como si tuvieran las respuestas. Su colonia se ha desvanecido, reemplazada por algo más crudo: whisky, insomnio y el olor metálico del miedo que nunca antes había percibido en él.

El estudio se siente diferente a como se sentía hace una hora, cuando me llamó para que viniera. El complejo está inquietantemente silencioso. Marco se está encargando de las secuelas del tiroteo en la cena familiar, los otros hermanos se recuperan de las revelaciones de Sofia sobre mí. Alex insistió en que tuviéramos este momento a solas, lejos de las complicaciones familiares. Entonces, su voz tenía ese tono autoritario que conozco tan bien. Ahora está sentado detrás de su escritorio como un hombre que espera la ejecución, con los ojos verdes más oscuros que nunca.

Lo primero que se derrama cuando abro el broche es dinero en efectivo. Fajos ordenados de billetes de cien, más dinero del que he visto en mi vida. Me tiemblan los dedos al tocarlos, sintiendo su realidad. Luego, un pasaporte capta la luz y se me corta la respiración.

La foto es mía, tomada hace poco, pero el nombre dice Emma Pitt. Ni Frances Hewson. Ni Emma Rosetti. Solo Emma Pitt, como si me hubieran devuelto a quien era antes de que todo esto empezara.

—Hay suficiente dinero para un nuevo comienzo en cualquier parte —dice Alex, con la voz cuidadosamente neutra. Estudia los cortes de sus nudillos con intensa concentración, evitando mi mirada

—. El pasaporte es real. Completamente limpio, sin conexión con los Rosetti o los Hewson.

A continuación, mis dedos encuentran las llaves de un auto, sujetas a un llavero de Mercedes. El metal está caliente contra mi palma, macizo. Luego, el contrato de arrendamiento de un apartamento en Boston, pagado en su totalidad por dos años. Documentos bancarios que muestran una cuenta a nombre de Emma Pitt con suficientes ceros para que me dé vueltas la cabeza.

—Esto es… —me apago, incapaz de procesar lo que estoy viendo.

—Libertad —termina en voz baja—. Libertad de verdad, no la ilusión de ella.

El último objeto hace que se me congele la mano. Una nota manuscrita con la letra precisa de Alex: «El traslado de Tommy de prisión puede ser arreglado. Nueva identidad esperándolo. Guardias pagados para garantizar su seguridad hasta su liberación». Mi hermano, todavía atrapado, pero con una promesa de protección que nunca creí posible.

El peso de la elección me oprime el pecho. Como sirvienta, como esposa falsa, siempre tuve a alguien a quien culpar por mis circunstancias. Pero esto, elegir la libertad, sería decisión completamente mía. La responsabilidad de ello hace que mis manos tiemblen más que cualquier amenaza.

—Me estás dando todo —susurro, los papeles temblando en mi mano—. ¿Por qué?

Alex finalmente levanta la vista, y la crudeza de su expresión me deja sin aliento. No el hambre al que estoy acostumbrada, ni la posesión, sino algo vulnerable que me duele en el pecho.

—Porque nunca tuviste una opción real, *stellina*. —El apelativo cariñoso se le escapa, y hace una mueca—. Ni con las amenazas de los Hewson, ni cuando te reclamé en ese altar. Cada momento entre nosotros ha estado manchado por la coacción. —Aprieta la mandíbula—. Así que ahora eliges tú. Tómalo todo y desaparece. Empieza de nuevo, espera la liberación de Tommy en algún lugar donde nunca te encontraré. O… —Se detiene, incapaz de expresar la alternativa.

—O quedarme —termino por él.

—Solo si quieres. —Las palabras salen con esfuerzo—. Solo si Emma Pitt, no la mujer a la que obligué a ser mi esposa, realmente quiere esta vida. Me quiere a mí.

Estudio los documentos de nuevo, cada uno una llave a una puerta que creía soldada. Libertad real, no solo la promesa de ella. La capacidad de alejarme de todo: la violencia, las mentiras, el peligro constante de ser una Rosetti.

Incluso con la libertad en mis manos, mi cuerpo traicionero anhela su tacto. Mi coño se contrae al recordar sus manos, su boca, la forma en que me hace sentir poderosa incluso en la rendición.

—Alessandro Rosetti не cede el control —observo, mirándolo con atención—. Toma lo que quiere y nunca lo suelta.

Un músculo se contrae en su mandíbula. —A menos que lo que quiera sea a alguien que le corresponda. No porque tenga que hacerlo, sino porque elige hacerlo.

—¿Y si tomo todo esto y desaparezco? —lo pongo a prueba, necesitando entender cuán profundo es este gesto—. ¿Y si voy al FBI, expongo toda tu operación? ¿Les digo exactamente cómo los Rosetti trafican armas a través de esas rutas del norte?

Alex ni siquiera se inmuta. —Entonces hazlo.

—¿Me dejarías destruir a tu familia?

—Te dejaría hacer lo que necesites para ser libre. —Su voz permanece firme, aunque veo el esfuerzo que le cuesta—. Si quemar mi mundo te hace sentir completa de nuevo, entonces que arda.

La rendición total en sus palabras me golpea más fuerte que cualquier amenaza. Este hombre que ha construido su vida sobre el control, que manda a través de la violencia y el miedo, me está dando el poder de aniquilarlo.

Mi mano se extiende sobre el escritorio hacia la suya, necesitando sentir si es real, si este momento está sucediendo de verdad. Pero él se retira antes de que pueda hacer contacto, dejando caer las manos a su regazo.

—No lo hagas —dice bruscamente—. Si me tocas, podría influir en tu elección. Esto tiene que ser solo tuyo.

—¿Desde cuándo te importa la influencia? —La pregunta sale más cortante de lo que pretendía, pero algo en su rechazo me duele—. Has estado manipulando situaciones desde el día en que nos conocimos.

—Desde que me di cuenta de que te amo lo suficiente como para dejarte ir.

Las palabras penden entre nosotros como una cuchilla. Amor. Nunca lo había dicho a plena luz del día, solo cuando pensaba que

estaba dormida or demasiado perdida en el placer como para procesarlo por completo.

Me pongo de pie bruscamente, con los papeles apretados contra mi pecho con mi brazo bueno. El movimiento lo pone tenso, pero no se levanta, no intenta detenerme. Sus manos se aferran al borde de su escritorio con tanta fuerza que sus nudillos se ponen blancos, pero él permanece sentado, dándome todo el espacio que necesito.

—De verdad me dejarías ir —digo, moviéndome hacia la puerta—. ¿Después de todo lo que hemos pasado, todo lo que nos hemos vuelto el uno para el otro, simplemente me verías marchar?

—Si eso es lo que eliges. —Cada palabra suena como si se la estuvieran arrancando de la garganta—. Sí.

Alcanzo el picaporte de la puerta, el metal caliente contra mi palma se siente como un momento de verdad absoluta. Detrás de mí, Alex permanece congelado en su escritorio, un rey rindiendo su reino por algo más preciado que el poder.

Mis dedos se cierran alrededor del picaporte y oigo su brusca inspiración. Este es el momento: el momento en que Emma Pitt decide si seguir siendo Emma Rosetti o reclamar quién solía ser. El peso de la elección real, algo que no he tenido en tanto tiempo, hace que me flaqueen las rodillas.

—*Ti amo* —susurra Alex, tan bajo que casi no lo oigo.

Me quedo helada con la mano en el picaporte; esas palabras en italiano me detienen en seco. Lentamente, me doy la vuelta para mirarlo.

—Dilo en español. —Mi voz sale más dura de lo que pretendía, pero necesito oírlo con claridad, sin la protección de otro idioma—. Si lo dices en serio, dilo para que entienda cada palabra.

Alex se pone de pie lentamente, con movimientos cautelosos como si temiera asustarme. Pero no se acerca, solo permanece detrás de su escritorio, con las manos planas sobre la superficie de caoba.

—Te amo, Emma Pitt. —Hace una pausa, traga saliva con fuerza —. Sea cual sea el nombre que elijas, quienquiera que decidas ser, te amo lo suficiente como para dejarte ir.

Las palabras rompen algo dentro de mí. Este hombre que se desenvuelve en la violencia y la posesión, que nunca ha encontrado un problema que no pudiera resolver con fuerza o dinero, me está dando lo único que nadie me ha dado jamás: una elección genuina.

—Eso no es justo —susurro, con lágrimas amenazando con caer—. No puedes decir eso ahora.

—Es el único momento en que puedo decirlo. —Sus ojos verdes sostienen los míos a través de la habitación—. Cuando eres libre de irte. Cuando no puede ser otra cadena que te ate a mí.

Me doy la vuelta y salgo antes de que mi determinación se desmorone por completo. Mis pies me llevan por los pasillos de la mansión, pasando por los lugares donde hemos peleado, nos hemos besado y nos hemos descubierto. Las llaves del auto me queman en la mano cuando llego al garaje; el Mercedes que me da está esperando, con el tanque lleno, el GPS programado con rutas a cualquier lugar menos este.

El motor ronronea mientras atravieso las puertas del complejo. Nadie me detiene. Alex debe haberles dicho que me dejaran pasar. La ciudad se vuelve borrosa mientras recorro calles familiares, cada giro me aleja más de la vida que he construido como Emma Rosetti y me acerca a... ¿a qué? ¿La libertad? ¿O solo a otro tipo de prisión, una construida a base de huir en lugar de quedarse?

El letrero de «Saliendo de Chicago» se alza adelante, marcando los límites de la ciudad. Me detengo a un lado de la carretera, con el motor aún en marcha, mirando esas palabras que deberían sentirse como una liberación. Más allá de este punto, Emma Pitt podría desaparecer para siempre. Esperar la liberación de Tommy con el dinero que Alex me proporcionó, construir algo nuevo, algo seguro, algo sin sangre en sus cimientos.

El motor marcha en ralentí, el escape es visible en el cálido aire de la noche. La autopista se extiende por delante, prometiendo seguridad y aburrimiento a partes iguales. Detrás de mí, las luces de Chicago laten como un corazón. Como el latido de su corazón cuando presiono mi oído contra su pecho.

Me tiemblan las manos en el volante. Cada instinto de mis días de sirvienta grita que tome el dinero y huya. Pero esos instintos pertenecen a una chica que ya no existe. La mujer que Alessandro reveló, no, la mujer que me ayudó a descubrir, no huye de la oscuridad. La gobierna.

No quiero que me salven.

Ni de Alex, ni de la oscuridad que hemos encontrado juntos, ni de la mujer en la que me he convertido en sus brazos. Emma Pitt habría

tomado el dinero y huido. Frances Hewson nunca existió. Pero Emma Rosetti: ella es quien elijo ser, no a quien me obligaron a ser.

Doy la vuelta al auto.

El Mercedes responde al instante, llevándome de vuelta hacia la ciudad que casi me deja ir. Cada milla que me acerco se siente como volver a casa, no a un lugar, sino a una persona que de alguna manera se ha convertido en mi universo entero. El peso que me ha estado oprimiendo el pecho desde que me entregó ese sobre finalmente se levanta.

Para cuando llego al complejo, la oscuridad ha caído por completo. No voy a su estudio ni a nuestro dormitorio. Sé exactamente dónde estará Alessandro cuando su mundo se esté acabando: el único lugar que se ha vuelto nuestro y solo nuestro.

El observatorio de la azotea brilla suavemente en la noche, y ahí está él. No mirando el soporte vacío del telescopio, sino acostado bocarriba sobre nuestra manta, mirando al cielo.

—Regresaste. —Su voz no denota sorpresa, solo una silenciosa maravilla.

—Sí. —Me acuesto a su lado, cerca pero sin tocarlo.

—Dime por qué. —Gira la cabeza para mirarme, esos ojos verdes reflejando la luz de las estrellas—. Dime qué te hizo elegir esto en lugar de la libertad.

Señalo a Casiopea, trazando su distintiva forma de W contra la oscuridad. —¿Recuerdas lo que te conté sobre ella? ¿Castigada por vanidad, obligada a dar vueltas por el cielo para siempre?—Recuerdo todo lo que me has dicho.

—Me equivoqué sobre su castigo —continúo, encontrando a Perseo a continuación—. No está atrapada allá arriba. Está reinando. Cada noche, gobierna su porción del cielo, inmortal e intocable. Eso no es un castigo; es poder.

Alex permanece en silencio, dejándome procesar mis pensamientos.

—Emma Pitt era invisible —digo—. Frances Hewson era una mentira. ¿Pero Emma Rosetti? —Me giro para mirarlo de frente—. Ella es real. Es quien elijo ser. No porque alguien me obligara, me amenazara o me acorralara. Sino porque es en quien me convierto cuando estoy contigo. Alguien que ʜᴇ teme a la oscuridad porque ayuda a crearla.

—Emma —suspira, extendiendo la mano hacia mí, y luego se detiene.

—Ya puedes tocarme —susurro.

Su mano encuentra mi rostro con infinita delicadeza, el pulgar secando mis lágrimas. —Habría entendido si hubieras huido. Si hubieras esperado a Tommy en un lugar seguro.

—Seguro —río suavemente—. ¿Cuándo he elegido yo lo seguro? Me casé contigo, ¿no?Su propia risa retumba en su pecho. —Eso no fue realmente una elección al principio.

—No —concuerdo—. Pero cada día desde entonces lo ha sido. Cada vez que me quedé en lugar de intentar huir. Cada vez que te devolví el beso. Cada vez que elegí aprender tu mundo en lugar de esconderme de él. —Presiono mi palma sobre su corazón, sintiéndolo acelerarse bajo mi tacto.

Alex me atrae hacia él con una urgencia repentina, como si temiera que pudiera disolverme en polvo de estrellas si не me sujetaba con suficiente fuerza. —Esta vida, esta violencia, solo se volverá más oscura a partir de ahora.—Bien. —La palabra nos sorprende a ambos por su vehemencia—. Estoy cansada de ser inocente. De ser protegida. De ser la que necesita ser salvada. —Me echo hacia atrás para mirarlo a los ojos—. Terminé de ser la inocente, Alex. Cuando la oscuridad venga por nosotros, ya no me esconderé detrás de ti. Cuando la violencia sea necesaria, no apartaré la mirada.

—Por Dios, Emma. —Su voz baja a ese registro peligroso que solía aterrarme. Ahora solo hace que mi pulso se acelere con anticipación —. Ya no eres la chica que solías ser, ¿verdad?

—Sí lo soy —corrijo, trazando la cicatriz que atraviesa su ceja—. Finalmente me siento como yo misma.

Su boca se estrella contra la mía con un hambre desesperada. Saboreo su alivio, dulce y penetrante. Sus manos se enredan en mi cabello, tirando lo justo para hacerme jadear, recordándome que incluso en la rendición, él sigue siendo peligroso. Mi cuerpo responde al instante, presionándose contra él mientras el calor se acumula entre mis muslos. Mi cuerpo arde por su tacto como una adicción que nunca dejaré.

—Rosetti —gruñe contra mi garganta, y siento su verga endurecerse contra mi estómago.—Rosetti —concuerdo, y luego muerdo su labio inferior lo suficientemente fuerte como para sacarle sangre.Cuando nos separamos, ambos respirando con dificultad, las

estrellas giran sobre nuestras cabezas en su danza eterna. Perseo y Andrómeda, circulando para siempre, juntos para siempre, una historia de amor escrita con luz y sombra a través del universo.Giro deliberadamente mi anillo de bodas, el que una vez sentí como un grillete. Ahora se siente como una armadura, como poder, como una promesa del imperio que construiremos juntos. —Aunque técnicamente, supongo que sigo siendo Emma Pitt según ese pasaporte que me diste. Y ya que te casaste con una perra llamada Frances Hewson.—No por mucho tiempo —gruñe, atrayéndome de nuevo para otro beso—. Mañana anulamos el viejo matrimonio y lo hacemos real. Legal. Emma Rosetti en cada documento, cada cuenta, cada papel de la ciudad.Me río contra su boca, una risa oscura y libre. —Qué romántico. De verdad sabes cómo endulzarle el oído a una chica.

—Sé cómo endulzarle el oído a mi chica —corrige—. Siempre y únicamente mía.

30 - Alessandro

La fachada de piedra caliza de los Hewson se alza ante nosotros, toda de ángulos agudos y ornamentación excesiva: querubines y leones que compiten por atención como niños desesperados.

Las manijas doradas de las puertas atrapan la luz contra la mampostería de un blanco cegador; el jardín, tan inmaculadamente cuidado, que parece artificial, como el jardín de una casa de muñecas a escala humana.

Nuestros pasos suenan anormalmente silenciosos en el sendero de grava importada, cada crujido amortiguado como si el propio suelo buscara absorber cualquier sonido que pudiera perturbar la ilusión de perfección cuidadosamente construida.

El rostro de la señora Hewson aparece en el umbral, su expresión cambia de la molestia a la alarma al reconocernos. —No pueden simple… —empieza, intentando cerrar la puerta, pero la hago a un lado con el hombro y mi mano golpea la caoba con la fuerza suficiente para dejar las marcas de mis dedos en la madera.

—Señor Rosetti, esto es indignante —protesta el señor Hewson, saliendo de su estudio.

Ya estoy guiando a Emma a través de su vestíbulo de mármol hacia el salón de recepción formal, mis dedos posesivos en la parte baja de su espalda. El lugar apesta a abrillantador de limón. Alfombras persas, libros encuadernados en piel, una enorme chimenea de piedra que Emma probablemente pasó horas limpiando.

Los Hewson nos siguen, con sus voces agudas por la indignación, pero dirigen cada palabra hacia mí, tratando a Emma como si todavía fuera la sirvienta invisible que limpiaba su casa. La señora Hewson se coloca de modo que, literalmente, me tapa a Emma, dirigiéndose solo a mí como si mi esposa no existiera, como si pudiera borrar a la mujer que usó el nombre de su hija durante semanas.

La mano de Emma aprieta la mía. No es miedo, sino furia contenida por ser despreciada en la misma casa donde una vez restregó sus pisos. Siento cómo su espalda se endereza a mi lado. Inclina la cabeza ligeramente, el mismo cambio sutil que hago yo antes de la violencia, esa señal inconsciente que hace que la presa se dé cuenta de que ya está jodida.

—Se casó con la mujer equivocada —escupe la señora Hewson, abandonando toda pretensión de civilidad—. Frances regresó de Suiza, ahora está disponible para honrar nuestro acuerdo, y usted se ha atado a esta... a esta sustituta. —Su voz se eleva con cada palabra, la furia genuina resquebrajando su máscara de alta sociedad—. ¿Tiene idea de lo que le ha hecho a la reputación de nuestra familia? ¿Decirle al mundo que se casó con una sirvienta cuando Frances Hewson era la prometida?

Se acerca al escritorio de caoba y abre bruscamente un cajón para sacar un documento familiar. —Cláusula Catorce de su contrato matrimonial, señor Rosetti. —Su dedo apuñala el texto como si estuviera clavando un clavo—. En circunstancias excepcionales, la identidad de la novia puede ser sustituida por acuerdo de ambas familias. El novio permanece legalmente obligado a casarse con la novia contratada originalmente una vez que esté disponible. —La redacción del contrato se enrosca en mi garganta como un alambre. Cada palabra calculada para atraparnos, atestiguada y notariada por hombres a los que visitaré pronto con mi Glock—. Sigue obligado a casarse con Frances. La verdadera. Este matrimonio con su sirvienta no es más que un acuerdo temporal según el contrato que firmó.

El señor Hewson intenta tomar el contrato, y mi mano sale disparada, agarrándole la muñeca con la fuerza suficiente para que los huesos crujan. Él jadea, intentando zafarse, pero lo sujeto durante tres segundos. El tiempo suficiente para dejarle moretones, para dejar claro mi punto, antes de soltarlo.

—La Cláusula Catorce asume que el matrimonio original fue fraudulento —digo, con la voz mortalmente tranquila—. Pero Emma y yo consumamos nuestra unión ante testigos. Marco se aseguró de eso. Intente hacer cumplir las cláusulas de sustitución en un matrimonio consumado. A ver qué tan lejos llega en los tribunales. Suponiendo que llegue a los tribunales sano y salvo.

—Usted se divorciará de esta criatura inmediatamente —continúa la señora Hewson, negándose aún a mirar a Emma—, y se casará con

Frances como se acordó originalmente. De lo contrario, lo expondremos todo. Cómo el gran Alessandro Rosetti fue engañado por una sirvienta vestida con seda robada.

Emma da un paso al frente y algo cambia en su postura. —Es una amenaza fascinante —dice en voz baja, adoptando mi tono de violencia controlada—, viniendo de gente que ha estado falsificando sus impuestos desde 2018. —Las palabras caen agudas y repentinas. El rostro de la señora Hewson pierde el color mientras Emma continúa, cada revelación tan precisa como una cuchilla—. Tenía acceso a su estudio cuando limpiaba. He visto los documentos que creían que eran privados. Aquella conversación sobre mover dinero a través de la organización benéfica para niños fue particularmente memorable.

—No te atreverías —tartamudea el señor Hewson, acunando su muñeca amoratada, pero Emma ya está sacando documentos de su bolso. Fotocopias que debió haber hecho durante nuestra preparación esta mañana, secretos que ha estado guardando mentalmente.

—¿Creyeron que esas fotos que alguien les envió de mí restregando pisos les daban poder? —La voz de Emma tiene una oscuridad que hace que mi verga se crispe en reconocimiento. Ha aprendido mi lenguaje de violencia—. Cada hora de rodillas, estaba memorizando sus secretos. Las infidelidades, los sobornos, la sobredosis de su sobrino que le pagaron al Dr. Morrison para que la registrara como agotamiento. Años de porquería, todo recopilado por la chica invisible en la que confiaron para que limpiara sus desastres.

Desliza otro documento sobre el escritorio. —Pero este es mi favorito. ¿La patente tecnológica que han estado usando como palanca? Está basada en investigación robada a Industrias Yamamoto. Recuerdo los correos que vi, los planos originales que dejaron a la vista ese día.

El mayordomo, de pie en el umbral, esboza una sonrisa, claramente saboreando la destrucción de sus empleadores. Me mira y asiente levemente. La lealtad del personal ya ha cambiado.

—Esta es mi oferta —dice Emma, sacando un contrato simple—. Nos ceden la patente tecnológica completa a Industrias Rosetti. Retiran todas las reclamaciones sobre nuestro matrimonio. Se van de Chicago en cuarenta y ocho horas. O cada documento que recuerdo, cada secreto que presencié, se hará público esta noche. —No solo se

ha apoderado de su patente, sino de todo su futuro, y verla blandir estos secretos como armas hace que mi verga se tense contra mi cremallera, dura como una roca por la excitación ante su transformación.

El mayordomo da un paso al frente y habla por primera vez en mi presencia: —El personal ha estado esperando este día, señora Rosetti. —Enfatiza su título con satisfacción—. ¿Quizás los señores prefieran firmar en el estudio? ¿Para darles privacidad para... celebrar?

—Fuera —les digo a los Hewson, mi voz cargada de suficiente amenaza como para hacerlos retroceder a ambos—. Salgan de su propio salón. Ahora. —La señora Hewson abre la boca para protestar, pero doy un paso hacia ella, dejando que vea la violencia en mis ojos, y se apresura hacia la puerta, arrastrando a su marido con ella—. Tú también —le digo al mayordomo, quien hace una profunda reverencia a Emma, no a mí, y cierra las puertas con un clic decisivo. Oigo cómo gira la cerradura desde fuera. Nos está dando la habitación, asegurándose de que no nos molesten.

En el momento en que las puertas se cierran y estamos solos, pierdo toda contención. Mi sangre hierve. La violencia calculada del pequeño golpe de Estado de Emma, la forma en que hizo que esa gente poderosa se acobardara y se sometiera, me ha puesto tan duro que apenas puedo ver con claridad, y mucho menos pensar.

Se vuelve para mirarme, con los labios entreabiertos, los ojos salvajes y brillantes por las réplicas de lo que acaba de hacer. Verla así —Emma, mi esposa, la dócil sirvienta que una vez anduvo de puntillas por esta casa, ahora de pie en ella como su conquistadora— me hace querer destrozarla, poseerla, adorarla por el resto de mi vida.

La estrello contra mí, mi boca sobre la suya, hambrienta y posesiva. Sabe a adrenalina, a victoria, sus dientes rozando los míos. Gruño en lo profundo de mi garganta, incapaz de encontrar palabras para la necesidad que me desgarra. Sus manos ya están en mi cuello, arrancando botones, sin importarle si la camisa sobrevive. Sus uñas arañan mi pecho y le agarro las muñecas, sujetándoselas detrás de la espalda mientras la hago girar, llevándola hacia el enorme y antiguo sofá que domina el centro del salón de los Hewson. Es viejo, majestuoso, de esos que se importan de Europa a un costo demencial, tapizado en cuero verde oscuro, tachonado con remaches

de latón. Recuerdo que Emma una vez me dijo que pasó horas puliendo este mismo sofá hasta que los aceites le traspasaron los guantes y le hicieron arder los dedos durante días.

La inclino sobre el alto respaldo, sus manos abiertas y apoyadas contra el cuero. No se resiste, solo arquea la espalda y me mira, sus ojos desafiándome a tomar lo que es mío. La falda de su vestido se sube, dejando al descubierto sus muslos perfectos y pálidos.

—Esto es por cada vez que te ignoraron —gruño, con la voz áspera por el deseo.

Le subo el vestido hasta la cintura, arrugando la costosa tela sin piedad. Todavía lleva las pequeñas bragas de encaje que le elegí, las que se sonrojó al modelar para mí en la tienda. Se las arranco de un movimiento salvaje, la tela apenas resiste.

Mis dedos están sobre ella, dentro de ella, y está tan mojada que casi me vengo ahí mismo. Libero mi verga con manos temblorosas, el aire filtrado es frío, pero su calor me atrae como un horno.

—Por cada momento que fuiste invisible —gruño, alineándome y embistiéndola en una sola estocada brutal.

Ella grita, el sonido retumbando contra el mármol y el cristal, rebotando por la cavernosa habitación. El viejo sofá cruje ominosamente bajo la súbita violencia, pero no aflojo. La follo con fuerza, cada embestida una declaración, una nueva bandera plantada en un territorio que ahora es nuestro.

—Haz que oigan, *stellina* —exijo, mi mano se cierra en su pelo y tira de su cabeza hacia atrás para ver su rostro, con los labios rojos, húmedos y entreabiertos por la sorpresa—. Deja que escuchen. Deja que te recuerden cada vez que se sienten en esta jodida habitación.

La follo aún más fuerte, mis caderas golpeando su culo, el impacto enviando pequeñas ondas de choque por su columna vertebral. El sofá se mece peligrosamente, una antigüedad de valor incalculable reducida a un vulgar banco de polvo por nuestra necesidad.

—Estás… loco —jadea Emma, pero nada en su voz dice que no.

Sus dedos se clavan en el cuero, dejando medias lunas. Sus ojos se ponen en blanco cuando alcanzo el punto que la hace jadear, luego estremecerse, y su coño se aprieta con tanta fuerza que casi grito. Le encanta esto, la depravación, el poder. Cada vez que la follo así, algo en ella se abre. Un hambre oculta que iguala a la mía.

—Esto es lo que me haces —le digo, apenas capaz de formar las palabras—. Me arruinas, Emma.

Es la verdad. Estoy obsesionado, adicto, y no me importa si nunca me deja ir.

Se gira lo suficiente para mirarme por encima del hombro, con los ojos ardientes.

—Entonces no pares nunca.

Me lo lanza como un desafío, retándome a romperla, a romperme a mí, primero.

La embisto, una y otra vez, mis manos en su cintura, los dedos hundiéndose tan profundo que llevará mi agarre durante días. Cada estocada es una declaración, un recuerdo reescrito en músculo y hueso. El olor a sexo, a ella, se mezcla con el agrio aroma del viejo abrillantador de limón y el cuero. Quiero follarla hasta que desaparezca todo rastro de la propiedad de los Hewson, hasta que solo quede mi marca.

Ella se viene primero, por supuesto. Ahora siempre lo hace, los temblores comienzan en sus piernas antes de que siquiera se dé cuenta de que está sucediendo. Su grito es puro, honesto, arrancado de ella sin ningún artificio. Tiembla bajo mi cuerpo, sus manos resbalan en el cuero pulido, y la sujeto por la garganta, estabilizándola mientras convulsiona alrededor de mi verga.

Mi propio final llega segundos después, tan violento que veo todo blanco, mis caderas se sacuden incontrolablemente, derramando mi semilla en ella hasta que quedo vacío.

No me muevo, al principio. Me inclino sobre ella, jadeando, mi frente presionada contra la parte posterior de su cuello. Su piel está resbaladiza por el sudor, su pelo salvaje y enredado. Quiero morderla, marcarla, pero me conformo con besar la parte superior de su columna. Lentamente, me retiro, observando cómo mi semen se escurre por sus muslos, formando un charco obsceno en la invaluable alfombra persa de los Hewson. La imagen me hace desearla de nuevo, pero sé que no tenemos mucho tiempo. El personal volverá pronto, y la quiero vestida y serena antes de que el mundo derribe la puerta para ver lo que queda de nosotros.

Emma se deja caer en el sofá, con los ojos vidriosos de satisfacción. Me mira y la sonrisa que se dibuja en sus labios es astuta y salvaje. —Espero que te des cuenta de que los sirvientes

encontrarán esto mañana. Verán las manchas, olerán el sexo, sabrán exactamente lo que pasó aquí.

—Bien —digo, acomodándome la ropa y luego sentándome en el sofá a su lado.

—Contarán esta historia durante años. Cómo la sirvienta invisible se convirtió en la mujer que destruyó a los Hewson y luego se folló a su marido mafioso en sus muebles. —La oscuridad en su voz encaja perfectamente con la mía.

Me inclino hacia ella, mis labios rozando su oreja. —¿Crees que esto es una venganza, *stellina*? —Mi voz baja a un susurro peligroso —. Esto es solo práctica.

Se estremece a mi lado. —¿Práctica para qué?

—Los Hewson eran peones. Peones desesperados y estúpidos. Los rusos enviaron esas fotos. Sabían exactamente cuándo atacar, exactamente qué botones presionar. —Mis dientes rozan su cuello, sintiendo su pulso acelerarse bajo mis labios—. Y cuando los encontremos, cuando te muestre lo que les hacemos a los que de verdad intentaron separarnos…

Su respiración se corta cuando la giro para que me mire, observando sus mejillas sonrojadas, sus labios hinchados, la salvaje satisfacción en sus ojos.

—¿Cazaremos juntos? —pregunta, sabiendo ya la respuesta, anhelando ya la violencia que compartiremos.

—Cazaremos juntos —confirmo, atrapando su boca en un beso brutal que sabe a posesión y promesa—. Y, *stellina*, lo que acabamos de hacerles a los Hewson parecerá misericordia en comparación con lo que se avecina.

Su sonrisa contra mis labios es de pura depredadora, y mi verga se agita de nuevo a pesar de todo. Mi perfecta y peligrosa esposa. Ya no se esconde en las sombras, sino que las proyecta ella misma, lista para moldear el mundo que nos rodea.

31 - Emma

El lago Michigan se extiende interminable y azul, nada que ver con el turbio río Chicago, donde desaparecen los cuerpos. Han pasado tres semanas desde que recibí una bala por Alessandro y todavía me duele el pecho cuando respiro hondo, pero los médicos dicen que es normal. Lo que no es normal es que me inviten al yate de la familia Rosetti como yo misma: no Frances, no la sirvienta, solo Emma.

El *Serenità* se mece suavemente con el calor de julio. Son veintiún metros de impecable fibra de vidrio blanca y madera de teca; modesto para ser de multimillonarios, pero perfecto para una reunión familiar. Marco está al timón con Valentina, rodeándola con un brazo por la cintura mientras ella se ríe de algo que él le ha susurrado. Dante y Ana están acomodados en los bancos acolchados, con la pequeña Antonia durmiendo en brazos de Ana a pesar del ruido. Nico se encarga de la parrilla, discutiendo con Luca sobre las temperaturas adecuadas de la carne mientras Faith descansa en una silla de cubierta, con una mano sobre su panza de siete meses.

Y Sofia está sola junto a la barandilla, su vestido blanco de verano es azotado por el viento. No me ha mirado directamente desde aquella noche, pero está aquí. Eso significa algo.

—Deja de mirarla como si fuera a saltar —dice Alessandro, y su mano encuentra el hueco de mi espalda. El contacto todavía me recorre una corriente eléctrica, incluso después de todo.

—Lleva tres semanas evitándome.

—Ha estado evitando a todo el mundo. —Me da un beso en la sien, con cuidado de los moretones que se están desvaneciendo—. Dale tiempo.

Pero Sofia ya camina hacia nosotros, con dos copas de vino en sus manos bien cuidadas. Sus enormes lentes de sol le ocultan los ojos, pero su barbilla está levantada de esa manera tan distintiva de los Rosetti: orgullo incluso en la penitencia.

—Emma. —Me ofrece una de las copas—. Del bueno. El Château d'Yquem de 1947. Pensé que si voy a hacer esto, más vale que lo haga bien.

—¿Hacer qué? —Acepto el vino y noto que no le tiembla la mano. Una columna de acero, incluso ahora.

Se quita los lentes de sol y veo las sombras bajo sus ojos, el peso que ha estado cargando. —No soy de las que se arrastran. Pero tengo una deuda contigo que nunca podré pagar. —Toma un sorbo de vino, recomponiéndose—. Sangraste por mi error. Casi mueres porque yo era demasiado orgullosa para ver la verdad. Porque quería ser yo quien lo salvara.

—Estabas protegiendo a tu familia —digo.

—No. —Su risa es amarga—. Estaba protegiendo mi ego. Hay una diferencia. —Se baja el hombro del vestido, revelando un tatuaje reciente sobre la clavícula: una pequeña daga atravesando un corazón—. Me lo hice la semana pasada. Para no olvidar nunca lo que me costó mi orgullo.

La mano de Alessandro se aprieta en mi cintura. —Sofia…

—Necesito decir esto. —Me mira directamente ahora—. Yo traje a esos monstruos a nuestra puerta. Les di las llaves de nuestro reino porque estaba tan desesperada por demostrar que tú eras la enemiga, que me convertí en una yo misma. Recibiste una bala destinada a mi hermano después de todo lo que te hice. Eso te convierte en más familia de lo que yo he sido.

—Todos cometimos errores —dice Alessandro, y oigo la culpa en su voz—. Debería haberte dicho la verdad desde el principio. Sobre Emma. Sobre quién era realmente.

La sonrisa de Sofia es afilada y triste. —¿Habría escuchado? ¿O solo habría encontrado otra manera de demostrar mi valía? —Se toca la garganta, donde unos tenues moretones aún marcan su pelea con los rusos—. Nuestros secretos, hermano. Todos pagamos por ellos al final.

Sorbí mi vino, sintiendo el sol en mi piel y el suave balanceo del barco.

Alessandro es quien rompe el silencio.

—Para ser justos, Sofia, mi esposa tiene el talento de hacer que hasta la gente más observadora pase por alto lo obvio. Me tuvo convencido de que era aburrida durante casi tres horas enteras. Sigue siendo mi récord de haberme equivocado con alguien.

Sofia sonríe, genuina y brillante, y es como un segundo sol que resplandece.

—¡Basta de conversaciones pesadas! —grita Marco desde el timón —. Nico está a punto de quemar los filetes y no voy a comer carbón porque ustedes tres quieran tener una sesión de terapia.

La tensión se rompe y nos movemos hacia los demás. Luca le quita las pinzas a Nico con un asco exagerado. —Esto es lo que pasa cuando dejas que los niños se acerquen al fuego.

—Soy literalmente dos años menor que tú —protesta Nico.

—¿En experiencia? Eres un bebé. —Luca voltea los filetes con una precisión experta—. Faith, háblale de la preparación adecuada de la carne.

Faith ríe, frotándose el vientre. —Estoy embarazada de siete meses de tu engendro psicótico. No voy a meterme en medio de su extraña dinámica de hermanos.

Nos sentamos alrededor de la enorme mesa de la cubierta mientras el sol comienza su descenso hacia el horizonte, pintando el lago de oro y carmesí. Los filetes están perfectos; al parecer, las inquietantes tendencias de Luca se extienden a la precisión culinaria. La conversación fluye más fácil que en semanas, el agua abierta y el clima cálido aflojan algo que ha estado tenso desde el ataque.

Marco se pone de pie, levantando su copa. —Antes de comer, un brindis. —Sus ojos oscuros encuentran los míos—. Por Emma Rosetti. Que demostró que la familia no se trata de sangre o certificados de nacimiento. Se trata de elegir quedarse cuando irse sería más fácil. Se trata de recibir una bala por alguien que te mintió.

—Por Emma —añade Valentina—, que nos enseñó que la fuerza no siempre ruge.

Dante hace una seña y Ana traduce con una sonrisa: —Por la única mujer lo suficientemente valiente como para llamar a Alessandro idiota en su cara. Múltiples veces.

—Por alguien realmente interesante —dice Luca, con esa sonrisa desconcertante jugando en sus labios—. Te sorprendería lo aburrida que es la mayoría de la gente cuando realmente miras en su interior. Pero tú... tú estás llena de sorpresas.

Faith se estremece ligeramente ante las palabras de su marido, pero levanta su copa. —Por la mujer que me demostró que la fuerza viene en diferentes formas.

—Por una mejor puntería —añade Nico con un guiño—. La próxima vez, esquiva la bala en lugar de atraparla, ¿eh?

—Por mi hermana —dice Ana en voz baja, acomodando a Antonia contra su hombro—. Que entiende lo que significa luchar por tu lugar en esta mesa.

Sofia es la última. Se pone de pie, su copa atrapando la luz moribunda. —Por Emma. No Frances. No la sirvienta. Solo Emma. Que es más que suficiente. —Me mira a los ojos—. Que lo es todo.

Las palabras me golpean más fuerte de lo que podría hacerlo cualquier disculpa. Parpadeo para contener las lágrimas mientras todos bebemos, el vino añejo dulce y complejo en mi lengua.

—Ahora coman —ordena Marco—, antes de que Luca empiece a diseccionar la carne para mostrarnos la estructura muscular.

—Lo hice una sola vez —protesta Luca.

—En la cena de Navidad —le recuerda Faith—. Con el pavo. Mientras todos intentaban comer.

—La educación nunca es inapropiada —dice él, pero ya está cortando su filete con una precisión inquietante.

Mientras la conversación fluye a mi alrededor, observo a esta familia, mi familia, con nuevos ojos. Dante hace reír a Ana con bromas silenciosas que solo ella entiende. Marco le da a Valentina bocados de su filete cuando cree que nadie lo está mirando. Nico roba comida de los platos de todos con la confianza del eterno hermano menor. Incluso Luca parece casi normal, discutiendo nombres de bebé con Faith, aunque sus sugerencias se inclinan hacia envenenadores históricos.

—Camina conmigo —dice Faith de repente, apareciendo a mi lado mientras los demás debaten si Lucrezia o Agrippina es peor nombre para un bebé.

Nos movemos hacia la proa del yate, lejos del ruido. Se mueve con cuidado, con una mano sosteniendo su vientre y la otra agarrada a la barandilla. El sol ya casi se ha ido, el lago se ha vuelto de cobre líquido.

—Crecí creyendo en líneas claras —dice sin preámbulos—. El bien y el mal. Lo correcto y lo incorrecto. Mi padre era juez y me criaron en la iglesia. Todo era blanco o negro hasta que conocí a Luca.

—¿Y ahora?

Ella ríe, suave y comprensiva. —Ahora entiendo que la oscuridad no siempre es malvada, y la luz no siempre es buena. Las cosas que

Luca hace, las cosas que todos hacemos… son terribles. Pero se hacen por amor, por la familia, por la supervivencia. —Se vuelve para mirarme—. Sabías quién era Alessandro cuando lo salvaste. Conocías al monstruo y elegiste salvarlo de todos modos.

—Él no es un monstruo.

—Lo es —corrige ella suavemente—. Todos lo son. Todos lo somos ahora. Pero también somos otras cosas. Padres, hermanos, amantes. El truco no es fingir que la oscuridad no existe. Es aprender a vivir con ella sin dejar que consuma el resto.

—¿Cómo lo haces? ¿Amar a alguien capaz de tal violencia?

Su mano vuelve a su vientre, un gesto protector. —Recordando que su violencia nos mantiene a salvo. Aceptando que el mundo no es tan limpio como alguna vez creí. Eligiendo verlo todo de él, no solo las partes que son fáciles de amar. —Sonríe—. Y recordándole de vez en cuando que hay límites que ni siquiera los monstruos deberían cruzar.

—¿Se vuelve más fácil?

—No. Pero se vuelve más familiar. Y, con el tiempo, dejas de estremecerte cuando llega a casa con las manos manchadas de sangre. Solo le pasas una toalla y le preguntas si está herido.

El llanto de la pequeña Antonia atraviesa la cubierta, y nos volvemos hacia los demás. Alessandro la sostiene ahora, la diminuta bebé se ve increíblemente pequeña en sus brazos. Le está arrullando en italiano, completamente imperturbable por su alboroto, y algo en mi pecho se resquebraja ante la escena.

—Eso vale la oscuridad —dice Faith en voz baja—. Esos momentos. Esa familia.

Nos reunimos con el grupo mientras la noche se apodera por completo del lago. Unas luces de hadas colgadas alrededor de la cubierta del yate crean un cálido resplandor, y alguien ha sacado un altavoz que reproduce jazz suave. Ana y Dante se mecen juntos, con la cabeza de ella en el pecho de él, pareciendo comunicarse a través del movimiento. Marco y Valentina se han adueñado del banco acolchado, con las piernas de ella sobre su regazo mientras comparten una botella de vino.

—Sofe —dice Alessandro de repente, usando el apodo de la infancia que rara vez he oído—. Cuéntale a Emma la vez que intentaste escaparte para convertirte en piloto de Fórmula Uno.

—¡Tenía nueve años! —protesta Sofia, pero se está riendo—. Y lo habría logrado si no me hubieras localizado en la estación de tren.

—Tenías una maleta llena de animales de peluche y nada de dinero —añade Marco secamente—. ¿Adónde pensabas ir exactamente?

—A Mónaco, obviamente. ¿A dónde más iría una futura campeona de carreras?

Las historias fluyen: aventuras de la infancia, desastres familiares, momentos de inesperada ternura entre la violencia. Me están regalando su historia, entretejiéndome en su narrativa no como Frances, sino como yo misma. Sofia me cuenta sobre cómo le enseñó a un joven Mikhail palabras en italiano, y su voz solo se quiebra una vez. Nico comparte cómo Alessandro asumió la culpa por él cuando chocó el auto favorito de su padre. Incluso Luca contribuye, describiendo cómo Marco una vez se defendió de seis hombres para protegerlo, cuando Luca todavía era pequeño, extraño y vulnerable.

—Siempre fue raro —dice Marco, pero hay afecto en ello—. Pero era nuestro.

—Todavía lo soy —dice Luca, inclinando la cabeza en ese ángulo incorrecto—. Solo que con mejores habilidades con el cuchillo ahora.

El yate se mece suavemente mientras regresamos al puerto, con el horizonte de Chicago brillando en la distancia como una promesa o una amenaza. Estoy de pie en la barandilla, observando nuestra estela desaparecer en el agua oscura, cuando Alessandro me encuentra.

—¿Arrepentimientos? —pregunta, rodeándome con sus brazos por detrás.

—No. —Me apoyo en su calor—. Aquí es exactamente donde se supone que debo estar.

Se queda en silencio por un momento, luego: —Sofia va a estar bien. Sea lo que sea que los rusos tengan planeado, la protegeremos.

Pienso en los ojos pálidos de Alexei Volkov, en la forma en que miró a Sofia como si ya fuera suya. —Es más fuerte de lo que parece.

—Tendrá que serlo. —Su voz es sombría—. Pero esa es la guerra de mañana. Esta noche, solo somos una familia en un barco, pretendiendo ser normales.

—¿Es eso lo que estamos haciendo?

—Intentándolo. —Me gira en sus brazos y veo las luces de la ciudad reflejadas en sus ojos verdes—. Gracias. Por salvarme. Por quedarte. Por convertirte en Emma Rosetti incluso cuando te di todas las razones para huir.

—Alessandro…

—No más mentiras entre nosotros. Nunca. No más manipulaciones, no más verdades ocultas. Solo nosotros, tal como somos.

—Para siempre —añado.

Él se ríe y luego se inclina para besarme en los labios, murmurando en mi boca. —Probablemente debería mencionar que no hay devoluciones disponibles en este matrimonio. Has estado usando al marido durante varios meses, claramente ya pasó el plazo de devolución. Me temo que estás atrapada conmigo.

Detrás de nosotros, Nico ha comenzado una discusión sobre quién es el mejor tirador, lo que ha llevado a Valentina a demostrar lanzamientos de cuchillos usando grisines como blancos. Ana le está enseñando a Sofia una canción de cuna en italiano mientras Dante sostiene a Antonia. Marco los vigila a todos con la expresión satisfecha de un rey inspeccionando su reino. Faith y Luca se sientan aparte, ella leyéndole un libro de poesía renacentista, con la mano posesiva de él en su muslo.

—Vamos —le digo a Alessandro, tomando su mano—. Nuestra familia se está portando rara sin nosotros.

Mientras nos reunimos con ellos, Sofia toma mi mano y la aprieta una vez. Una promesa, una disculpa, una aceptación, todo en un solo gesto. El yate surca el agua oscura hacia casa, hacia lo que sea que venga después, y me doy cuenta de que no tengo miedo.

Los Rosetti me eligieron. Y lo que es más importante, yo los elegí a ellos.

Aun sabiendo lo que le espera a Sofia, qué sombras traerán los rusos a nuestra puerta, esta noche somos intocables. Esta noche, en este yate bajo las estrellas, solo somos una familia.

Mañana, volveremos a ser monstruos.

Pero esta noche, estamos en casa.

32 - Emma

El centro federal de liberación no se parece en nada a lo que imaginaba.

Esperaba concreto gris, alambre de navajas, guardias armados con ojos muertos. En cambio, Tommy atraviesa una simple puerta de metal hacia la luz del sol de la tarde, parpadeando como un topo que emerge de la tierra. Está más delgado de lo que recuerdo, con los hombros encorvados de una manera que me oprime el pecho, pero está vivo. Está libre. Está aquí.

La mano de Alessandro encuentra la parte baja de mi espalda, estabilizándome cuando mis rodillas amenazan con doblarse. —Ve —murmura contra mi oído—. Esperaré.

Corro antes de tomar la decisión consciente de moverme, mis tacones se hunden en el pasto, al diablo con el vestido de diseñador. Tommy me ve y se queda helado, su expresión pasa por la confusión, la incredulidad y algo que se parece aterradoramente a la esperanza.

—¿Em? —Su voz se quiebra en la única sílaba—. Emma, ¿de verdad eres…?

Me lanzo contra él con tanta fuerza que casi nos caemos los dos, mis brazos lo envuelven como si físicamente pudiera evitar que alguien se lo vuelva a llevar. Huele raro —a jabón de institución y aire viciado— pero por debajo, sigue siendo mi hermano. Sigue siendo el chico que me enseñó a encontrar a Orión desde nuestra escalera de incendios cuando el mundo se sentía demasiado grande y demasiado cruel.

—Lo siento —sollozo sobre su hombro, las palabras que he guardado durante meses por fin se liberan—. Lo siento mucho, Tommy. Lo que hice, las mentiras que dije, tú no sabes…

—Oye. —Sus manos toman mi cara, inclinándola hacia arriba como solía hacerlo cuando yo era pequeña y tenía miedo. Sus ojos son más viejos ahora, atormentados de formas que tardaré años en comprender, pero están claros. Presentes—. Lo que sea que hiciste, lo hiciste por mí. Lo sé. Siempre lo he sabido.

—No lo entiendes. —Me aparto, necesitando que me vea con claridad. Los diamantes en mi garganta. El anillo de bodas en mi dedo. La camioneta negra que espera detrás de nosotros con guardias armados y un príncipe de la mafia que ha matado por mí—. Me casé con alguien, Tommy. Me convertí en otra persona por completo. No soy… no soy la persona que recuerdas.

La mirada de Tommy viaja más allá de mí, hacia donde espera Alessandro, apoyado en el auto con esa quietud depredadora que solía aterrorizarme. Su expresión no cambia, pero lo veo catalogándolo todo: el traje caro, el arma apenas disimulada, la forma en que Alessandro me mira como si yo fuera la única estrella en su cielo.

—¿Es él? —pregunta Tommy en voz baja—. ¿El Rosetti?

—Sí.

—¿Y lo amas?

La pregunta debería ser complicada. Debería requerir una explicación, un contexto, un relato detallado de todo lo que ha sucedido desde que la señora Hewson me embutió en ese vestido de novia. En cambio, la respuesta surge simple y certera de algún lugar bajo mis costillas.

—Sí.

Tommy me estudia por un largo momento, y lo veo ver lo que Alessandro ve: no a la sirvienta que fregaba pisos, no a la novia aterrorizada que temblaba en el altar, sino a quien sea en que me he convertido en el espacio entre esas versiones de mí misma. Alguien que eligió la oscuridad y encontró la luz en ella.

—Te ves diferente —dice finalmente—. No un diferente malo. Solo… te ves como alguien que ya no tiene miedo.

La observación me golpea más fuerte de lo que esperaba. Pienso en todas las noches que pasé siendo invisible, en todos los años que pasé siendo insignificante, en todas las formas en que aprendí a desaparecer para que la gente como los Hewson no se fijara en mí. Tommy lo vio incluso entonces: el miedo que vivía en mis huesos como un segundo esqueleto.

—No lo tengo —admito—. Al menos no de las cosas que solían asustarme.

Alessandro se acerca entonces, sus pasos deliberados sobre la grava. Se detiene a una distancia respetuosa, con las manos a la vista, la postura abierta de una manera que nunca le he visto adoptar con

nadie fuera de nuestra familia. Está tratando de no parecer una amenaza. Por Tommy. Por mí.

—Señor Pitt. —La voz de Alessandro no tiene nada de su habitual dureza—. Soy Alessandro Rosetti. Su hermana me ha hablado mucho de usted.

La mandíbula de Tommy se tensa, sus instintos protectores luchan con la realidad de nuestra situación. —Y yo he oído mucho sobre usted. Nada bueno.

—La mayor parte probablemente sea cierto. —Alessandro no se inmuta ante la evaluación—. No fingiré ser algo que no soy. Pero puedo decirle esto: su hermana es la persona más importante en mi mundo. Su seguridad, su felicidad, su libertad… incendiaría Chicago hasta los cimientos por cualquiera de ellas.

—Libertad. —La risa de Tommy no tiene humor—. Qué ironía, viniendo del hombre que se casó con ella con falsos pretextos.

—Tommy… —empiezo, pero Alessandro levanta una mano.

—Tiene razón en sospechar. —Sus ojos se encuentran con los míos brevemente antes de volver a mi hermano—. Por eso le di a Emma todo lo que necesitaba para irse. Dinero, documentos, protección. Podría haber desaparecido, esperar su liberación en algún lugar donde nunca la encontraría. Ella eligió volver.

Tommy me mira, la pregunta clara en su expresión.

—Lo elegí a él —confirmo—. No porque tuviera que hacerlo. Porque quería hacerlo. Porque quienquiera que sea ahora —quienquiera en que me esté convirtiendo— esa persona existe gracias a él.

El silencio se alarga, lleno del canto de los pájaros, el tráfico distante y el peso de todo lo que hemos sobrevivido para llegar a este momento. Finalmente, Tommy exhala, la tensión desaparece de sus hombros.

—Está bien —dice en voz baja—. Está bien. Si tú elegiste esto, Em, entonces confío en ti. —Su mirada se afila sobre Alessandro—. Pero si alguna vez la lastimas…

—Entonces tendrá que hacer fila —interrumpe Alessandro, con algo casi parecido al respeto en su voz—. Detrás de Sofía, Marco, Dante, Nico, Luca y aproximadamente cuarenta guardias armados que la han adoptado como su Rosetti favorita. Su hermana inspira lealtad.

Tommy parpadea, claramente desconcertado por la respuesta. Luego, increíblemente, se ríe. Una risa real, oxidada por el desuso pero genuina. —Carajo, Em. Solo tú podrías caer en un matrimonio con la mafia y terminar dirigiendo el lugar.

—Yo no dirijo nada —protesto, pero la mano de Alessandro encuentra la mía, su pulgar traza la alianza de bodas que ya no se siente como un grillete.

—Dale tiempo —dice, y la promesa en su voz hace que mi pulso se acelere.

Llevamos a Tommy a su nuevo apartamento, un lugar que Alessandro arregló hace semanas, en un edificio con excelente seguridad y sin conexión ni con los Rosetti ni con los Hewson. Tendrá espacio para recuperarse, para reconstruir, para descubrir en quién quiere convertirse ahora que sobrevivir no es su única opción.

En la puerta, Tommy me abraza de nuevo, esta vez con más delicadeza.

—Las estrellas son diferentes adentro —murmura contra mi cabello—. La mayoría de las noches no podía verlas en absoluto. Solía cerrar los ojos e intentar recordar dónde estaba Orión, dónde estarían las Pléyades. Me mantuvo cuerdo.

Las lágrimas me queman los ojos. —Te compraré un telescopio. Uno de verdad. Podremos ver las Perseidas juntos el próximo verano.

—Me gustaría eso. —Se aparta, estudia mi cara una vez más—. De verdad eres diferente, Em. Más fuerte. Más intimidante, tal vez. —Una sombra de su antigua sonrisa aparece—. Pero sigues siendo mi hermana. Sigues siendo la niña que me mostró al Cazador cuando no podía dormir.

—Siempre —prometo.

Desaparece adentro, y me permito llorar de verdad por primera vez en meses. Alessandro no habla, solo me atrae contra su pecho y me sostiene mientras me desmorono y, lenta y dolorosamente, me reconstruyo.

Esa noche, nos casamos de nuevo.

No en una iglesia llena de extraños y alianzas políticas, sino en nuestra azotea, bajo estrellas que finalmente puedo nombrar sin estremecerme. Marco oficia —al parecer, tiene licencia, lo que parece un detalle extraño para un don de la mafia hasta que recuerdo que las familias criminales a menudo necesitan procesar documentos de forma rápida y discreta. Dante sirve como testigo, su garganta marcada por una cicatriz oculta por un cuello formal, sus ojos cálidos de una manera que nunca antes le había visto dirigida a mí.

Vuelvo a vestir de blanco, pero esta vez es un simple vestido lencero de seda que Alessandro eligió él mismo. Sin corsé, sin capas, sin armadura. Solo tela que susurra contra mi piel cuando el viento cambia.

—Emma Pitt —dice Alessandro, deslizando un nuevo anillo en mi dedo, no la esmeralda de antes, sino una banda de pequeños diamantes que atrapan la luz de las estrellas como constelaciones capturadas—. Te tomo como mi esposa. No por contratos, ni alianzas, ni venganza. Sino porque me mostraste que las estrellas son más interesantes que cualquier cosa que pudiera poseer, y que algunas cosas son mejores cuando las eliges libremente.

Sus votos son torpes, poco practicados de una manera que los hace perfectos. Este hombre que comanda ejércitos y orquesta la violencia por toda la ciudad tropieza con las palabras sobre el amor como un adolescente en su graduación. Abre una grieta en mi pecho, algo que ha estado esperando florecer desde la noche en que me abrazó durante una pesadilla y me llamó *cara* como si significara algo.

—Alessandro Rosetti —respondo, mi voz firme a pesar de las lágrimas en mis mejillas—. Te tomo como mi esposo. No porque tenga que sobrevivir, sino porque quiero vivir. No porque seas seguro —nunca serás seguro— sino porque el peligro se siente como un hogar cuando estás a mi lado. Me viste cuando era invisible y me hiciste la reina de tu mundo. Elijo eso. Te elijo a ti.

Marco nos declara marido y mujer con algo que podría ser emoción enronqueciendo su voz, y cuando Alessandro me besa, sabe a champán, a luz de estrellas y al comienzo de algo que estamos construyendo juntos, ladrillo a ladrillo manchado de sangre.

Más tarde, envueltos en mantas en nuestra azotea, los brazos de Alessandro se aprietan a mi alrededor mientras contemplamos el cielo. A lo lejos, Chicago se extiende y brilla, un reino de sombras y luces que gobernaremos juntos, no como la sirvienta y el playboy que iniciaron esta historia, sino como Emma y Alessandro Rosetti, unidos por la elección, la oscuridad y algo que se parece notablemente al amor.

Sobre nosotros, un meteoro surca el cielo. Cierro los ojos y pido un deseo que sé que se hará realidad.

Construyamos algo por lo que valga la pena morir.

Cuando los abro, Alessandro me está mirando con esa expresión que he llegado a reconocer: hambre, ternura y algo lo suficientemente feroz como para arrasar ciudades.

—¿Qué deseaste? —pregunta.

Me giro en sus brazos, presionando mis labios en el hueco de su garganta, donde su pulso se acelera contra mi boca. —No necesité desear nada —le digo—. Ya lo tengo.

Las estrellas giran sobre nosotros, indiferentes y eternas, mientras escribimos nuestra propia mitología en el cielo de Chicago.

33 - Epílogo: Sofia

La pesadilla es siempre la misma, excepto por las partes que no puedo recordar.

Sangre en los pisos de mármol. Gritos en un idioma que no debería entender, pero entiendo. La voz de un niño llamando a su hermano mientras los disparos retumban por pasillos que conozco como el latido de mi propio corazón. Pero cuando intento concentrarme en los detalles, aferrarme a lo que realmente sucedió esa noche hace once años, mi mente se queda en blanco. Como si alguien le hubiera pasado un borrador a mis recuerdos, dejando solo las emociones: terror, culpa y algo más. Algo peor.

Me despierto en mi suite del complejo Rosetti, con las sábanas empapadas de sudor y el sabor a cobre en la boca. Tres de la mañana. Siempre a las tres de la mañana, como si mi subconsciente tuviera una cita con el trauma.

Los somníferos están intactos en mi mesita de noche. Dejé de tomarlos hace two weeks, después de la cena en el yate. Si los recuerdos quieren volver, tengo que dejarlos. La familia cree que estoy manejando todo bien: el ataque ruso, la casi muerte de Emma, mi espectacular fallo de juicio. Me ven volver a mis rutinas, asistir a las cenas familiares, dirigir mi parte del negocio con la típica eficiencia Rosetti.

No me ven a las tres de la mañana, de pie junto a mis ventanas que dan a los jardines del complejo, observando a los guardias patrullar mientras mi mente se desgarra intentando recordar lo que he olvidado.

Me pongo una bata de seda y voy al pequeño despacho contiguo a mi suite. El espacio está inmaculado, todo en su sitio, controlado. A diferencia de mi mente. La laptop se abre en los archivos encriptados que he estado recopilando desde hace two weeks. Todo lo que puedo encontrar sobre la familia Volkov. Sobre Mikhail. Sobre Alexei.

Su fotografía llena la pantalla, extraída de una grabación de seguridad de uno de nuestros almacenes. Esos ojos pálidos que me

miraron como si pudieran ver a través de la piel y los huesos hasta lo que sea que me oculto a mí misma. En la foto, está en medio de una conversación con uno de sus hombres, pero hay algo en su postura, en la forma en que se comporta, que grita depredador.

Cruzo los manifiestos de envío con sus apariciones conocidas. Lleva meses, quizá años, merodeándonos. Paciente. Estratégico. Casi como si hubiera estado esperando el momento perfecto para atacar. Reconozco la técnica; es exactamente lo que yo haría.

«Tu deuda vence pronto, Sofia».

Toco la pantalla donde está su rostro, recordando la sensación de su dedo en mi mejilla, cómo enredó mi cabello en su dedo como si ya estuviera reclamando su propiedad. Debería estar aterrorizada. Lo estoy. Pero también hay algo más, algo que acelera mi pulso por razones que no tienen nada que ver with fear.

Mi teléfono vibra. Marco, porque por supuesto que mi hermano también está despierto a las three AM.

Marco: *Te oí moverte. ¿Estás bien?*

Los muros de este complejo no le ocultan nada. Probablemente supo que estaba despierta antes que yo.

Yo: *Bien. No podía dormir.*

Marco: *Ven a mi estudio.*

No es una petición. Cierro los archivos encriptados y recorro los pasillos familiares. El complejo de noche se siente diferente; más fortaleza que hogar. Cada sombra podría esconder una amenaza, cada esquina podría ocultar un enemigo. O quizá solo es mi paranoia la que habla.

La puerta del estudio de Marco está abierta. Está de pie junto a su ventana, con un vaso de whisky en la mano, todavía con el traje de ayer. ¿O ya es de hoy?

—Has estado investigando a los rusos —dice sin darse la vuelta. No es una pregunta.

—Necesito entender.

—No, lo que necesitas es protección —se gira entonces y veo el agotamiento en sus ojos—. Vamos a duplicar tu seguridad. No irás a ninguna parte sin…

—Eso no lo detendrá.

—Lo hará si le meto una bala en la cabeza primero.

—Marco…

—Te amenazó, Sofia. En nuestra casa. Dejó claro que viene por ti —su voz baja a ese registro peligroso que hace que hombres hechos y derechos se orinen en los pantalones—. Eso es una declaración de guerra.

Me hundo en una de sus sillas de cuero, de repente agotada. —¿Y si no es una amenaza? ¿Y si es… justicia?

Su vaso golpea el escritorio con la fuerza suficiente para resquebrajarlo. —¿Justicia? ¿Por qué? ¿Por ser una niña que le mencionó un amigo a su familia?

—Hice que mataran a Mikhail.

—Luca mató a Mikhail. Durante un ataque que los rusos iniciaron —pero ni siquiera Marco suena del todo convencido. Todos sabemos que faltan piezas de esa noche, cosas de las que ninguno de nosotros habla.

—Hay algo que no recuerdo —le digo, las palabras brotando de mí —. Algo importante sobre esa noche. Sobre lo de antes. Tengo estos fragmentos: imágenes, palabras en ruso que no debería saber, esta sensación de que he olvidado algo crucial.

Marco se acerca a mí, arrodillándose para que estemos a la altura de los ojos. Mi hermano mayor, que gobierna el hampa de Chicago con puño de hierro, me mira con tanta preocupación que me duele el pecho.

—Pasara lo que pasara, tenías fifteen years old. Eras una niña. Nada de lo que ocurrió fue culpa tuya.

Pero ya estoy negando con la cabeza. —Encontré algo. En mi antigua habitación —saco la pequeña pulsera del bolsillo de mi bata, el dije de plata capturando la luz de la lámpara—. Medio corazón. Creo… creo que le di la otra mitad a alguien.

El rostro de Marco se queda muy quieto. —Sofia.

—¿Y si lo conocía, Marco? ¿Si lo conocía de verdad? ¿Y si éramos…?

—Basta —toma la pulsera y la examina con la misma intensidad que le pone a todo—. Esto no cambia nada. Alexei Volkov es una amenaza para esta familia. Para ti. Cualquier conexión infantil que pudieras haber tenido murió con su hermano.

Quiero discutir, pero algo en su expresión me detiene. Sabe más de lo que dice. Todos lo saben: la forma cuidadosa en que han hablado de esa noche durante eleven years, los vacíos en la historia que nadie reconoce.

—No voy a esconderme para siempre —le digo.

—No tendrás que hacerlo. Nos encargaremos de los Volkov.

—¿Como nos encargamos de ellos eleven years ago?

—En ese momento pensábamos que los Moretti eran los culpables —dice Marco en voz baja.

Me río. —Exacto. Los Volkov siempre han tenido la ventaja. Siempre están un paso por delante de nosotros.

El silencio se extiende entre nosotros, cargado de verdades no dichas. Finalmente, Marco se levanta y vuelve a su ventana.

—Vuelve a la cama, Sofia. Mañana aumentaremos los protocolos de seguridad. Tendrás un equipo contigo en todo momento.

Me levanto para irme, pero me detengo en la puerta. —Alexei dijo que tengo algo que le pertenece. ¿Y si tiene razón?

Marco no se da la vuelta. —Lo único que tienes que él quiere es tu vida. Y no la va a conseguir.

Regreso a mi suite, pero no vuelvo a la cama. En cambio, me siento en mi escritorio y abro un nuevo documento. No de investigación esta vez. Un plan. Porque Marco se equivoca: un equipo de seguridad no detendrá a Alexei Volkov. Atravesó nuestras defensas como si fueran de papel. Podría haberme llevado esa noche de la cena si hubiera querido.

Pienso en Emma, en cómo entró en nuestro mundo con la frente en alto a pesar del peligro. En cómo eligió salvar a Alessandro incluso después de que él la traicionara. Cómo reclamó su lugar en nuestra mesa a través del coraje, no por derecho de nacimiento.

Quizá es hora de que deje de ser la princesa en la torre.

La pulsera reposa en mi escritorio, su corazón roto un recordatorio de algo que he perdido y no puedo recordar del todo. En algún lugar de Chicago, Alexei Volkov está planeando su próximo movimiento.

«Tu deuda vence pronto».

Cierro los ojos y tomo una decisión que horrorizaría a mis hermanos si lo supieran. Cuando Alexei venga a por mí —y vendrá—, no huiré. No me esconderé tras la protección de mi familia.

Iré con él. Voluntariamente. Entraré directo a la guarida del monstruo con los ojos abiertos y la frente en alto.

Porque la única manera de saldar una deuda es enfrentarla.

Y la única manera de recordar lo que he olvidado es volver a donde todo empezó.

La pesadilla puede ser la misma cada noche, pero ya me cansé de ser su víctima.



Gracias por leer *Gilded Lies*. Emma solo iba a ser un reemplazo. Alessandro debía seguir sin corazón. Pero hay mentiras que no solo revelan secretos—deshacen a las personas.

Próximamente en la serie Rosetti Family: **Sofia Rosetti**. Cabello perfecto. Tacones impecables. Una sonrisa de diseñador afilada como un cuchillo. Sofia es un arma vestida de alta costura—entrenada para seducir, nacida para proteger y mortal cuando la desafían. Cuando su pasado resurge y los rusos llaman a su puerta, tendrá que enfrentarse a lo único que ha pasado la vida entera intentando olvidar.

Lee Blood Memory ahora.
